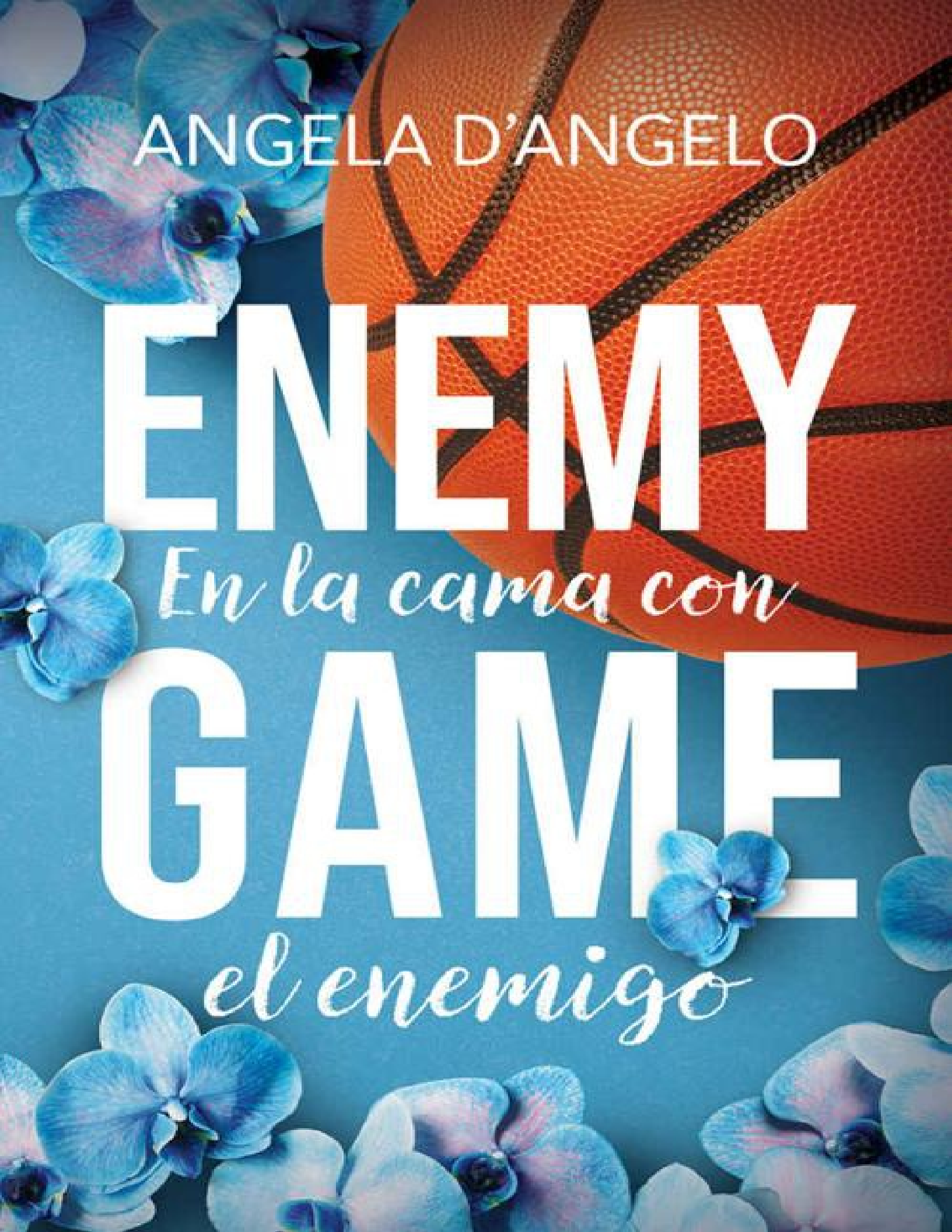




ANGELA D'ANGELO

ENEMY

En la cama con

GAME

el enemigo

ANGELA D'ANGELO

ENEMY

En la cama con

GAME

el enemigo

Enemy Game - En la cama con el enemigo
Copyright © 2019 Angela D'Angelo
© de la traducción: Gala de la Rose, 2023
Todos los derechos reservados.

Diseño gráfico © Nory Graphics by Eleonora Marotta
Maquetación © Angela D'Angelo

Esta es una obra de ficción.

Los nombres, personas, lugares y acontecimientos narrados son fruto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, acontecimientos o lugares existentes es pura coincidencia.

Este libro contiene material protegido por derechos de autor y no puede ser copiado, alquilado, licenciado o difundido en público, ni utilizado de ninguna otra forma, salvo autorización expresa de la autora, en los términos y condiciones explícitamente establecidos en la legislación aplicable (Ley 633/1941).

Las marcas comerciales mencionadas en esta novela son propiedad de sus legítimos titulares.



—¡Deja de hacerte el caballero, Edo! ¡Derriba a ese imbécil!, —gritó Cristina a su hermano, ganándose varias miradas escandalizadas.

Su amiga Roberta se echó a reír. Ella la ignoró y se concentró en el partido de baloncesto.

Sí, iban por delante, pero no lo suficiente como para respirar aliviada. El Olimpia Basket era, como mínimo, tan temible como su capitán, y el gigante rubio estaba dando guerra a su hermano.

Las piernas le temblaban de nerviosismo, alimentado por el club de fans de Vikingo que llenaba la grada de aullidos histéricos.

—Gansas. Imbéciles. Ignorantes.

—¡Qué agrias estamos, señorita!, —se burló Roberta.

Cristina miró a su amiga, envidiando por un momento su pose relajada y la sonrisa en sus labios.

¿Cómo podía reírse en un momento tan delicado?

—Deberían echarlas a patadas en...

—¡Eh, basta ya de palabrotas! La próxima vez pagarás el precio, —la amenazó Roberta.

Cristina sacudió la cabeza y se preguntó por que su amiga insistía en acompañarla al pabellón deportivo si luego se pasaba el tiempo irritándola con sus críticas.

Pregunta inútil: ella conocía bien la respuesta.

—¿Por qué no vas con ellas? Seguro que te prestan pañuelos. Estás babeando —comentó, agria, con la boca torcida en una mueca de disgusto.

Roberta la ignoró, devolviendo su ávida mirada a los jugadores.

—Cuando dejes de jurar como un estibador, acuérdate de mirar al tío que está masacrando a tu hermano, —le aconsejó, con un brillo excitado en sus ojos claros—. ¿Crees que es legal tener ese culo?

Cristina gruñó, dándose la vuelta, no sin antes mirar el culo en cuestión. Y en efecto...

La grada estalló en gritos de júbilo cuando el rubio anotó dos puntos al eludir la defensa de Edo.

—¡Joder!, —gritó, confirmando la tesis de Roberta: no poseía ni un ápice de feminidad.

—¡Zanini es un demonio!, —despotricó, furiosa. Un demonio de dos metros con un físico que la hacía suspirar incluso a ella—. ¡Vamos, Edo!, —gritó entonces, en vano, mientras su hermano recuperaba el balón.

Comprobó el marcador y contó los minutos, los malditos segundos que faltaban para el pitido del árbitro.

El equipo de Edoardo estaba en lo más alto de la clasificación, pero la diferencia con el Olimpia era mínima y... No, no podían perder aquel partido.

—¡Mueve el culo y encesta!

Un par de cabezas se giraron en su dirección.

Vale, quizá estaba exagerando.

Ella se encogió de hombros, esbozando una sonrisa inocente.

No le gustaba perder, ¿y qué? Ella y Edo se habían criado a base de leche y baloncesto y consideraban la idea de “jugar por diversión” un tonto cuento infantil desde que estaban en la escuela primaria.

—Nunca conseguirás un hombre si gritas así, —la provocó Roberta.

—¿Desde cuándo eres tan pesada?

La chica tamborileó con los dedos en la barbilla, fingiendo pensárselo un poco.

—¿Desde cuándo no follas bien?

Cristina apretó los labios. No podía replicar.

El trabajo la absorbía mucho, y su tiempo libre lo pasaba en el polideportivo siguiendo a los Stars Roma.

—No tengo tiempo para citas.

—Siempre estás con esas cabras del equipo. ¿Es posible que haya alguno interesante?

—Son como hermanos, —respondió Cristina, encogiéndose de hombros.

—El que tiene pan no tiene... ¿Me estás escuchando?, —protestó Roberta, pero Cristina estaba ahora centrada en la acción del campo.

—¡Vamos, Edo!, —gritó cuando su hermano se estiró para hacer un mate. Se puso en pie de un salto y sus gritos rivalizaron con los de las gansas que estaban sentadas a unos metros de ella.

—Eh, tranquilízate, —la regañó Roberta—. Hacen una canasta por minuto. No hace falta que te emociones por tan poco.

Cristina la ignoró. Su amiga no podía entenderlo. ¿Cómo iba a entenderlo? Solo los éxitos de su hermano le permitían seguir un partido sin que el corazón se le rompiera en el pecho.

Observó como el equipo seguía al capitán para apoyarle en el siguiente tiro. Los chicos lo estaban haciendo bien, aunque parecían preocupados por la habilidad de Nicola Zanini, que esa noche estaba más decidido que nunca.

El pívot del Olimpia Basket tenía una mirada decidida, los labios apretados en una expresión resuelta. Su pelo rubio estaba mojado por el sudor, su piel brillaba bajo las luces del pabellón.

Era la personificación del atleta en plena forma física, consciente de sus propias capacidades.

Le quemaba admitirlo, pero desde la última vez que había jugado contra Edoardo, había alcanzado una nueva madurez.

Endureció la mandíbula, irritada por la dirección de sus pensamientos.

La rivalidad entre Edo y Nicola había sido tema de cotilleo desde que eran jóvenes. Y admirar al enemigo era un poco como traicionar a su hermano.

—¡Patéale el culo!, —gritó al equipo con la intención de escandalizar un poco más a las mujeres de los contrarios. Miró el marcador, contenta con el resultado. Casi sintió pena por

Zanini, que perdía honrosamente.

Estaba a punto de sentarse, cuando su hermano cayó al suelo. El árbitro no pitó la falta y Cristina estalló:

—Vendido de mier...

Roberta le dio un codazo en las costillas, impidiéndole completar el insulto contra el árbitro.

—¡Por Dios, cálmate!

—¡Zanini le ha tirado al suelo!, —gritó para que la oyeran. Edo se levantó con cierta dificultad y la furia le oscureció la visión—. ¿Pero estás ciego? Casi lesiona a mi hermano.

El árbitro hizo caso omiso de las protestas y Cristina se desahogó con insultos que habrían avergonzado a un camionero.

Edoardo le hizo un gesto con la cabeza para tranquilizarla. El gesto incluso habría conseguido calmarla, de no haber sido por la mirada de sus ojos. Los ojos de su hermano, ya no llenos de hostilidad sino de odio, la sobresaltaron.

La animosidad que albergaba hacia el capitán rival, normalmente mantenida a raya para no provocar a sus compañeros, convirtió los últimos minutos del partido en una lucha a muerte.

Los tiros se volvieron precipitados e imprecisos, las faltas más violentas obligaron a detener el juego varias veces, hasta el punto de que los últimos diez minutos se alargaron hasta una buena media hora.

Los árbitros parecían impotentes mientras Edoardo y Nicola se enfrentaban en un “*uno contra uno*”.

Cristina sintió un malestar casi físico al ver la tensión en el rostro de su hermano y dirigió cada vez más su mirada hacia Zanini, que, aunque visiblemente desconcertado por el comportamiento de Edo, no retrocedió. Él y sus compañeros respondieron a las canastas del Stars Roma con precisión, ferocidad y técnica. La diferencia se redujo a cero, el resultado del partido se volvió incierto por la falta que el árbitro no había visto.

Cristina contuvo la respiración hasta el final del partido. Solo la suerte decretó la victoria del Stars por dos puntos.

Al sonar la sirena, no hubo apretones de manos entre los dos equipos ni júbilo en los ganadores. Sus músculos tensos y sus rostros crispados denunciaban una agresividad apenas dominada.

Cuando se enfrentaban a Zanini, siempre ocurría algo que ponía en tela de juicio esquemas y tácticas largamente estudiadas.

—Edoardo parece enfadado, —comentó Roberta mientras se dirigían al banquillo.

Cristina, que se apresuraba a llegar hasta su hermano lo antes posible, no contestó. Edoardo era un buen elemento, pero un imbécil.

—¡No puedes echar por tierra semanas de preparación solo porque hayas acabado con el culo en el suelo!, —gritó el entrenador.

—Zanini...

—¡Zanini estaba haciendo su trabajo!

—Edo, ¿cómo estás?, —intervino Cristina, cogiéndole del brazo.

Los chicos la miraron agradecidos. Si ella no hubiera llegado a tiempo, su hermano habría dicho algo que le habría costado el banquillo el domingo siguiente.

—¿Cómo voy a estar, Cri?, —gruñó, quitándole la mano de encima.

—Siento preocuparme por ti, —replicó ella, picada.

—Tu hermano tiene que dejar de tomarse los partidos como algo personal, —intervino

Michellini. Estaba molesto y tenía razón.

No se jugaba así, no se arriesgaba a fastidiar el resultado por... Bueno, ella misma no habría podido decirlo. Edo nunca le había explicado por que odiaba a Zanini, y la frágil motivación de la competición no la convencía en absoluto. Eran hombres impetuosos, pero también eran atletas.

El respeto al adversario era sacrosanto.

Cristina asintió de mala gana a las palabras del entrenador, lanzando una mirada apenada a su hermano.

—Vamos a ducharnos, campeón, —sugirió un compañero, rodeándole el cuello con el brazo —. El agua caliente te despejará la cabeza.

Edoardo miró a Fabrizio como si le hubieran salido tres cabezas.

—¡No voy a ducharme contigo!, —exclamó, indignado.

El hombre se llevó la mano al corazón, con expresión ofendida. —¿Qué? ¿No quieres ver mi nuevo tatuaje? Lo tengo aquí mismo..., —contestó con una vocecita de mujer, llevándose las manos al elástico de los pantalones, dispuesto a dejárselos caer.

Cristina estalló en carcajadas, seguida por los chicos del equipo. La de Fabrizio fue una imitación perfecta.

—¿Lio has visto, entonces, el tatuaje de la chica?, —preguntó Vittorio, un chico muy prometedor, una verdadera baza para Stars.

—No animo a ese tipo de mujeres, —se escudó Edo, aunque sus labios empezaban a curvarse en una sonrisa.

—Lo sé, cariño. Te gustan más peludas, —retrocedió Fabrizio.

La tensión se fundió en un mar de risas. Los chicos rodearon a Edoardo, burlándose de él sin piedad, y entre palmadas y bromas de bar, lo arrastraron hasta los vestuarios.

—Ese Federico esta muy bueno, —exclamó Roberta, mientras la comitiva se alejaba.

El tono despreocupado no engañó a Cristina. Su amiga seguía a *aquel* Federico con mirada sombría.

—¡Límpiate la baba, —la incitó!

—Qué, el bombón no está nada mal, —se defendió Roberta.

Cristina sonrió con indulgencia, observando a su amiga y colega desde la altura de su metro ochenta. Era casi un palmo más baja que ella, pero su larga lengua compensaba maravillosamente la diferencia.

—Fabrizio, —aclaró Cristina, remarcando el nombre que su amiga conocía bien, —es un cachondo. Debería presentártelo.

—¡Dios me libre de los deportistas! Puede que sean agradables a la vista, pero ¿crees que no conozco a los de su especie? Un poco de gimnasia horizontal y luego te dejan para hacer el amor con una maldita pelota.

—Serías perfecta para él, —rio Cristina, dirigiéndose con su amiga hacia los pasillos de la grada.

—Cri, deja de decir gilipolleces y mejor piensa en buscar a alguien. Que ya hay telarañas ahí abajo.

Cristina puso los ojos en blanco. ¿Tan mal estaba esperar al indicado?

Era lo bastante lista como para no despreciar el sexo, pero quería intimidad, la sensación de ser deseada no solo por su cuerpo.

No le faltaban hombres, de hecho, pero en los últimos años sus energías habían sido absorbidas por Stars Roma.

Se había convertido en un punto de referencia fundamental para Edoardo y sus compañeros de equipo, algo más que una hermana adquirida: a menudo era casi una madre para aquellos grandullones, a veces un blanco para sus frustraciones y otras un *apoyo* con la tarea de enmendar las lágrimas causadas al orgullo por partidos sin resolver.

Estaba rodeada de deportistas tan fieros en el campo como inseguros fuera de él, y por ahora no tenía intención de buscar otro hombre al que cuidar.

—¿Hacemos un pacto? Durante un año dejemos de hablar de lo que hago bajo las sábanas, —propuso, sin importarle un comino parecer a la defensiva.

—Lo que no haces, quieres decir. Yo me voy, tú trae el resultado a casa esta noche, —atajó Roberta, despiadada hasta el final.

Cristina no contestó y le hizo un gesto para que se fuera, luego se apoyó en la pared, esperando a sus chicos.

Las carcajadas y risas de los dos equipos llegaron hasta ella desde los vestuarios.

Cerró los ojos y suspiró.

Le encantaba el compañerismo del deporte, la sensación de formar parte de un todo.

Era lo que más echaba de menos.



—¿Pensativa, muñequita?

Una voz cavernosa y ronca la estremeció.

—¿Muñequita?, —repitió Cristina, para asegurarse de que había entendido bien, luego se volvió hacia el origen de aquella frase cursi y se encontró frente al mismísimo Nicola Zanini.

¡¿Muñequita?!

—Si las miradas mataran, yo ya estaría en el suelo, —comentó.

Oh Dios, sí, Cristina lo estaba mirando, pero dudaba que quisiera matarlo, o al menos no en ese instante, ya que su presencia la golpeó como una pelota lanzada a toda velocidad contra la canasta.

Tragó en seco, incapaz de impedir que sus ojos devoraran a Nicola, siguiendo la línea de sus hombros envueltos en su chaqueta de cuero, la forma en que su pelo aún húmedo se rizaba en las puntas y una sonrisa irónica le surcaba los labios, dibujándole un hoyuelo en la mejilla izquierda.

Mierda, más le valía admitirlo: el Vikingo era un bombón y aquel no era un buen momento para redescubrir el deseo sexual.

—¿Estarías en el suelo? ¿Igual que acabó Edoardo cuando le diste una patada en el culo?, —replicó, recordando por que debía odiarle.

La sonrisa del jugador de baloncesto se hizo más amplia, más brillante, y en las comisuras de sus ojos se formaron pequeñas arrugas.

¡Deja de mirarlo!, se amonestó a sí misma, pero de poco sirvió. Le faltaba el aire.

—Eres muy protectora con Edoardo. Protectora y salvaje —observó él, divertido.

—Solo cuando ciertos gilipollas intentan romperle las piernas.

La risa baja y cálida de Nicola tuvo el poder de hacerla sonrojar de rabia.

Bien, ahora no necesitaba inventar excusas para detestarlo.

Sonrió y enderezó los hombros, dispuesta a decirle lo que pensaba. Si había algo que aún no había aprendido en sus veintiséis años de vida era a ignorar al enemigo.

—¿Te ríes, Zanini?, —le preguntó en voz baja—. Nunca había conocido a alguien que, después de recibir una patada en el culo, quisiera hacerlo.

Las palabras dieron en el clavo y su mandíbula se endureció. La sonrisa, sin embargo, no abandonó sus labios, incluso mientras sus ojos verdes brillaban con el deseo de desafiarla.

—Dos puntos no es mucho margen para cantar victoria, ¿sabes?, —comentó en tono condescendiente, como si no la creyera capaz de juzgar un partido.

Contó hasta diez para contener una respuesta picara. No tenía sentido contradecirle: habían ganado por los pelos, y la suerte había desempeñado un papel importante en la determinación del resultado.

—Tienes razón, —aceptó, cambiando de táctica—. Pero ya están en los *playoffs*, cosa que no se puede decir del Olimpia Basket, —replicó, pronunciando el nombre del equipo revelación de la liga como si fuera una blasfemia.

Los ojos de Zanini se abrieron de par en par por la sorpresa, disimulada inmediatamente por la sonrisa burlona que le gusta... ¡qué odiaba!

¿Cómo podía un hombre ser tan irritante y atractivo al mismo tiempo?

—¿Sabes lo que son los playoffs?, —preguntó, asombrado.

Si seguía insultándola, le daría una paliza.

—Es aquello a los que tu equipo de fanfarrones nunca llegará. Todavía quedan dos partidos para el final del campeonato y la Virtus Bologna no permitirá que unos aficionados les roben el octavo puesto, —gruñó ella, indignada, aludiendo a los rivales a los que se enfrentarían en un partido decisivo antes de que empezaran los treinta días de eliminatorias.

Podía aguantar muchas cosas, pero no que la trataran como a las gallinas que habían gritado “¡Vamos Nico!” en el partido de aquella tarde.

No iba a mover las pestañas y el rabo solo porque el imbécil que tenía delante fuera el espécimen masculino más guapo del lugar. Por lo que a ella respectaba, podía coger aquel pelo rubio despeinado, los ojos verde jade y todo el equipo que llevaba pegado al esqueleto y largarse a tomar por culo.

—Y aunque te clasificaras, advierte a tus compañeros, capitán, que no importa cuánto practiquen o cuantas jugadas intenten: Edoardo nunca te permitirá acceder al A1.

Los ojos de Zanini se entrecerraron, penetrantes y acusadores, mientras la observaba. Cristina ignoró el cosquilleo en el estómago y levantó la barbilla, decidida a no dejarse intimidar por el tamaño de Nicola, que se había acercado un poco más, hasta el punto de que podía oler su jabón de baño y su aroma varonil.

—Edoardo no es imbatible.

Levantó la cara para mirarle directamente a los ojos, para demostrarle que no se sentía intimidada en absoluto, aunque fuera mentira: él había ocupado su espacio vital, llenando el aire de una amenaza que la hacía sentirse lánguida y excitada.

—No cometas el error de subestimar a mi hermano.

Al pronunciar la última palabra, un destello victorioso iluminó los iris del Vikingo, todo su rostro se tornó menos severo en el espacio de un segundo.

—Y tú de subestimarme a mí, gatita, —le advirtió, guiñándole un ojo.

—¿Muñequita? ¿Gatita? ¿Así llamas a las chicas?

Nicola se encogió de hombros, sin apartarse de ella.

—Solo cuando aún no he conseguido su número de teléfono; el nombre no importa por la noche, ni siquiera a la mañana siguiente.

Cristina retrocedió hasta que la pared la bloqueó.

—Eres un imbécil, Zanini, —le amonestó, extrañamente decepcionada por un

comportamiento tan... *banal*.

¿Era este el tipo de hombres con los que Roberta quería relacionarse? ¿Con fanfarrones que necesitaban presumir de sus hazañas en la cama para poder sostener un enfrentamiento?

Dobló los labios en una mueca amarga.

Dudó un momento y volvió a ponerse su máscara arrogante.

—No te muestres tan ofendida: ¡ambos sabemos que saltarías a mi cama si te lo pidiera!

Cristina no premeditó lo que iba a hacer. En un momento tenía la mano metida en los vaqueros, y al siguiente el contorno de sus cinco dedos estaba estampado en la mejilla del chico.

En cuanto se dio cuenta del gesto, se quedó boquiabierta mirándose la palma dolorida.

Nunca en su vida había abofeteado a alguien.

No se atrevió a levantar la vista hacia Nicola; su tamaño empezaba a asustarla por otro motivo.

—Supongo que me lo merecía, —le oyó decir.

Solo entonces lo miró y se le retorció el estómago.

¿Qué le había pasado?

Estaba a punto de disculparse, cuando el orgullo le recordó que él no merecía su compasión.

—Te ayudará a aprender modales, —murmuró, pero el arrepentimiento enredó sus cuerdas vocales. Abofetear a desconocidos no encajaba con la idea de educación que habían tenido sus padres.

Se quedó mirando la puerta de los vestuarios, rezando para que su hermano saliera pronto. Iban a tomar algo con el equipo para celebrarlo. ¿Cómo podían tardar tanto en prepararse?

—Mi madre no estaría orgullosa de mí ahora mismo, —le respondió con una sonrisa torpe, casi avergonzada.

Cristina estuvo tentada de corresponderle, porque era condenadamente mono con esa expresión de niño pillado en una travesura, pero se contuvo.

—Ahora sabes que hay mujeres que quieren ser respetadas. Deberías agradecermelo.

Nicola se pasó distraídamente una mano por la mejilla. No había nada sensual en aquel gesto, pero Cristina no pudo evitar preguntarse como sería sentir aquel velo de barba rozando su propia piel.

Jadeó, sorprendida por la dirección de sus propios pensamientos.

¿Cómo podía pensar en sexo cuando acababa de abofetear a aquel imbécil prepotente?

—Es fácil respetarte.

Arqueó una ceja.

—¿Ahora intentas apaciguarme?, —le preguntó—. No funciona así.

El Vikingo la miró con admiración, como si realmente la viera por primera vez. Y a juzgar por la mirada, debía de gustarle bastante.

—Entonces tendré que probar hasta encontrar algo que funcione, —consideró con el ceño fruncido y decidido.

¡*No le sonrías!*, se impuso Cristina. Eso era todo lo que necesitaba para animar al enemigo número uno de Edoardo.

—No pierdas el tiempo, sería inútil.

No fue lo correcto. Acababa de retar a un deportista, a un hombre acostumbrado a ganar.

—Empiezo a pensar que contigo el tiempo nunca sería inútil.

Cristina no pudo evitar sonrojarse, aunque intentó disimular la petulancia con una risa desdeñosa.

—Ni siquiera funciona, —le advirtió. Él soltó una carcajada y fue suficiente para que toda resolución se le escapara como el agua.

Ella vio como aquel rostro tan bello como el pecado se suavizaba divertido, como sus ojos se entrecerraban para atestiguar que era un hombre que se reía mucho. Se rio con él, contagiada por el sonido áspero y sexy de aquella voz. Se dio cuenta demasiado tarde de que Nicola se había callado.

—Deberías reírte más, gat...

—Te juro que te llevarás otra, —le amenazó ella, levantando la mano.

Nicola levantó los brazos en señal de rendición. Aquel gesto hizo que la chaqueta se abriera un poco más y la camisa se levantara para revelar un trozo de piel por encima del borde de sus vaqueros. Piel lisa y tensa sobre unos abdominales que hacían la boca agua.

Se le habría caído la baba si la camiseta no hubiera vuelto a su sitio, ocultando el camino de pelo rubio que descendía por debajo de su ombligo hasta... ¡Madre mía!

Se esforzó por no mirar. En vano.

—Funcionará —dijo Zanini, con voz grave y vibrante.

Cristina le miró a los ojos, demasiado avergonzada y confusa para decir algo sensato.

—¿Qué?

—Serás mía, —declaró Nicola, y esta vez no se reía. Ni siquiera un poco—. Estás bajo ataque, solo que aún no lo sabes. —Se agachó para coger la bolsa de lona y se la echó al hombro.

Esta vez Cristina no miró atisbos de piel, abdominales y hombros vertiginosos. No podía dejar de mirar fijamente sus ojos decididos.

Nicola le dedicó una sonrisa, *aquella* sonrisa, y se marchó.

Sin despedirse, ni una palabra. La dejó en medio del pasillo, empalada como un bacalao.

Solo cuando él desapareció por la puerta, ella recobró el sentido.

Serás mía.

Arrogante, engreído, desvergonzado.

¿Quién se creía que era?

Era el mejor lanzador de la temporada, el jugador más guapo de la liga, pero ¿de verdad creía que era suficiente para que ella cayera rendida a sus pies?

Zanini había calculado mal. Nunca habría sucumbido a sus halagos, que sonaban tan falsos como aquella sonrisa cautivadora, patentada para acostarse con mujeres que pensaban que “muñequita” era un cumplido.

¡Mujeres! No le costaba creer que cada noche tenía una nueva.

Conocía bien el tipo de chicas que aspiraban a acostarse con un deportista del mismo modo que los jugadores anhelaban ganar.

Aquella noche también estarían allí, merodeando por el club donde los chicos del Stars pasaban las noches después de los partidos.

Resopló, pensando que el ritual se estaba volviendo cada vez más monótono.

Edo se emborracharía, obligándola a acompañarle a casa. Fabrizio no perdería ocasión de hacer el ridículo y los demás se unirían al capitán y a su mejor amigo en gritos y travesuras.

Ella, por su parte, habría observado a aquellos niños grandes junto a sus mujeres y novias, fingiendo que su charla casera no la aburría.

Por lo visto, estar casada con un jugador de baloncesto no requería ninguna habilidad deportiva. Al contrario, ella tenía demasiadas, hasta el punto de pasarse los partidos anotando recordatorios y correcciones que debía hacer a sus amigos.

Un coro de risas la distrajo de sus pensamientos.

Edoardo, seguido de sus amigos, salía de los vestuarios con la bolsa de lona al hombro y los ojos risueños.

Cristina esbozó una sonrisa.

—¡Eh, habéis tardado muchísimo!

El alivio de verle relajado fue tal que no se atrevió a mostrarse molesta.

—Venga, sube al coche, —le contestó él bruscamente, como si fuera ella quien le hubiera retenido.

Sacudió la cabeza, resignada. A veces pensaba en la pobre mujer que conquistaría su corazón y juraba advertirle que se mantuviera alejada de él.

El carácter de Edoardo era tan turbio como su aspecto: su pelo largo y oscuro le daba un aire endemoniado que sus ojos azules no podían mitigar. Las similitudes entre ellos terminaban ahí. Edoardo era tan retraído y taciturno como ella sonriente y complaciente.

Cristina se daba cuenta de que poseía cierto encanto, pero encontraba irritantes sus actitudes altivas.

En la cancha era el líder perfecto, racional, paciente... excepto cuando se encontraba con Nicola Zanini. Fuera del pabellón, sin embargo, elegía a sus compañeros de equipo como únicos depositarios de sus pensamientos, descartando la posibilidad de nuevas amistades. No como Nicola, que aprovechaba la oportunidad para hacer conquistas incluso en el polvoriento pasillo del pabellón deportivo.

La comparación entre su hermano y el Vikingo del Olimpia la hizo sentirse un poco culpable, pero era inevitable.

Nicola parecía haber nacido para reír, para afrontar la vida con ligereza. Era tan justo y leal en su trabajo como sensual y peligroso en su vida privada.

Subió al coche, intentando apartar los pensamientos sobre el apuesto pibón, pero no lo consiguió por mucho tiempo.

El club en el que se encontraban estaba abarrotado y hacía un calor sofocante. Olores masculinos y femeninos se mezclaban con el penetrante aroma del alcohol y el sudor, menos agradable, de los cuerpos apiñados en la pista de baile.

Cristina, sentada a la mesa y rodeada de la habitual charla banal y aburrida, no encontró ningún tema de conversación que le impidiera pensar en las provocaciones de Zanini, en el bulto que sus vaqueros no habían logrado ocultar, en su total falta de pudor por haberla sorprendido mirándolo. Le gustaría poder decir que aquella insolente proposición la había dejado indiferente, que incluso la había ofendido, pero no pudo. Aunque intentaba recordar su tono arrogante, el recuerdo del brillo que había captado en su mirada seguía excitándola.

Había sentido un escalofrío en el vientre al reflexionar sobre la forma en que el cuerpo de una mujer podía sentirse abrumado por semejante poder.

¿Tenía Nicola sexo igual que jugaba? ¿Implacable, duro, centrado en la victoria?

Se llevó el vaso de cerveza helada a los labios, esperando que un poco de alcohol saciara un impulso que no recordaba haber sentido nunca.

Todo lo instintivo y femenino que había en ella se había sentido halagado por el desafío de Zanini, pero la voz de la razón la devolvió a la tierra.

Él no sabía nada de ella y no había ninguna posibilidad de volver a verle. Roma era lo suficientemente grande como para impedir que sus caminos se cruzaran. Ella había considerado

su interés de aquella tarde como lo que era: un intercambio de bromas entre dos personas que debían mantener absolutamente las distancias.

Vio como Edoardo se reía mientras dos chicas alzaban el cuello en un intento de mirarle a la cara. Su hermano se habría puesto furioso si se hubiera enterado del enfrentamiento con su archienemigo.

No, nunca sería de Nicola Zanini, decidió.



El suelo vibraba bajo ella, el volumen de la música aumentaba con cada paso. Un movimiento de caderas, elevación de brazos, palmadas. Cerró los ojos para sentir el ritmo, experimentarlo, traducirlo en pasos.

Cristina sacudió la cabeza, hizo rodar la pelvis. Unas manos grandes le acariciaron los brazos mientras se retorció, respondiendo a la música. Se deslizó, impalpable, sinuosa, para arrojarse a los brazos de otro desconocido. Con los párpados entrecerrados, vio a Roberta a unos pasos, absorbida por aquella multitud viva, febril, palpitante.

Levantó la cara, miró las luces parpadeantes que lo hacían todo irreal, distante. Sin embargo, era ella quien bailaba, quien saboreaba con las palmas sudorosas la textura de pieles desconocidas, quien se dejaba tocar y seducir por las bailarinas de la discoteca.

Había perdido la timidez y el pudor en cuanto se tomó sus dos primeros chupitos, y ahora se sentía desinhibida, ligera... libre.

No llevaba ni la castigada camisa blanca abotonada hasta el cuello ni la chaqueta negra que le comprimía los pechos. El top negro dejaba al descubierto su vientre, los ajustados vaqueros envolvían sus largas piernas.

Balanceaba el torso, los brazos por encima de la cabeza dirigiendo la orquesta de sonidos incoherentes, inconexos, cacofónicos. Un hilillo de sudor recorrió la mitad de su espalda y un escalofrío la sacudió.

Sonrió mientras soltaba tensiones, pensamientos y recuerdos. Todo se fundió en pasos que desconocía, en movimientos y gestos seductores. Estaba jugando con su propio cuerpo, ahora que podía sentirlo como propio y no como algo roto, imperfecto.

Gritaba el estribillo de la canción, se unía al ritmo primitivo del baile, sonreía a esos rostros anónimos que las luces intermitentes le hacían apreciar fragmento a fragmento. El detalle de una barbilla recia, un bíceps hinchado, una boca doblada en una mueca de satisfacción.

Se sacudió el pelo húmedo, despejándose la frente sudorosa. Se había soltado el moño que se hacía todos los días y el cabello suelto le rozaba los hombros, deslizándose por su pecho palpitante. Los mechones eran lenguas de tinta que resaltaban sobre la piel dorada.

Un hombre le miró el pecho con avidez y Cristina decidió ser una chica mala. Se inclinó hacia delante, dejando al descubierto una carne que nadie había tocado en mucho tiempo. No estaba al acecho, pero eso no significaba que no pudiera jugar un poco. Podía hacer cualquier cosa, pues sentía sus miembros flexibles como gelatina y su cabeza ligera.

El hombre se mordió el labio, entrecerrando los ojos, y ella soltó una carcajada, una risa gutural que no pudo oír. La música estaba demasiado alta para que pudiera captar las palabras que le susurraban al oído, las luces demasiado parpadeantes para que pudiera leerlas en unos labios desconocidos.

Ignoró a su momentáneo acompañante, decidida a valerse por sí misma, como siempre había hecho. Aquella noche se sentía diferente: ya no era una severa profesional ni una deportista fracasada. Una criatura sensual y desenfrenada se había colado bajo su piel, apoderándose de sus movimientos, de su cuerpo y de su mente atontada.

Meneó el trasero, tocó el suelo y luego se irguió como una pantera que se estira perezosamente, dispuesta a abandonar el sueño y afilar las garras.

En la pequeña y claustrofóbica pista, sin embargo, había depredadores aún mayores, y Cristina se vio atrapada.

Unas manos agarraron sus palmas mirando al techo, se deslizaron por sus brazos en una caricia cálida, lánguida, hipnótica. Dedos ásperos masajeaban sus hombros mientras ella se apoyaba en un pecho ancho, que subía y bajaba bajo ella con largos suspiros.

Con los ojos cerrados, disfrutó del contacto del poderoso cuerpo que la envolvía, el cuerpo de un hombre cuyo rostro aún le era desconocido.

Se frotó contra él, que mantenía las manos en sus caderas guiándola en movimientos por los que se sonrojaría a la mañana siguiente.

Sintió una erección dura como una roca contra sus nalgas y lo provocó, lo desafió, sabiendo muy bien que sería ella la que saldría huyendo.

Se agarró con más fuerza a su cintura y sintió su respiración acelerada en el cuello. El conocimiento de su propia capacidad para excitarlo la volvió temeraria. Giró entre sus brazos, siguiendo sus movimientos, intentando adaptarse a su imponente físico. No abrió los ojos mientras apoyaba la frente en su robusto pecho y hundía las uñas en los hinchados tríceps.

Se dejó llevar por la música y por el hombre que había convertido el baile en una seducción que la estaba consumiendo, haciendo que se rindiera.

El ritmo cambió, se hizo más apremiante, pero no para ellos, que se balanceaban perezosos, absortos, enfrascados en un juego cuyas reglas Cristina no acababa de entender.

El aroma viril y salvaje del hombre, la forma en que se movía con ella sin prisas, sin agresividad, la embelesaban. Solo cuando unos dedos ásperos le tocaron la espalda, rozando unas cicatrices sensibles, se puso rígida y abrió los ojos. Levantó el rostro, dispuesta a ponerle cara al vigoroso cuerpo que la había secuestrado.

La trampa se cerró sobre ella, presa del felino más fuerte de la sabana: un león rubio de ojos verdes nublados por el deseo.

La sonrisa de Nicola Zanini no presagiaba nada bueno: estaba a punto de ser devorada.

No podía moverse, no podía retroceder. Se quedó paralizada mirando el espectáculo de luces que jugaba con su pelo, la sonrisa ladina que hacía aún más deseables aquellos labios.

El agarre de Nicola se aflojó y ella se dio cuenta de que seguían entrelazados en un abrazo que no tenía nada de inocente. Las mejillas le ardían de vergüenza.

Hizo un gesto con la cabeza para retirarse, pero Nicola se inclinó sobre ella y todo

desapareció: las luces, las otras personas quedaron ocultas a su vista por aquel maldito cuerpazo.

—No pares ahora, —le susurró al oído. El tono persuasivo se impuso a los graves y agudos de la música electrónica y provocó un espasmo en su vientre.

Dios santo, aquel hombre era puro sexo.

Sus piernas respondieron por fin y se separó de aquella montaña infranqueable de músculos, encanto y arrogancia. Tuvo que despegarse de sus brazos, porque empezaba a tener calor y la tentación de volver a moverse contra él era fuerte. Sin embargo, su confianza se había desvanecido y ya no se sentía invencible y sexy.

Nicola no era un desconocido con el que pudiera disfrutar provocándolo, las posibilidades de que él dirigiera y ganara el juego eran demasiado altas.

Respiró profundamente, confundida, mortificada y aún excitada.

Incapaz de decir una palabra, se dio la vuelta e intentó dirigirse al bar. Necesitaba algo fresco, sin alcohol, y una bocanada de aire.

Jamás volveré a beber una gota de alcohol.

¿En qué estaba pensando, bailando así? No era propio de ella, nunca se había comportado así... de esa manera... ¡Al diablo!

¿Dónde había ido a parar su columna vertebral? Enderezó los hombros, intentando recuperar algo de dignidad.

—Una Coca-Cola, —pidió al camarero, sentándose en el taburete. La música allí era más apagada, el aire menos enrarecido.

Estuvo tentada de darse la vuelta, pero mantuvo los ojos fijos en la barra. Estaba agrietada en un par de sitios, las gotas de humedad que dejaban los vasos llenos vibraban y se reflejaban en pequeños arco iris de los focos.

—Es cruel excitar así a un hombre y luego salir corriendo. —La voz de Nicola, divertida y nada avergonzada, resonó a pocos centímetros de ella.

Cristina se giró bruscamente y chocó con una barbilla de fuerte carácter.

—¡Por Dios, Zanini! ¿Quieres matarme esta noche?, —espetó, con la mano en la frente dolorida.

¿De qué estaba hecho? ¿De acero?

Lo miró con los labios apretados por la decepción. Si seguía sonriéndole así, dejaría de ser su propia dueña. Aquel hombre podía irritarla y, al mismo tiempo, hacer que sus hormonas cantaran.

—¿Yo?, —preguntó, llevándose una mano al pecho inocentemente—. Ya me has pegado dos veces y todavía estoy esperando un beso. Eso es lo que se hace cuando quieres desear una rápida recuperación, ¿sabes?

Cristina parpadeó. ¿Hablaban en serio?

—¿Qué es lo que quieres? ¿Por qué me sigues?

La risa de Nicola la hizo sentirse bastante estúpida. Quizás había sido un poco presuntuosa.

—Tienes poca memoria, ni siquiera ha pasado una semana, —observó, acercándose un poco más—. ¿Hace falta que te lo recuerde?

Se obligó a no sonrojarse, pero no pudo. Más le valía admitirlo: se sentía desesperadamente atraída por él.

Había algo en la forma en que sonreía y se movía que enviaba una señal al cerebro de las mujeres y las instaba a ofrecerse a él. Pero ella era más fuerte que los instintos, su voluntad podía contrarrestar las punzadas de deseo que sentía entre sus brazos.

—No sé que se te ha metido en la cabeza, pero aléjate. Ya tengo bastantes problemas como para que un jugador mediocre me siga como un perrito.

La mandíbula de Nicola se endureció.

Podría haber aclarado el mensaje sin ofenderle.

—No lo piensas en serio, —objetó.

Sí, de hecho, no lo pensaba. Nicola era un jugador de baloncesto brillante, pero nunca lo admitiría. Era orgullosa, y la aversión de Edo hacia el capitán del Olimpia estaba demasiado arraigada como para no contagiarse de ella.

—¿Sabes lo que pienso, acaso? —Dio otro paso hacia delante, obligándola a levantar la cabeza para mirarle.

Cristina, sentada en el taburete, encajonada entre la barra y aquella pared de músculos largos y delgados, se sintió atrapada.

—Te gusto, —afirmó con convicción.

Ella no sabía si reír o gruñir de rabia.

—Zanini, déjate de chorradas de machito, —le advirtió, tratando de convertir la tensión que se estaba creando entre ellos en furia ciega. Pero era difícil cuando cada aliento la embriagaba con el aroma picante del hombre y de One Million—. La última vez no tuviste suerte.

Él asintió, pensativo, y la perla del cartílago de su oreja izquierda brilló bajo los focos. La facilidad con la que se fijó en ese detalle era señal de que ella le estaba mirando demasiado. Y, de hecho, ahora podía describir con precisión la forma de la cicatriz que tenía bajo la barbilla, resaltada por su falta de barba. Ese tatuaje en el lateral de su cuello, sin embargo, simplemente no entendía lo que era...

—Tendré que cambiar mi estrategia. Tú eres diferente.

¡Cálmate, no le rompas el vaso en la cabeza!

Apoyó las palmas de las manos en el pecho de él para apartarlo. Sobrestimó su propia fuerza: era imposible moverle, y Nicola se aprovechó de eso. Le cogió las manos y las mantuvo allí, sobre sus pectorales firmes y bien definidos.

—Suéltame, —le insinuó ella, con voz fría como el hielo—. Ahora.

Él se atrevió a reír, a mostrar una hilera de dientes blancos y rectos. Cristina empezaba a odiar toda aquella perfección. ¿No podía tener los dientes torcidos, mal aliento y alguna enfermedad de la piel?

—No, Cristina, —respondió con firmeza, bloqueando sus protestas.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Hice unas cuantas preguntas, —contestó Nicola, y le miró con mala cara para obligarle a dar más explicaciones—. Puede que tu hermano me odie, Dios sabe por que, pero seguimos teniendo amigos en común.

Cristina resopló, escéptica.

—Los amigos de Edo no hablan con sus enemigos.

—No todo gira en torno al baloncesto, —la amonestó con indulgencia.

Que Zanini la sermonease... ¡Qué bajo había caído!

Intentó zafarse de su agarre, pero sus dedos se apretaron contra los de ella.

—¿Disfrutas atormentándome?, —le acusó, renunciando a soltarse y empezando a ser consciente de lo caliente que estaba su piel bajo su camiseta húmeda.

—No, me gusta mucho.

Se obligó a no sonreír, aunque el impulso era fuerte. ¿Era así como trataba a todas las

mujeres con las que quería acostarse?

—¿Es la persecución lo que te excita?, —le preguntó ella sin pensar. Se mordió el labio inferior hasta que le dolió. ¡No debería haberle animado!

Nicola inhaló bruscamente y siguió aquel movimiento con atención, embelesado.

—Lo entiendes, ¿verdad?, —preguntó él, sin responder a su pregunta—. Sabes lo importante que es para un deportista participar con constancia en los entrenamientos.

—¡Por supuesto!, —respondió Cristina con fervor—. No es solo un trabajo, es una forma de pensar, de comportarse, de...

Las palabras se le quedaron en la garganta. Nicola la miró suavemente y su sonrisa la incomodó. No era la sonrisa depredadora que había exhibido antes. Tenía los labios cerrados, apenas doblados, el hoyuelo visible, las comisuras de los ojos entrecerradas en finas líneas de expresión. Era una buena sonrisa, de esas que hacen palpitar el corazón porque solo pueden indicar una cosa: aprobación.

—¿Lo has descubierto siguiendo a Edoardo en su carrera? —Su curiosidad era genuina, su voz había perdido la nota provocativa.

Tal vez fue el pulgar de él trazando círculos en la palma de su mano o su sincero interés lo que la impulsó a romper alguna barrera y hablar. No habría sido capaz de explicarlo, pero en un momento estaba intentando apartarlo y al siguiente las palabras salían de su boca sin freno.

—Sé lo que significa descuidar los estudios para entrenar, lo agradable que se vuelve con el tiempo el olor acre y polvoriento del vestuario, —respondió Cristina. Una mueca amarga curvó sus labios al expresar aquella lista de detalles entrañables en los que pensaba con demasiada frecuencia, a pesar de que habían pasado los años—. Es difícil renunciar a la adrenalina que te da la competición. Perder la sensación de compartir con el equipo, en cambio, puede romperte el corazón.

Se dio cuenta de que tenía las manos libres cuando consiguió llevarse la mano derecha a la garganta. El remordimiento le hizo un nudo en la tráquea que le impidió continuar.

Levantó los ojos y buscó el contacto con los de Nicola. Le desafió a sentir lástima, pero no la sintió. Solo le ofreció comprensión y una suave caricia en la garganta.

—¿Por qué tuviste que parar?, —le preguntó Nicola, mostrándose perspicaz. Solo una lesión podría haberla apartado de las canchas de baloncesto.

—Es difícil jugar cuando tus vértebras colapsan unas sobre otras. —Le temblaba la voz y esperaba que Nicola no se diera cuenta.

Odiaba mostrarse débil, revelar que aún no había podido superar el trauma de la operación. ¿Cómo iba a poder? La ausencia forzosa del deporte no era lo único que le recordaba lo que había pasado.

No se pasan horas bajo el bisturí sin que queden cicatrices. La rehabilitación había sido demasiado larga para que olvidara las punzadas de dolor, la forma en que los puntos de sutura tiraban de cada movimiento. El rosario de personas a las que había perdido de vista le había crispado los nervios más que los meses de inmovilización total. Compañeras de equipo y entrenadores habían acudido primero en masa al hospital, luego los entrenamientos, el tiempo apremiaba y... Un claro mensaje de que para ellos todo continuaba sin ella. Con solo diecisiete años se había encontrado con una carrera cortada de raíz, malos recuerdos y cicatrices.

—Eres increíble. —La voz de Nicola la distrajo de sus tristes pensamientos y volvió al presente, aunque con el corazón más pesado.

—Les pasa a muchos deportistas, —restó importancia, tratando de que no le importara la

admiración que goteaban sus palabras.

—A *ti* te ha pasado.

Cristina soltó una carcajada.

—Pareces disgustado. No te preocupes, con un poco de suerte llegarás al final de tu carrera con todos los huesos en su sitio.

Se volvió hacia la barra, donde su Coca-Cola reposaba olvidada y ahora tibia, eludiendo la ardiente mirada de Nicola.

Se sentía exhausta, y no tenía ganas de seguir luchando con aquel Adonis. ¿Qué podía decirle como despedida?

—Ahora ya conoces la historia de mi vida. Deportista fallida y seguidora de Stars Roma por compensación.

Levantó su vaso hacia él, imitando un brindis.



“Pareces disgustado.”

Nicola estaba disgustado, pero no porque pensara en la posibilidad de que su carrera quedara destrozada por una lesión.

Miró la valiente sonrisa de Cristina y su historia le pareció grotesca. E injusta.

Escrutó la expresión de la mujer que, sin intentar seducirle, había conseguido colarse en sus pensamientos.

Había intentado olvidarla, pero ningún entrenamiento, por agotador que fuera, le había quitado la sensación de competición inminente. Y esa competición se había presentado ante sus ojos media hora antes, enfundada en un trapo negro que apenas cubría unos pechos pechugones y en unos vaqueros que abrazaban el culo más alto y firme que había visto en mucho tiempo.

Encontrarse con Cristina en Goa no había sido ninguna sorpresa. Aquella noche se había montado en su Ducati y se había dirigido al club con la esperanza de encontrarla allí. El club era el lugar favorito de los deportistas de la capital y sus groupies, incluso Edoardo De Santis solía frecuentarlo. No había sido difícil suponer que Cristina frecuentaba los mismos clubes que su hermano, así que había decidido intentarlo. Sin embargo, no había planeado asistir al pequeño espectáculo de luces rojas en medio de la pista de baile, en la que se había rozado con desconocidos.

Es decir, tenía un ejército de admiradoras gritonas, algunas de ellas incluso guapas sin el retoque de las App que las hacía parecer a Angelina Jolie en las redes sociales, pero De Santis estaba muy buena. Picante, pero caliente.

Y él la quería para sí.

Todavía le ardía la mejilla por el recuerdo de la bofetada que le había dado el domingo anterior y, desde que ella le había tocado, parecía tener una erección perpetua. Una situación embarazosa por varias razones, entre otras porque compartía las duchas del PalaTiziano con otros once hombres perpetuamente cachondos.

Había intentado explicar por que la encontraba tan atractiva. Al principio se había acercado a ella por sus piernas.

Se había fijado en ella durante el partido, mientras gritaba ánimos al capitán contrario e insultaba al árbitro. Tanto fuego le había golpeado, pero conocía lo suficiente a las chicas como para saber que para conseguir a un jugador de baloncesto podían fingir cualquier cosa, incluso entender las reglas del juego. Sin embargo, la morena era casi tan alta como el base de su equipo, con la diferencia de que tenía una vagina, unas tetas asesinas y dos piernas que parecían una pista de aterrizaje: largas, rectas, estilizadas.

Sí, puede que fuera demasiado alta para ser una mujer, pero no era desgarbada ni anoréxica como una modelo. El hecho de que apoyara a Edoardo solo había sido un incentivo. El capitán de los Stars le había hecho escupir sangre en la cancha y robarle su jugueteo había parecido la venganza adecuada.

En cambio, había sido un desastre desde el principio. La chica no había chillado, ni le había sonreído maliciosamente, ni siquiera le había propuesto follar con él en el baño de la instalación. ¿Algo más que añadir a la lista? Desgraciadamente, sí: Cristina no era la chica, sino la hermana del hombre que siempre le había detestado, no se excitaba cuando utilizaba el coqueteo y solo le causaría más dolor si tuviera el gancho de derecha de Mike Tyson.

Con ella, las tácticas que le aseguraban una nueva muesca en el cinturón cada vez que le apetecía habían resultado ineficaces.

Normalmente las chicas no se daban cuenta de que les estaba tomando el pelo y confundían los insultos con cumplidos. Cristina le había desenmascarado a la primera broma.

“Muñequita” no era un término cariñoso, sobre todo cuando no sabes una mierda de la chica en cuestión. Era solo una forma de dejar claras las posturas: la putita de turno debajo, con las piernas bien abiertas, mientras él la usaba sin molestarse en recordar su nombre.

El de Cristina, sin embargo, lo tenía grabado a fuego en el cerebro como si alguien hubiera puesto sus letras al rojo vivo en un brasero y luego lo hubiera marcado como a una res. Y es que la mujer que se sentaba en el taburete frente a él le había dado algo que solo sentía en el campo.

La emoción de lo inesperado.

Hacía tiempo que no encontraba nada divertido en las conquistas fáciles, y su trabajo no le ayudaba: le garantizaba el típico séquito de trepas en busca de anillo y, con los años, un divorcio con casa en Parioli¹ y un sustancioso cheque de manutención con el que celebrar fiestas a base de alcohol, coca, amigas fluidas y toy boys con aspiraciones de estrella de cine.

No conocía a Cristina, pero enseguida le había parecido diferente.

Había pocas cosas en las que confiara y su instinto, el que había llevado a Olimpia a la categoría A2 en un par de campeonatos, era infalible.

Ahora, después de casi una semana, estaba seguro de que la impresión que le había causado aquella tarde había sido correcta, pero insuficiente.

Cristina era más que una mujer atractiva y brillante.

Era una superviviente.

La observó con respeto y admiración, con el pecho encendido por una extraña sensación.

Le parecía increíble que una deportista, después de semejante lesión, fuera capaz de restar importancia a un pasado escalofriante.

Apretó los ojos un segundo y la imagen de sí mismo metido en una cama con una fractura vertebral le dejó sin aliento.

Era un pensamiento insoportable.

—¡Qué mierda!, —oyó y devolvió la mirada a Cristina, que se apartó la bebida de los labios con expresión de asco—. Me debes una Coca-Cola, esto está imbebible, —bromeó, pero Nicola la tomó en serio.

Levantó el brazo para llamar al camarero. Permaneció en silencio mientras este preparaba un nuevo vaso, preguntándose como Cri podía reírse cuando él se sentía desconcertado por revelaciones que no deberían haberle impactado.

En cuanto se dio cuenta de su cambio de humor, una expresión de confusión apareció en su rostro.

¿Qué había esperado? Si hubiera pensado que podía soltar la bomba de un incidente potencialmente incapacitante y luego fingir que no había pasado nada, se habría llevado una gran decepción.

Nicola no era un monstruo y no era insensible, aunque tenía que admitir que sus sentimientos iban un poco más allá de la compasión por los demás.

Se sentía fatal por cosas que le habían ocurrido a un desconocido siglos atrás. Y no ayudaba que estuviera siendo irónica: solo enfatizaba lo mucho que seguía sufriendo.

—Bebe y luego vuelve conmigo a la pista, —le dijo, después de recibir el pedido y alargar la bebida.

—¿Por qué iba a hacerlo?, —se burló ella, llevándose el vaso a los labios. El borde del vaso no ocultó su sonrisa maliciosa y Nicola sintió como tiraba de su erección.

—Porque ahora no estamos lo bastante cerca. —Y sintió ganas de sentirla sobre él como media hora antes, de sentir su cuerpo y asegurarse de que las cicatrices solo estaban en su corazón.

Los ojos de Cristina se abrieron de sorpresa, antes de atragantarse con su Coca-Cola.

—¿Te parece algo que decir?, —gritó, mientras le daba la espalda y buscaba unos pañuelos con los que limpiarse.

Nicola no pudo contener una carcajada.

Su reacción la enervó, encendiendo sus mejillas.

—Por Dios, ¿quieres largarte de aquí?, —ladró, indignada.

—Ni lo pienses. No te librarás de mí tan fácilmente, —le prometió él. Entonces, como ya se había hartado de tomarle el pelo, decidió que era hora de ir al grano y coger lo que quería.

Agarró el taburete de ambos lados de sus muslos y tiró de Cristina hacia él.

Ella estalló en un escandalizado “Oh”, pero Nicola ignoró la protesta y le llevó las manos al cuello.

—Ahora estamos cerca, —aclaró, satisfecho.

Cristina levantó la cara hacia él y lo miró con ojos grandes y claros. Asustada.

¿O quizás excitada?

—No has pedido permiso, —le señaló. Su respiración era irregular y a Nicola se le aceleró el pulso.

La miró fijamente hasta que ella apartó la mirada, luego le cogió la barbilla entre los dedos y decidió que iba a ser sincero. No iba a mentirle, no era de esos tipos.

Su interés por Cristina estaba cruzando la línea entre querer sentir sus piernas alrededor de sus caderas y otras más insidiosas de averiguar todo sobre ella, no solo lo que mostraría en posición horizontal.

Si no hubiera estado al día con el programa, habría encontrado la manera de conseguir lo que quería, pero primero tenía que asegurarse.

—Quiero follarte, Cristina. No eres tan ingenua como para no darte cuenta.

Se le congeló el pecho a medio respirar.

Nicola no le quitó los ojos de encima, decidido a leer cada mínimo signo de interés.

Sus dedos le acariciaron el pelo en la base de la nuca. Se sintió desplazado por ella.

—No sabía que fueras adicto a la violencia, —comentó Cristina, recordándole el episodio de unos días antes y amenazando con repetirlo.

Tonterías.

No había animosidad en sus ojos y su tacto le decía otra cosa.

Extendió la palma de la mano por su mejilla y, aun a través de la piel endurecida por años de contacto con el baloncesto, pudo saborear su suavidad.

—Si no fueras tú, ya estaríamos en algún sitio poniéndonos las botas, —le dijo, fascinado por aquel cambio de actitud.

No era complaciente, solo lánguida y femenina.

—¿El hecho de que sea yo lo cambia?

Nicola buscó señales de un escollo, preocupado por primera vez de poder decir algo incorrecto a la mujer perfecta. Aquella situación era nueva para él.

—No eres el tipo de chica con la que pueda follar y olvidarme, —explicó con sinceridad, sorprendido de que aquella afirmación no le hiciera salir corriendo. Le pasó el pulgar por el labio inferior; era suave y estaba ligeramente húmedo—. Ni siquiera estoy seguro de querer hacer eso.

Cristina llevó las manos a los hombros de él en un gesto natural, pero no inocente.

—¿El qué?, —preguntó, apretando los párpados y con una sonrisa inteligente, deliciosamente—. ¿Follarme u olvidarme?

Nicola tuvo que apretar las mandíbulas.

La erección acababa de pasar de ser molesta a doler como un demonio.

Se le había dado bien excitarle en la pista, moviendo el culo contra su polla y acariciándosela, y aún estaba en el límite de permanecer indiferente ante aquel desafío.

—¿Qué crees tu?, —le preguntó con voz áspera.

Las manos de Cristina se deslizaron sobre sus pectorales y sus dedos se abrieron de par en par. Estaba a punto de apartarlo y Nicola enganchó un pie en la pata del taburete para inmovilizar a la mujer y acomodarla contra él.

Cristina lo fulminó con la mirada y exhaló un suspiro exasperado, sacudiendo la cabeza.

—Creo que estamos en un lugar público, —le recordó, pero Nicola tenía demasiada experiencia como para no darse cuenta de que más que una llamada al orden era una incitación.

¿Quería que la llevaran a un dormitorio? No había pensado en otra cosa desde que habían tenido sexo en la pista de baile con la ropa aún puesta al ritmo de la música house. Bueno, quizá desde mucho antes.

—Eso es una provocación descarada, —murmuró.

Le temblaron los labios en una mueca, pero luego levantó la barbilla fingiendo un aire de superioridad.

—Es solo la verdad.

—Es una provocación descarada, —repitió riendo.

—Tal vez, —contestó Cristina, encogiéndose de hombros, y luego sonrió, y Nicola tuvo que reconsiderar la idea de que era un coño al que había que domar.

Estaba lejos de ser fría.

—Eres peligrosa, —le dijo, inclinándose y rozándole el pómulos con la punta de la nariz.

El suspiro de Cristina rozó su mejilla y su oreja, haciendo que se le pusiera la piel de gallina.

—Ya sabes lo que opino de los halagos...

Sí, igual que sabía que estaba excitada. Ella temblaba, su respiración era errática y la máscara de bravuconería se deshacía ante sus ojos.

Nicola se sentía tan embriagado como en el instante anterior a ver un tiro de tres puntos entrar en el aro.

—Pero aún no te he dicho lo que pienso de las mujeres desvergonzadas, —murmuró, acercando la boca al cuello de ella, donde el latido acelerado confirmaba lo alterada que estaba.

Cristina torció la cabeza para facilitarle el acceso.

Mierda.

—No soy desvergonzada, —protestó, con la voz ahumada.

No, no lo era, no necesitaba serlo. Estaba dotada de un encanto natural y un ingenio listo y, si hubiera sido un poco más consciente de lo mucho que le excitaba ese abandono mezclado con bromas descaradas, podría haberle provocado un coma erótico en el hospital con solo una mamada.

—Eso es algo que tenemos que arreglar, —murmuró, dándole un beso detrás de la oreja.

Cristina se estremeció.

—¿Cómo? ¿Haciendo de las tuyas en los asientos traseros de un coche?

Él estaba a punto de asentir, pero una mirada a la ceja arqueada de Cristina le hizo retroceder.

Ella había esperado que él respondiera como el arrogante machista que era, y Nicola había entendido lo suficiente sobre ella como para saber que esa gilipollez solo la enfadaría.

Puso cara de ofendido y mintió entre dientes:

—¡No soy tan grosero!

Cristina no se dejó engañar: su otra ceja también se disparó hacia arriba y no necesitó hablar para decirle que pensaba que era un patán hormonado.

—¿Me estás desafiando?, —le preguntó entonces, con una sonrisa pícara.

—Oh, no me atrevería. Te cruzarías en mi camino y me llevaría un tirón en los pantalones.

La sorpresa ante aquella inesperada respuesta hizo que sus ojos se abrieran de par en par, pero inmediatamente la diversión suplantó la dureza de aquellas palabras que solo tenían un objetivo: volver a burlarse de él.

Ahora estaba seguro de que Cristina se sentía atraída por él.

—Esto sí que es un reto y no hace más que empeorar tu situación, —le advirtió, pensando ya en lo perfecto que se vería aquel firme culo todo rojo por sus azotes.

—Lo sé, —replicó ella, dando a entender que habría acabado allí mismo con él en aquellos asientos —y la polla de Nicola se levantó en señal de aprobación—, pero no era eso lo que tenía en mente. Ya no.

Joder, ¿qué se había apoderado de él?

Uno no rechaza las insinuaciones de una mujer. Jamás.

Era una regla no escrita compartida por los hombres, incluso su padre se había encargado de inculcárselo cuando le había metido un condón en la cartera a los trece años. Pero Cristina no se merecía un polvo y, por primera vez, pensó que no se la merecía.

Podría haber tenido más, podría haber conquistado a una mujer inteligente y testaruda, con el corazón leal y honesto de un atleta. No lo habría echado todo a perder por un poco de sexo frenético y sudoroso. Y no iba a dejar que ella lo rechazase después de una noche.

Cristina estaba dispuesta, sí, pero asustada. Se había dado cuenta cuando, después del baile,

había leído el terror en sus ojos por haber atraído a un hombre que podría pasarle factura.

—No soy tan malo, —le dijo, sintiendo en su interior el impulso de demostrárselo—. Y, a pesar de lo que he dicho, no tengo intención de llevarte a la cama.

—¿Ah, no?, —le preguntó ella de forma arrogante, pero pudo darse cuenta de que no entendía una mierda y estaba dolida.

¿Realmente había querido decir su frase como un rechazo?

—Ahora mismo no, —se apresuró a aclarar él, y entonces, sin hacer caso de la actitud cerril de Cristina, la agarró de las manos y la atrajo hacia sí.

La débil resistencia de su cuerpo duró poco. Nicola aprovechó aquella momentánea rendición y la apretó con mayor vigor.

Dios, ella lucía divinamente entre sus brazos. De una forma que le habría perturbado, si no hubiera sido tan placentera. Bien.

—Cristina De Santis, mereces ser cortejada, —continuó, decidido—. Te deseo, y siempre consigo lo que quiero.

Cristina tembló entre sus brazos y Nicola apretó los dientes para no mostrarle como, en contra de sus intenciones, su cuerpo reaccionaba a la presión de sus pechos contra su pecho. Sí, seguía convencido de que conocerla y esperar era la opción correcta, pero eso no hacía que sus pelotas pesasen y se contrajesen menos.

Dolor a-t-r-o-z.

—No soy un objeto, —protestó Cristina, más por espíritu de contradicción que por convicción.

La forma en que correspondió a su abrazo, con las uñas clavadas en sus lumbares, justo debajo de sus omóplatos, y la frente encajada bajo su barbilla, fue la demostración más dulce y femenina de lo mucho que apreciaba su consideración y su compromiso.

Seguramente ella lo había llevado todo al nivel de un polvo para ponerlo a prueba. Pues bien, él le había demostrado que no solo era capaz de encestar. Estaba orgulloso de sí mismo.

—Eres preciosa, —le dijo, besándole la frente—. Eres ingeniosa, apasionada y condenadamente valiente. Acabo de encontrarte, ¿cómo voy a dejarte marchar?

Ella apenas se inmutó al buscar sus ojos y lo miró sorprendida, con tal emoción que su corazón dio un salto en respuesta.

Nunca había sabido que deseaba ser objeto de tanto ardor. ¿Cómo había podido renunciar a ello?

Cristina iba a ser suya, verdaderamente suya, ella...

—Quítale las manos de encima o te reviento.



Hay un momento particular, cuando uno es sorprendido haciendo algo mal, en el que se tiene la sensación de una tragedia inminente. La respiración se entrecorta demasiado, los ojos se abren de par en par, las cuerdas vocales se paralizan. Dura muy poco, un abrir y cerrar de ojos, pero lo justo para que los pulmones empiecen a clamar por aire y el corazón pida permiso para precipitarse salvajemente.

Cristina estaba segura de no haber hecho nada malo, pero se sintió culpable al mirar las fosas nasales temblorosas de Fabrizio. Lo conocía desde hacía unos diez años y no recordaba haberlo visto nunca tan enfadado. Los rizos castaños, que normalmente le daban un aire aniñado, enmarcaban ahora un rostro endurecido por el desprecio.

El chico ni siquiera me dirigió una fugaz mirada: sus ojos vidriosos de ira y llenos de resentimiento estaban fijos en Zanini.

¿Qué había hecho para merecer semejante trato?

—Discúlpate con la señora: nos has interrumpido. —La voz de Nicola sonó fría, no tan cálida como lo había sido antes en su oído.

Cristina enderezó la espalda y se colocó entre los dos, decidida a mantener sus puños al margen de aquella discusión.

—Tranquilos, sementales, que la señora os puede dar una patada en el culo.

La broma no disolvió la tensión, solo sirvió para dirigir la atención de Fabrizio hacia ella.

La vergüenza le cerró la garganta. ¿Era asco lo que leía en su mirada?

Diablos, no había hecho voto de castidad; ¡podía coquetear con un hombre sin que el perro guardián de Edo la mirara como si no fuera buena!

—¿Nos acompañas, Fabrizio?, —ironizó ella, poniéndolo furioso.

—¿Sabes quién es?

—El pivote del Olimpia, —contestó Cristina con prontitud, e incluso logró esbozar una sonrisa. No le daría la satisfacción de mostrarse intimidada.

—¿Sabe tu hermano con quién estás tonteando?

Si solo hubiera habido acusación en su tono, se habría hecho la tonta. En realidad, le habría ignorado y habría pasado por alto su villano comportamiento. La culpa, sin embargo, no se la

merecía, ni se merecía que se retractara así delante de Zanini.

—No es asunto suyo, ni tuyo.

—Espera a que se lo diga a Edo, y te quitará las ganas de presumir.

¡Eh no, no debería haber dicho eso!

—Ahora vuelvo, —le dijo a Nicola.

—Cristina... —empezó, con una nota de advertencia en la voz. ¿Qué iba a hacer? Ella lo sopesó con la mirada y negó con la cabeza. Lo último que necesitaba era que un desconocido se sintiera posesivo con ella y se erigiera en defensor de su honor. Lo de Fabrizio era un asunto personal y, por muy excitante que fuera Nicola, no toleraba ese tipo de intrusiones.

—No me sigas, —insinuó, decidida.

No esperó su respuesta, agarró a Fabrizio por el brazo y tiró de él.

Estaba tan furiosa que tuvo que apretar un poco más de la cuenta: su amigo siseó frustrado y la siguió hacia la entrada de la discoteca.

La puerta, custodiada por dos porteros, estaba abierta. El aire fresco y limpio la ayudó a drenar la sangre que le había subido al cerebro. Respiró hondo y se volvió hacia Fabrizio.

—Tienes un minuto para disculparte, intenta ser convincente.

—¿Por qué?, —replicó él, estupefacto—. ¡Te estabas ligando al enemigo!

Aquellas palabras, que había utilizado por primera vez para definir a Nicola, le parecieron ridículas.

—¿Enemigo? Solo es un jugador de baloncesto, —protestó con vehemencia. Fuera de la cancha Zanini ya no era el número cinco de Olimpia, sino solo un tipo, aunque irritante, simpático y dulce...

—¿Solo? Es un rival.

—Si el club te vendiera al Olimpia, ¿tendría que dejar de hablar contigo de la noche a la mañana?, —le preguntó, y no se le escapó lo hipócrita que sonaba esa frase, pronunciada por ella.

“*No todo gira en torno al baloncesto*”, le había dicho Nicola, cuando Cristina se había mostrado dispuesta a atacarle por atreverse a hablar con ella.

—No me gusta, —lanzó Fabrizio, molesto por haber sido regañado. Lástima, empezaba a gustarle como la miraba Nicola. Como si fuera un caramelo y no pudiera esperar a desenvolverlo.

—Tarde o temprano Edo y tú me explicaréis que ha hecho mal..., —gimió, exasperada.

El rostro de Fabrizio se endureció en una máscara de reserva.

—Aléjate de él y no hagas preguntas, ¿entendido?

¿Acaba de darme una orden?

Cristina se puso colorada y le empujó con una fuerza insospechada, alimentada por años de resistencia silenciosa.

Había que proteger a la mascota de los Stars Roma, aunque eso significara tratarla como a una niña imbecil.

Su hermano no había sido el único en rechazar pretendientes de ella, y si un recién llegado había mostrado algún interés, sus compañeros lo habían disuadido con amenazas.

Ella ya no aguantaba más. Estaba saturada de sus gilipolleces.

Había una delgada línea entre la consideración y la falta de respeto hacia ella, y Fabrizio acababa de cruzarla.

Sabía como evaluar a la gente incluso por sí misma.

—¿Sabes lo que va a pasar ahora, verdad?, —le amenazó con voz cargada de ira.
La expresión de Fabrizio pasó del enfado a la alarma en el espacio de un segundo.
Los errores tácticos se pagan. Siempre.

—No vuelvas a atreverte a decirme lo que tengo que hacer, —continuó, forzando un tono tranquilo y decidido—. Acabas de entregarme a los brazos del “enemigo”, —le dijo, y lo decía en serio.

Si diez minutos antes había tenido dudas sobre como enfrentarse a Zanini, preocupada por la reacción de su hermano, la orden de Fabrizio le había despejado la mente.

Había llegado el momento de poner fin a las intromisiones de sus amigos y coger lo que quería. Y daba la casualidad de que el objeto de sus deseos era el mismo hombre al que cada uno de ellos se opondría.

—Cristina...

Ignoró la llamada de Fabrizio y le dio la espalda para llegar al bar Goa.

Hirviendo de rabia, se movió entre la masa de gente, empujando a quien se ponía a su alcance para descargar la tensión acumulada y culparse a sí misma. Su adoración por su hermano, su dedicación a su equipo sustituto la habían hecho pasar de todo.

Bueno, la partitura cambiaría.

Desvió la mirada por encima de las cabezas de los presentes hasta encontrar a Nicola.

La esperaba con los brazos cruzados sobre el pecho y expresión sombría.

Era guapo. Y cabreado...

Aceleró el paso para alcanzarlo, pero él se fijó en ella y se le echó encima antes de que pudiera andar un metro.

Cogió su cara entre las manos y la estudió con atención.

A pesar de su enfado por haber sido desplazado, había corrido hacia ella.

A Cristina le recorrió el cuerpo un torrente de electricidad tan intenso que se sintió vacilar.

¿Desde cuándo había dejado de sentirse una mujer digna de atención?

Tomó aire y se reflejó en los ojos verdes de Nicola.

—¿Estás bien?, —le preguntó.

La pregunta la sorprendió no tanto por su contenido como por el sincero interés que expresaba.

¿Quién era realmente Nicola Zanini? ¿El hombre trivial que se tiraba a media Roma o el que la miraba ahora, fulminándola con la mirada ante la posibilidad de que alguien le hubiera hecho daño?

Cristina se dio cuenta de que se había quedado sin aliento, con el estómago apretado.

Le había ofrecido sexo anónimo y él la había rechazado, recordó. No se había creído su declaración de compromiso y lo había interpretado como una bonita forma de hacerle saber que no estaba interesado y que desaparecería al día siguiente.

¿Era posible que aquel hermoso Vikingo, enviado por Odín para asaltar corazones, hubiera hablado en serio?

Su corazón estaba a punto de estallar.

—Ahora que estoy contigo, sí, —le respondió con sinceridad, y al diablo la cautela.

Era lo que había que decir. Nicola sonrió, con sus dientes blancos y sus hoyuelos.

—Me gusta como me miras, —murmuró él, fascinado. La ternura hizo que las comisuras de su cara fueran menos angulosas—. ¿Te has dado cuenta de lo maravilloso que soy? Voy a la iglesia todos los domingos, llevo una vida sana y, mírame, no me quedo atrás.

Una sonrisa reticente onduló sus labios mientras el nerviosismo se desvanecía por completo y era sustituido por algo que se parecía peligrosamente a la alegría.

—No estás mal, —se burló de él, impresionada de que hubiera sido lo suficientemente agudo como para amortiguar una situación desagradable con una broma—. Y esta noche eres el único hombre al que no quería abofetear.

—Ya he tenido mi dosis.

Ella se sonrojó, recordando la bofetada que le había dado unos días antes.

—Lo siento... —empezó, deseosa de enmendar cualquier error anterior, pero Nicola le llevó un dedo a los labios, cerrándole la boca.

—Me lo merecía, —declaró convencido—. Y entonces me hizo darme cuenta de algo... —Le movió un mechón detrás de la oreja, pasando el pulgar por un pómulo.

—¿De qué?, —preguntó ella, embelesada y a la vez perturbada por aquella caricia.

—Que hay gente por la que merece la pena arriesgarse.

Cristina bajó la mirada. No estaba segura de haber entendido todas las implicaciones de aquella frase, pero de repente mirarle se le hizo muy difícil.

—Dame tu teléfono, —ordenó, tratando de mantener la voz firme.

Nicola metió una mano en el bolsillo de sus vaqueros y sacó su smartphone. Si él había adivinado lo que ella planeaba hacer, no lo demostró.

Le temblaban los dedos al moverlos por la pantalla, en sus oídos el palpitir de su corazón estaba a punto de partirle los tímpanos.

—Tengo que irme, —le dijo, devolviéndole el teléfono.

Los párpados de Nicola se tensaron, circunspectos.

—¿Es por Boschi?

Cristina negó con la cabeza, no del todo sincera. Su nerviosismo por la pelea con Fabrizio latía bajo las brasas de un sentimiento muy distinto que la hacía sentirse vulnerable.

Necesitaba estar sola, eliminar los chupitos que se había bebido una hora antes y pensar con más claridad en los acontecimientos de la noche.

Pero de una cosa estaba segura: pensaba volver a ver a Nicola.

Se puso de puntillas y le susurró al oído lo que no se atrevía a decirle cuando le miraba a los ojos: “Llámame.”

No le dio tiempo a responder. Se apartó de él y entró en la refriega del centro del club, decidida a encontrar a Roberta.

Enseguida notó algo extraño.

En medio de la multitud, apretujada entre cuerpos sudorosos, parecía respirar mejor que unos momentos antes.



El alcohol es malo para la salud. Sus entrenadores habían sido estrictos al impedirle beber. El profesor de biología le había recordado que, al igual que las drogas, el alcohol altera el comportamiento y acaba con las inhibiciones.

Recordar esas advertencias no le había impedido emborracharse un par de días antes en la discoteca. Le había parecido una buena idea relajarse un poco. Pero ya se sabe, cuando las buenas ideas vienen dictadas por el estrés y la tristeza, las consecuencias pueden ser imprevisibles.

Miró la pantalla del móvil, intentando averiguar que hacer.

Cuando había llegado a casa del trabajo, solo había tenido una idea en mente: palomitas, programas de televisión y tal vez una siesta.

Así que se había quitado el uniforme, se había dado un baño relajante y se había enfundado en un cómodo mono. Había preparado la cena con indolencia, se la había comido en su habitual soledad y luego había llegado al destino favorito de una mujer al final del día: el sofá.

Su persa, Maldición², le había dedicado una mirada e incluso se había movido unos centímetros para hacerle sitio. Un acontecimiento extraordinario, que ella había celebrado con un gruñido. Ella y su pelirrojo no solo tenían en común el espíritu de independencia, sino también un código de expresión a partir de las ocho de la tarde. Él maullaba cansado, ella le respondía con bramidos y silbidos.

Todo transcurría como de costumbre, en la reconfortante y tranquila rutina. No se esperaba que el teléfono sonara a mitad del episodio de *Sobrenatural*, mientras un Sam Winchester sangrante exhibía un físico de diez.

La tentación de dejarlo sonar solo la abandonó hacia el sexto timbrado, cuando juzgó prudente comprobar quien la llamaba con tanta insistencia.

La primera señal de alarma había sonado en su cerebro al no reconocer el número. No estaba guardado en la guía telefónica.

La segunda alarma había sonado un poco más al sur, a la altura del estómago. El bastardo había sufrido un espasmo. ¡Traidor!

¿Intentaba fingir que no había dado su número a un adonis y su cuerpo se lo recordaba? No era agradable.

¿Qué iba a hacer? La indecisión es una bestia fea, sobre todo cuando los ovarios hacen la ola y la cabeza intenta desesperadamente apelar a la Quinta Enmienda.

Cristina De Santis era demasiado orgullosa para salir corriendo, así que pulsó el botón verde.

¡Dios me guarde!

—¿Diga?, —balbuceó, graznando como un cuervo. Tenía el corazón en la garganta y sus cuerdas vocales suplicaban algo de espacio para flexionarse y estirarse.

—¿Señorita De Santis?

—¿Con quién hablo?, —preguntó ella, la vergüenza coloreando sus mejillas. ¿Podría ser que sus instintos estuvieran equivocados? Después de todo, podía haberla llamado cualquiera. ¿Qué sabían los pobres desconocidos de su reciente obsesión por los ojos verdes, los *piercings* en las orejas y los hoyuelos?

—Acabas de destrozarme el ego, Cristina. —La voz áspera de Nicola era pura seducción. Su corazón dio un salto tan repentino que se llevó una mano al pecho.

—Contaba con que reconocieras mi voz. —El tono bajó una octava y Cristina se estremeció. El hombre habría sido capaz de hacer que una mujer se corriera, aunque solo fuera susurrándole cosas muy traviesas al oído.

—No sé de que me habla, —improvisó. No quería ceder de inmediato, pero su voz sonó temblorosa a sus propios oídos. Muy poco convincente.

—Tardé una eternidad en encontrarte en la guía telefónica.

—Supongo que entre tantas gatitas y muñecas era difícil localizarme.

La risa de Nicola era... irresistible.

¿Fue la primavera lo que hizo que su cerebro entrara en barrena?, se preguntó. El polen, los árboles en flor le provocaban una extraña reacción. Estaba tensa y excitada. Dos sensaciones que no había sentido desde hacía demasiado tiempo como para no reconocerlas como algo atípico y peligroso.

Nicola era un hombre diferente a todos con los que había salido. No había nada ordinario ni predecible en él: era impresionantemente guapo, atrevido y descarado.

La mezcla perfecta para una catástrofe inminente.

—Te habría encontrado pasara lo que pasara, Nena.

—¿Es ése el nuevo apodo que me has puesto?, —le preguntó ella en tono ligero, aunque su forma de ser le resultaba irritante.

—Es la forma en que te veo. Pequeña. Tierna.

Una respuesta acertada, sin discusión, sacada al azar del libro del seductor perfecto. No le cabía duda de que la persuasión servía para ganarse a una mujer, y ella no era tan arpía como para despreciarlo, simplemente no soportaba la falsedad.

Pronunciado por él, de hecho, hasta un piropo tenía el olor del plástico con el que se atiborran sus novias de siempre.

Sí, Cristina había hecho sus deberes, o más bien Roberta había preguntado por ahí.

No había encontrado ningún argumento a favor del Vikingo, solo rumores sobre sus dotes de amante incansable.

—Eso no es halagador. —Su voz salió más aguda de lo que pretendía.

—No estás acostumbrada a que te mimen, ¿verdad?

Se levantó del sofá y empezó a caminar por su piso con zancadas tan amplias que tuvo que

repetir la vuelta una segunda vez antes de contestar.

—¿Y eso qué tiene que ver?, —soltó a la defensiva.

El suspiro de Nicola le llegó alto y claro, junto con su reprimenda bonachona.

—Reaccionas mal ante un apodo, no estás acostumbrada. —Cierto, lo más parecido a un apodo era el “Cri” que le gritaba su hermano cuando necesitaba pedirle un favor.

—La dulzura no te hace menos malota, si es eso lo que te preocupa. Hay otras cosas por las que ofenderse.

¡Vaya!

Abrió la boca sin saber muy bien que decir. Para alguien a quien no le importaban los nombres de sus compañeros, estaba demostrando un gran espíritu de observación. Era una lástima que la hubiera pillado en su punto débil.

La feminidad no era un requisito que la hubiera ayudado a integrarse en la familia del Stars Roma. Se había dado cuenta de ello a los diecinueve años, cuando Edoardo le había sugerido una forma alternativa de sentirse cerca del deporte que ya no podía practicar y una serie de consejos para evitar que sus colegas la menospreciaran.

Aún no se había rebajado al concurso de pitorreo, pero estuvo a punto de hacerlo cuando se paró a tomar una cerveza con los amigos de su hermano.

El silencio se alargó demasiado y Nicola la devolvió al tema principal, pasando de la reprimenda a la frivolidad como si no acabara de sumirla en una crisis.

—Podría ser una ventaja, ¿sabes? Mimarte un poco, —reflexionó, y Cristina casi pudo imaginarse su expresión pensativa.

¿Realmente necesitaba más ventajas? La madre naturaleza había sido demasiado generosa con el Vikingo.

Se aclaró la garganta.

—No funcionará, —se burló de él, todavía molesta, aunque la idea de ser vista como una mujer y no como una compañera de juergas empezaba a hacerle cosquillas.

—Oh, yo creo que sí, princesssa. —Subrayó la última palabra de un modo tan gracioso que soltó una carcajada. El “s” se había vuelto al menos el doble de grande—. ¿Ves?, funciona.

Cristina sacudió la cabeza.

—Hasta que empiezo a preguntarme cuantas otras habrán oído la misma chorrada.

—¿Posesiva, De Santis?

Dios mío, ¿qué demonios había dicho? Contuvo la respiración, maldiciéndose a sí misma cien mil veces. No era propio de ella dar esas respuestas. Tenía que terminar esa llamada. Ahora mismo.

—Me gusta, ¿sabes? —La voz de Nicola se sobrepuso al lío de blasfemias y represalias que bullían en su cerebro—. Significa que estás interesada en mí.

Cierto, muy cierto. Sin embargo, la sobriedad la había hecho replantearse acabar en la cama del pivot. Sus modales ya la habían conquistado, no iba a reparar un corazón herido por un polvo pasado por agua con un poco de ternura. La vida ya la había golpeado bastante.

—¿Qué te hace pensar eso?, —se burló de él para disimular lo cerca que había estado de la verdad.

—Te molesta pensar que no eres la única.

Si no estuviera tan en lo cierto, se habría reído.

—¿Entonces por qué me acosas? Por tu culpa voy a tener que volver a ver la repetición de *Sobrenatural* en el ordenador, —murmuró en el mismo tono que utilizaba para sugerir a sus

amigos como acercarse a las mujeres. Mejor dejarlo en broma que darle armas para volverla loca. Nicola rio encantado, sin darse cuenta de lo irritada que estaba.

—Me distraes demasiado, Nena, —dijo, su tono aún alegre—. Ayer tuve que trabajar duro para conseguir una maldita canasta.

—Muy mal, Zanini. No debes pensar en nada en la cancha, —intenté de nuevo, decidida a no darle espacio para que me encandilara. Pero él era persistente, y mucho más listo que ella a la hora de ligar.

—¿Ni siquiera en una chica guapa que baila como si tuviera sexo?

Cristina tragó en seco.

—¿Quieres escandalizarme?

—Eres tú la que me ha alterado, —la acusó—. No puedo dejar de pensar en como te movías.

Había sincera decepción en esa frase, como si la imagen de ella se hubiera grabado en su mente a pesar de su voluntad. Y ella era demasiado sincera para no admitir que lo deseaba: quería ser su único pensamiento, la única mujer que pudiera excitarlo.

—El desconocido con el que bailé era bueno, —susurró, decidida a dejar el aire de mastín napolitano.

Por otra parte, no era lo único que había pensado y repensado sobre como sus cuerpos se habían movido el uno contra el otro. Si cerraba los ojos, aún podía recordar la sensación de sus ásperas palmas en sus brazos, su cálido aliento en su cuello...

—¿Tienes siquiera idea de lo que me estás haciendo?, —le preguntó, y no había rastro de seducción en su voz. Parecía asombrado, casi desconcertado.

—No creía que te alteraras tan fácilmente, —consideró ella, impresionada. El tono de dolor de Nicola iba en contra de todo lo que ella sabía de él.

—Yo tampoco, pero contigo es diferente. Pienso en ti cada maldito minuto y se me pone dura. No sé que me has hecho, pero no puedo estar en un vestuario con una erección de competición sin que parezca raro.

Sus piernas cedieron y se deslizó hasta el suelo, apoyando la espalda en el respaldo del sofá.

—Tienes que encontrar una solución, —observó, rompiendo a hablar en tono pragmático.

—¿De verdad, Cristina? ¿Hago una afirmación así y ni siquiera te ofreces a aliviar mi dolor?

Tal vez lo más sensato hubiera sido sentir vergüenza, desconectar el teléfono haciendo alarde de una dignidad ofendida, pero Cristina se echó a reír. Contra toda lógica, contra la lujuria que de pronto la iluminaba, se rio con ganas.

—¿Sabes qué, Zanini? Me han dicho que merezco ser cortejada. Pero no creo que pueda ayudarte.

A ella le divertía su descaro. Sí, sus mejillas estaban calientes, pero le gustaba su lenguaje indecente. Nicola tenía confianza, no había nada que le avergonzara.

—¡Maldita sea! No puedo retractarme, ¿verdad?

—Eh, no. Soy una mujer por la que luchar, Nicola, —le recordó, utilizando los argumentos que él le había dado el viernes anterior.

—Nico.

—¿Qué?

—Llámame Nico, —aclaró él, y había tal urgencia en su tono que ella repitió el diminutivo en voz alta.

Al otro lado del teléfono, Zanini aspiró audiblemente. Aquella no era la reacción de un hombre que disfrutaba provocándola.

La deseaba.

—Esta noche tendré que volver a ducharme con agua fría. —Su voz sonó tan trágica que le arrancó otra carcajada—. Eres una bruja insensible y sin corazón. Y pensar que te llamé para arreglar las cosas.

—¿Para qué me has llamado?, —preguntó ella, con tono estridente.

—Ya sabes, todo el repertorio, —contestó Nicola, como si sus intenciones hubieran sido claras y descaradas desde el principio—. Flores, bombones y citas calientes.

Tardó unos segundos en asimilar sus palabras y se echó a reír. —¡No digas tonterías!

Pero al otro lado del teléfono no había ninguna risita cómplice, solo silencio, y Cristina tuvo que luchar contra el shock.

—Hablo muy en serio, señorita De Santis. Dígame a que hora puedo recogerla mañana por la tarde.

Sintió que el corazón se le aceleraba. ¿Quería Nicola pasar tiempo con ella? De ninguna manera. Si su voz era suficiente para hacerla entrar en fibrilación, verle de nuevo sería el golpe de gracia.

—Mañana por la tarde trabajo, —tergiversó, buscando una excusa mejor para rechazarle.

—Mañana por la noche.

No se estaba rindiendo, ¿verdad?

—No creo que sea buena idea. Estaré muy cansada.

—Ambos sabemos que te encontraré. —La promesa del Vikingo le produjo un escalofrío.

Se rindió.

¿Pensaba Nicola que merecía más? Bien, ella lo exigiría todo.

Quería ser perseguida, cazada, capturada.

Oh, ella acabaría cediendo, él también lo sabía, pero solo con sus propias condiciones. ¿La primera? Tenía que demostrarle que valía la pena rendirse a él.

—Me encantaría verte intentarlo, —le provocó entonces.

Tenía que ser un cambio agradable para él perseguir, en lugar de ser perseguido.

—¡Dios, Cri! ¿Puedes ser predecible por una vez?, —replicó él, exasperado.

El poder que tenía sobre sus reacciones le hacía girar la cabeza.

—No, Zanini. Ahora di buenas noches y déjame volver a mi programa de televisión, —le ordenó, dándole la patada. Conocía a los deportistas y estaba segura de que esas palabras le incitarían a actuar.

Acababa de convertirse en un objetivo a alcanzar, solo esperaba que la pasión de Nicola no se agotara una vez ganado aquel reto. Por eso tenía que jugar tan bien como nunca lo había hecho.

—¡Qué dulce será tu castigo!, —murmuró Nicola en un tono que la excitó al instante.

—Buenas noches, Nico, —cortó ella, utilizando a propósito el diminutivo que él le había sugerido.

—¡Esto es un golpe bajo!, —protestó en voz baja.

Cristina se rio y terminó la llamada. Una palabra más, una nota más de aquella voz ronca, y su determinación se derretiría como la nieve al sol.

Se llevó el teléfono inteligente al corazón y cerró los ojos.

Unos minutos y el pulso volvería a la normalidad.

Sonrió.



Una mirada a los mostradores, a los compañeros, a los clientes. Roberta estaba enseñando un corsé a una chica guapa de tez morena y pelo largo y negro. Buena elección, el rojo armonizaría perfectamente con sus tonalidades, consideró Cristina.

Su atención se desvió entonces hacia el probador, de donde procedían los resoplidos de una señora demasiado agobiada para ponerse el conjunto de lencería que había querido probarse a toda costa, a pesar de las alternativas propuestas por las dependientas. Miró el reloj, esperando que se diera prisa, a ser posible sin romper la ropa interior de encaje.

¿Algo más que hacer? Sobre un mostrador encontró un par de prendas para doblar. Una vez terminada la tarea, ordenó las perchas con precisión milimétrica.

Todo en La Perla tenía que ser perfecto: los clientes tenían que respirar lujo, elegancia y maestría en cada rincón. A ella y a sus compañeras les pagaban mejor que a nadie en el sector por ofrecer ese servicio, y normalmente Cristina se sentía orgullosa de garantizarlo, pero la diligencia habitual del personal estaba resultando un verdadero problema para ella aquella mañana: la máquina estaba demasiado engrasada y funcionaba a las mil maravillas como para permitirle distraerse.

Buscó con la mirada a Paola, la dependienta recién contratada, buscando una distracción. Con decepción se dio cuenta de que lo estaba haciendo bien, parecía simpática, experimentada...

—¿Estás intentando desgastar la alfombra?

Cristina jadeó, pellizcada por la voz de Roberta como por la picadura de un mosquito.

—¿Qué?, —jadeó.

Su amiga la estudió con los párpados entrecerrados y el ceño fruncido. Si seguía así, le saldrían arrugas. Estaba a punto de decírselo, pero ella le interrumpió.

—Estás nerviosa y maniática. ¿Quieres dejar de merodear como un animal enjaulado? —La pregunta estaba formulada en un tono brusco, pero era imposible no notar un atisbo de preocupación.

—Todo impresión, —cortó en seco—. ¿Has conseguido vender ese conjunto?

La ceja arqueada de Roberta le dijo más que los labios fruncidos en un mohín.

No la creía.

¿Qué podía decirle que no atrajera sus burlas?

—Se supone que vendo lencería a señoras que nunca cabrán en un tanga, pero estoy pensando en algo totalmente distinto... Para ser precisas, ¿boxers de seda negra para deslizar por un par de piernas tan largas y sólidas como troncos?

No, ese no era el caso.

Roberta era su mejor amiga, pero no la persona adecuada para hablar del tema. Estaba demasiado liada con los hombres como para serle de ayuda.

—Tenemos que hablar tú y yo, señorita, —aclaró la otra, decidida a no darle tregua.

Cristina puso los ojos en blanco.

A pesar de su aspecto de duendecillo con hoyuelos y ojos traviesos, Roberta era tiránica y no pocas veces le había hecho pasar un mal rato.

—Vuelve a tu trabajo, no me obligues a hacer valer mis derechos como gerente auxiliar, —refunfuñó Cristina.

Fue correspondida con una sonrisa sarcástica.

Roberta sabía que la había pillado.

Los trescientos euros extra de su paga le permitían comprar a Maldición las mejores conservas, pero nada más.

Roberta era indomable. Si le hubiera dado una orden directa, le habría pateado el culo con sus afiladas piernecitas.

No valía la pena molestarla. Una palabra equivocada, y la enana habría huido de aquel trabajo como lo había hecho de los otros.

Cristina había tenido que rogar a su jefe que contratara a su amiga. Era la única forma que se le había ocurrido para mantenerla bajo control.

No podía meter la pata. Por eso no protestó cuando Roberta declaró:

—Esto no ha terminado.

Suspiró, resignada, mientras la veía alejarse en dirección a uno de los mostradores, contoneándose con tacones mareados.

Cristina movió el cuello a derecha e izquierda para liberar la tensión.

Tenía que admitir que se sentía un poco nerviosa.

¿Cómo no iba a estarlo?

Había descubierto que a mediados de abril el calor se hacía insoportable si antes de acostarse se mantenían conversaciones con hombres capaces de excitar a una mujer con el mero poder de sus voces; que los sueños podían adquirir tonos rojos, olores de cuerpos excitados, sabores de pieles saladas de sudor y deseo.

Había estado inquieta toda la noche.

A la enésima patada, Maldición se había ido a dormir a la mesa de la cocina, dejándola sola entre sábanas que no paraban de retorcerse alrededor de sus piernas y brazos.

Necesitaba descansar un par de horas sin soñar con una boca suave, unos músculos esculpidos, una espesa cabellera rubia.

Roberta había tenido razón el domingo anterior. El continente de Cristina llevaba demasiado tiempo inexplorado: un barco en el horizonte había bastado para hacerla perder la cabeza. Un trasatlántico, para ser exactos, enorme, amenazador, implacable.

Tenía que dejar de pensar en Nicola, en sus ardientes palabras y en la forma en que su cuerpo había cantado en respuesta a las sensuales notas de aquella voz viril.

Con la intención de olvidarle, se afanó aún más con los clientes y ayudó a los proveedores a

descargar los paquetes, sin prestar atención al dolor de espalda.

Sí, Roberta aún la sorprendió mirando al vacío un par de veces o intentando estropearse la manicura, pero hacia la hora de comer las cosas iban mejor. El nudo de ansiedad y excitación parecía aflojarse. Quizá incluso podría comer algo.

—Cogeré mi bolso e iremos a Trigo, Fruta y Harina, —le dijo a Roberta mientras iba a la parte de atrás a recoger sus cosas.

La indignada respuesta no se hizo esperar.

—¿Qué vas a comer? ¿Ensalada de frutas? No me conformo con nada que tenga menos de trescientas calorías. Iremos a Gabriele. Me apetecen unos bucatini a la amatriciana, —le gritó su amiga.

Ella podía permitirse comer tranquilamente en el “34” con su metabolismo. Cristina, en cambio, compensaba su falta de ejercicio con una dieta sana.

Sacudió la cabeza, resignada a dejar la dieta para el día siguiente.

Cogió el bolso y las llaves de la tienda y decidió maquillarse antes de salir.

Rápidamente resultó ser una muy buena idea.

¿*Son ojeras?*, se preguntó estudiándose la cara en el espejo e intentando recoger los mechones rebeldes que se habían escapado del moño.

Se untó un poco de corrector en los párpados, se aplicó delineador negro para resaltar sus grandes ojos azules y se pintó los labios.

Ya podía irse.

Salió de la pequeña habitación con una sonrisa de satisfacción, las emociones bajo control y un nuevo equilibrio.

No tardó en quedar destrozada: sus compañeras estaban apiñadas junto a la caja, rodeando a una Roberta burlona. La chica agitaba una tarjeta blanca y saltaba de un pie a otro con un ramo de rosas en una mano. Black Baccara, a juzgar por los pétalos rojo oscuro.

—¡Cristina!, —gritó su amiga, con los ojos brillantes de diversión—. ¡No nos tengas en suspenso, ven y abre la tarjeta!

¿Cómo?

Se quedó empalada en medio de la tienda, con los labios muy abiertos. ¿Eran para ella?

Buscó en su interior la fuerza para moverse, para no mostrar su vulnerabilidad a sus compañeras, especialmente a Roberta, que aprovecharía la ocasión para ponerla a prueba. No lo consiguió.

Llegó al mostrador, arrastrada por una Paola excitada como una niña.

¿*No han visto rosas en su vida?*

—Debe de haber un error, —soltó, avergonzada. El corazón le oprimía las costillas con indecencia.

Acarició los delicados pétalos. Eran preciosos.

—Lleva tu nombre —objetó Roberta, entregándole la tarjeta.

Cristina se animó y la miró desesperada.

Por favor, no delante de todas.

La chica agrandó los ojos, leyéndole el pensamiento, y no tardó en ayudarla.

—Eh, dejemos a Cenicienta en paz. El espectáculo ha terminado, —exclamó con el ceño fruncido.

Iba a darle las gracias cuando Robertita le indicó que le debía una confesión llena de detalles más tarde. Aquel favor exigía un pago.

Asintió y cogió la nota con dedos temblorosos. En el anverso, con letra negrita y alargada, el nombre de Nicola la miraba provocándole escalofríos de placer y cierta ansiedad.

¡Me ha encontrado!

Abrió el sobre con cuidado de no romperlo.

Estoy haciendo las cosas bien, Nena. Flores, bombones y citas calientes. Te veré esta noche en el PalaTiziano a las 21h. Tuyo, Nico.

Dios, él... ¡me ha encontrado!, se repitió a sí misma, incrédula.

La partida había terminado, incluso antes de jugarse, y Nicola ya había ganado. Sin duda.

Cerró los ojos y respiró hondo. Una, dos veces.

—¡Roberta!, —gritó entonces. Todas las dependientas se giraron en su dirección—. ¡Quiero mis chocolates ahora!

Concentrarse en el trabajo aquella tarde era imposible. Las flores en un jarrón detrás de la caja eran un recordatorio constante de una decisión que no quería tomar. ¿Debía reunirse con Nicola en el pabellón de deportes? ¿Era prudente meterse en la boca del lobo?

A las siete volvió a casa, dejando el cierre a Roberta. Dos horas más en la tienda y se habría vuelto loca.

Entró por la puerta con los brazos cargados y el corazón encogido.

No estaba acostumbrada a que la cortejaran y la mimaran. Nicola se había dado cuenta y la había golpeado donde era más débil.

No le gustaba tener que admitir que había sido cortejada.

Sus historias siempre habían sido cómodas, no sabía como llamarlas. Dulces a veces, pero carentes de la pasión que había caracterizado las pocas conversaciones que había mantenido con Nicola.

El deseo de tocarlo, de disfrutar de su sonrisa divertida la perturbaba.

Se soltó el pelo, liberándolo del severo peinado. Se quitó los tacones y la chaqueta. Se metió en la ducha y dejó que el agua la acariciara, pero la tensión no desapareció en un mar de burbujas y vapor.

Acariciar la piel cálida y suave la hizo aún más consciente de lo femenina y sensual que la hacía sentir la proximidad de Nico.

La lujuria que había leído en su mirada, cuando había descubierto la identidad del misterioso bailarín al que estaba provocando, la había vuelto salvaje en sueños y ansiosa durante el día. La necesidad cruda, despiadada y primitiva de Nicola se había convertido también en la suya.

Una mujer sabia habría dejado de lado fantasías y deseos y habría vuelto a someter su corazón al control de la razón. Cristina siempre había sido prudente y sensata... hasta hacía una semana.

Ahora estaba cansada de pensar, de negarse a sí misma lo que deseaba. Ya estaba harta de una existencia cómoda, de relaciones tranquilas. Quería fuego, pasión, sexo lo suficientemente duro como para hacer temblar su corazón y crujir sus huesos.

Quería a Nicola y la promesa de pecado y perversión que encerraban sus ojos verdes.

Después de casi diez años, por fin tenía hambre de vivir.

Él la saciaría.

Salió de la ducha con una nueva determinación y se vistió con esmero: unos Levi's ajustados, una camiseta holgada que le caía por los hombros, tachuelas de cuero y zapatillas de deporte de colores. Deportiva, alegre, vivaz: la Cristina que había ocultado tras la mujer refinada con trabajo en una tienda de lencería de lujo.

Se alborotó el brillante pelo negro en el espejo de la entrada y luego cerró la puerta tras de sí, sin permitirse tiempo para reconsiderar su elección.

Esperaba que las fauces del león no apretaran con demasiada fuerza.



¿Decía las nueve en la tarjeta? La sacó del bolsillo trasero de sus vaqueros para asegurarse de que no se había equivocado. La hora era correcta.

Miró su reloj de pulsera y luego su teléfono móvil.

La comprobación cruzada hablaba claro: Nicola llegaba casi veinte minutos tarde.

Diez minutos y me iré, se prometió Cristina, intentando mantener la calma.

Había necesitado todo su valor y una buena dosis de temeridad para aceptar aquella invitación. No había cruzado media Roma para ver una imponente estructura de hormigón, un aparcamiento vacío y el parpadeo de una cámara de vigilancia. No había tirado la prudencia y el orgullo al viento para quedarse balanceándose sobre los talones, con las manos metidas en los bolsillos y la idea de volver a casa con la amarga humillación atormentándola.

Se mordió el labio sin piedad mientras pasaban los segundos. Esperaría unos minutos más para cerciorarse de que era imbécil y luego se iría a casa, ahogando su vergüenza en un mar de improperios que harían palidecer al mismísimo diablo.

No sabía si le quemaba más haberse creído las patrañas del flirteo o haber cedido al deseo que sentía por Nicola.

Y no cualquier Nicola, sino Zanini, el pívot, el número 5 del Olimpia, el enemigo jurado de su hermano.

¿Qué se le había pasado por la cabeza?

Dio largas zancadas hacia el coche, la rabia aumentando con cada latido de su corazón.

Se había sentido orgullosa de sí misma cuando había dejado de lado la rivalidad deportiva, permitiéndose mirarle como a un simple hombre. Pero, ¿y si Fabrizio hubiera tenido razón? ¿Debía confiar en el resentimiento de Edoardo?

Sacó las llaves del bolsillo de la chaqueta, forcejeando con la cremallera para extraerlas. Estaba demasiado ocupada murmurando para no darse cuenta del peligro inminente. Por eso, cuando una moto se interpuso entre ella y la puerta del coche, se cayó, aterrizando desgarradamente sobre su trasero.

—¡Dios santo!, —maldijo. El rugido del motor se apagó, dejando paso solo a sus gemidos mientras intentaba levantarse. Pero no pudo, o más bien no quiso levantarse. Estaba demasiado

distraída por los muslos del centauro envueltos en vaqueros oscuros y apretados alrededor del depósito, por los anchos hombros sobre los que se extendía una chaqueta de tejido técnico, por los dedos que arañaban el manillar.

Un escalofrío la sacudió.

Inesperado, violento, peligroso.

Se estremeció en medio de las piernas, donde ya estaba mojada y palpitaba.

Dios mío, se repitió a sí misma, pero por una razón muy distinta. Nico era una visión, y no importaba que aún tuviera el casco completo puesto. Era él, podía sentirlo, su cuerpo lo reconocía.

Nicola se apeó de la *Streetfighter* con agilidad, colocó el caballete y luego se quitó el casco.

—¿Estás herida?, —le preguntó, solícito.

Que dulce tortura contemplar su rostro preocupado, los iris moviéndose frenéticamente, la boca abierta para soltar rápidas bocanadas de aire.

—Estoy bien, —murmuró ella, entumecida por la nostalgia que sentía por él.

Nico le cogió las manos para examinarle las palmas. No había rozaduras, pero se las masajeó como si estuvieran heridas, con una suavidad que le provocó un extraño anhelo.

Buscó en su interior la animadversión que la había atenazado hasta hacía unos segundos, pero no la encontró. ¿Cómo era posible? Él la miró con una ternura que le dolió.

—Te ayudaré a levantarte.

La idea de rechazar aquel apoyo ni siquiera la conmovió. No en ese momento, mientras los fuertes dedos de Nicola agarraban los suyos y su aliento acariciaba su cara.

Se apoyó en él y dejó que la ayudara.

—¿Estás bien? ¿Segura?

Ella se zafó de su agarre.

—¿Te parece que esta es la forma de aparcar?, —le preguntó, mirando la moto puesta de lado, con la rueda apuntando hacia la puerta.

Nicola siguió su mirada y sonrió avergonzado. Una sonrisa infantil.

—Te ibas, tuve que pensar rápido, —le explicó, encogiéndose de hombros.

Cristina se apartó de él, de aquel cuerpo que la atraía como la Tierra a la Luna, y observó la moto.

—¿Amarilla, Zanini? ¿Una Ducati Monster amarilla?

Le devolvió la mirada con una sonrisa sarcástica.

Un punto para De Santis.

Nicola no se esperaba esa pregunta, pero se recuperó rápidamente de su sorpresa.

—Como el uniforme del Olimpia, —confirmó, desafiándola a protestar.

Una dedicación envidiable al equipo.

El aprecio por su persona creció un poco más.

¡Maldita sea!

—¿Ahora puedes moverla, por favor? Tengo que entrar en el coche.

Nicola se dirigió hacia ella, con expresión impenetrable. Cristina no se inmutó, aunque necesitó toda su fuerza de voluntad para mantener los pies firmemente plantados en el suelo. Levantó los brazos y le puso las manos en el pecho para apartarlo.

—No irás a ninguna parte.

¿Qué?

Al enfado por aquella afirmación se unió un temblor de anticipación. Nicola la agarró por los

hombros y Cristina maldijo su propio cuerpo traidor. Estaba enviando señales de absoluta necesidad.

—Intimidando a extraños para que sepan mi nombre, Dios sabe como supiste donde trabajo. Eso es enfermizo, Nico, —dijo, con la respiración entrecortada. Estaba demasiado cerca, pero no lo suficiente—. No deberías decir esas cosas, si no quieres que te confundan con un maníaco.

Nicola le cogió un mechón de pelo y se lo enroscó en el dedo. Sus ojos se clavaron en los de ella.

—Me pones enfermo, —confesó. Había algo primitivo en sus facciones. Su mandíbula se había endurecido, sus labios eran más finos, sus ojos ardían—. Un yonqui adicto a su dosis. No, no te vas.

Lo que había de racional en ella se rebeló contra aquella orden, pero la mujer deslumbrada por la sensualidad del Vikingo cedió. No sin antes hacer un último intento de autopreservación.

—Media hora, Nico, —se limitó a decir.

Sus pupilas se dilataron al oírla pronunciar su nombre. Le acarició los labios con el pulgar, con deliberada lentitud.

Cristina sintió el impulso de lamer aquel dedo engrosado por horas de entrenamiento, de deslizar la lengua sobre su piel y saborearlo.

—Un maldito accidente en el cruce. ¿De verdad creías que no iba a aparecer?

Estaba a punto de responderle que sí, porque nunca había aprendido a confiar en sus propias esperanzas después de la herida que las había destruido, pero cometió el error de mirarle a los ojos.

Era imposible no sentir la atracción que crepitaba entre ellos, pero él no parecía tener prisa por precipitar las cosas.

Estiró un brazo y levantó el sillín, del que sacó un sobre, luego lo dejó en el suelo y puso el antirrobo.

Sin decir palabra, la cogió de la mano. La abrió dedo a dedo, insertando el suyo en cada espacio.

Posesión.

—Vamos, quiero enseñarte algo, —le anticipó, con la voz más áspera, excitada.

¿Qué me ha preparado?

Cristina le apretó la mano con fuerza y asintió, dispuesta a seguirle.

A donde él quisiera llevarla.

—¿Qué tienes pensado?, —le preguntó ella, confusa, cuando llegaron a la entrada del pabellón deportivo. El edificio estaba cerrado y oscuro, parecía el decorado de una de esas películas de terror en las que las animadoras se entregaban a una muerte sangrienta en el gimnasio del colegio.

—No descubro mis cartas enseguida. —Le sonrió, y Cristina no supo si sentirse tranquilizada o inventarse una excusa para volver al coche.

Nicola sacó el móvil del bolsillo y envió un mensaje. Poco después, un hombre corpulento de cara redonda y jovial les abrió la puerta.

—Hola, grandullón. ¿No puedes alejarte de aquí ni siquiera a estas horas?, —le preguntó el vigilante, antes de darse cuenta de que su amigo llevaba de la mano a una mujer desconcertada y

avergonzada.

—Cristina, este es Giovanni, —le dijo, saludando al hombretón con una palmada en el hombro. La otra mano no la abandonó, un gesto que detuvo su corazón en el pecho.

Le dedicó al vigilante la mejor imitación de una sonrisa amable, evitando mirar a Nicola o a sus manos entrelazadas.

Se sentía joven e inexperta.

Vio como el Vikingo bromeaba con el vigilante y luego le prometía que no causaría ningún desperfecto en las próximas horas.

Sin darse cuenta, Cristina se encontró en la cancha de baloncesto.

Silbó, observando la madera pulida del estadio, la inmensa cúpula blanca, las gradas vacías. Se sentía como un punto invisible en un espacio tan grande que la asfixiaba en lugar de permitirle respirar.

—¿Decides llevar a una chica al PalaTiziano y nadie te pone impedimentos?, —preguntó, mirando a su alrededor sin saber que esperar.

—Paso más tiempo aquí que en casa, —aclaró él, y entonces su rostro se suavizó en una expresión de suficiencia y relajación—. Es la primera vez que traigo aquí a una mujer.

Cristina resopló y retiró la mano.

—¿A quién quieres engañar?

Él enmarcó su cara entre las palmas, con la sonrisa aún en los labios, pero un atisbo de incertidumbre en los ojos.

—Es mi templo, Nena. No traigo aquí a cualquiera.

—¿Por qué me has traído a mí?

—Ahora lo verás, —le dijo, entregándole el sobre—. Los vestuarios están por allí.

Cogió el sobre de las manos de Nicola, sosteniéndolo como si estuviera caliente.

Antes de que pudiera protestar, la empujaron hacia la salida lateral.

Caminó por el pasillo con el estómago apretado y la vista nublada.

¿Por qué la había llevado allí Nicola?

Al atravesar las oscuras puertas de los vestuarios, le temblaron las piernas.

Sus ojos observaron el espacio circundante, probablemente iluminado por el vigilante siguiendo instrucciones de Nicola.

La melancolía la invadió.

Conocía bien aquellas habitaciones, los bancos de madera y las taquillas metálicas. Incluso las paredes pintarrajeadas con frases cursis y dibujos obscenos.

No puedo hacerlo, no puedo, pensó al entrar en la habitación y recordar la sensación de pertenencia que había sentido en el pasado cada vez que se sentaba a rebuscar en su mochila.

Un dolor sordo le atravesó el pecho y la garganta.

Se desplomó en un banco y, de repente, la insistencia de Nicola en llevarla allí le pareció cruel.

Había estado demasiado concentrada en él, en lo que sentía cuando se cruzaba con sus ojos o cuando sus manos le regalaban caricias inocentes, como para pensar en donde encontrarse con él.

Tenía que calmarse.

Diez años era mucho tiempo, razonó, diez años deberían haberle garantizado cierta distancia emocional.

Respiró hondo para recuperar parte del equilibrio. Se negó a caer en la autocompasión.

Cuando sintió que había controlado sus emociones, miró el sobre que había colocado a su

lado y lo cogió.

No había razón para no abrirlo.

Le temblaron los dedos al sacar una camiseta de baloncesto y unos pantalones cortos. En el fondo de la bolsa había unas zapatillas.

Acarició el tejido suave y viscoso y la familiaridad con aquellas prendas estalló en su cabeza y en su corazón. Alisó los pliegues de la camiseta de tirantes y le dio la vuelta para verla mejor. En la espalda estaba impreso su apellido, debajo el número 21.

No pudo contenerse más. Los ojos se le llenaron de lágrimas y el pecho se le hizo un nudo de dolor.

Era su número, el que se había tatuado en la nuca cuando aún era una inmadura e impulsiva quinceañera.

Esperó a que la ira y la sensación de impotencia la invadieran, pero no llegaron.

Por primera vez, el arrepentimiento se mezcló con otras emociones: fue la ternura lo que hizo que las lágrimas fluyeran, combinada con la gratitud hacia un hombre que había intentado devolverle un pedazo de sí misma.

¿Había sabido desde el principio que eso era lo que ella necesitaba?

Se secó las mejillas húmedas y se puso el traje de color carmín hecho especialmente para ella.

Salió corriendo del vestuario.

Necesitaba a Nicola, necesitaba verle, darle las gracias, de...

Sus piernas se detuvieron de repente cuando lo vio en medio de la pista, balón en mano, con el traje amarillo del Olimpia Basket. Unos focos estaban encendidos y le apuntaban.

Lo devoró con los ojos, lo contempló con el corazón.

Sus brazos desnudos eran vigorosos e incitantes, un ligero vello rubio cubría sus antebrazos. Hacía girar el balón en su palma, un músculo de su mandíbula se contraía y relajaba nerviosamente.

De pie en la banda, saboreó el momento exacto en que se fijó en ella.

El balón cayó, todo su cuerpo se puso rígido.

Cristina le sonrió, con los ojos todavía un poco brillantes, sin entender por que la miraba con tanta intensidad que sintió que su propio cuerpo se estremecía en respuesta.

Se acercó a él y se agachó para recuperar la pelota.

—¿Listo para ser derrotado, Zanini?, —le preguntó, pavoneándose, tratando de aligerar la pesada atmósfera de palabras y sentimientos tácitos que se estaban formando en su conciencia desafiando la prudencia y la razón.

Nicola no movió un músculo y la sonrisa de Cristina vaciló.

—¿Nico?

—Eres lo más hermoso que he visto en mi vida, —susurró él, pero Cristina lo oyó alto y claro.

No sabía quien de los dos había dado el primer paso. Se encontró entre los brazos de Nicola y todo desapareció. Se sumergió en su aroma, en la seguridad de su abrazo; bebió la sensación de protección, la necesidad de aquel cuerpo que temblaba ligeramente contra el suyo.

—¿Te gustan las chicas que encestan?, —le preguntó con los labios pegados a sus pectorales. Sus corazones latían al mismo ritmo frenético.

Nicola se apartó, lo justo para que ella levantara la cara y le mirara a los ojos.

—Me gustas *tú*. —Una frase sencilla, dicha con ardor.

—Gracias por el traje, por... —No pudo continuar, así que le dedicó una sonrisa temblorosa, que él le devolvió con una dulzura conmovedora.

—Uno no deja de ser jugador de baloncesto solo porque ya no pueda jugar al baloncesto de forma competitiva.

Ella asintió, con grandes lágrimas vibrando entre sus pestañas.

Gracias a él ahora ella también lo sabía, lo sentía.

Edoardo la llevaba a los partidos, la involucraba en las decisiones del equipo, pero nunca le había dado la oportunidad de volver a sentirse completa.

Nicola lo había conseguido, poniéndole en las manos un uniforme y un par de zapatos.

Se aclaró la garganta para borrar la conmoción.

—Todavía recuerdo algunos trucos, ¿sabes?, —se burló de él, y la emoción se desvaneció en diversión.

De mala gana se separó de Nicola y él recuperó el balón abandonado en el campo.

—Ahora De Santis te pateará el culo, —declaró.

Nicola se rio y Cristina esperó que al menos pudiera encestar. Si al menos le hubieran dejado de temblar las piernas.

Nicola le pasó el balón. Cristina saboreó su rugosidad, las líneas que hacían la superficie irregular, y respiró largamente para no perder la determinación de llegar hasta el final. Se lo debía a sí misma.

Hizo rebotar la pelota una vez, lentamente. Consiguió atraparla de nuevo, con la palma de la mano curvada para acomodarla. Volvió a intentarlo, y esta vez ninguna punzada de incertidumbre le apretó el estómago.

Nicola la observaba con atención y orgullo, como un padre que se queda mirando a su hijo hasta que los intentos se convierten en éxitos. Pero Cristina no quería una participación cortés, quería ver como sus ojos se abrían de sorpresa y la lujuria se endurecía en sus rasgos faciales.

Dobló las rodillas, adelantó la barbilla y le lanzó una mirada desafiante.

—¿A qué esperas?

Los labios de Nicola se curvaron en una sonrisa divertida. Una sonrisa que, de haber tenido menos escrúpulos, la habría inducido a lanzar la pelota al otro lado de la pista para hacer otro tipo de gimnasia.

—Si gano, me debes un beso, —propuso, acercándose a ella como un león acechando a su presa. Sus pasos largos y perezosos la alertaron. Debería haber esperado un ataque sorpresa.

—¿Y si gano yo?

Se interrumpió, con la pelota alternando entre el suelo y su mano.

—Me aseguraré de que eso no ocurra.

Arrogante, pensó, arrugando la nariz.

—¿Tienes miedo de lo que pueda preguntarte?, —se burló ella, pero su voz sonó ronca y sus palabras adquirieron el matiz del deseo que presionaba entre sus muslos.

—De lo que *no* me preguntarías.

Cristina tragó saliva, tratando de ignorar el descarado mensaje que se dibujaba en aquel increíble rostro.

—Pierdes el tiempo, —le atizó.

El ataque de Nicola fue rápido, inesperado. Se lanzó hacia ella, su brazo alcanzando el balón, sus ojos encontrando los de ella.

Estaba de espaldas a él, entonces saltó hacia delante, intentando alcanzar la canasta, pero él

era más alto, más grande, y parecía tener mil brazos. Le rozaron las caderas, los hombros, el vientre.

La marcó con fuerza, placándola a cada paso, hasta el punto de que el partido de baloncesto se convirtió en uno de rugby.

—¡Esto no es un deporte de contacto!, —protestó ella. Cargó contra él, intentando superar aquella masa muscular, y Nicola la agarró por la cintura.

—Eso es una falta, —la amonestó, sarcástico.

Ella le dio un empujón para liberarse.

—Zanini, no retengas al oponente.

La agarró de las caderas un momento, antes de soltarla.

Cristina echó a correr, pero no lo suficiente como para impedir un nuevo ataque. La alcanzó en pocas zancadas y se reanudó el juego de seducción.

No encestaron ni una sola canasta, ninguna táctica les acercó a la zona de tres puntos. Estaban bien en el centro, rozándose, tocándose, incendiándose.

La emoción crecía con cada amago fallado. Nicola ni siquiera intentó recuperar el balón. Estaban pegados, la espalda de Cristina contra el pecho ancho y macizo de él.

Ella se movía seductora, voluptuosa, y se regocijaba cuando lo sentía estremecerse y apretar su erección contra la curva de sus nalgas.

No le preocupaban las consecuencias de su comportamiento.

Quería hechizarle, hacerle claudicar, conquistarle.

—Empiezo a pensar que quieres perder, —se burló Nicola. Su respiración era agitada, su voz caliente como el infierno.

—No cantes victoria, —le advirtió, antes de encontrar una abertura y ponerle la zancadilla.

Nicola la agarró por una solapa de su camiseta de tirantes y cayeron juntos.

Ella se desplomó encima de él con un aullido agudo, las piernas entrelazadas con las de él, las palmas de las manos apoyadas en el suelo a ambos lados de su cabeza.

—Deberían expulsarte por eso, —jadeó Nicola.

El sonido del balón alejándose de ellos se mezcló con el de la respiración agitada, el de sus corazones latiendo violentamente.

—No veo a ningún árbitro por aquí, —se burló ella.

Las manos de Nicola se detuvieron en algún punto entre su espalda y su trasero. Apretó los labios para contener un gemido. Estaban tan cerca que podía sentir su aliento acariciando sus labios, el olor picante a sudor y a hombre inundando sus fosas nasales. Tan cerca que podía sentir su erección estremeciéndose bajo ella.

—Tenemos que reconsiderar las condiciones de la apuesta, —murmuró Nico. Su tono le provocó un estremecimiento de puro placer.

Lo miró y quedó encantada con aquellos labios perfectamente dibujados, suaves y tentadores.

—¿Qué?, —susurró con los ojos empañados y el corazón martilleándole en el pecho.

Las manos de Nicola agarraron sus caderas, aplastando la suave forma femenina contra su enorme cuerpo.

—No quiero jugar más.

Estaba serio y apasionado.

Sus ojos no se apartaban de ella, la miraban fijamente, apoderándose de ella.

Cristina tampoco quería jugar, fingir que no jadeaba por él con una intensidad que la habría asustado, si no hubiera sido víctima de su mirada.

—Nico... —Había una pizca de dolor en su voz.

Nicola invirtió sus posiciones.

—Detenme ahora, Cristina.

No, ella no iba a detenerle.

Miró sus rasgos endurecidos por la lujuria, la piel tensa en los pómulos y la mandíbula. Sus pupilas estaban tan dilatadas que sus iris parecían negros.

Ella se arqueó bajo él y dobló una pierna a su lado. Sus cuerpos se entrelazaron a la perfección. Un gemido escapó de sus labios cuando su miembro la rozó donde estaba caliente y deseosa.

—Dios, eres...

Los labios de Nicola encontraron los suyos con desesperación. Su lengua invadió su boca, la exploró sin restricciones.

Salvaje, impetuoso, desinhibido, tiró de ella en un beso febril.

Ella saboreó su sabor, respondió a las caricias de su lengua con vehemencia desesperada.

Nunca la habían besado así, como si el mundo pudiera acabarse si sus labios se separaban, si dejaban de respirar el mismo aire.

Ella hundió las manos en su pelo, lo apretó contra su boca, exigiendo más.

Nicola gimió y la agarró por las nalgas, manteniéndola quieta mientras presionaba su pelvis contra ella y frotaba la dura longitud de su erección contra su intimidad.

—Cristina..., —murmuró con voz ronca. Sus labios se deslizaron por el cuello de ella, húmedos, calientes, mientras sus manos se deslizaban bajo sus pantalones cortos, acariciando sus muslos —. ¡Dios, cuánto te deseo!

Cristina no podía hablar, no podía decirle que la poseyera, que hiciera lo que quisiera con ella. La tensión sexual bloqueaba las palabras en su garganta, rompía los pensamientos que corrían por su mente.

No, ni siquiera podía pensar.

Podía sentir. Las manos de Nicola, sus músculos flexionándose a su alrededor, su piel tocando la suya. Sus pezones turgentes empujaban contra el pecho de él, sus pechos pesados ansiaban que los tocara, que calmara con su lengua el fuego de su interior, el que la hacía contonearse incoherentemente, loca de placer, ansiosa de contacto.

Le agarró la camisa y tiró de ella.

—Ayúdame, —jadeó, con la vergüenza y el miedo suplantados por la lujuria.

Nicola se movió frenéticamente, sin apartar los labios de ella. Se quitó la camiseta y la ayudó a desvestirse, le desabrochó el sujetador y se quedó mirándola, fascinado por la plenitud de sus formas.

—Eres tan hermosa...

Agachó la cabeza y tomó su pezón entre los labios. Lo lamió con su lengua áspera, lo mordisqueó con los dientes.

Cristina gimió, su boca se cerró alrededor de su carne sensible. Descargas de placer le sacudieron el vientre.

Bajó la mano y le bajó los pantalones. Pero Nicola no le dio tiempo a desnudarlo, demasiado decidido a devorar su piel.

Cristina se quitó las zapatillas y rodeó con sus piernas desnudas las esbeltas caderas de Nicola, que se movían rítmicamente contra ella.

El roce de la tela contra su clítoris le causaba dolor y deleite, la presión de su miembro entre

sus piernas era carnal, brutal, violenta.

—Quiero mirarte, —susurró, la cabeza echada hacia atrás, el torso arqueado. Necesitaba un respiro, necesitaba absorber la perfección del hombre que la seducía.

Nicola gruñó decepcionado y se metió el pezón en la húmeda cavidad de su boca. La succión, el calor, el ligero ardor... era demasiado.

Ella gritó, el placer concentrándose en su sexo.

—Necesito..., —se le quebró la voz.

Los dedos de Nico retiraron las sencillas bragas de algodón y se introdujeron entre sus húmedos pliegues.

Cristina jadeó, sorprendida por la intimidad de aquel gesto. Sintió cada centímetro de su dedo corazón entrar en ella, abriéndola con la presión de sus nudillos.

—¡Nico!, —gritó.

Los primeros espasmos del orgasmo contrajeron los músculos de su vientre.

Sacudió la cabeza, mordiéndose los labios para contener los gemidos de placer.

—Todavía no, —gruñó Nicola a pocos centímetros de su boca.

La imperiosa orden la hizo estremecerse entre sus brazos.

La necesidad de correrse era tal que su cuerpo estaba cubierto de sudor. Pero Nicola era cruel, implacable en su intención de descubrirla, memorizar su forma, besar su piel caliente.

Sus dedos se retiraron y masajearon su clítoris, demasiado espacio para que ella obtuviera placer, pero lo suficiente para que unos gemidos tensos subieran a sus labios.

Empujó la pelvis contra su mano y se arqueó para ofrecerse a sus labios.

Nicola se dio un festín.

Devoró su piel con largos besos mientras sus dedos seguían penetrándola con indolencia. La calma exasperante de aquellos gestos contrastaba con la avidez de su boca, que tomaba y saqueaba sin freno.

Ella estaba a merced de su pasión, incapaz de hacer otra cosa que aferrarse a sus hombros, acompañando los movimientos de aquella boca que se movía sobre su vientre, mordisqueaba su pelvis, lamía la piel sensible alrededor de la banda elástica de sus bragas.

Éstas también bajaron por sus piernas, y ella quedó expuesta a la mirada codiciosa de Nicola.

—¿Qué quieres?, —le preguntó, con la voz distorsionada por la lujuria.

Con los ojos entrecerrados, Cristina miró a Nicola inclinado sobre ella, metido entre sus piernas. Aún llevaba puestos los calzoncillos, pero tenía el torso desnudo, sudoroso, tenso por el esfuerzo de contenerse. Era guapísimo, todo músculos y piel dorada. En aquel momento, solo a él, concentrado en ella.

El corazón le dio un vuelco y se le quedó la respiración entrecortada. La expresión de Nicola era salvaje, hambrienta.

Nunca nadie la había mirado así.

Se sintió hermosa y deseable, poderosa. Solo ella podía saciarlo, podía darle el placer que ambos ansiaban.

—Poséeme.

Una plegaria, una petición, un gemido.

Nicola inclinó la cabeza y su lengua la penetró.

El placer, largamente demorado, creció a la velocidad del rayo. La cegó.

Se corrió con una intensidad que le llenó los ojos de lágrimas.

Su espalda se tensó, mientras arqueaba el torso sobre la superficie dura y fría del parque,

empujando su pelvis contra unos labios que hacían magia, que sabían como excitarla, saborearla, hasta que perdió la cabeza.

Y se perdió, se perdió en un orgasmo sin fin, en el gruñido oscuro de Nicola, en la sensación de su lengua en contacto con sus pliegues tiernos, empapados de fluidos.

La visión de la cabeza clara entre sus piernas, los rápidos y ardientes empujones de su lengua, la belleza de sus bíceps estirados para levantarla contra su boca... Era todo tan erótico y estupendo.

Cristina abandonó la cabeza en el suelo, los ojos cerrados vueltos hacia el techo, los labios muy abiertos para exhalar apresuradas respiraciones.

Nicola siguió chupando como si no pudiera evitarlo, como si ella fuera un pozo sin fondo del que beber.

Los suaves labios de su sexo estaban hinchados, hipersensibles. Cada roce reverberaba en todo su cuerpo, haciéndola estremecerse sin control, un suave gemido que era a la vez dolor y gozo.

Nicola se apartó de mala gana, justo antes de que el éxtasis se convirtiera en sufrimiento. Pero no se apartó de ella: se alzó sobre sus brazos y buscó su boca.

El sabor del sexo estalló en su lengua, el olor de su propia excitación le picó en la nariz y la volvió loca. Lo abrazó con fuerza mientras le demostraba cuanto lo deseaba con un beso desordenado y húmedo, lleno de pasión.

—Dios, —jadeó—. Te deseo.

Sí, sí, sí. Se recuperó de su aturdimiento lo suficiente como para tirar de los calzoncillos de Nicola, para liberar el duro miembro que presionaba contra su vientre.

—No podemos.

Las palabras de Nico fueron duras para ella, y sus brazos cayeron hacia atrás a lo largo de sus costados.

Lo miró desconcertada, confundida y herida. Sí, herida. Le había dado más placer del que podía imaginar, y ahora...

Intentó quitárselo de encima, pero él era demasiado fuerte. Le agarró la cabeza con las manos y la obligó a mirarle.

Intentó escapar de él para no sufrir la humillación de mostrarse necesitada, incluso después de que él la hubiera rechazado.

—Cristina, ¡mírame! —Tiró de los mechones de la base de su nuca para llamar su atención—. Quiero enterrarme dentro de ti tan profundamente que ya no pueda distinguir mi cuerpo del tuyo, —gruñó, con la voz áspera y cavernosa por la lujuria.

—Entonces por que...

—No tengo condones.

La frustración en su rostro luchaba con la pasión.

La sensación de alivio le hizo girar la cabeza.

Se mordió el labio. La solución estaba al alcance de la mano, pero le hizo falta valor para ofrecerse de nuevo a él.

—Tomo la píldora, —le dijo de golpe.

Nicola cerró los ojos un momento y exhaló un largo suspiro.

—¿Confías en mí?, —le preguntó como si su respuesta fuera crucial.

Había algo misterioso en su expresión, que iba más allá de la atracción y el deseo. Era una necesidad íntima y profunda que la inquietaba.

Anhelaba su confianza. ¿Por qué?

Ella asintió sin añadir palabra.

Nicola gimió y la besó suavemente, con una ternura tan conmovedora que Cristina sintió que su corazón se desbordaba con sentimientos para los que no estaba preparada, que no quería analizar.

—Sí, —dijo, captando su necesidad de seguridad.

Luego lo empujó hacia atrás hasta que se arrodilló entre sus piernas. Nicola dejó que le bajara tranquilamente los calzoncillos y explorara sus pectorales torneados, sus brazos macizos.

Estaba fascinada con él, que se elevaba sobre ella desde arriba, hermoso y perfecto.

Recorrió con los dedos las curvas de sus abdominales, sintiendo su fuerza, familiarizándose con lo que era suyo en aquel momento tan infinito de compartir.

Cuando le bajó los calzoncillos, el aire se le escapó del pecho. Su miembro era duro, grueso, con la punta hinchada y brillante. Se estremeció al pensar en sentirlo dentro de ella, en acogerlo en su boca.

Instintivamente se humedeció los labios.

Aquel reflejo involuntario provocó un incendio en los claros iris de Nicola.

—Necesito tenerte. Ahora mismo, —declaró con vehemencia, presionándola contra el suelo con el peso de sus noventa kilos.

La violencia del ataque avivó los rescoldos de una oscura lujuria que Cristina había sentido desde el primer momento en que lo vio.

Era suya, y Nicola la reclamó.

No hubo preliminares ni más caricias, ni intentos de seducción. Nico se hundió dentro de ella, incapaz de contenerse un segundo más.

La fuerza del empujón la levantó del suelo, la invasión le causó un dolor sutil que se perdió en un gemido de necesidad.

Estaba tan mojada que consiguió meterla hasta el fondo, a pesar de su considerable tamaño.

Le clavó las uñas en los hombros, le mordió los labios hinchados por los besos dados y recibidos.

Se sentía dilatarse, abierta hasta el límite, pero quería más. Dios, nunca sería suficiente.

—Cri..., —siseó Nicola entre dientes mientras ella curvaba la pelvis para encontrarse con sus ojos.

Con un gruñido bajo y salvaje, aumentó el ritmo de sus embestidas. Con profundas embestidas la elevó a nuevas cotas de placer, la hizo gritar hasta que su voz salió débil y agotada.

Nunca saciado de ella, la seducía con movimientos primero lentos, luego impetuosos, alternando entre la necesidad y la ternura, robándole el corazón con sus gemidos entrecortados, con frases de agradecimiento, obscenos estímulos. Y en sus brazos Cristina se redescubrió salvaje, sensual, hambrienta.

Con las piernas rodeando sus caderas, le ancló a ella y le instó con atrevidas caricias a darle más, a entregarse por completo. Compartieron la misma piel, las mismas respiraciones doloridas, y finalmente cayeron abrazados, alterados, incapaces de hablar.

Entonces llegó la calma.

Se besaron con ternura, para calmar el estremecimiento del otro; se tocaron con suavidad, casi con miedo.

Cristina se aferró con fuerza a Nicola. Se estaba ahogando en la avalancha de emociones desatadas por el mejor sexo que había experimentado nunca, y él era su ancla, la razón por la que

aún no se había derrumbado.

Tardó minutos enteros en calmarse lo suficiente como para mirarle, temerosa y al mismo tiempo curiosa por saber si él también sentía la misma conexión profunda, un sentimiento de pertenencia tan absoluto que le estremecía el alma.

El encuentro con los luminosos ojos verdes de Nicola le provocó tal anhelo que tuvo que morderse el labio para evitar que sus emociones se reflejaran en su rostro.

No pudo.

—Cristina, Nena.

Cerró los ojos, fingió no reconocer el sentimiento en aquellas dos palabras y escondió los suyos, repitiendo el nombre de Nicola en el silencio de su mente ahora esclava de su corazón.

Estaba jodida.



Nicola caminaba de un lado a otro frente a la puerta de los vestuarios, con las manos hundidas en los bolsillos de los vaqueros.

¡Oh, vamos!, gimió para sus adentros, notando como su polla estiraba la tela vaquera de sus pantalones.

Era joven, sano, pero la reacción de su polla era desproporcionada. Sobre todo porque, después del primer polvo, no había cesado. No había sido una opción y, además, había tenido vía libre.

La concesión de desconectar las cámaras de videovigilancia del interior del gimnasio le había costado quince entradas para los playoffs y el compromiso de dejar montar en la Ducati al hijo de Giovanni el domingo siguiente.

La Monster era su orgullo; confiársela a un desconocido era impensable, ¿a un quinceañero sin carné? Imposible.

Sin embargo, lo había hecho.

No es que hubiera planeado follarle a Cristina en la cancha de baloncesto, pero sus intenciones para aquella noche requerían cierta intimidad.

Había previsto dos formas de reaccionar a su oferta de jugar al baloncesto: Cristina podía mandarle a la mierda o echarse a llorar.

Ninguno de los dos escenarios había pintado el cuadro de la cita perfecta.

A Nicola le daba igual.

Era un cabrón decidido y, si quería seguir con De Santis, se dijo, tenía derecho a entender donde se encontraba en el proceso del final de su carrera. No quería salir con una mujer con la que pudiera reprimir lo que era. Si Cristina no podía soportarlo, él encontraría la manera de romper.

Lo que había olvidado era que la chica tenía la maldita costumbre de sorprenderle, así que no le había insultado ni le había colmado de lágrimas.

No, le había arrancado el corazón.

Le había bastado una sonrisa pícaro y un simple “gracias” para que cayera en picado. Y, sí, se la habría follado allí mismo, aullando a su vez unos cuantos agradecimientos, pero había

esperado.

A su polla no le había gustado el retraso y le había torturado a lo largo de los movimientos, sus huevos incluso se habían crispado en señal de advertencia cuando había considerado renunciar a la idea de hundirse en los pliegues calientes esa noche.

A pesar del dolor, había ignorado las señales de su cuerpo porque Cristina, con una mirada, no solo lo había puesto al límite, sino que también lo había conquistado.

Cuando la había visto con el traje granate de su antiguo equipo, con su expresión desconcertada y sus piernas largas y temblorosas, algo en él se había apretado con más fuerza que su polla.

Había sido su corazón.

Le había dolido, tanto que se había preguntado si no estaría sufriendo un infarto. Sin embargo, no había perdido el conocimiento, por lo que había estado bastante seguro de que aquella reacción había tenido otro origen y otras motivaciones.

Las había examinado mientras Cristina corría a su alrededor con el balón, tratando de encontrar un hueco para encestar.

Ni siquiera se había aproximado a un buen punto en aquel análisis; de hecho, seguía desconcertado. Se había dado cuenta, sin embargo, de que quería dárselo todo a Cristina, y no para oír la suspirar un “gracias”, sino para que le mirara como si hubiera hecho algo más que mangonear a desconocidos para averiguar el número y los colores de un equipo femenino de segunda división y conseguir un traje impreso a toda prisa. Cuando Cristina había buscado sus ojos, Nicola había estado seguro de que no veía en él un contrato A2, una cómoda cuenta bancaria ni el considerable tamaño de su pene.

Cristina le había hecho sentirse un campeón, el único responsable de su felicidad y, mierda, hubiera querido decir que se había llevado un susto de muerte, pero no había resultado así. Se había dado cuenta de que para ver la tímida alegría de aquella mujer habría estado dispuesto a hacer casi cualquier cosa. Sí, él, el que en el mundillo llamaban putero sin corazón, solo bueno para follar y dar regalos caros como esponjas.

¡Joder!

—Si no sales de ahí en cinco minutos, bautizaremos también las duchas, —dijo a la puerta cerrada.

Al otro lado de la puerta sonó una carcajada.

—¡Ya voy!, —le gritó Cristina, con la voz llena de hilaridad.

Nicola volvió a preguntarse por que no la había acompañado al vestuario femenino.

Para darle un respiro, se había dicho.

En realidad, quería dárselo a sí mismo.

No un respiro físico, estaba bastante seguro de que su polla no se apagaría ni una sola vez más.

Necesitaba pensar.

Se había encontrado suspirando todo el tiempo. Lo cual, tenía que admitir, era patético.

Hasta el día anterior, había creído que el sexo, siempre que terminara con plena satisfacción para ambas partes, podía calificarse de bueno.

El apretado coño de Cristina le había demostrado que en la escala de orgasmos se había conformado con una media de suficiente, sin saber que las notas iban del uno al diez. Ah, ahora había conocido el diez solo porque se había corrido muchísimo, sin condón y con las uñas de Cristina plantadas en su espalda.

El paraíso.

O el infierno.

¿Se volvería adicto a ella?

No tuvo tiempo de darse una respuesta: la puerta se abrió y Cristina salió con una sonrisa despreocupada, el pelo recogido en una coleta y el aire de una mujer satisfecha.

Parecía aún más joven.

Estaba perfecta.

—¿Te he hecho esperar mucho?, —le preguntó en tono de disculpa.

Nicola negó con la cabeza, sin apartar los ojos de ella. Eran muy azules y parecían brillar con luz propia, y no por el reflejo de los focos de neón.

—¿Estás lista?

Ella asintió, moviendo la coleta.

Siguió aquel movimiento sin explicarse por que le parecía tan fascinante. Quizá porque olía a sencillez y alegría.

Cristina nunca le había parecido alegre. Irónica en el mejor de los casos, espinosa y agresiva. ¿Relajada y en paz? No.

La vio fruncir el ceño, confusa por su silencio.

Nicola la devoraba con la mirada y ella probablemente no entendía por que. Demonios, ni él mismo lo entendía.

—Vamos, Vikingo, —le instó ella, mientras él no daba señales de moverse. Entonces pasó junto a él, se alejó un par de pasos y le tendió la mano.

Él la miró como si fuera algo desconocido. De repente, estrecharla le pareció demasiado, como si un simple gesto pudiera inducirle a cruzar una línea a la que ni siquiera el sexo le había acercado.

Los largos dedos de Cristina temblaron, luego se cerraron en un puño, retirando la tierna oferta de conexión.

Era un gilipollas.

Un gilipollas y también un cobarde.

La agarró de la muñeca y tiró violentamente de ella hacia él.

Cristina aterrizó encima de él, dejando caer el sobre con el traje deportivo. El ruido del papel al golpear el suelo resonó en el pasillo vacío mientras dos ojos enormes le miraban con sorpresa y miedo.

Joder, odiaba leer incertidumbre en su expresión.

Cristina era demasiado profunda para ignorar el más mínimo gesto. Otra chica ni siquiera se habría dado cuenta de su vacilación, desde luego no habría entendido su significado.

¿Temía implicarse demasiado?

—No pagaste el peaje, —susurró a escasos centímetros de sus labios, decidido a borrar la preocupación que le había infundido de la única manera que sabía.

Ni siquiera esperó una respuesta: la apretó contra la pared y la besó.

Cristina no era tímida. Tras un momento de desconcierto, lo agarró por las solapas de la chaqueta y lo atrajo hacia ella.

Nicola plantó los puños en la pared detrás de ella, a un lado de la cabeza, y hundió la lengua en su boca con más determinación.

Cuando se apartó, contempló fascinado los labios tumefactos que había devorado, mordido, chupado. Los había consumido en las horas anteriores.

Normalmente no se demoraba en sus besos, pero con Cristina no había escatimado y las consecuencias eran visibles.

Tenía los labios hinchados, sensibles y temblorosos. Debían de dolerle muchísimo.

Los acarició con el pulgar. Le llenaba de orgullo haberla marcado.

Quería que pensara en él durante mucho tiempo después de haberla dejado en casa.

—Eres un glotón, —murmuró Cristina, con los ojos empañados por el deseo y no por la preocupación.

Así estaba mejor.

—Tengo hambre, —confirmó él. Con ella se sentía como un hombre que había pasado años sin sexo. Con la punta de la nariz dibujó el arco de su pómulos—. No me ayudas, —le sopló al oído.

Cristina soltó una risita por las cosquillas.

—¡Yo no he hecho nada!, —protestó, apartándolo unos centímetros. Era encantadora cuando se reía.

—Ése es el problema, —gimió Nicola, apretando su erección contra su vientre.

Las pupilas de Cristina se dilataron de asombro.

Así, ella también comprendió la gravedad de la situación. Como era incapaz de ejercer ningún control sobre su polla, era mejor organizar una retirada, antes de que un polvo le rompiera las piernas en la cancha e impidiera a Cristina caminar.

—Eres un idiota, —le insultó ella, pero él se dio cuenta de que era asquerosamente presumida. Si hubiera sabido que ninguna de sus novias tenía el mismo efecto en él, lo habría sido aún más.

Le puso una mano en la mejilla y ella inclinó la cabeza para apoyar la cara en la palma, con los ojos entrecerrados para disfrutar mejor del contacto.

—Y tú eres preciosa.

Lo dijo en serio. No era una táctica.

Cristina deslizó los brazos por debajo de la chaqueta de él, rodeándole las caderas. Se acercó a él como un gatito en busca de mimos y apoyó la cabeza en su pecho. Era tan dulce, tan adorable.

Si no hubiera dejado de acariciarle la espalda, habría sido él quien ronronearía.

—Lo dices porque te has corrido tres veces, —se burló.

Nicola se puso rígido.

—No hagas eso, —gruñó, echándose hacia atrás para mirarla.

—¿El qué?

—No reduzcas todo al sexo, —continuó, y luego se tragó un impropio porque aquella frase desmayada no era propia de él. O al menos nunca lo había sido, cuando *solo* se había tratado de follar con una mujer.

Cristina lo miró con el ceño fruncido, como si luchara por encontrar la solución a un enigma.

Se sintió como un imbécil.

Estaba a punto de soltar un chiste malo, pero ella le puso la mano en medio del pecho. Tenía el poder de calmarle en un instante.

—Eres una sorpresa, Zanini.

Se contuvo para no frotarse la cara. Empezaba a sentirse cansado, molesto e irritado. Sentía que en su interior se agitaban cosas más grandes de lo que esperaba y no se estaba dando tiempo para ahondar en ellas y asumirlas.

—¿Es eso bueno?, —se oyó decir, y Cristina le sonrió con un deje de aprensión.

—No lo sé.

Esto no era nada bueno. ¿A qué mujer le importaba que un hombre añadiera un poco de sentimiento a un polvo?

—Cri...

—No lo averiguaré esta noche, —lo detuvo, sabiendo que no se rendiría. Ella sabía desde el principio como era él: podía sentirse aturdido, pero cuando algo le importaba, no era de los que lo dejaban colgado—. Pido tiempo muerto, capitán, —continuó ella, cruzando las manos para formar una T.

Nicola se impidió replicar y estudió a la mujer que tenía delante, intentando ir más allá de sus palabras.

Cristina le suplicaba que dejara el tema.

Él asintió con la cabeza.

Ella le palmeó suavemente el pecho, sugiriéndole que dejara de retenerla.

—Mañana tengo que trabajar, —declaró, recordándole lo tarde que era.

Nicola no podía creer que hubieran pasado tres horas desde que él la había hecho perder el control con un frenazo asesino.

El concepto del tiempo con Cristina había cambiado. Parecía demasiado poco y al mismo tiempo demasiado denso. En las pocas conversaciones que había mantenido con ella, había descubierto un mundo que le fascinaba y que estaba deseando conocer.

—¿No puedes cogerte un día libre?

—¿Propones que lo pasemos juntos?, —le preguntó Cristina mientras se apartaba de él y recuperaba el sobre.

Nicola aprovechó para coger su mochila y su casco.

—No, —murmuró él, molesto—. Pero solo porque no puedo faltar a los entrenamientos.

Había demasiadas expectativas puestas en el equipo, en él en particular. Sí, era ambicioso, pero su afán por acabar la temporada con un ascenso tenía también otros motivos: nadie se había esperado su remontada en la liga, y ahora que estaban casi en los playoffs habían llamado especialmente la atención. Roma no era una ciudad tan grande en cuanto a jugadores, y no se refería a los de los circuitos legales. Estaba seguro de que algunos de sus compañeros habían invertido sumas considerables en ganar la final, la que tenían más probabilidades de encontrarse jugando con el Stars de Edoardo.

Eran presiones lo bastante insistentes como para ponerle al borde del abismo.

Ella asintió, ajena a sus preocupaciones, y comenzaron a recorrer el pasillo en dirección a la salida. Ella notó con placer que caminaba a su lado sin obligarle a detenerse cada dos minutos para alcanzarle. Su estatura le permitía caminar a la par que Nicola. Nunca había estado con una mujer tan alta. Siempre le habían parecido desgarbadas, pero no era el caso de Cristina. Sus piernas le volvían loco y tenía el porte elegante de una modelo.

Maldita sea, lo estaba arruinando por las otras, podía sentirlo. Por su culpa, ahora, iba a comparar a todas las chicas con...

—Nico... —La voz de Cristina interrumpió sus pensamientos incoherentes.

Se detuvo y se dio la vuelta. Ella también se había congelado y parecía cautelosa, indecisa.

Una sensación de alarma lo recorrió.

—Olimpia ha jugado un magnífico campeonato, —exclamó Cri, y Nicola sintió un dolor en el esternón, como si acabara de recibir el impacto de una bala de cañón.

—No hace falta...

Cristina intuyó la línea de sus pensamientos, pero la ignoró. Había un matiz de acero en su mirada.

—No te estoy ofreciendo tranquilidad, —le dijo, hablando con la decisión de un entrenador y dejando claro que, además de leer entre líneas, también comprendía que él odiaba la lástima—. Dijiste que no podías faltar a los entrenamientos. La verdad es que no tienes que hacerlo, —le reprendió, de una forma que le recordó a los sermones maternos, aquellos que no pretendían herir sino solo poner el mundo de nuevo en perspectiva—. Tienes la oportunidad de jugar por el ascenso. Olvida todas las distracciones. El equipo se merece todo tu esfuerzo.

Nicola no respiró. Las palabras de Cristina resonaban en su cabeza.

Ella le había dado un consejo, uno que solo alguien que se preocupara por él podría haberle recomendado, y dado que era la hermana de De Santis esa consideración valía diez veces más que la de cualquier otra persona. Nicola, sin embargo, no sintió ni un ápice de satisfacción, ni una chispa de orgullo o un sentimiento de calidez.

Aquel discurso... tenía sentido, era correcto, maldita sea, pero tenía un subtexto que él no quería considerar.

Cristina acababa de pedirle que renunciara a ella.

—Vamos, —ordenó, bruscamente, adelantándose a ella.

Un ruido de pasos le indicó que ella le seguía. Estaba demasiado cabreado para darse la vuelta y asegurarse.

Ella le había dejado.

Dios, acababa de dejarlo una mujer que tenía la maldita arrogancia de pensar en su bienestar. ¿Qué sabía ella de lo que él necesitaba?

Llegaron a la caseta de vigilancia y Nicola sacó las llaves de su bolsillo para dárselas a Giovanni.

—Está dormido, —le advirtió Cristina, que había estado espiando dentro del puesto—. Deberíamos despertarle. ¿Quizá quiera un café? Hay una cafetería abierta por la noche en *Viale Pinturicchio*, o...

—Espérame en el coche, —la interrumpió Nicola, con un tono más impetuoso de lo que pretendía.

Cristina abrió mucho sus ojos claros. Parecía dolida por su actitud.

¿De verdad? ¿Primero le daba la espalda y luego le daba pena cómo la trataba?

Se abstuvo de consolarla. Estaba realmente enfadado, más aún por la ternura que ella había mostrado hacia Giovanni.

No estaba bien mostrar tanto carácter y desinterés como para ponerle de rodillas y luego renegar de él.

Si Cristina creía que podía arrastrarlo y echarse atrás de inmediato, había elegido al hombre equivocado.

—No hace falta... estaremos... estaremos en contacto, ¿vale?

¡Vale, y una mierda!

Nicola la agarró por los hombros.

—Espérame en el coche.

—Nicola, *mi* coche, —recalcó—. Tú has venido en la moto.

—Dame dos minutos, tiempo para despertar a Giovanni y devolverle las llaves, —continuó él, como si no la hubiera oído.

Para ser una mujer tan inteligente, le miraba como si no entendiera nada. Sin embargo, ¡estaba seguro de que hablaba italiano!

—Espérame en el coche. Te llevaré a casa en moto.

—Estoy acostumbrada a conducir a estas horas, —protestó ella, intentando quitarse las manos de encima.

Él le haría perder esa costumbre, de eso no cabía duda. Roma era una ciudad peligrosa a partir de cierta hora, sobre todo en las zonas periféricas.

—Espérame...

—No creo que sea...

Nicola solo encontró una forma de hacerla callar: le mordió el labio inferior.

Ella gimió, emitiendo un sonido a medio camino entre la sorpresa y el dolor.

Lo importante era que se callara. Cuando hablaba y decía cosas sabias, solo le causaba daño.

Tenía rabia dentro...

Sí, no debía distraerse. Cristina tenía razón y, si hubiera sido cualquier otra persona, él habría besado el suelo que pisaba por sus ánimos, pero ahora había ido demasiado lejos con ella y no podía echarse atrás, no quería. La única solución era trabajar el doble para conciliar el entrenamiento, el campeonato y salir con la hermana del enemigo. Y si ella no tenía fuerzas para seguir el ritmo, él debía tenerlas por los dos. No iba a dejar pasar a una chica que se ofrecía a ir a comprar cruasanes para un vigilante a sueldo que dormía y que, para espolearle a dar lo mejor de sí mismo en la liga, se echaba a un lado.

—Eres un mandón, —exhaló Cristina, al final de un beso nada suave.

No siempre lo era, pero ella tenía la costumbre de evadirlo.

—También, —confirmó él.

Cristina negó con la cabeza, más divertida que indignada, llevándose una mano a los labios.

Un poco de dolor no era el fin del mundo. Llevaba conviviendo con él desde que ella había aparecido por la banda en ropa deportiva.

—Cristina...

Ella levantó las manos.

—Te espero, —se rindió.

Buena chica.

La espió de camino al coche y despertó al vigilante. Giovanni, por suerte, no mencionó lo tarde que era y no se entretuvo en bromas maliciosas. Nicola tenía ganas de morder a alguien y solo tardaría un momento en arremeter contra la persona equivocada.

¿Qué le pasaba?

Nada, se dijo a sí mismo, mientras alcanzaba a Cristina.

Ella ya estaba al volante, con el motor del Lancia en marcha.

Nicola la saludó con la cabeza, se colgó la mochila al hombro y se puso el casco.

Esperó a que ella saliera primero y la siguió. No tardaron mucho en llegar a *Tor di Quinto*, pero Nicola odió los diez minutos que tardaron en llegar al edificio donde vivía Cristina.

Tenían que tener una pequeña charla sobre conducción temeraria.

Detuvo la Ducati junto al Ypsilon, pero no puso el caballete ni se quitó el casco. Simplemente se levantó la visera.

Cristina salió del coche con una sonrisa tímida.

Él no le quitó los ojos de encima, esperando su movimiento.

¿Qué esperaba? ¿Que le invitara a subir? Ella no era ese tipo de mujer, y él no era el tipo de

hombre que se quedaría. En ese momento ni siquiera quería. Tenía que poner en orden sus pensamientos.

Ella se le acercó. Parecía cohibida, como si lo que habían compartido en el PalaTiziano la incomodara.

—Gracias por el detalle, Nicola, —le dijo, levantando el sobre.

Volvió a utilizar su nombre completo. Durante los repetidos orgasmos, en cambio, siempre le había llamado “Nico”.

Sus intenciones no podían ser más claras.

—No es nada, —murmuró él, con la voz apenas distorsionada por el acolchado del casco que le oprimía las mejillas.

No era nada. Todo era por ella, y había sido demasiado para él.

—No es cierto y lo sabes, —replicó ella, haciéndose eco de sus pensamientos. El problema, sin embargo, no eran sus palabras. Su expresión volvía a ser distante, educada pero cerrada a cualquier forma de ternura.

Solo la arruga que apareció entre sus ojos sugería que no estaba contenta de despedirse. Sin embargo, estaba decidida a hacerlo.

Probablemente en su complicada y engreída cabeza de bruja pensaba que le estaba librando de la vergüenza de rechazarla, así que le estaba dando una salida.

Nicola no se habría sentido incómodo ni paseando desnudo por la Plaza de España, pero ése no era el problema. Cristina no confiaba en él.

La había cortejado con flores y bombones, la había tranquilizado, la había abrazado, la había hecho correrse varias veces con sus dedos, su boca y su polla, y ella ni siquiera le había dado la oportunidad de que funcionara. Su reputación no le ayudaba. Sin duda lo juzgó insensato y, en lugar de intentar atraparlo como otras mujeres, le dio una patada en el culo.

No tenía sentido.

—Buenas noches, Nicola, —se despidió, pues él no se decidía a hablar. Si lo hubiera hecho, nada bueno habría salido de su boca.

Persiste, la muy perra. ¿Quiere que le ruegue por un coño? Jamás.

Reconsideró la idea de comprometerse con ella.

Estaba acostumbrado a trabajar en equipo y Cri no le estaba dando el más mínimo apoyo.

Al diablo con ella.

Tal vez incluso tuviera que agradecerle que le diera una salida. Las relaciones no eran para él; había sido un tonto al considerar siquiera la idea. Como Cristina había insinuado, era el sexo lo que le había vuelto patético.

Tenía que irse, y rápido.

—Buenas noches, Nena, —dijo entre dientes, bajó la visera y arrancó la moto.

No la miró ni un segundo más, no esperó a que cruzara la puerta principal. Hizo rugir el motor de la Ducati y la lanzó a toda velocidad por las calles de la Ciudad Eterna.



Una como muchas. Se había convertido en una como muchas. Por eso el buzón de mensajes de su móvil estaba vacío y el teléfono no sonaba desde hacía un par de días. Quizá si lo hubiera comprobado, habría encontrado... No, era inútil.

Dobló enérgicamente un slip de seda, provocando más arrugas de las permitidas para presentar a los clientes que pagaban con lujosas tarjetas de crédito. No era culpa de aquellos trozos de tela que su caballero no la llamara.

¿Caballero? Tenía que aprender a llamar a las cosas por su nombre: Nicola Zanini era el mejor mentiroso de los últimos años.

¡Embustero!

Vale, el Vikingo había sido el mejor polvo de la historia.

Poco importaba, no habría más encuentros ni revolcones sobre el parque liso y helado.

Mientras se ofrecía a él, debería haber recordado la fama del jugador de baloncesto, el enjambre de chicas que parecía aumentar y ensordecen con cada partido. Nicola estaba acostumbrado a relaciones poco exigentes, a mujeres que caían a sus pies con un chasquido de dedos. Desde el principio había sido evidente que, una vez atrapada su presa, se desharía de ella.

Estaba acostumbrado a la cantidad, y ahora ella era una nueva muesca en su cinturón.

Enhorabuena, Cristina, has sido una zorra, se reprendió a sí misma.

¡Al diablo!

Si tenía que ser sincera, ella no había hecho nada para retenerle, de hecho, le había sugerido que se apartara. Mejor dejarlo en la estacada que arriesgarse a que lo hiciera, y además había sido sincera con su carrera: el pívot del Olimpia no podía permitirse distracciones en una fase tan avanzada del campeonato.

No es que hubiera pensado en convertirse en un motivo de disgusto para él, pero había querido asegurarse de antemano que ella nunca estorbaría, a diferencia de otras mujeres que, según lo veía todos los días con su hermano y sus compañeros del Stars, reclamaban atención con molesta insistencia.

Si Nico no era de los que tenían aventuras y ella le había proporcionado una salida en primer lugar, ¿por qué le escocía tanto la ausencia de mensajes?

Más bien tenía que estar satisfecha. Era una mujer de apetitos sexuales normales y había tenido a su disposición al mejor semental del mercado, además de que se había evitado el peligro de las telarañas.

Entonces... ¿por qué estaba a punto de arrancarse esa maldita falda?

Todo por aquellos ojos verdes, llenos de ardor y deseo, brillantes de placer y pasión. Ojos que se habían colado en sus sueños junto con las frases que Nicola le había susurrado con aquella voz ahumada de dormitorio.

Nicola era demasiado hermoso, demasiado agudo y divertido, demasiado intenso para ser olvidado.

—Cristina, un cliente pregunta por ti, —se oyó llamar.

Se puso la bata y se enderezó los hombros. ¿Qué le faltaba? Ah, sí, la sonrisa, esa que decía “te voy a hacer gastar cien euros, pero seré tan buena que no te darás cuenta”.

Se dio la vuelta, profesional y complaciente. El cliente primero, antes que las penas de amor y los sueños infantiles.

¡Mierda!

—¿Qué haces aquí?, —preguntó Cristina, con los ojos clavados en Nicola Zanini.

¿Dónde estabas ayer? ¿Y anteayer?

Nicola, de pie en medio de la tienda, con las manos hundidas en sus vaqueros de tiro bajo y los hombros cubiertos por la tela de una camiseta, se limitó a mirarla con los labios curvados hacia arriba y un brillo en los ojos. Era tan condenadamente apetecible que ella quería devorarlo poco a poco, primero sus dedos, luego...

Cristina respiró hondo para calmar el pánico y la expectación, la indignación y el deseo que se habían apoderado de ella en las cuarenta y ocho horas que él la había abandonado.

—Trabajo aquí, así que debo...

—Así que debes atender a los clientes, —concluyó él por ella.

Bueno, ella no habría terminado la frase así. En realidad, le habría ordenado que se fuera.

—Exacto, —replicó.

—Yo soy un cliente, —señaló Nicola.

Se sonrojó, avergonzada por haber sacado una conclusión equivocada. No estaba allí por ella, sino para comprar. Ropa de mujer, le sugirió la experiencia.

Dudaba que un deportista comprara calzoncillos La Perla, y Nicola tenía la complexión perfecta para llevar ropa de Armani.

El recuerdo de su físico esculpido, de su piel reluciente de sudor la golpeó, dejándola sin aliento, pero rápidamente volvió al presente: estaba claro que aquello ya no era una mercancía para ella.

Mostró una sonrisa profesional, de esas que se congelan en las portadas de las revistas, esperando que él no se diera cuenta de que estaba... celosa.

—Mis chicas estarán a tu disposición, —le informó en un tono formal.

Nicola se acercó a ella y Cristina se puso rígida. Solo entonces, al verle en su propia tienda, se dio cuenta de lo enorme que era. Roberta apenas le llegaba a la altura del pecho y, desde luego, impresionaba a las señoras cuyos cuellos estaban a punto de romperse solo con mirarle.

—Serás tú quien me recomiende los mejores artículos, —le ordenó. Sí, era una orden, aunque acompañada de hoyuelos y ojos divertidos—. Artículos de señora, —especificó con una sonrisa pícara, confirmando su intuición.

Cristina apretó los puños, furiosa y disgustada.

¿Se trataba de un castigo? ¿Un mensaje en clave sobre no hacerse ilusiones?

Había cien y una formas de comunicarle que no deseaba seguir conociéndola y él acababa de elegir la más retorcida y malvada.

Menudo pedazo de mierda.

Apretó los puños. Si no quería soltar una pataleta y llamar la atención acosadora de los clientes, tenía que acceder a su petición.

—Muy bien, ¿qué tienes pensado?, —inquirió, satisfecha de que no le temblara la voz.

Nicola no comentó el cambio a “ella” y su sonrisa se extendió.

—Un conjunto de lencería, capaz de dejar a un hombre boquiabierto.

¡Gilipollas!

Magnífico y hermoso gilipollas.

Le dio la espalda y cerró los ojos un momento. Necesitaba cada gramo de autocontrol. Sintió que le escocían las comisuras de los ojos y que le picaban las manos. En su particular versión de la duda de Hamlet se veía llorando o abofeteándole.

No eran alternativas viables.

Era demasiado orgullosa para exhibir lo que sentía, ese malestar en el estómago que eran los celos mezclados con humillación.

Odiaba haberse abierto a él, haberse mostrado vulnerable y haberle dejado entrever su pasado. Incluso había intentado confiar en él. Se había sentido orgullosa de sí misma por haber ido más allá de las ideas preconcebidas debidas a la reputación de Nicola y a la desconfianza que había caracterizado su vida desde el accidente. En cambio, se había mostrado como una mujer patética y quejica, dispuesta a dejar de lado su dignidad por un poco de sexo.

Tal vez sexo reconfortante, desde su punto de vista, y nada memorable.

—Estoy segura de que podemos complacerla, —le aseguró ella, pensando en formas de vaciarle la cartera sin obtener ni un ápice de consuelo por ello.

—Solo quiero lo mejor para ella.

Cristina pasó por caja y esbozó una sonrisa malévola. Se colocó detrás del mostrador de cristal y empezó a sacar cajas y cajas. De vez en cuando lanzaba miradas fugaces a Nicola, tan relajado y guapísimo como siempre.

Deseable y distante.

¿Se había equivocado tanto con él? ¿De verdad era incapaz de juzgar a la gente? En aquel momento ni siquiera le importaba su maltratado corazón, solo tenía la sospecha de que había visto demasiado en un hombre vacío, vanidoso y arrogante de lo que había parecido a primera vista. Si tan solo recordara la forma en que la había cortejado... No, no podía adentrarse en ese terreno, de lo contrario tendría que admitir que era una imbécil por no desenmascarar un pequeño engaño.

Esperaba que Nicola se alegrara de contarle a la gente que se había follado a la hermana de Edoardo De Santis en el suelo de un establecimiento público; ella, por su parte, tendría que vivir con la decepción de haber creído al hombre equivocado.

Era un trago amargo.

—Si te gustan las cosas sencillas, esto es perfecto, —exclamó, señalando un coordinado negro no especialmente atrevido, pero sí elegante. Luego sacó un centímetro de tela cosida a un número indefinido de hilos, una clara referencia al bondage. Eso dejaría poco a la imaginación —. Esto podría hacer perder la cabeza a un hombre, —comentó, sarcástica, repitiendo sus palabras.

Nicola levantó el tanga con el dedo índice y lo miró, desconcertado.

—¿De verdad creen las mujeres que nos importan estas cosas?

Tenía los ojos muy abiertos por el asombro y una expresión divertida en el rostro. Parecía sincero y, a pesar de su amargura, Cristina tuvo que contener una sonrisa.

Él se dio cuenta y la miró, intrigado.

Quien sabe que habría pensado si hubiera sabido que las mujeres no solo estaban convencidas del poder de la lencería de diseño, sino que estaban dispuestas a aguantar algo más que unos filamentos entre las nalgas para atraer a hombres como él.

Se lo guardó para sí. No tenía intención de enviarle ningún mensaje ambiguo.

—Si no es lo suyo, podemos probar con algo menos agresivo, —continuó ella, volviendo a un terreno menos traicionero.

Le enseñó las mejores piezas, intentando no imaginarse a Nicola sacándolas de un cuerpo que no era el suyo.

La torturó todo el tiempo. La provocó, hablándole de esa chica que necesitaba ser valorada, que necesitaba estar más segura de su propia sensualidad.

Al cabo de media hora, Cristina estaba agotada.

Le dolían las mejillas de las sonrisas forzadas que había tenido que dedicarle, su estómago pedía a gritos un Maalox y su corazón se había instalado en una frecuencia antinatural. Le latía con fuerza cuando sonreía, cuando se humedecía los labios o cruzaba los brazos sobre el pecho.

No podía seguir así, se volvería loca y, además, estaban empezando a llamar la atención.

Era una suerte que Roberta tuviera el turno de tarde y no estuviera allí para revelar a sus colegas quien era aquel dios rubio.

Inhaló profundamente, como le habían enseñado en clase de yoga, sus párpados se tensaron.

—¿Cuál te gusta?, —le preguntó Nicola, concediéndole un respiro, su mirada era tan intensa que un escalofrío le recorrió la espina dorsal.

No debería haberlo preguntado, no con aquella expresión que le recordaba la pasión de dos noches antes y la dulzura de sus besos.

No era justo, ni amable.

Era inhumano.

No se merecía aquel trato.

Cristina suspiró de nuevo, dejando caer la máscara de gélida profesionalidad.

Se resignó a seguirle la corriente.

Desenvolvió bragas y sujetadores hasta encontrar un conjunto en tonos azul empolvado, refinado y delicado. Un sueño de seda y encaje que sentaría bien a una morena, quizá de ojos azules.

—Este, me quedaría con este, —le señaló, levantando su pieza favorita, la que no compró porque costaba demasiado y no tenía ocasión de ponérsela. Sin embargo, cada vez que la sacaba del paquete, esperaba que los clientes la rechazaran para poder conservarla en la tienda.

Nicola la miró atentamente, pero ella bajó los ojos. No le daría esa satisfacción. La había seducido, abandonado y pisoteado. Con su sugerencia profesional, además, ya había reconocido su victoria, no le mostraría también su tristeza.

Vete a la mierda, Zanini.

—Este, —confirmó, con la voz caliente como el infierno. Más áspera que unos minutos antes, más oscura.

Era la humillación definitiva: le daría a otra lo que ella quería para sí misma. Y no hablaba

solo de unos triángulos de tela.

Cristina colocó el conjunto en una caja negra, cerrando las cintas con consumada habilidad.

Le acompañó a la caja, con los tacones golpeando el suelo de mármol.

Clientas y dependientas los observaban, estupefactas. Contenían la respiración al paso de aquel adonis que elegía personalmente la lencería para su novia.

Cristina también lo contuvo, porque conocía el ardor de Nicola, la forma en que hacía sentir a una mujer, y él acababa de dejar claro que ella ya no se beneficiaría.

—Nunca he estado en una tienda de lencería, —comentó él, mientras ella completaba el proceso de pago con tarjeta de crédito.

—Un patio de recreo para mujeres mimadas, —se le escapó. La risa de Nicola aplacó su enfado por la forma en que se había mofado de ella—. Juegos por los que pagáis los hombres, para placer del propietario.

—Un hombre haría esto y más por su mujer.

Cristina resopló, escéptica. Los únicos hombres que gastaban cientos de euros en ropa interior eran los que necesitaban compensar algo.

O los perdidamente enamorados.

—No te recuerdo tan cursi, Zanini, —le provocó.

—Será culpa tuya. Parece que últimamente veo nubecitas rosas por todas partes, —bromeó él, guiñándole un ojo.

¡Cabrón!

—Un capullo más. La primavera se ha cobrado otra víctima, —estalló, e inmediatamente se arrepintió.

Odiaba mostrarse agria, era un signo revelador de lo mucho que le importaba, pero no podía evitarlo, ¡maldita sea!

—Que cínica eres, —la reprendió con buen humor.

Y no era más que un capullo superficial y diabólico.

—Ya está, eso es todo. Vuelve pronto, —le despidió ella, empujando el paquete hacia él, ansiosa por quitárselo de encima.

—¿No vas a despedirte, Cristina?, —murmuró Nicola apoyándose en el mostrador, doblando los antebrazos e inclinándose hacia ella.

Ella tragó saliva, confusa, y miró a su alrededor.

La estaba exponiendo a propósito a la curiosidad y a las bromas, sin ningún respeto por su papel.

Era demasiado.

—Zanini, coge el paquete y vete, —siseó, con la vista oscurecida por la ira.

Tenía la boca seca y las palmas de las manos sudorosas. El hombre la estaba alterando, aplastando todos sus intentos de mostrar indiferencia.

—Pregúntame para quien es este regalo, —le ordenó, con los ojos risueños y una sonrisa de suficiencia en los labios.

Debía de ser bueno para su ego tener delante a una mujer abandonada que se enfurecía ante sus provocaciones.

—No me gustan tus juegos, —le amonestó ella, apoyando las manos en el mostrador. El frío de la superficie, al tocar sus húmedas palmas, la hizo estremecerse.

Nicola la estudió, clavando en sus ojos una mirada tan profunda que la incomodó.

—Tanto orgullo fuera de lugar, —comentó al fin. No parecía satisfecho.

Se apartó del mostrador, enderezándose en aquellos casi dos metros de músculo y piel dorada.

—Póntelo esta noche, —dijo señalando el paquete. Su expresión ya no era risueña, sino seria e intencionada—. Con la ropa interior deportiva, me has dejado fuera de juego. Seguro que con esto me dejas boquiabierto.

Cristina abrió mucho la boca.

—¿Q-qué?, —tartamudeó dolorida, recordando con horror los sujetadores deportivos de los que estaba lleno su cajón. Pero ese no fue su primer pensamiento, no. En la última media hora había sido puesta a prueba y se había traicionado hasta el extremo. Se había comportado como una idiota irracional, dándole a él la seguridad que necesitaba para seguir saliendo con ella desde una posición de ventaja: ahora tenía claro que ella no quería renunciar a él.

Debería haberse puesto furiosa por su engaño, pero decidió que le perdonaría la farsa. Como deportista, respetaba a quienes empleaban estrategias ganadoras, y Nicola había demostrado ser un hábil jugador. Con el conjunto azul, se había ganado una absolución sumaria.

—¿Es p-para mí?, —preguntó para estar segura, tan aturdida que no podía darse cuenta de lo que estaba pasando. También estaba un poco conmovida.

Nicola le dedicó la sonrisa más dulce y tierna del mundo, luego la atrajo hacia él, con la mano en la nuca para acercarla a su boca. Cristina apoyó las palmas de las manos en el mostrador para no caerse hacia delante. La posición era más que incómoda, pero entonces él apretó sus labios contra los de ella y se convenció de que aquel dulce y fugaz sabor a paraíso merecía la incomodidad de tener el borde del mostrador de mármol clavado en el estómago.

—¿Para quién si no?, —sopló a escasos centímetros de su cara, con los iris brillantes y resplandecientes.

Cristina tenía algunas sugerencias, pero guardó silencio.

No podía haber hecho ruido mientras él la miraba como si fuera la criatura más fascinante en la que hubiera puesto los ojos.

Nico la soltó y se alejó.

—Nos vemos esta noche, —le dijo en la puerta, lo suficientemente alto como para que sus compañeras le oyeran y la miraran como si le hubiera tocado la lotería.

Cristina ni siquiera pudo asentir.

Agarró el paquete y lo sujetó con fuerza entre los dedos, con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho.

Con su atención, el hombre iba a matarla.

Estaba segura de ello.



Un ruido molesto se superpuso a la música que salía de los altavoces del equipo de música. Cristina tardó unos minutos en darse cuenta de que era el interfono. Miró el reloj con el corazón latiéndole desbocado. ¿Sería que Nicola ya había llegado?

Le había enviado un mensaje citándola a las nueve y media. Faltaban más de cuarenta minutos y ella estaba desnuda. ¡Desnuda!

La ropa interior azul empolvada no contaba como ropa.

Contestó al interfono, con la radio sonando de fondo.

—¿Quién es?, —preguntó, paralizada, mientras miraba a su apartamento de dos habitaciones rodeado de caos. La ropa desechada se amontonaba en el reposabrazos del sofá, la caja de croquetas para gatos seguía sobre la mesa, observada por Maldición, los zapatos... ¡Oh Dios, era un desastre!

—Soy Edo, déjame subir.

Suspiró aliviada al oír la voz de su hermano. Abrió sin contestarle y corrió al dormitorio para ponerse una camiseta y un pantalón de chándal.

Recogió su ropa y la echó a granel en el armario.

Sonó el timbre y Cristina apenas tuvo tiempo de apagar el maldito aparato que le perforaba los tímpanos antes de abrir la puerta.

—Hola, ¿qué haces aquí?

Edoardo miró a su alrededor, oscuro y amenazador, y entró en la casa como si fuera su dueño.

Cristina reprimió una mueca de contrariedad. Algo iba mal, estaba segura. Su hermano tenía los labios apretados por la decepción y los ojos azules oscuros. Estaba furioso, se dio cuenta, a juzgar por la rigidez de sus hombros y la contracción de los músculos de la mandíbula. Era una visión demasiado familiar para no reconocer los signos de la ira. Pero, ¿por qué sus ojos la atravesaban?

—Dime..., —empezó Edo, haciendo una pausa para modular su voz vibrante de ira, —que Fabrizio se equivoca y que no estuviste con Nicola el viernes pasado.

Cristina tardó unos segundos en comprender aquellas palabras y luego parpadeó. Una sensación desagradable se apoderó de su estómago.

Buscó la mirada de Edo y las intenciones que leyó en sus ojos le parecieron tan claras e injustas que convirtieron el ligero sentimiento de culpa en fastidio.

Enderezó los hombros.

Si le esperaba una guerra, la libraría con honor.

—Veo que tu amiguito no pierde ocasión de comportarse como un perrito que busca la aprobación de su amo, —comentó, pero por dentro temblaba.

Tenía miedo de muchas cosas. ¿Decepcionar a su hermano? Eso encabezaba la lista.

—Basta ya. No me provoques, —siseó él, con tal vehemencia que Cristina retrocedió.

—Te presentas en mi casa y empiezas a meter las narices en mis asuntos privados. Eres tú el que me provoca, hermano mayor, —le replicó, plantándole cara.

—¿Qué tienes en mente, eh? ¿Nicola Zanini? Dios, solo de pensarlo me dan ganas de vomitar, —le espetó, con el rostro distorsionado por el asco.

Cristina estaba incrédula.

La reacción de Edo iba mucho más allá de la posesividad y el sentido de la protección. Por Nicola sintió pura aversión.

—Lo pintas como un demonio, —murmuró, sin darse cuenta de que estaban hablando del mismo hombre.

—¿Y no te preguntas por qué? ¿No ves lo que está haciendo?

Me está cortejando y mimando.

Se contuvo; no era prudente incitarle. Sin embargo, a la hora de escupir fuego, Edo no necesitó ánimos.

—¡Nos está poniendo el uno contra el otro!, —tronó, sin darle tiempo a replicar.

Oh Dios, ¡se había vuelto loco!

—¿Estás loco? No está haciendo nada de eso. No veo que tienes que ver tú con mi tiempo con él.

La expresión de Edoardo se puso rígida, como si ella le hubiera abofeteado.

—¡Entonces lo admites!

Ella puso los ojos en blanco, indecisa entre reírse o plantearse enviarlo a terapia.

—Nunca pensé en ocultarlo.

No lo había hecho. Había esperado que Fabrizio se callara y, al no notar un cambio en las conversaciones diarias con su hermano, había seguido su camino sin darle muchas vueltas al asunto. Hasta aquella mañana, hasta el regalo de Nico y sus promesas, no había tenido nada que defender, solo tres orgasmos y mucha diversión.

¿Qué se suponía que tenía que decirle?

Edoardo se pasó una mano por el pelo negro.

—Nos está obligando a discutir. Sabe que si yo soy vulnerable, los chicos del equipo también lo son —le explicó, con la mirada alucinada.

—Nunca habla de ti, nunca menciona tu nombre ni el del equipo, —aclaró ella por justicia.

—Sin embargo, aquí estamos, discutiendo por él.

—Estás discutiendo. ¡Tú!, —le acusó ella, con la voz alterada—. Tú eres el que está armando un escándalo.

Edoardo le dedicó una mirada dura. En otra circunstancia habría bastado para enviarla directamente al baño con el grifo abierto para ocultar sus sollozos, pero las cosas estaban

cambiando... *habían cambiado*.

—Tienes que dejarlo, Cri. No bromeo. Si me informan de que vuelves a ver a Nicola, la cosa acabará mal.

¿Ahora incluso iba a amenazarla?

—¿Qué me harás? ¡Dímelo!

—¿No ves que solo te está utilizando para destrozarme la cabeza? ¿Por qué si no te iba a elegir?, —le preguntó, con un tono tan alto que hasta la señora Maffei, al final del rellano, podría haberle oído, a pesar del audífono—. ¡Dios sabe a cuantas chicas se tira en una semana! Sé razonable, si te ha elegido a ti específicamente, es solo para perjudicarme a mí y al equipo.

Cristina intentó no sentirse dolida, pero de repente la sangre se le escurrió de la cara. Se aferró a aquella absurda teoría del espionaje entre equipos para ignorar lo que su hermano debía pensar de ella, pero la rabia la cegó y no pudo contenerse.

—¿Eso es lo que piensas? ¿Que tu hermana no tiene ni un ápice de atractivo?

Un destello de contricción pasó por los ojos de Edo.

—Yo no he dicho eso...

—¿Ah, no? Acabas de decir que un hombre solo podría encontrarme deseable con el motivo oculto de atacarte. Eres tan engreído, tan...

No pudo terminar la frase, se le cortó la respiración. Se tragó las lágrimas y las transformó en rabia.

—¿Qué te pasa? ¡Siempre he hecho lo que tú querías!, —gritó, sintiendo arder en su estómago la injusticia del trato que había sufrido—. ¿Cómo te atreves a decirme lo que tengo que hacer? Tengo veintiséis putos años.

—Me da igual la edad que tengas, eres mi hermana y no voy a dejar que ese capullo te lleve a la cama.

Lástima, porque estaba deseando ser devorada por el Vikingo.

—No estás en posición de decidir lo que debo o no debo hacer. Me follo a quien me da la gana.

Los ojos de Edoardo se abrieron de par en par, sus mejillas enrojecieron con la furia más destructiva que Cristina había leído jamás en su rostro.

Estaba exagerando, lo sabía, pero no podía contenerse. Podía sentir como regresaban años de represiones y estaba demasiado dolida como para preocuparse por los sentimientos de su hermano.

—Cristina, ¡cállate!

—¡No, ahora escúchame!, —le silenció ella—. Lo haces siempre. Llevas diez años apartando de mí a todos los chicos con los que podría haber tenido algo serio. Ay de ti si tocas a un compañero de equipo, entonces: no puedo ni mirarlos. Los balances son más importantes que tu hermana, ¿no?, —le echó en cara, recordando las veces que la había fulminado solo por sonreír a un nuevo compañero de equipo. Un gesto inocente que siempre había tenido como consecuencia dos sermones: uno para ella y otro para el tipo de turno, acompañado de la amenaza de que si pretendía jugar y evitar que le pincharan las ruedas del coche, más le valía olvidarse de la hermana del capitán.

—¿Qué esperabas? No te metí en el negocio de los Stars para que echaras un polvo.

No, lo hacía para que no se volviera loca.

Tras la lesión, Cristina había rebotado de la cama a la silla de ruedas, incapaz de jugar, con sueños rotos para hacerle compañía en las noches de insomnio.

Durante ese tiempo había descubierto que solo podía respirar cuando Edoardo la llevaba al pabellón a ver sus entrenamientos. Si Edo podía ganar para ella, Cristina podía vivir para él.

Había encontrado un nuevo propósito, una razón para levantarse cada mañana, pero aquel logro había tenido un inconveniente.

—Querías ayudarme, —le concedió, —pero solo si actuaba como el decimotercer hombre. Así no te causaría problemas.

—¿Qué estás diciendo?

¿No se lo estaba imaginando? Era menos intuitivo de lo que creía, o tal vez siempre la había considerado estúpida.

—Para estar cerca de ti y ser aceptada por tus compañeros fui directa, teniendo cuidado con cada palabra para no decepcionarte. Nunca lo dijiste explícitamente, pero supe enseguida que no tenía que ser una mujer, que no tenía que pensar como una mujer. Para disfrutar de unas migajas de compañerismo incluso me rebajé a reírme de tu cháchara en el vestuario, fingiendo que no era humillante oírte hablar en esos términos de chicas de mi edad, si no más pequeñas —dijo con amargura.

Toda esa mierda... ella la había aceptado.

Había deseado tanto formar parte de aquellos doce corazones que había agachado la cabeza y mortificado su feminidad. Por Dios, había trabajado en una tienda de lencería durante años y el primer traje de encaje se lo habían regalado aquella mañana.

Eso decía mucho de lo mucho que se había anulado a sí misma.

La verdad era que sus esfuerzos habían sido en vano: en el mundo de los Stars, siempre había sido una ciudadana de segunda clase. Sí, los chicos discutían tácticas en su presencia, le pedían su opinión, pero al final de cada partido, en el abrazo colectivo posterior a la victoria, ella nunca estaba allí.

Cristina no tenía camiseta.

—¡Estás diciendo una sarta de gilipolleces!, —se rebeló Edoardo, pero en su voz la confianza se resquebrajaba por algo que ella interpretó como vergüenza—. Si aparté a mis compañeros de ti fue para protegerte. Eres mi maldita hermana.

Tal vez, pero esa no era la única razón y Cristina estaba demasiado furiosa y enfadada como para reducirlo todo a un simple sentimiento de protección y minimizar su propio malestar.

La gratitud hacia Edo y el miedo a perder la estabilidad que tanto le había costado conseguir la habían inhibido durante demasiado tiempo, convirtiéndola en una bomba de relojería.

Acababa de estallar.

—Esa es la cuestión, ¿no? Soy tu hermana, —murmuró con una sonrisa sarcástica—. Si hubiera tenido pene habría sido más fácil. No habría amenazado la serenidad del grupo.

Edoardo negó con la cabeza. Parecía confuso, y eso no debía gustarle.

No solía gritarle. Él ordenaba, Cristina ejecutaba, confiando en su capitán.

Era hora de que empezara a tomar sus propias decisiones, empezando por las que concernían a Nicola.

—En cuanto te calmes, reconsiderarás el asunto Zanini y te darás cuenta de que tengo razón, —concluyó Edoardo, en cuanto volvió a encontrar las palabras.

La sangre se le heló en las venas. Después de aquel discurso, ¿desviaría su atención hacia un hombre al que ni siquiera conocía?

La decepción le llenó la boca con el sabor del fracaso.

—Edo, vete, —le ordenó.

—¡No lo entiendes! Zanini es un gilipollas, —gritó Edoardo, impaciente.

¡Qué descaro!

—Oh, lo entiendo perfectamente, —siseó. Resolver la cuestión de lo inadecuada que la había hecho sentir a lo largo de los años no era su prioridad, solo le importaba que renunciara a Nico —. He dicho que vayas a...

La interrumpió el sonido del interfono. Lanzó una mirada a su hermano, evaluando que nada le causaría más satisfacción que ver su expresión al saludar a su archienemigo.

—¿Quién es?

La voz de Nicola le dio un vuelco al corazón. Lo señaló en el suelo y dentro. Edoardo la miró sin comprender y, a pesar de su enfado, un escalofrío de aprensión le recorrió la espina dorsal. ¿Qué iba a ocurrir?

No tuvo que preguntárselo durante mucho tiempo. Abrió la puerta y se encontró frente a Nicola, guapo como el sol y con una sonrisa que le iba de oreja a oreja.

—Hola, Nena...

No tuvo tiempo de responder. Edo la apartó bruscamente, poco después los nudillos de su puño derecho se estrellaron contra la mandíbula de Nicola.

Cristina se tapó la boca con las manos, intentando reprimir un grito.

Acabaron en el pasillo del piso, entrelazados, con Edoardo siseando términos irrepetibles mientras Nico trataba de bloquear sus improperios.

Corrió hacia ellos, empujándolos hasta apartarlos el uno del otro.

—Te vas ya. ¡Ahora!, —le gritó a Edoardo, con la voz llena de rabia y vergüenza.

Su hermano los miró con odio, con el pelo desordenado ocultando en parte la dura línea de su mandíbula.

Detrás de ella, Nicola temblaba de energía contenida. Si se contuvo, fue solo por respeto a ella.

Un par de cabezas asomaron por las puertas de los pisos vecinos, los murmullos atónitos se ahogaron para no interrumpir aquel grotesco espectáculo.

Nunca se había sentido tan avergonzada.

—Vete, —repitió en un susurro desesperado.

Edoardo tuvo que darse cuenta de lo bajo que había caído. Se enderezó, se ajustó la chaqueta y se marchó.

Cristina le siguió con la mirada, con un nudo en la garganta. Jadeó cuando unas manos cálidas y fuertes se posaron sobre sus hombros.

—Vamos dentro —dijo sin darse la vuelta. Tenía miedo de ver la mirada de Nicola y leer en ella la mala opinión que debía tener de ella y de su familia.

Nico deslizó su áspera palma en la mano de ella, sorprendiéndola. La condujo al interior de la casa y cerró la puerta tras ellos, mientras Cristina aún intentaba encajar las piezas de aquella absurda noche.

—Tu hermano se ha equivocado de deporte. —El tono de Nicola era ligero, una leve risa coloreaba las notas de su voz. Se volvió hacia él y, con una opresión en el corazón, le vio llevarse una mano a la boca, donde un hilillo de sangre manchaba una comisura de sus labios—. Tiene un gancho de derecha que daría envidia a Rocky Balboa.

—Era el izquierdo, —le corrigió Cristina.

Nicola le sonrió con los ojos.

—Buena chica, esa era la izquierda, —aprobó él, y ella se dio cuenta de que la había puesto a

prueba para sacarla del estupor que le impedía reaccionar.

—Ahora, la regla es que el perdedor sea consolado.

Dios, era... ¡incorregible!

La tensión que se había apoderado de ella durante la última media hora dio paso a una sensación de calidez y alegría.

Le sonrió con una pizca de picardía, siguiéndole la corriente.

—Un beso, Zanini, y luego nos ponemos el hielo enseguida, antes de que se forme el moratón.

—Como quieras, —aceptó él, acercándose a ella—. Pero ahora ven aquí, no me hagas esperar.

Ella no se demoró más. Se puso de puntillas y le dio un ligero beso en los labios. Los brazos de él se cerraron inmediatamente en torno a su cintura, pero Cristina retrocedió.

—¡No me han dado un puñetazo solo para eso!

—No puedo besarte si tengo miedo de hacerte daño, —explicó ella, pasándole los dedos por el labio que empezaba a hincharse.

—Si sigues así, serán otras partes las que me dolerán, —sugirió él mirándola elocuentemente.

—Siéntate ahí, voy a por el hielo.

—¡Más que hielo, necesito una ducha fría!

Cristina negó con la cabeza mientras se dirigía a la nevera y abría el congelador. Sacó un paño limpio de un cajón y envolvió los cubitos en él.

—¿Es que nunca puedes dejar de ser un imbécil?, —preguntó, acercándose a él.

Nicola estaba despatarrado en su silla, con las piernas abiertas y los codos apoyados en sus poderosos muslos.

Era sexy y seguro de sí mismo.

A Cristina le encantaba mirarle.

Le levantó la barbilla y él la acercó más, entre sus muslos. Aunque estaba sentado, casi podía mirarla a los ojos. Evitó reflejarse en aquellos iris claros y se dedicó a la tarea de la crucifixión.

—¡Ay!, —se quejó el machote que decía no necesitar hielo.

—Estate quieto, Zanini, —le insinuó ella con una sonrisa irónica.

Él sacó el labio inferior en un adorable mohín.

—No me gusta que me llames así. Me recuerdas a mi entrenador. —Intentó apartar la cara, pero Cristina le acercó el paño al corte con firmeza.

—Conti no es un mal tipo. Tiene sus encantos, —consideró ella, pensativa.

—Lo has dicho para darme asco, ¿no?

Cristina tuvo que retirar la mano y desviar la mirada hacia él, en lugar de hacia sus labios apetecibles como el pecado.

—Estoy intentando que no se te hinche la boca. ¿Quieres dejar de distraerme?

—¿Y tú dejarás de provocarme?, —replicó Nicola, con la voz más cálida.

Sus manos se deslizaron por sus muslos, luego por su trasero y se detuvieron en sus caderas. Una caricia que no tenía nada de inocente y que tenía el poder de excitarla.

—No te estoy provocando, —balbuceó. Sabía lo que Nico estaba pensando y, que Dios la ayudara, ella deseaba lo mismo.

En los días anteriores había pensado una y otra vez en como habían hecho el amor. Cuando Nico la había besado, se había olvidado de todo, incluso de que estaban en el frío suelo de un pabellón deportivo con el vigilante a pocos pasos. Su mente había sido abrumada por el

meticuloso trabajo de seducción del Vikingo. Solo sus sentidos la habían anclado a la realidad, a su cuerpo sólido, al sabor de su piel, a su olor. Nunca había experimentado un coito tan abrumador, intenso y profundo.

Durante unas horas, surfeando en la satisfacción post-orgásmica, había creído que también había sido algo más que sexo extraordinario. Pero entonces desapareció.

El pulgar de Nicola le alisó una arruga entre los ojos y Cristina volvió al presente.

—¿Malos pensamientos?

Lo miró y fue como si lo viera por primera vez. Guapo, inalcanzable y mujeriego.

La rabia contra Edoardo no le impidió pensar en sus palabras.

¿Por qué ella?

Nicola no ocultaba que cambiaba de chica como las mujeres cambian de zapatos. Después de todo, ¿no lo había admitido la primera vez que habían intercambiado unas palabras?

—No, no es nada, —se apresuró a tranquilizarle, pero la sonrisa de sus labios había desaparecido.

Él la miró, serio.

—Tu hermano ha venido a hablarte de mí, ¿verdad?, —le preguntó, y ella asintió de inmediato—. Quiere protegerte, pero no es necesario.

Cristina quiso creer su expresión solemne y aquellos ojos sinceros llenos de ardor. Pero no estaba tan segura como se engañaba a sí misma, y menos aún era consciente de su propio encanto.

Su hermano había conseguido sacar a la superficie sus miedos, las debilidades de una mujer que vivía una vida a medias, desgarrada entre un sueño del que solo podía ser espectadora y una realidad que la frustraba. ¿Qué podía ofrecerle a un hombre aparte de una avalancha de insatisfacción?

—¿De verdad?, —preguntó ella al oírle repetir aquella promesa.

—¿Qué piensas de mí?

¿*Confías en mí?*, fue la pregunta implícita. Cristina lo entendió y se quedó paralizada.

La falta de una respuesta inmediata pintó algo muy cercano a la tristeza en el rostro de Nico. Incluso la pose confirmaba esa impresión: las manos a lo largo de sus caderas y los hombros curvados denunciaban una rendición silenciosa a su juicio.

Ella le enmarcó la cara y le miró a los ojos.

—Creo que te deseo, —le susurró en los labios. Sabía que no era la respuesta correcta, y la expresión de decepción de Nicola se lo confirmó.

No le dio tiempo a objetar. Lo besó, poniendo en ese beso todo el deseo que sentía por él y una buena dosis de desesperación. Pedirle que confiara en él era demasiado, y ella no estaba preparada. Solo quería vivir aquel momento sin pensar en nada, cortar las dudas que empezaban a arraigar en su corazón.

Mordisqueó el labio inferior de Nicola, cuidando de no ejercer demasiada presión sobre el punto magullado, y le pidió permiso para entrar, para dejarse saborear. El gruñido de satisfacción fue el consentimiento que estaba esperando. Sus lenguas se fundieron en una secuencia de embestidas y retrocesos, en una lucha por el control que pronto oscureció cualquier otro pensamiento que no fuera llegar a la cama.

Él le pasó un brazo por detrás de los muslos y se levantó, llevándosela consigo. La silla se cayó, pero no les importó.

—Te he echado de menos, —le susurró entre besos cuando llegaron al dormitorio, la única

habitación aparte de la cocina-salón.

Cristina le quitó la camisa con movimientos frenéticos.

—Te fuiste, —le acusó, pero eso no le impidió chuparle el labio inferior, carnoso y tentador.

—Las mujeres os creéis las únicas que tenéis derecho a tener miedo, —murmuró Nicola con voz áspera. La tiró sobre la cama y la miró con ojos voraces.

Cristina retrocedió, puso los pies sobre las mantas y se sentó.

Se apartó un mechón de pelo de la cara y la boca de Nicola se curvó en una sonrisa feroz.

Un escalofrío de expectación le recorrió la espina dorsal, sus pesados pechos empujados contra la ligera tela de su camiseta.

Dios, ¿a qué estaba esperando? Se estremeció con el deseo de tenerlo dentro de ella, de embriagarse con la fragancia de su placer, de olvidar las razones por las que debía resistirse a él.

—No me hagas esperar, —le suplicó, con la voz reducida a un gemido gutural.

—No pensaba hacerlo, —gruñó él, y luego se le echó encima. Le cubrió la boca con la suya y la besó sin piedad.

Cristina le apretó con fuerza mientras recordaban como moverse el uno contra el otro.

—Esta vez lo quiero despacio, —le dijo acariciándole el pelo.

—Yo te quiero ahora.

Ella le empujó hacia arriba para invertir sus posiciones, sentándose a horcajadas sobre él. Disfrutó de la expresión turbada de Nicola, de su confusión y de la lujuria que sustituyó a la sorpresa.

—Intrépida —siseó entre dientes, mientras ella se frotaba contra el bulto duro que se estiraba de sus vaqueros.

—No sabes cuanto, —murmuró ella. Se burló de él, besando su pecho macizo, luego su estómago, sus abdominales elevados. Pero no era suficiente, él quería más contacto.

Se quitó la camiseta con impaciencia bajo la mirada fascinada de Nico. Abrió el caro sujetador por delante y lo tiró sobre una silla. Uy, no había hecho justicia a aquel trozo de tela. Una lástima.

Se pegó al cuerpo de Nicola y frotó sus suaves pechos contra el de él. Los pezones estaban tan duros que le dolían.

Besó sus labios con lenta seducción, disfrutando de sus respiraciones apresuradas, de su entrega y de los gruñidos roncós y apasionados que conseguía arrancarle.

Con la lengua dibujó el contorno de su mandíbula, siguió las líneas del tatuaje de su cuello, el que cubría su hombro izquierdo. La piel era ligeramente pálida, lisa bajo sus labios, apenas cubierta por un velo de sudor.

Con los ojos entrecerrados espió el rostro sufriente de Nicola, la forma en que arañaba las sábanas. Se sintió femenina, sensual y poderosa.

Le habría hecho suplicar por una satisfacción que solo ella podía darle, no la multitud de mujeres sin rostro que salpicaban su vida. Ella habría gritado su nombre en el punto álgido de la pasión, habría buscado sus ojos cuando el huracán de placer lo golpeará.

—¿Qué me estás haciendo?, —le preguntó.

Pronto lo averiguaría.

Siguió con la mirada la línea de pelo que desaparecía más abajo del cinturón. Su visión estaba nublada por la lujuria, sus bragas empapadas.

Se moría de ganas de saborearlo.

Le desabrochó los botones de los vaqueros y le bajó los calzoncillos y los pantalones por las

piernas fuertes y musculosas, vibrantes de energía contenida. Las piernas entrenadas corriendo, rozando y saltando para llegar a la canasta, para alcanzar el éxito.

—Cri...

Ella no le miró, le cortó. Ella quería darle placer, no el corazón que él ya había ganado. Con la boca hecha agua, contempló la carne turgente y tentadora que se extendía hacia ella y no dudó.

El miembro duro y pesado de Nicola se deslizó entre sus labios. Succionó la punta inflamada y dorada, recorrió su longitud, saboreó la suave piel.

El sabor a hombre explotó en su garganta.

Dios, quería más.

Apretó las nalgas con las manos, forzadas por horas de entrenamiento, y se la metió hasta el fondo. No podía metérsela toda, así que cambió de táctica. Agarró su base con la mano y empezó a mover el puño arriba y abajo, acompañando los movimientos de la cabeza.

El glande hinchado golpeaba su paladar cada vez que Nicola levantaba las caderas, y Cristina se aseguraba de soltarlo con un chasquido en cada retirada, antes de volver a meterlo.

—Me estás matando, —murmuró Nico, hundiéndose en ella como si no pudiera evitarlo, aunque estaba claro que intentaba evitar follarse su boca—. Tus labios alrededor de mi polla... ¡No puedo resistirme, joder!

La satisfacción ante aquellas palabras provocó un espasmo en su vientre y reforzó su decisión de hacerle una mamada espectacular.

Con los dientes y la lengua jugó con la corona, siguió el recorrido de las venas hinchadas hasta los huevos, que devoró.

Dejó escapar un gemido y cerró los ojos, abrumada por el sabor único de Nicola.

Podría haber seguido así toda la noche, jugando con su cuerpo, estimulando cada curva y hendidura hasta que le instó a gritar de satisfacción y dejó que sus murmullos indistintos y satisfechos le aturdieran.

Volvió a inclinarse sobre su miembro y, para atraerlo más profundamente hacia su garganta, tragó con tanta fuerza que prorrumpió en un sonido ahogado.

Nicola gruñó y su cuerpo se estremeció violentamente.

Estaba cubierto de sudor y arañaba las sábanas como si quisiera hacerlas pedazos.

—Me voy a correr, joder. —Las palabras roncadas, irreconocibles y desesperadas le provocaron escalofríos de excitación.

Se echó hacia atrás, respirando con dificultad.

—Solo dentro de mí, —le ordenó, mirándole a los ojos y acariciando la salada y viscosa hendidura de su glande una última vez con la punta de la lengua.

Las fosas nasales de Nicola se estremecieron.

Era hermoso, con las mejillas sonrojadas, la piel brillante y los ojos entrecerrados. El placer distorsionaba sus rasgos faciales, ahora más duros y angulosos; le hacía incapaz de controlar la respiración, las sacudidas involuntarias de sus caderas.

Era ella quien lo había reducido a ese estado.

Está en mi poder.

Aquella repentina comprensión la dejó sin aliento.

Lo estaba utilizando, se dio cuenta, estaba sacando de las súplicas desconectadas de Nicola la confianza que ella no tenía.

“¿Por qué si no te elegiría a ti?”

Se levantó y besó a Nicola, cerrando los ojos para desterrar aquel eco nocivo y la sensación

de ser una zorra egoísta. Él no se merecía ese trato, pero ella había ido demasiado lejos y no podía parar. Sus tetas temblaban, su vagina se estremecía ante la mera idea de correrse alrededor de aquella polla larga y perfecta.

Se quitó lo que quedaba de ropa bajo la mirada enérgica del hombre al que nunca había esperado conquistar, y luego introdujo su miembro en su interior.

Echó la cabeza hacia atrás mientras sus cuerpos se unían centímetro a centímetro. La lujuria la cegó y se mordió el labio inferior hasta que pudo saborear la sangre en la lengua.

Nico dijo algo, pero ella no escuchó. Se permitió disfrutar del placer que se había negado a sí misma hasta entonces, demasiado ocupada regalándole recuerdos que no olvidaría ni siquiera cuando el olor a mujer y sexo hubiera desaparecido de su piel.

Unas manos ásperas le agarraron los muslos, la guiaron. Nicola intentaba recuperar el control, pero ella no se lo permitía.

Lo cabalgaba con más determinación; balanceaba la pelvis siguiendo a cada minuto los latidos acelerados de su corazón corroído por el miedo, la duda y la incertidumbre.

—Así no...

La voz de Nico penetró en su mente nublada un instante antes de que la atrajera hacia él, hacia su boca.

La besó con firmeza y suavidad, con una ternura que contrastaba con la urgencia que había impreso en su propio cuerpo. Los movimientos seductores y expertos de su lengua la tranquilizaron, sus caricias calmaron la furiosa necesidad de utilizar el sexo para ahuyentar los pensamientos dolorosos.

Él lo comprendía todo y le ofrecía consuelo.

Sintió que las lágrimas le punzaban los ojos y se rindió a él, a su abrazo. Se rindió a un sentimiento que no conocía el deseo de venganza.

—Eso es, así, —la animó Nicola, acunándola mientras respiraba profundamente para calmarse—. Tenemos toda la noche, —le aseguró; entonces, antes de que Cristina tuviera tiempo de sentirse mortificada por sus propias inseguridades y su comportamiento, la envolvió en un beso que la devolvió al punto álgido de su excitación. En pocos segundos estaban dispuestos a perderse de nuevo el uno en el otro y ella se dejó llevar por un ritmo lento, perezoso y magnífico.

No conocía la partitura, pero comprendió que la música acababa de cambiar.

Ya no era sexo.

Durante los minutos siguientes, caricias profundas y precisas tocaron puntos que la hicieron gemir, retorcerse y gritar. Besos ardientes y posesivos la privaron de toda fuerza para protestar.

—Nico..., —exhaló. Una plegaria, tal vez una súplica.

La bajó sobre sí con un último y brusco movimiento, y ambos perdieron el control.

Las vibraciones de su miembro bombeando semen dentro de ella reverberaron en su vientre sacudido por los espasmos del orgasmo. Gemidos y gruñidos se confundían, las respiraciones se entremezclaban, los latidos de sus corazones se aceleraban. Todo era íntimo, lleno de significados a los que no quería dar voz, de emociones que la asustaban.

Buscó los ojos de Nicola y leyó en ellos su propia confusión, satisfacción y algo más, algo que no podía descifrar pero que detuvo su corazón.

Volvió a caer sobre él, incapaz de sostener la mirada, y apoyó la cara en su garganta.

Cuando sus respiraciones se regularizaron, una lágrima recorrió su mejilla, molesta, caliente, no deseada. El eco de la palabra “mío” resonó en sus oídos mientras sus cuerpos seguían íntimamente entrelazados, uno dentro del otro. En lo más profundo.



El rugido de los aficionados encendió su corazón de satisfacción. El orgullo corrió por sus venas, retumbando en su pecho hasta que su corazón estalló. No había nada que se acercara a esa sensación, quizá solo la felicidad. Sin embargo, ésta era efímera, poco fiable, caprichosa. La felicidad estaba hecha de momentos, los que había pasado la última semana en la cama de Nicola Zanini. Momentos en los que aquel hombre increíble le había enseñado a reír, a jugar con su cuerpo, con su...

Tiempo robado a la rabia, la pena y la culpa hacia su hermano.

El silencio de Edoardo se cernía sobre ella como una nube de lluvia, presagio de descontento.

Ni una sola llamada en diez días, ni una visita a su casa para asegurarse de que estaba bien. ¿Le sorprendió? Por supuesto. Desde sus vacaciones en la clínica ortopédica de Villa Stuart, no había pasado un solo día sin el mensaje matutino de Edo.

Durante años había recibido el mismo mensaje de texto: “¿Estás en el trabajo?”

No eran los buenos días de un hermano afectuoso, sino los de un hombre obsesivamente preocupado. Quizá fuera ella quien le había inculcado ese miedo, o los dos años de terapia en los que no podía responder a la pregunta: “¿Qué voy a hacer ahora?”

Los retiros, los viajes, las mañanas en las que se había despertado aún borracho en la cama con mujeres extrañas nunca le habían distraído del hábito de asegurarse de que su hermana pequeña superaba el día.

Para Nicola había sido suficiente para perturbar su relación.

Sacudió la cabeza, concentrándose en la cesta que Edo acababa de tirar. Estaba cansada de estar enfadada, de ser intratable y un verdadero grano en el culo para sus compañeros. Roberta mantuvo las distancias todo lo que pudo, excepto para preguntar por que el sexo arruinaba su estado de ánimo en lugar de mejorarlo.

El sexo terminaría, y una vez que Zanini se hubiera escabullido por la puerta de su apartamento de dos habitaciones, Cristina descendería de la puta nube rosa y aterrizaría en el círculo de los gilipollas. ¿No lo había visto venir Dante? Bueno, su hermano se merecía uno a su medida.

Se levantó y observó mejor la acción del partido.

La discusión con Edoardo había tenido otro giro desagradable: nada de entrenamiento, nada de asientos cerca del campo. Si se hubiera acercado a menos de diez metros de él, de hecho, le habría dado una bofetada.

Fabrizio volvió a servir con precisión a su capitán y Edo dio un respingo. Guapo, espigado, elegante. El marcador marcó dos puntos más y su hermano sumó diez ante el beneplácito de las chicas de la grada.

El espasmo en su pecho señaló que las lágrimas estaban en camino. Echaba de menos a ese imbécil egoísta e irracional. Sintió como si le hubieran amputado el brazo.

¿Tan difícil le resultaba aceptar la relación con Zanini?

Relación. Tal vez llamarlo así era prematuro. Tenían buen sexo, comían en los mejores restaurantes de Roma y a ambos les gustaba untar crema en las sábanas. El resto, las miradas ardientes que le dirigía, las palabras llenas de ardor y la forma en que la abrazaba antes de marcharse no contaban como un compromiso, ¿verdad? Pero no estaba allí para meditar sobre el Vikingo, sino para hablar con su hermano.

Siguió atentamente el partido durante los diez minutos restantes. Los Stars dominaban el juego. Compactos, coordinados y aguerridos, arrollaron a sus oponentes. No había escapatoria para ellos. La canasta estaba agotada de tragar balones, pero los líderes disfrutaban sádicamente haciéndoles sufrir golpe tras golpe.

Cuando el árbitro pitó el final del partido, tuvo que contenerse para no alegrarse. Su tensa relación con Edo la hacía sentirse incómoda. Se sentía tan fuera de lugar como la primera vez que él la había llevado en silla de ruedas a ver un entrenamiento.

Bajó los escalones, intentando llegar al banquillo. La multitud avanzaba en dirección contraria y ella estuvo a punto de caerse un par de veces, pero no abandonó su propósito.

Quería hablar con Edoardo. Estaba mal hacerlo en aquel momento, pero necesitaba toda la ayuda posible. Quizás delante de sus compañeros se contuviera.

—Edo... —le llamó, acercándose por detrás.

Su sonrisa se desvaneció en cuanto sus ojos se posaron en ella.

—¿Todavía tienes valor para presentarte a los partidos?, —le preguntó, ignorando la mueca de dolor que curvaba sus labios.

Miró a sus compañeros en busca de apoyo, pero Fabrizio les señaló con el dedo.

¡Gracias, cabrón!, maldijo Cristina para sus adentros.

—¿Por qué no estás en Bolonia apoyando a tu nuevo equipo? ¿Problemas en el paraíso?

Vale, realmente quería destrozarla.

—No es justo. Sabes lo que el Stars Roma significa para mí. —Su voz salió tan tenue y triste que hasta Edo pareció darse cuenta de la basura que había soltado.

Cuestionar su lealtad había sido mezquino.

Sin embargo, un segundo después, la expresión preocupada de su hermano fue sustituida por una furia glacial.

—¿Te ha dejado?, —quiso saber él.

—No he venido por eso. ¿Por qué actúas como si yo no existiera?

Una mueca cruel curvó los labios de Edoardo.

Dios, ¿qué le había pasado? Aquel no era el hombre que soportaba las comedias románticas durante la convalecencia con tal de no hacerla sentir sola.

—¿Puedes culparme?, —le preguntó. No, pero evidentemente él no tenía ningún problema en culparla a ella.

—¡Joder, Edo, soy tu hermana!, —le recordó.

Su risa sorda la consternó; la actitud distante con la que la ignoró mientras cogía una botellita de agua de la bolsa que había junto al banco y se mojaba la cara, sacudiéndose el pelo que se le había escapado de la coleta, le rompió el corazón.

—Una hermana saliendo con un animal que solo sale con ella para follársela.

—¡No le conoces! —La sentida defensa escapó de sus labios antes de que pudiera detenerla. ¡Al diablo con la diplomacia!

Nicola seguía con ella, ¿no? Eso tenía que significar algo.

—¿Y tú le conoces? Date una vuelta por el Gilda y haz un par de preguntas. Hasta las paredes de los baños podrían contarte historias sobre Zanini.

Eso fue un golpe bajo. ¿Quería volverla loca de celos? ¿Minorar la resistencia de la escasa seguridad que había conseguido reunir entre los pedazos de su antigua vida?

—¿Cómo puedes juzgarle? Tú tampoco eres un santo, —se recriminó, odiando que fuera él quien le juzgara.

Edo era un hombre joven, un deportista de alto nivel. En el púlpito desde el que escupía veneno contra Zanini había una hilera de vedettes que podrían haber llenado los periódicos de cotilleos durante meses. Debería haber tenido el sentido común de callarse. En lugar de eso, Edoardo se rio, como si acabara de dar en el clavo.

—¿Quieres detalles? ¿Quieres saber por qué sé estas cosas?, —la retó—. No hay muchas en Roma que acepten ser folladas en pareja, y mucho menos las que se prestan a un ménage más, digamos, *atrevido*. Acabamos encontrándonos con las mismas putas si queremos probar la experiencia. Y les gusta charlar, comparar los resultados.

Cristina sintió náuseas. ¿Tan lejos estaba llegando el odio de Edo hacia Nicola?

—Eres cruel, —le acusó, decepcionada por tanta insensibilidad.

—Yo soy sincero. ¿Qué esperabas? ¿Que te desee lo mejor? Te utilizará hasta que le resultes indigesta. Tiene mucho apetito, a su pájaro le gusta variar de dieta, —insistió, sin piedad—. ¿Cuánto tiempo crees que tardará en aburrirse de follarse a la niña buena? No se conforma con una cada vez, ¿crees que eres suficiente para él?

Cristina habría tenido algo que decir sobre el concepto de sinceridad de su hermano. Edoardo la estaba hiriendo deliberadamente y ella estaba demasiado alterada para reaccionar.

—Espero que mi hermano esté siempre de mi lado, —le dijo, amargada.

Ella nunca esperó ese trato.

Para distanciarla de su enemigo, de hecho, estaba jugando sucio. No estaba atacando a Nico, la estaba menospreciando.

—Elegiste a Nicola y perdiste mi apoyo, —sentenció.

El tono definitivo de aquellas palabras la asustó, pero fue la ira la que prevaleció.

—¡Elegí la libertad de decidir por mí misma, aun a costa de hacerme daño!

—Oh, te harás daño, —le advirtió él—. Eres tan ingenua como para convencerte de que se quedará contigo para siempre y, créeme, nunca lo hará. Mujeres más inteligentes y experimentadas que tú no han conseguido atraparlo, y tú no lo harás.

¿Mujeres más bellas, quizás? ¿Más brillantes? ¿Más seguras de sí mismas? ¿Menos exigentes? ¿De un pasado menos complicado?

Sabía que tenía el cuerpo y el alma rotos, pero nunca antes, ante las frases escupidas de Edo, se había sentido tan insignificante, inadecuada, incluso mercancía dañada.

Su orgullo estaba hecho trizas.

Se dejó caer en el banco, exhausta. Miró a su hermano.

—Pensé que podría terminar. Sigo queriendo correr el riesgo, —graznó en una regurgitación de amor propio.

Solo parecía desesperada.

¿Cuál era el objetivo de Edoardo? ¿Destruir en ella toda esperanza de felicidad? ¿Todo acto de independencia? Esta vez no le dejaría ganar.

—Ese día mirarás a tu alrededor y verás que fui el único que pensó en tu bien.

¡Pedazo de mierda arrogante!

—¡Ese día querré que alguien esté a mi lado, no un hombre que siempre quiere tener razón!, —gritó, ya demasiado fuera de sí para darse cuenta de que los conserjes estaban recogiendo basura a pocos metros de ellos—. Hoy quiero que mi hermano esté cerca de mí porque me quiere.

Estaba al borde de las lágrimas, pero su desesperación no le conmovía.

—He tropezado varias veces con las chicas abandonadas por Zanini y no quiero que te conviertas en una de tantas zorras que se odian a sí mismas, dispuesta a mover el rabo para recibir alguna de sus sobras. No me quedaré de brazos cruzados mientras te rompe el corazón. Hasta que entres en razón, no aparezcas por aquí.

¿Una de tantas?

Las palabras se deslizaron en ella como ácido, corroyendo a su paso las esperanzas, los recuerdos felices acumulados en aquellos días, la frágil confianza que empezaba a tener en Nicola.

Pero lo que le dio el golpe de gracia no fue el castillo de papel que se derrumbaba ante sus ojos, sino la mirada despiadada de su hermano.

En ella no había piedad, ni un ápice de compasión.

Se había convertido en un extraño, y acababa de marcar el principio del fin.

La había destruido.



Nicola no podía dejar de mirar la hora en la pantalla del iPhone, como si la concentración pudiera contraer los minutos en lugar de dilatarlos.

A su alrededor, las voces de sus compañeros se superponían en carcajadas y risas.

Desafiando todos los pronósticos, habían ganado al Virtus Bolonia y se habían clasificado para los playoffs, ganándose la oportunidad de competir por el A1.

Había mucho que celebrar.

Había contribuido generosamente al júbilo del equipo, sacudiendo las puertas de los vestuarios, saltando en los banquillos y cantando algún himno vulgar inventado sobre la marcha solo para burlarse de los perdedores. Era seguro que sus voces habían llegado también a los vestuarios situados más adelante en el pasillo PalaDozza.

Sin embargo, la diversión había cesado media hora antes, cuando había recibido un mensaje que le había alertado: *“Te necesito.”*

Si se lo hubiera enviado cualquier chica, lo habría borrado sin responder. No le gustaba que le persiguieran, era él quien decidía el momento y la forma de follar. Pero el nombre de Cristina había aparecido en su móvil, en la parte superior izquierda de la pantalla del WhatsApp una fotografía de su cuenta, mostrando su intención de soplar un beso al objetivo.

Nicola había saltado en su asiento.

De Santis *nunca* se puso en contacto con él. Y con *“nunca”* se refería a que era él quien tenía que agacharse cada vez para enterrarle la cara entre las piernas. Estaba bien, funcionaba. Ella le apoyaba y él sabía que, si lo conseguía, valdría la pena. Y entonces Cristina fue impecable al corresponderle. Su boca parecía hecha especialmente para chuparle la polla.

Pero, he aquí que ese premio no se daba por descontado y la petición de aquel mensaje era tan fuera de lugar que le alarmó.

La había llamado inmediatamente y Cristina había soltado alguna excusa por haberle molestado.

Estaba disgustada. Se dio cuenta por su tono ansioso, por su intento de desviar la conversación hacia el partido que acababa de ganar.

No le había dado la oportunidad de distraerle: estaba decidido a averiguar por que se le había ocurrido acercarse a él. ¿Empezaba a considerarle algo más que un polvo casual?

Había sugerido a Cristina que esperara su regreso, asegurándole que llegaría a Roma en una hora.

Ella no opuso resistencia.

Muy extraño.

Fuera lo que fuese lo que había ocurrido, debía de haberla conmocionado mucho. Así que se apresuró a enviarle su dirección. Quería encontrarse con ella en un lugar donde pudieran hablar tranquilamente.

No había pensado en absoluto en su propuesta, pero a medida que pasaban los minutos se preguntaba si no se había precipitado. ¿Invitar a una mujer a su casa? Eso nunca había ocurrido. Pocas personas conocían su chalet en los montes Albanos³, solo sus compañeros y sus padres. A la mierda, a estas alturas el daño ya estaba hecho y, si tenía que ser sincero, la idea de verla en su propia casa no le inquietaba tanto.

Estaría perfecta en su cama, pero primero tendrían que hablar.

Sí, había tenido media erección desde que vio su foto en el chat y, para no olvidar su sonrisa, había recorrido su perfil de Instagram, pero estaba preocupado por ella y eso le hacía sentirse incómodo ante la perspectiva de pasar al siguiente nivel y follarle su bonito culo.

El sexo podía esperar.

—¿Qué coño te pasa, Vikingo?, —le preguntó Bianchi, inclinándose sobre su hombro—. ¡Ni que hubiéramos perdido!

Cierto...

—Nada que una morena salvaje no pueda compensar, —aseguró, pensando en su mujer, aquella a la que por alguna razón no podía dejar escapar.

Su respuesta fue recibida con palmadas de aprobación.

—Siempre tan putero, Zanini, —se burló Simone, el pequeño delantero del equipo.

Sus labios se curvaron en una sonrisa sarcástica. Ninguno de ellos sabía que llevaba casi tres semanas saliendo con una mujer, concretamente con la hermana de De Santis. Nunca había pensado en ocultarlo, pero entonces Edoardo le había partido el labio.

Estaba seguro de que los puñetazos no eran una condición para salir con una chica respetable, aquel asalto tenía otros motivos: la antipatía del bastardo hacia él era más profunda y arraigada, había podido saborearla en la cancha durante los dos últimos años.

Había dado cada gramo de control para no devolver el golpe, ganando puntos a los ojos de Cristina.

La vergüenza, la pena y el dolor en su rostro le habían afectado, y por eso había decidido que quería ser el tipo que estaba ahí para ella, no el que le daba una paliza a su hermano.

Sin embargo, después de aquel jueves, se había dado cuenta de que su relación era insidiosa y estaba definitivamente saturada. Tampoco quería que sus amigos hablaran de ello. No hasta que se dio cuenta de lo mucho que quería comprometerse con Cristina.

Ella se estaba revelando pieza a pieza y a Nicola le encantaba lo que le daba, lo suficiente como para querer más. Esto, sin embargo, no eliminaba los problemas.

No estaba acostumbrado a vivir con prudencia. Era de los que cambian de marcha y aceleran. Sí, no tenía experiencia en citas, pero si el instinto le ordenaba intentarlo, hacía caso. Y punto.

Cristina era diferente.

Joder, la mitad del tiempo parecía dispuesta a soltarse. Por eso su misteriosa llamada de auxilio se había convertido en una misión vital para él.

Volvió a guardarse el teléfono en el bolsillo y reanudó la charla con sus compañeros para no atraer preguntas incómodas. Veinte minutos más tarde llegaron a la sede del club y Nicola se negó a unirse a los festejos de la noche.

Subió a la Ducati y salió a toda velocidad en dirección a los Castelli Romani, ignorando varios límites de velocidad.

Cristina llevaba ya demasiado tiempo esperándole.

Cuando cogió el camino de su casa, enseguida se fijó en el Lancia Ypsilon que había frente a la entrada del chalet cerca del lago Albano que había heredado de sus abuelos. Se había gastado todo el dinero de su primer contrato en reformarlo.

Sacó de un bolsillo de su chaqueta el mando a distancia de la puerta automática y con una mano sugirió a Cristina que le siguiera al interior.

La vio asentir con la cabeza y agradeció que la visera de su casco integral le cubriera los ojos. Joder, se encendía cuando la veía, y estaba seguro de que ella lo sabía y disfrutaba atormentándolo por ello.

Era increíble la forma en que había conseguido atarlo.

Aparcó delante del porche, indicándole que se detuviera en la entrada. Más tarde saldría a aparcar la moto en el garaje. En aquel momento tenía otras prioridades.

Se quitó el casco y se giró hacia ella.

Acababa de salir del habitáculo y estaba casi tan guapa como con el pelo extendido sobre la almohada.

No era llamativa, pero resultaba imposible ignorarla. Su pelo era demasiado oscuro y brillante, sus ojos demasiado claros, sus piernas demasiado largas... Cristina era “demasiado” en todos los sentidos de la palabra y, tras cierta resistencia, nada tímida.

Era el tipo de mujer que le habría encantado presentar a sus amigos para luego golpearle el pecho y declarar con orgullo que aquel sueño de vaqueros ajustados y top escaso era suyo.

Se apoyó en la Ducati esperando a que ella se acercara. No la rechazaría. Había sido valiente: le había llamado, había aceptado entrar en la guarida del enemigo, no podía echarse atrás en ese momento.

Y no lo hizo.

—Nico, —suspiró, y acabó en sus brazos antes de que él pudiera abrirlos de par en par para acogerla.

¡Mierda!

Bajó la cabeza y hundió la nariz en su pelo, inhalando su aroma junto con el aliento que ella le robaba.

—Nena, —susurró, mientras ella se acercaba aún más a él, como si quisiera atravesar su pecho y refugiarse en algún lugar cerca de su corazón.

Estaba a un paso de conquistarlo por completo.

—¿Por qué has tardado tanto?, —susurró Cristina, con la voz apagada y la cara hundida en su chaqueta.

Nicola sonrió.

—Bolonia no está a la vuelta de la esquina, —le recordó, pero no pretendía tomarle el pelo.

Estaba casi... conmovido. Sí, estaba emocionado. Acababa de descubrir lo satisfactorio que era tener a alguien esperándole, deseoso de volver a verle. No, no cualquiera, sino Cristina.

La oyó suspirar y aflojó un poco el agarre, dándose cuenta de que ya había pasado el momento de aquel abrazo que calaba los huesos. Dejó que ella se apartara para buscar sus ojos, pero lo que vio en su rostro no le gustó nada.

Tenía marcas de lágrimas en las mejillas, el rímel corrido y los párpados enrojecidos.

—Felicidades, capitán, —le dijo con una sonrisa trémula.

¡A la mierda el partido!

Le cogió la barbilla con las manos y le levantó la cara para examinarla mejor. Una feroz sensación de protección se apoderó de su interior. Nunca se había sentido tan furioso.

—¿Qué ha pasado?, —preguntó en un tono que no reconoció como propio. Era una mezcla entre un gruñido y un susurro metálico.

Cristina apartó la mirada.

—Nada, —mintió, encogiéndose de hombros, luego se giró en sus brazos y se escabulló.

Nicola contó hasta diez para no volver a agarrarla. Le daría su tiempo, pero no la soltaría.

Se quedó mirando como Cristina registraba cada detalle del jardín y de la casa mientras le ignoraba.

Esa reserva era un problema. Nunca había conocido a una chica tan independiente y decidida a dejarle de lado. Intentaba excluirla incluso cuando mantenían relaciones sexuales, como si la implicación emocional pudiera aniquilarla. Se veía obligado a recordarle cada vez que en aquella cama no había un cuerpo con el que cabalgar y jugar a su antojo, sino un hombre que la deseaba más que cualquier otra cosa.

—Esto es precioso, —comentó Cristina al final de su examen. Los iris azules brillaban. Le gustaba lo que veía. A Nicola también, por eso no le importaba conducir cuarenta kilómetros hasta el polideportivo. No habría renunciado a aquella casa en las Colinas⁴ por nada del mundo. Estaba lo bastante apartada como para oír el ulular de los búhos todas las noches y lo bastante alta como para contemplar el baile de los cormoranes y las gaviotas en la superficie plana del lago rodeado de la espesa maleza entre la que, de niño, le encantaba esconderse con sus primos durante sus juegos infantiles. Por mucho que hubiera viajado, nunca había encontrado en otra parte los particulares tonos azules y celestes que le devolvía aquella extensión de agua.

—Gracias, —respondió, quitándose el petate de los hombros y señalando la puerta con un gesto de la cabeza.

—¿Vives solo aquí?, —preguntó Cristina, mientras él cruzaba el pequeño porche y deslizaba las llaves en el ojo de la cerradura.

—Sí, la heredé de mis abuelos. Si te ha gustado el exterior, espera a ver el interior, —le anticipó, orgulloso de las mejoras que había realizado.

Nada más cruzar el umbral, encendió las luces y dejó que el enorme salón apareciera ante los ojos de Cristina en todo su esplendor. Era un espacio inmenso que ocupaba todo el perímetro del edificio en anchura. De hecho, una cristalera al otro lado de la habitación daba directamente al jardín trasero.

Cristina se movió vacilante, moviendo los ojos de un punto a otro del salón, concentrándose en los sofás que daban al enorme televisor de ochenta y seis pulgadas, el equipo de música conectado a dos columnas de altavoces y otros cuatro altavoces sujetos a las esquinas del techo.

—Esto es maravilloso, —suspiró ella, volviéndose hacia él. La sonrisa iba de una oreja a la otra—. Debes de tener la sensación de estar en el campo cuando retransmiten los partidos, —

añadió, como si ver la televisión en una pantalla de casi tres metros de ancho fuera la experiencia más genial del mundo.

Nicola aún recordaba el primer comentario de su madre tras la reforma: algo sobre la tapicería. Cristina había apuntado directamente a por que no se había conformado con un aparato más discreto.

La mujer perfecta.

Debía de estar un poco distraído pensando en como agradecer a Cristina su sincero aprecio por la decoración, porque de repente ella estaba junto a las estanterías del otro lado de la habitación mirando fotos comprometedoras.

Nicola soltó la bolsa de lona y trató de alcanzarla antes de que pudiera reconocerle, pero ya era demasiado tarde.

—¿Eres tú?, —le preguntó Cri, levantando un marco. En la foto que había dentro tenía dieciocho años. Por aquel entonces, su madre impedía que unas tijeras se acercaran a su pelo rubio. Una cascada de rizos. Joder, ¡parecía una niña!

—Hace unos años, —contestó él, posando su cara en una expresión arrogante que la retaba a no hacer comentarios, pero Cristina lo ignoró y volvió a estudiar la foto.

—Dios, que carita de cabroncete, —exclamó, dibujando con el dedo índice el marco de cristal. ¿Era consciente de aquel gesto tan tierno? —Eras la pesadilla de los profesores, ¿verdad?

Quiso besarla, arrancarle la ropa y devorarla trozo a trozo, empezando por aquel dedo tan fino hasta la punta de los pies.

—Me adoraban, —la contradijo, ocupando su espacio vital hasta el punto de que Cristina tuvo que apoyarse en la pared.

No pasó por alto su violenta inhalación, ni el pulso acelerado visible a través de la piel lechosa de su cuello.

Bajó la cabeza y succionó en ese mismo punto.

Mmm, que delicia.

Cristina gimió.

—Porque ya sabían en que hombre te convertirías, —exhaló, inhalando el aire que él le succionaba.

—¿Es eso un cumplido, De Santis?

La pregunta la molestó y le reservó una mirada fulminante. Nicola soltó una carcajada, arruinando el trabajo de seducción. Cristina odiaba bajar la guardia.

—Es solo un hecho, —exclamó, colocando la foto en la estantería—. Puedes verlo en el espejo cada mañana.

Su sonrisa se ensanchó aún más. Sí, sabía que era guapo, pero le importaba que ella lo pensara. Y si le quemaba tanto admitirlo, debía de gustarle mucho.

Cristina intentó alejarse de él. Él le dio una pequeña ventaja, la ilusión de que podía, luego la agarró en el último momento por la muñeca y tiró de ella hacia él.

—No tan rápido, —le dijo, y decidió que era hora de dejarse de tonterías. Cuanto antes hablaran de por que había llorado, antes celebrarían su victoria contra la Virtus Bolonia en la habitación—. Ahora me vas a contar lo que ha pasado, —le ordenó, inmovilizándola contra él de forma que no pudiera escapar. Tras un par de tirones, ella le comprendió y renunció a la retirada.

—Na-da, —silabeó, resoplando decepcionada. Tenía un aspecto arrebatador con su mohín y su mirada encendida. La tez más brillante también mostraba pequeñas pecas en su nariz y bajo

los ojos. Encantadoras, pero imposibles de notar para cualquiera que no estuviera a un palmo de su cara.

—Pórtate bien. Primero habla y luego te llevaré a mi habitación. La cama también te encantará, te lo aseguro. Y, si me satisfacen tus respuestas, dejaré que te quedes encima. Al menos por un tiempo —intentó seducirla.

Las cejas de Cristina casi le llegaban al nacimiento del pelo.

—¡Dios mío! ¿Sabes que ahora no va a pasar, verdad?, —le preguntó en el colmo de la indignación. En realidad, todo era una actuación. Estaba tan excitada como él. No era consciente de ello, pero estaba provocando su polla frotándose contra él cada vez que fingía querer liberarse de la prisión de sus brazos.

—¿Qué no pasará? ¿Ya no me escribirás que me necesitas? ¿O ya no abrirás las piernas para mí cuando esté cerca?, —se burló de ella, esperando que le soltara que le había echado en cara el mensaje de unas horas antes. Pero la mujer era imprevisible, ella era lo jodidamente inesperado, así que se limitó a poner los ojos en blanco, y luego fingió pensárselo.

—Lo del sexo nunca estuvo sobre la mesa, —aclaró, utilizando su propia estrategia—. Creo que me he vuelto adicta a tu polla. No puedo renunciar a ella, así que supongo que tengo que seguir usándola como mi juguete sexual personal.

Esta vez fue Nicola quien tuvo que contener un gemido.

—Joder, me pones cuando me dices exactamente lo que quieres, —admitió.

Se estaba mojando los bóxers con líquido preseminal.

Tenía que conseguir que ella confiara en él, de lo contrario se correría en sus pantalones. No le había pasado desde que tenía trece años y se masturbaba en los lavabos del colegio.

Agarró su firme culo con ambas palmas y lo empujó contra su erección para revelar a que estado lo había reducido. ¡Maldita mujer!

Parecía mortificada, al menos en apariencia. Pero luego cruzó los brazos detrás de su cuello y se humedeció los labios, mostrando lo complacida que estaba.

No podía dejarla ganar.

—¿Qué parecería si te dejara distraerme con sexo?

—Aquí no hay nadie y no me importan las malas figuras...

Con un bramido animal, Nicola se abalanzó sobre aquellos suaves labios y la hizo callar. Ella también cerró los ojos, mientras él le metía la lengua hasta la garganta y la levantaba.

Los tobillos de Cristina se cruzaron a su espalda con impaciencia, y él consiguió alcanzar el sofá antes de que ambos cayeran al suelo.

La inmovilizó bajo él y solo dejó de besarla cuando sintió que se relajaba.

—¡Habla!, —le ordenó a traición.

Nicola respiraba con dificultad y tenía los huevos tan pesados que podía ver las estrellas, pero no la soltó.

—Es cruel excitar así a una mujer si no vas a terminar, —siseó.

También era cruel engañarlo diciéndole que lo necesitaba para algo más que sexo oral y luego quitárselo. Pero no lo dijo y se quedó mirándola.

—¡Vale, de acuerdo! ¿Puedo beber algo antes?, —capituló ella, soplándose para apartarse un mechón de pelo de la cara.

Nicola lo apartó con la nariz y aprovechó para darle un beso rápido.

—No.

—Eres un tirano, —murmuró ella; luego, fulminándole con la mirada, exclamó: —He ido al

partido de los Stars.

Él se lo esperaba. Después de la pelea con Edo, Cristina había estado demasiado cabreada para seguirles al partido fuera de casa de la semana anterior. Pero aquella mañana habían jugado en Roma. Comprendió su deseo de ver a su hermano. A Nicola no le había pasado desapercibida la forma en que había consultado su teléfono los días anteriores, con ansiedad y desasosiego, y ni por un segundo se había persuadido de la presencia de otro hombre. El único que la mantenía alerta era Edoardo.

—¿Cómo ha ido?, —inquirió.

—Ganaron, —declaró Cri con un atisbo de satisfacción, suplantado inmediatamente por una mueca de dolor—. Pero Edo no se alegró de verme.

—Solo está enfadado, —la tranquilizó con poca convicción. No le hablaría mal de su hermano, pero eso no implicaba que ella debiera estimarlo. El gilipollas estaba tratando a su propia sangre, a la chica más devota y leal que conocía, como a una mierda. No iba a ser complaciente con él.

Cristina respiró hondo, como si tuviera que reunir cada gramo de valor para las siguientes palabras.

—Por lo visto, el pabellón de deportes estará vetado para mí a partir de hoy. No tengo que asomar el culo por allí. Ni en ninguno de los lugares frecuentados por el equipo, —murmuró en un tono sarcástico que tenía como único resultado resaltar lo dolida que estaba.

La habían desterrado.

Nicola hundió las manos en el pelo de Cristina y apretó con fuerza sus mechones. Intentó inspirar discretamente, para no molestarla, pero estaba falto de oxígeno y necesitaba aire para combatir la rabia que de repente le había agarrotado los miembros.

Dios, ¡qué cabrón!

Cristina fue la primera en hablar, percibiendo su tensión.

—Yo... no entiendo que le ha pasado. Siempre ha sido un gilipollas, pero nunca conmigo —recalcó, sincera. Se negaba a culparle incluso después de que la hubiera exiliado, como si estuvieran en la Edad Media y ella hubiera sido culpable de una conducta deshonrosa.

—Dale tiempo para que se calme y luego puedes volver a hablar con él, —sugirió él, sorprendiéndola.

Vale, estaba enfadado, pero no era un imbécil. Nunca se habría interpuesto entre los dos. Habría apoyado a Cristina, pero solo para animarla a seguir su corazón, no para causarle más dolor. No tenía intención de obligarla a elegir.

—No sé si quiero, —declaró ella, mordiéndose el labio inferior. Sus ojos azules parecían más grandes que de costumbre y estaban vidriosos por la razón equivocada—. Estoy cansada de tener que buscar su aprobación para todo. Cansada de esconderme porque es demasiado protector para permitirme tener una vida.

Aquellas palabras no le convencieron. Había algo extraño en aquella historia.

Nicola había esperado que Edoardo lo buscara para terminar lo que habían empezado en el pasillo del edificio donde vivía Cristina. Le había esperado durante días, seguro de que, si hubiera querido, De Santis habría sabido donde encontrarle.

Nada. Se había atrincherado en un silencio que había implicado sobre todo a su hermana, y no sabía lo suficiente como para interpretar aquella elección. Viendo los resultados, sin embargo, podía aventurar que había practicado la estrategia que más dolor le causaría a Cristina.

Era una mujer adulta, inteligente y con recursos. ¿Por qué Edoardo pensaba que era incapaz

de salir con un hombre?

—Estamos un poco más allá de la protección. No puede ser tan simple, —razonó en voz alta. Edoardo estaba demasiado preocupado, y ella misma era demasiado precavida.

—No lo es, —confirmó Cristina, pero si había algo más, su expresión cerrada dejaba claro que no hablarían de eso.

Se contuvo para no maldecir. Paso a paso, se dijo, tenían tiempo para conocerse mejor. Si la forzaba, solo conseguiría alejarla.

—Todo se arreglará, —le aseguró él, soltando la primera banalidad que se le había ocurrido. Cristina suspiró.

—Durante los últimos años los Stars lo ha sido todo para mí, Nico. Trabajo y equipo, no tenía otra cosa. E incluso cuando estaba en el trabajo, si no había clientes a las que atender, me retiraba a los vestuarios a repasar tácticas para ellos y a estudiar secuencias.

Tuvo que apretar los párpados un momento, incapaz de soportar el dolor que veía en sus ojos enrojecidos. Con una mueca de pena, se incorporó en su sitio, apoyando la espalda en el respaldo del sofá, y atrajo a Cristina hacia sí para que se acurrucara contra él.

Permanecieron en silencio durante un buen rato, cada uno sumido en sus pensamientos.

Cristina está hecha para mí, pensó, observando la oscura cabeza que descansaba sobre su pecho, sintiendo la suave respiración que rozaba su garganta. Le besó la coronilla y ella jadeó, como si hubiera contenido un sollozo.

—Me siento destrozada. Siento que lo he perdido todo.

¡Maldita sea!

La apartó de él y le puso una mano en la mejilla. Atrapó su mirada mientras le acariciaba el pómulo con el pulgar.

Si ella seguía mirándolo así, él se escabulliría por la puerta e iría a romperle la nariz a Edoardo. Pero no podía.

Cristina le necesitaba de verdad.

—Edoardo lo superará y todo volverá a ser como antes, —reiteró con determinación, para que ella también lo creyera—. El equipo no lo es todo. Tienes tantos compromisos, tantas cosas de las que ocuparte y... estoy yo, —espetó, dándose cuenta de que nunca había sido tan sincero con lo que quería—. Requiero mucha atención, te lo aseguro.

La sonrisa reticente de Cristina fue lo que él esperaba.

Se acercó a sus labios y le dio un beso rápido. El corazón le latía con fuerza y no se engañaba.

Cristina se había metido en su piel y él solo quería que fuera feliz, hermosa y que estuviera cachonda todo el tiempo. Se habría partido la cara por ella, para que no fuera más que la mujer alegre e ingeniosa por la que había perdido la cabeza.

—No bromeo, —le susurró, a escasos centímetros de sus tentadores labios—. Ahora estoy aquí para ti. Siempre estaré aquí.

No pudo evitar que un escalofrío le recorriera la espalda. Era una afirmación importante por su parte. Joder, había pasado de ser un mujeriego a querer comprometerse con Cristina en cuestión de semanas. Era un gran cambio, no podía evitar asustarse por ello, sobre todo porque tenía la sensación de que ella estaba menos implicada.

—Nada es para siempre, —le recordó Cristina, confirmando lo que él pensaba: no esperaba que duraran juntos, por eso no se entregaba del todo.

—Eres demasiado cínica para ser tan joven, —la regañó.

—Dejé de ser joven cuando me arrebataron lo que consideraba importante y me vi atrapada en la vida de otra. Y ahora también he perdido la razón por la que toda esta mierda era soportable.

¿Y qué era Nicola? ¿Qué lugar ocupaba en su vida? Conocía la respuesta, y era una mierda. Ni por un segundo Cristina había insinuado la posibilidad de que su felicidad dependiera de él.

—¿No te gusta tu trabajo?, —le preguntó, ignorando con todas sus fuerzas una sensación de opresión en el pecho.

—No es lo que soñaba, —dijo ella, apretándose los hombros.

—Déjalo, —le aconsejó él, —eres lo bastante lista y tienes la voluntad suficiente para hacer lo que quieres. No eres de las que se conforman.

La vergüenza tiñó sus mejillas.

—Pero lo hice.

—Solo porque no tenías a nadie de tu lado. —Algo le decía que para el cabrón de Edoardo tener a Cristina disponible para equilibrar la moral del equipo había sido demasiado conveniente como para empujarla a buscar algo que la satisficiera más y la mantuviera alejada del club.

—¡Yo... yo tenía a Edo!, —soltó Cristina, saltando como una tigresa para defender a su hermano.

Nicola soltó el aire. Aquella discusión podía haber acabado de dos maneras: en la cama o con una pelea.

Estaba decidido a evitar la segunda posibilidad.

—Todavía tienes a tu hermano. Todo el mundo sabe que te adora. En cuanto te eche de menos, volverá.

¿Era esa chorrada lo bastante convincente? ¿Había logrado la tarea del buen novio?

¡¿Novio?!

—¡Me ha echado!, —insistió Cristina—. ¿Te parece una dinámica normal entre hermanos?

No, pero era hijo único, ¿qué sabía él?

—Dale tiempo.

—¡Oh, tendrá todo el tiempo que quiera, y si vuelve a entrar en razón, será demasiado tarde!

Aquella tampoco era una dinámica normal entre hermanos, pero se abstuvo de señalarlo, en parte porque no la creía. En cuanto Edoardo reapareciera en el horizonte con la cabeza salpicada de cenizas, la determinación de Cristina se derretiría como la nieve al sol. Nicola sería probablemente el único que saldría perdiendo en aquella historia.

Menuda mierda.

—Vale, —se rindió, levantando las manos.

Cristina ladeó la cabeza, con una ceja arqueada.

—¿Vale?

Estaba preciosa a horcajadas sobre sus piernas, con el pelo suelto sobre los hombros y expresión confusa.

La agarró por las caderas y la acercó más a él, de modo que su clitoris presionó su erección.

—Sí, vale. Esta noche no cambiarás de opinión y yo no te obligaré a hacerlo. Eres una mujer adulta. No tengo que decirte como comportarte. Eres libre de enfurruñarte o llamarle cien veces al día. Elijas lo que elijas, tendrás mi apoyo.

Los ojos de Cristina se habían agrandado con cada palabra. Incluso tenía la boca ligeramente abierta por la sorpresa. Y, para ser sincero, él también se sorprendió un segundo después cuando

encontró los brazos de Cristina alrededor de su cuello. Ella le apretaba, pero él no iba a quejarse. Tenía la cara entre sus tetas, podía seguir apretándole así todo el tiempo que quisiera.

—¡Eres increíble, Zanini!, —le dijo ella, estremeciéndose y mirándole como si fuera su ídolo. Y la cosa mejoró cuando le prestó atención a la cara, decidiendo que se había acabado el tiempo de hablar y pasando a besarle la nariz, las mejillas, la boca.

Tanta ternura... le sorprendió. Cristina era sensual y hambrienta, pero nunca dulce.

—Siempre te he dicho que detrás de estos músculos hay un cerebro, —se burló de ella, mientras disfrutaba de las caricias y dejaba que le quitara la chaqueta y una camiseta de Doors.

—Nunca pensé que en ti solo hubiera músculos, —murmuró Cristina, quitándose también su propia ropa y quedándose en vaqueros y sujetador.

Dios, esas tetas le estaban volviendo loco, y el encaje también. Ahora llevaba ropa interior más atrevida solo para él.

La mujer perfecta. ¿Ya había dicho eso?

—¿Me equivoco o me has comparado con un juguete sexual?, —se burló él, mientras ella desviaba la mirada de sus pectorales a su tatuaje y a la entrepierna de sus pantalones.

La oyó inhalar con fuerza.

Sí, su polla había sido tan ignorada que se había vuelto difícil de manejar. Cristina tendría que esforzarse el doble en una mamada para compensarle. No parecía tenerle miedo.

—No eres solo un juguete sexual, —murmuró, mientras sus dedos volaban sobre su bragueta.

Él bloqueó su mano, antes de que el apretón le hiciera jurar en turco.

—¿No?, —le preguntó, decidido a conseguir una confesión.

Cristina le miró directamente a los ojos. Ninguna barrera.

—Eres irritante, —le espetó.

Se resistía.

Le agarró la cara con ambas palmas y tiró de ella hacia él. —¿Estás a punto de hacerme un cumplido, De Santis? ¿Por tu propia voluntad?

Ella puso los ojos en blanco.

Jodidamente adorable.

—Que no se te suba a la cabeza, ¿vale?, —le advirtió con un mohín que hizo sus labios más hinchados y deseables. El tipo de labios que permanecían hinchados incluso cuando se estiraban alrededor de su polla.

—No lo haré, —mintió él, seguro de que se pavonearía durante un buen rato. Estaba empezando a atravesar la capa de hielo que envolvía el corazón de Cristina, era algo de lo que sentirse orgulloso.

—Me... me gustas. Mucho, —reveló, como si cada palabra le hubiera sido arrebatada a la fuerza.

El corazón de Nicola comenzó a acelerarse y sintió los latidos hasta en sus oídos.

Era más de lo que había esperado, y la vulnerabilidad de Cristina, su evidente dificultad, la incertidumbre que velaba sus ojos hacían que su declaración tuviera más valor que cientos de frases melancólicas.

—¿Por qué me buscaste?, —le preguntó con voz ronca. Le mantuvo la cara inmóvil.

Era la pregunta que se había estado haciendo desde que estaba en el autobús de Olimpia. Había adivinado la razón, pero no estaba seguro y, sobre todo, sentía la necesidad de oírlo admitirlo en voz alta.

Cristina intentó apartar la mirada, pero él gruñó:

—¿Por qué?

—Porque estaba destrozada y pensé en el único lugar en el que me sentiría segura, —confesó Cristina con la misma intensidad y seriedad con la que él exigía una explicación—. Pensé en ti.

La besó como nunca antes lo había hecho. Un beso húmedo, sucio, desordenado, desesperado y al mismo tiempo lleno de la euforia que le había incendiado el pecho y hecho estallar el corazón.

Cristina acabó debajo de él, con los dedos clavados en su espalda, mientras Nicola intentaba robarle el aliento y sustituirlo por el suyo.

Solo se detuvo cuando los pulmones le ardían demasiado y los labios le dolían demasiado.

Contempló el impresionante rostro de su mujer, la boca húmeda y brillante de saliva, los iris de zafiro reflejando la luz de los focos y la luz más intensa encendiéndolos desde dentro.

Hermosa y suya.

—¿Puedo beber algo ahora?, —tartamudeó Cristina. Estaba alterada, excitada.

Nicola sonrió. Empezaba a pensar que él también necesitaba un trago. Lo que estaba pasando entre ellos era... bueno, aún no podía definirlo, pero era algo grande. Enorme. Mastodónico.

—Puedes quedarte con toda la bodega, —le respondió solemne—. Pero ahora no. Tengo que recibir mi premio.

—Podemos discutirlo, —suspiró Cristina con una sonrisa que prometía una noche ardiente.

—No habrá necesidad.

Y no la hubo.



—Ahora viene lo mejor, —le gritó Nicola al oído, mientras el guitarrista de *The Black Doors* se lanzaba a un solo arrollador.

Cristina intentó seguir la música, como le había sugerido su acompañante, pero a pesar de la gente que abarrotaba Geronimo's y de las melodías que sonaban por los altavoces, lo único de lo que era plenamente consciente era de los brazos de Nicola alrededor de su torso, su pecho contra su espalda.

Llevaba abrazándola así al menos media hora, meciéndola al ritmo de las canciones que le gustaban, soplándole explicaciones en el cuello que ella fingía entender.

Podía parlotear todo lo que quisiera sobre las innovaciones de Manzarek: mientras se pegara a ella, no tendría nada de que quejarse.

—¡Eso sí que es una canción!, —gritó Nicola al final de *Roadhouse Blues*.

Dios, estaba loco por los Doors.

La última vez que Cristina lo había comprobado, Morrison llevaba muerto al menos cuarenta años, así que la invitación del Vikingo para esa noche le había parecido extraña. Entonces conoció el mundo de las “bandas tributo”.

Había necesitado todo su control para no reírse de la pasión no tan secreta de Nicola por el rock de los sesenta.

Si Roberta hubiera sabido que iba a pasar la noche en un restaurante tex-mex aplaudiendo copias póstumas de ídolos desaparecidos, se habría cachondeado de ella hasta que le sangraran los oídos. Pero Cristina no tenía intención de hablarle de Nicola, y le daba igual como pasara el tiempo con él, mientras pudiera mirarle.

Joder, se había ablandado hasta el punto de contar los minutos que la separaban del hombre, de recordar en ensoñaciones las noches que pasaban juntos en la cama, de escribir y borrar mensajes que, si hubiera tenido el valor de reenviar, habrían puesto en evidencia hasta que punto aquel imbécil de Zanini la volvía loca de deseo y necesidad.

Cuando el estruendo de los aplausos la rodeó, levantó la cara y se giró ligeramente para mirar a Nico. Pudo ver el contorno de su barbilla, el perfil de su nariz recta y el brillo del anillo de oro blanco que le perforaba la parte superior de la oreja. Su pelo color trigo estaba sudado en la base,

y Cristina luchó contra la tentación de meter los dedos en él y acercar la boca a su cuello para saborear el gusto salado de su piel húmeda.

¿Qué le estaba haciendo?

—Te gustan de verdad, —susurró, mientras observaba su hermoso rostro transfigurado por la excitación. Ella creía que Nicola no la había oído, pero él la giró en sus brazos y bajó para hablarle al oído.

—¿A quién no le gustan?

Cristina tenía una o dos sugerencias. Roberta, por su parte, no escuchaba nada que no saliera de un concurso de talentos, pero consideró que era mejor evitar decirlo.

—No son exactamente de los dos mil, —le espetó con tacto, apoyando la mejilla en su pecho y dejando que las notas de *Light my fire* se apoderaran de sus cuerpos.

“Enciende mi fuego”, decía la letra de Morrison.

Era apropiada.

—Nena, la música murió después de los 80, —sentenció, antes de lanzar otra mirada al escenario.

—Siempre radical, Zanini —se burló de él, pero ya lo había perdido: tarareaba el estribillo, sordo a todo lo demás.

Tenía una voz preciosa. Si se hubiera puesto a cantar en serio, los clientes del club habrían muerto de combustión espontánea. Casi sintió pena por el cantante en el escenario: no tenía ni la décima parte del encanto de Nicola.

—¿Qué te gusta?, —le preguntó, besándole la frente, cuando las estrofas sustituyeron a los versos memorizados.

Aquel interés la calentó y Cristina sonrió con ternura.

—*Pearl Jam*. Junto con un montón de cosas más. —Como pivots opuestos extremadamente excitantes...

Nicola la apartó de sí un momento para mirarla a la cara.

—Dos mil, ¿eh? Y luego yo soy “radical”.

Efectivamente, Vedder no era de primera categoría.

—Quizá tengas razón, —admitió a regañadientes, empezando a jugar con su pelo—. Pero no le cojas el gusto: esta noche no me apetece discutir, y si te pavoneas, me veré obligada a ponerte en tu sitio, —le advirtió.

Nicola la ignoró e insistió.

—Has dicho que tengo razón.

—Dije que “quizás” tengas razón.

Nico descubrió los dientes en su sonrisa depredadora.

—Has dicho que tengo razón.

—Infantil, —le acusó Cristina, moviendo solo los labios.

—No soy infantil, —protestó él, y no lo era, aunque se esforzaba en mostrarse así solo para hacerla sonreír. Cada vez lo conseguía.

—Te pasas la mitad del tiempo contradiciéndome. Déjame disfrutar de este momento, —continuó él, con tal seriedad que Cristina tuvo que obligarse a permanecer seria.

—Lo hago, ¿verdad?, —le preguntó humedeciéndose los labios. Aquel gesto inocente catalizó la atención de Nicola. Sus pupilas, ya dilatadas, se tragarón el iris.

—¿Qué?

—Te contradigo, —murmuró Cristina, embelesada por la forma en que él la miraba,

impresionada por la rapidez con que la chispa del deseo se encendía entre ellos.

—Siempre, —le aseguró él, acariciándole sensualmente la espalda.

—Vale, tienes razón. La música está muerta y los Doors son los mejores, —se rindió ella, dándole lo que quería y recibiendo a cambio un apretón de aprobación en el trasero.

Siempre había estado convencida de que los hombres se dividían en dos categorías: los que preferían las tetas y los que preferían los culos. Nicola no tenía ninguna norma, lo apreciaba todo. Y ella parecía tener todo lo que a él le gustaba manosear y morder. O eso le jadeaba al oído en la cama mientras le daba instrucciones sobre las posturas que debía adoptar en función del tipo de espectáculo que pretendía presenciar.

—Buena chica. Me gustas cuando eres complaciente, —comentó, elogiándola por haberle dejado ganar aquella pequeña escaramuza.

—Zanini, tú me gustas siempre, —confesó ella con un suspiro, cerrando los ojos.

Se sorprendió cuando sintió que sus brazos la rodeaban con más fuerza, hasta hacerle daño.

—Cri, dime algo travieso, ¡ahora!, —gruñó Nicola.

—¿Por qué?, —balbuceó, con el estómago hecho un nudo de expectación.

—Porque no estoy acostumbrado a tu dulzura, y si no se te ocurre algo al instante, puede que decida darte las gracias aquí mismo. En este mismo instante.

Cristina tragó saliva, aferrándose a sus bíceps para no caerse.

—¿No puedes esperar a llegar a casa? No pretendo llegar a la cama, pero creo que puedo asegurar que el sofá está en la puerta principal, —intentó, con la voz inestable y el corazón latiéndole con fuerza en los oídos.

A Nico le temblaron las fosas nasales.

—Mierda, cada vez eres más dulce, —suspiró en tono dolido, y luego la besó, allí mismo, en medio de la pista de baile, mientras el falso riff de guitarra de Krieger era vitoreado por los fans.

Ella se apretó contra él, una corriente de excitación serpenteó por su espina dorsal; tras sus párpados cerrados estallaron mil luces, más cegadoras que los flashes de la sala.

¡Guau!

Ahora las palabras de Morrison tenían sentido. Olvídate del fuego: ¡Cristina era una hoguera!

Se soltó de repente y casi se mareó.

—Me estás destrozando, —gruñó Nicola contra sus labios, manteniéndole la cabeza quieta con los dedos hundidos en su pelo. ¡Era tan intenso!

¿No se daba cuenta de que era él quien la había arruinado? Ningún otro hombre volvería a provocarle esa cálida emoción, las mariposas en el estómago, la necesidad desesperada de meterse en su piel y la certeza de que solo estaba completa cuando estaban juntos.

—¡Mentiroso!, —le acusó, pero esperaba que fuera cierto, que ardiera tan rápido y tanto tiempo solo por ella.

—Te estás buscando problemas, —le advirtió él, devorándola con la mirada—. Ven, vamos a pedir algo antes de montar el espectáculo. Dentro de una hora quitarán las mesas y mi mujer no come de pie, —declaró, luego la agarró de la muñeca y la arrastró hacia la mesa que habían reservado.

Cristina pasó por alto la declaración e intentó esquivar a la gente que se agolpaba en la espaciosa sala.

¡Aquel local molaba!

Escenario para actuaciones, pantallas gigantes, fotos de grupos famosos que habían actuado allí a lo largo de los años, interior de madera, acústica espectacular y clientela desenfrenada.

Dada la cerveza que corría como la pólvora, no había necesidad de apostar por una pelea pasada la medianoche.

—¿Ya te has cansado de la banda?, —preguntó Cristina en cuanto se sentaron—. Creía que solo habíamos venido a alimentarnos del fuego sagrado del rock.

Nicola se acomodó mejor en su silla, abriendo las piernas en una pose relajada y varonil.

Tanta confianza la hizo poner los ojos en blanco. Nunca había conocido a alguien tan seguro de sí mismo y, al mismo tiempo, sociable y divertido.

—Nena, necesito que comas para prepararte para lo que viene después.

Cristina apretó los muslos, impidiéndose mostrar el placer que aquel comentario casual le había arrancado.

—Te las arreglas para meter el sexo en cada frase. Podría sentirme denigrada, —bromeó, aunque la aprensión le apretó el estómago.

Era estúpido pensar que Nicola solo quería un polvo con ella. Sabía muy bien que unas pocas palabras bastaban para que se derritiera en un charco de deseo. Si dependía de como reaccionara su cuerpo al de Nico, bien podrían saltarse la parte de los conciertos en directo, las hamburguesas y las patatas fritas e ir directamente al postre de fresas, nata y piel lamida.

Nicola, sin embargo, parecía disfrutar de su compañía, de sus juguetonas discusiones. Parecía interesado en ella, no solo en su cuerpo. Un alivio, pero también lo contrario.

Por mucho que se esforzara en creer que estaban construyendo algo, no habían ido más allá de sus pisos y algunos clubes selectos para saciar su hambre de carbohidratos y, si se sentían despreocupados, de alcohol.

Esa especie de juego a dos al que llevaban jugando unas semanas era excitante, a veces dulce y siempre estimulante, pero también bastante desconcertante.

No había dado más pasos en la vida de Nicola de los que había dado en la suya. Siempre estaban solos, y la mayor parte del tiempo ocupados en arrancarse la ropa. Cuando no se sentía la mujer más afortunada del mundo, Cristina se sentía como un sucio secreto. Irónico, ya que salir con él a plena luz del día le había costado el afecto de su hermano.

—Creía que habíamos acordado que yo soy el chico-objeto en esta relación, —relanzó Nicola.

¿De qué estaban hablando antes de que se perdiera en sus pensamientos? Ah, sí, de sexo.

Cristina esbozó una sonrisa.

Chico-objeto, ¿eh? Chorradas.

Ella se lo hizo creer, seguro, pero no era tan estúpida como para pensar que él estaba persuadido. Era una especie de juego que ambos fingían desconocer. Ella lo hacía sudar para llegar a la tercera base, y él fingía esforzarse para ganársela, aunque sabía que en realidad le bastaría poco más que un chasquido de dedos para tenerla abierta y mojada con la espalda contra un colchón.

No se sentiría culpable por ello. El sexo era tranquilizador y, cuando la mente reclamaba la ventaja sobre el corazón esperanzado en algo más, pensar en Nicola en términos de mamadas dadas y orgasmos recibidos le permitía recuperar la distancia emocional.

—Los objetos no hablan, —replicó ella en tono agitado, arrancándole una carcajada.

—Yo soy especial, —le dijo Nicola con el hoyuelo que aún surcaba su mejilla izquierda. Habría merecido la pena hacerle reír solo por ver aquella espectacular sonrisa. Era una suerte que estuviera predispuesto por naturaleza a bromear y jugar.

—Tu ego me va a asfixiar, —consideró Cristina, justo antes de que una camarera se acercara

y les tomara nota.

Un sándwich de hamburguesa y patatas fritas para ella y para Nicola un sándwich de huevo y doble de todo, además de una guarnición de enchiladas porque —según sus palabras— medio kilo de ternera y queso apenas le quitaba el hambre.

—Das asco, —comentó, en cuanto Nicola le devolvió el menú a la chica, que, por si no se notaban lo suficiente, se agachó para restregarle las tetas por la cara.

—Soy grande y enorme, —replicó Nicola, agarrándose los hombros, y no se le pasó por alto que la camarera bajó los ojos para mirarle la entrepierna.

—Sí, es grande y enorme por todas partes, pero ya comprometido, —soltó Cristina con una sonrisa que goteaba veneno.

La chica tuvo la decencia de sonrojarse y enderezarse, murmurando algo incomprensible y optando por una retirada estratégica.

Inteligente elección, pensó, luego miró a Nicola y se dio cuenta con horror no solo de que había hablado del tamaño de su pene en público, sino también de como el monstruo que tenía delante había captado la indirecta.

—Estoy comprometido, —se regodeó, con los brazos cruzados sobre su ancho pecho y los ojos brillándole por dentro como si acabara de tragarse el sol.

Cristina se enderezó en su silla, tratando de asumir un aire de digno distanciamiento, pero la tortilla estaba hecha y chisporroteaba alegremente sobre sus mejillas rojas de vergüenza.

—Con media Roma. Eso no es nada nuevo.

El intento de sonar indiferente tuvo que fracasar, porque él parecía aún más complacido.

—Pero estoy aquí contigo, —enfaticó, y ella odió que se sintiera obligado a especificar. Si hubiera confiado en él, habría acogido aquellas palabras con alegría, pero Cristina no creía ni una sola de sus afirmaciones y su frase la hizo sentirse insegura y patética.

—Mientras no me aburra, —murmuró. La probabilidad de que eso ocurriera era cercana a cero, pero Nicola la creyó a juzgar por la rigidez de su mandíbula.

Cristina no podía arrepentirse y sabía que no la honraba. Pero era demasiado vulnerable para no aprovechar esos pequeños momentos en los que era él quien se sentía desplazado e incómodo.

El silencio se prolongó hasta que llegaron los pedidos, esta vez traídos por un chico.

Ella cogió una patata frita del plato, pero se le apretó el estómago.

—¿No vas a ponerle salsa?, —le preguntó Nicola, mientras luchaba contra las náuseas.

Se le humedecieron los ojos. Vale, no se merecía que calmara el ambiente, pero ¿que se emocionara por tan poco?

—No me gusta el picante, —respondió ella, declinando la oferta, con la voz un poco más áspera, apenada.

—Yo no diría eso. Anoche no pensabas lo mismo, —la corrigió él, alusivo, y el ambiente volvió a aligerarse.

No estaba enfadado con ella.

Si mostrar sus emociones no le hubiera parecido poco menos que violento, habría rodeado la mesa para echarle los brazos al cuello.

—Eres un imbécil, —declaró, bastante aliviada.

—Pero te gusto, así que no importa, ¿verdad?

—Claro, —contestó Cristina, decidiendo que un poco de sinceridad no la expondría demasiado—. Pero...

—Nada de “peros”. Sigo saboreando tu rendición. Es jodidamente dulce.

Cristina sintió como se desvanecía lo que quedaba de su resistencia y se echó a reír, porque Nicola tenía una forma encantadora de provocarla que no tenía nada que ver con la mala leche ni con intentar marcar límites.

En resumen, los dos eran tan diferentes como la noche y el día.

—Sigues diciendo eso, pero yo no soy dulce, —señaló ella en aras de la sinceridad.

Nicola no contestó, se limitó a mirarla fijamente, luego cogió su sándwich y le dio un mordisco. La salsa barbacoa no era dulce, pero pareció gustarle de todos modos.

Mensaje recibido.

Bajó la cabeza sobre el plato con un estremecedor suspiro y decidió que disfrutaría de aquel momento sin dudas ni incertidumbres. Sin embargo, su suerte en la vida era cuestionable y la serenidad nunca le había llovido en abundancia, así que no se sorprendió cuando notó un movimiento sospechoso por el rabillo del ojo.

—¡Nicola!, —gritó una rubia con curvas. Al segundo siguiente Cristina se encontró observando la espalda desnuda de una chica que, con un movimiento de mago, había conseguido rodear el cuello de Nico y sentarse sobre sus piernas.

—¡Estaba segura de que vendrías!, —arrulló aquella, mientras limpiaba el plato de Nicola con sus extensiones rubias como el hielo.

¿Cómo?

Intentó escabullirse con una sonrisa, pero estaba claramente perdido.

—Oye..., —intentó decir, entrecortadamente, quizá para recordar el nombre de su ex amante.

¿Ex? Quien lo iba a decir.

Cristina apoyó las manos en el borde de la mesa y su silla raspó al empujarse hacia atrás.

—¡Eh!, —comentó, llamando la atención de la barbie semidesnuda.

Giró la cabeza, con las manos aún plantadas a ambos lados del cuello de Nicola. Tenía los ojos claros, los labios hinchados por el relleno y la expresión imbécil de alguien que no se daba cuenta de que acababa de molestar al hombre equivocado y a la mujer que le iba a patear el culo.

Tras una rápida mirada, la rubia la ignoró como si no hubiera estado allí y con voz cantarina propuso:

—¿Por qué no vamos a bailar? Te encantan The Doors.

Vale, Cristina se había hecho a la idea de que el Vikingo no había sido monaguillo, pero una cosa era imaginárselo en la cama con un montón de mujeres y otra muy distinta tener que tomar nota de que compartía sus pasiones con cualquier fulana.

¡Eh, no!

—¿Traes aquí a todas tus zorras?, —gritó, indignada. Estúpida ella por haber entendido la invitación a esa noche como algo único y exclusivo. Incluso se había emocionado. Se había sentido *honrada*.

Los ojos de Nicola se abrieron de par en par y su expresión habría sido cómica, si Cristina no hubiera pasado del enfado a la furia ciega y a las ganas de darle una paliza.

La rubia se levantó bruscamente, dejando a Nicola aturdido en su silla, con un rastro de carmín en la comisura de los labios.

—¿Acabas de llamarme zorra?, —dijo, sacando pecho e hinchando los dos globos que llenaban las copas de su sujetador.

—Oh, ¿no ha quedado claro?, —contestó, hablándole como si fuera una niña tonta.

Entonces ella también se puso de pie para mirarla, y la diferencia entre su estatura y el metro ochenta de la otra no presagiaba nada bueno.

—Cristina, basta, —la amonestó Nicola, levantándose a su vez.

Bueno, cuantos más fueran, más divertido sería. Cristina miró el vaso de cerveza que había sobre la mesa, pensando en lo que haría a continuación. Iba a darles a los dos una decoloración sin gastos de peluquería.

—Sí, basta, puta, —intervino la nínfula que se había abalanzado sobre su “ocupado” hombre.

Mal, muy, muy mal.

—¿Me has llamado puta?

Nicola intuyó el peligro y dio un paso para interponerse entre las dos.

Cristina se dio cuenta de que empezaban a llamar la atención, pero no le importó. Era un pub de moteros, no se impresionarían por un poco de sangre.

Lo rodeó e intentó acercarse a la pavoneante chica que, sin embargo, empezaba a mirarla con pánico en los ojos.

Nunca jodas a una mujer, especialmente cuando todo lo que tiene que hacer es extender una mano para aplastarte contra el suelo.

—¡Sí, te he llamado puta!, —chilló, mucho menos segura de sí misma que antes.

—Dilo otra vez, —la instó Cristina.

Nicola se volvió hacia la enana.

—Cariño, ¿por qué no vas...

—¿*Cariño*?, —subrayó Cristina, con una ceja arqueada.

La expresión de Nico era a la vez desesperada y divertida.

Vale, no recordaba los nombres de sus amantes y, sí, en otro momento su confusión habría sido hilarante, pero Cristina no estaba de humor para distraerse con esas chorradas.

Intentaba disimular constantemente, pero era posesiva.

Mucho.

Mientras Nicola estuviera metiéndole la polla dentro, ninguna putilla con más silicona que cerebro debería poder besarle y ponerle las tetas en la cara.

—Sí, soy su cariño. ¿Y quién eres tú, puta?, —intervino Cariño, renovada por el apoyo de Nico.

Volvió a equivocarse.

—¡Joder, no!, —gimió Nico.

Joder, ¡sí!

—Soy la puta que está a punto de hacerte escupir los dientes, —le anunció, seráfica, considerando que se lo iba a pasar como nunca dándole una paliza. Luego sería el turno de Zanini—. ¡Empieza a correr... zorra!

Pero lo que a Cariño le faltaba de inteligencia, lo compensaba con coraje. O quizás de idiotez.

No corrió.

Un segundo después, Cristina la derribó en el centro de la mesa.



—¡Mantén el hielo en el pómulos!, —ordenó Nicola, volviéndose apenas hacia el asiento del copiloto.

Volvió la mirada a la carretera, pero eso no le impidió oír el bufido molesto de su compañero de viaje.

Se contuvo para no reírse. Sabía que era inapropiado, pero no pudo evitarlo: estaba eufórico.

¿La escena de media hora antes? Sacada de una película de cuarta, pero espectacular. Una pelea de gatas al son de *People are Strange*.

Le había hecho tanta gracia que había desembolsado con gusto el dinero de una cena que no había comido y de la vajilla que Cristina había ayudado a romper.

Vale, eso no era del todo cierto. ¿El moratón, por ejemplo? No le gustaba. ¿Pero la posesividad de Cristina? ¡Vaya!

Nunca lo admitiría en voz alta, pero hasta el momento en que De Santis había saltado sobre... *Cariño*, no había tenido nada. ¿Orgasmos? Claro. ¿Risas? Muchas. ¿Seguridad de que Cristina estaba por él? En absoluto.

Él podía excitarla, divertirla, hacerla gritar y luego reír, pero ella no mostraba más que lujuria, una buena dosis de humor y el terror de entregarse a él.

Pero estaba implicada, y ahora era evidente.

—Este no es el camino a mi casa, —murmuró Cristina, con los brazos cruzados bajo los pechos.

No aguantaba el hielo.

—No vamos a ir a tu casa, —empezó Nicola—. Ni hablar, —le anticipó entonces, en un tono lo suficientemente decidido como para ganarse otra mirada sucia.

Sintió que algo en su interior se derretía.

Sintió una extraña ternura, un anhelo muy especial inspirado por la chica fuerte, la que no se echaría atrás en una pelea de bar pero que se sentía perfectamente a gusto incluso entre sedas y encajes y clientes de la alta sociedad.

Dios, le había conquistado. Podía ver un partido y beber cerveza con ella, participar en maratones de sexo y, al mismo tiempo, verla sentada a la mesa de un restaurante con estrella de

la *Via Veneto* discutiendo de vinos con el sumiller, sin importarle que catalizara la atención de todos los hombres de la sala.

La única que no se daba cuenta de lo cautivado que estaba por ella era la propia Cristina.

—No te lo diré una segunda vez: ¡hielo!

—¡Vete a la mierda, Zanini!, —soltó ella, pero inmediatamente se llevó a la mejilla el paño que el camarero había llenado de cubitos justo antes de que salieran del club.

Ya debían de estar casi derretidos.

—Menos palabrotas, Cri. Sobre todo cuando un hombre está preocupado por ti.

—Yo me preocuparía por tu cara. Si no te callas, terminaré el trabajo que empecé con tu noviecita, —siseó entre dientes.

Música para los oídos de Nicola.

—Nunca me he quejado de los arañazos, —se burló de ella, sintiendo que su polla se crispaba. No era raro que pasara media hora frente al espejo después de una noche con Cristina, examinando con suficiencia el alcance de los daños.

—¡Cállate!, —le ordenó la fiera, volviéndose hacia la ventana y dándole la espalda.

Si no hubiera tenido prisa por llegar a casa, Nicola se habría parado a un lado de la carretera y la habría estrujado un poco, solo para hacerle descargar parte de su irreverencia y evaporar la adrenalina que la ponía de mal humor. Pero acababa de descubrir que significaba algo para ella, y eso le ponía de un humor especial que tenía todo que ver con atacarla directamente. No perdería el tiempo en toqueteos y besuqueos.

Pisó el acelerador y, al cabo de veinte minutos, aparcó en la entrada.

Cristina saltó del coche antes de que él pudiera apagar los faros.

Él la siguió y abrió la puerta, inclinándose para invitarla a entrar.

—Imbécil, —murmuró Cristina, antes de desaparecer en el interior del chalet.

Él soltó una carcajada y la siguió hasta la cocina.

Ella ya había abierto la puerta de la nevera y sacado una botella de suplementos con sabor a limón.

—¿Acalorada?, —le preguntó Nicola esperanzado. Si todo iba según lo previsto, el dormitorio pronto alcanzaría temperaturas ecuatoriales.

Ella le ignoró, con la garganta moviéndose al tragar.

Tuvo que esconderse parcialmente detrás de la isla que servía de mesa de desayuno y sobre la que estaba montada la placa de cocción para ajustarse la mochila.

—No me mires así, —le reprochó Cristina, tras dejar la bebida y cerrar la nevera.

Había encendido la luz, así que no pudo ocultarle su expresión. Estaba llena de desafío.

—¿Cómo te miro?, —inquirió para prolongar un poco el juego.

—Esta noche tu boca no se acercará a mi vagina, —declaró, inflexible.

Nicola abrió mucho los ojos. Era un castigo inmerecido.

Respiró hondo y apretó los hombros. No se lo permitiría, siempre podría utilizar sus dedos y su polla.

—Ya se me ocurrirá otra cosa, —le aseguró.

Cristina dio un respingo. Mierda, un escalofrío tan fuerte la recorrió que tuvo que apoyarse en la nevera.

Iba a saltar sobre ella, ¡y a la mierda los juegos mentales!

Él dio un paso en su dirección, pero ella sacudió la cabeza con decisión, como si quisiera despertar de un sueño de luz roja.

—¡No te acerques más, lo digo en serio!, —gritó, con la voz tensa. Más que seria, estaba achispada—. Estoy demasiado cabreada para el sexo.

Los labios de Nicola se curvaron en una sonrisa. Si sobria no podía resistirse a él, borracha la tendría derriéndose en pocos movimientos. Sus manos no solo eran fenomenales en las canchas de baloncesto.

—Déjame que te relaje, —sugirió él, bajando el tono una octava y acercándose hasta invadir su espacio vital. Cristina tenía los párpados muy abiertos y la respiración entrecortada. Que bien.

Le dio un beso en el cuello y fue recompensado por un gemido bajo que fue directo a su polla.

¿Disminuiría alguna vez aquella atracción? Temía tener energía para follársela durante otras tres vidas.

De repente, Cristina se deslizó bajo su brazo, casi haciéndole presionar la nariz contra la puerta metálica del congelador.

¡Maldita sea!

Se volvió hacia ella con un gruñido. Ella había llegado a la isla y lo miraba con las pupilas dilatadas, con las manos clavadas en la esquina de la barra de mármol oscuro.

—¡Si tuviera que arremeter de verdad, te pondría un ojo morado! —Cri sopló su declaración de guerra con energía, aunque su piel, moteada de rojo, decía otra cosa.

Estaba excitada, borracha y cabreada.

Habría fuegos artificiales, pero solo después de aclarar la mierda que le rondaba por la cabeza.

—Ya sabes como son las chicas, —restó importancia, refiriéndose al episodio de una hora antes—. Quieren mi polla, —concluyó, frotándose la palma de la mano sobre los vaqueros a la altura de la entrepierna sin pudor esta vez.

Si no encontraba la forma de liberar la tensión, iba a explotar en sus pantalones.

—¡Dime que no acabas de decir lo que he oído!, —chilló Cristina.

¿Prefería que le mintiera?

Las mujeres le deseaban, ¿y qué? Era ella la que le tenía cogido por los huevos, o mejor dicho, la que le negaba que se hundiera dentro de ella hasta las pelotas.

—Es la verdad, —argumentó él, apenas dejándose tocar por la idea de que la sinceridad no era la estrategia adecuada.

Cristina abrió la boca para gritarle, pero a mitad de camino la respuesta picante que había estado pensando tuvo que desviarse, porque de repente su expresión cambió.

—A mí también me gusta tu polla, —objetó, y aquel comentario, que le halagaba, pareció entristecerla.

Nicola se acercó a la barra, con el ceño fruncido.

—¿Significa eso que vas a desnudarte ahora y dejar que te lleve al dormitorio?

Cristina pareció no oírle. Tenía la cabeza gacha y se miraba los dedos de los pies.

—Significa que soy como ellas, —gimoteó.

Toda la hilaridad se esfumó en un segundo. La agarró por los hombros y la giró hacia él, luego se sentó en el taburete para que estuvieran a la misma altura y pudiera mirarla a los ojos.

—No digas gilipolleces, —tronó, haciéndola estremecerse. Hizo un gran esfuerzo por calmarse—. No me malinterpretes, si no te gustara mi polla sería un desastre, porque me paso la mayor parte del tiempo pensando en como la cabalgas. Pero afortunadamente no es el caso.

—Gilipollas, —murmuró Cri, intentando zafarse.

Le cogió la cara y la levantó para mirarla, deleitándose con la textura de la suave piel bajo sus palmas.

—No eres como ellas. Tú me quieres.

¿Comprendía lo importante que era para él? Cristina De Santis salía todos los días con deportistas de élite. A ella le importaba un bledo el éxito y el aura de intocabilidad que rodeaba a los jugadores, que le rodeaba a él. Ella veía al hombre, no al dios del baloncesto.

—No te quiero, —siseó, su mirada asesina.

Él le sonrió con ternura.

—Mentirosa.

Sus ojos azules brillaron de ira.

—Solo eres un paréntesis entre la castidad y la búsqueda del hombre perfecto.

Nicola apenas se puso rígido. Cri había pronunciado las palabras que habrían confirmado sus dudas el día anterior, pero no ahora, ya no.

—Luchaste por mí, —le recordó, sintiendo que la tensión se desvanecía. Sí, había golpeado a una mujer por él y luego se había paseado con las extensiones de su rival apretadas en el puño hasta que él la había obligado a tirarlas por la ventana.

—No lo hice por ti, —declaró, pero solo pensar en Cariño le había hecho rechinar los dientes.

—¿Ah, no?, —se burló él, atrayéndola hacia sí hasta que se acomodó entre sus piernas y le rodeó el cuello con los brazos.

—Me llamó puta, —le recordó, sacando el labio inferior en un adorable mohín.

Nicola le acarició el pómulos magullado con un pulgar.

—No fue amable por su parte, —convino él, divertido.

—No seas condescendiente, —le reprendió ella, comprendiendo la puesta en escena.

—Cri, ha sido una noche gloriosa. No la desperdiciemos, —sugirió, dándole una palmadita en el hombro.

—Ha sido un desastre, —le corrigió ella, y luego se dejó caer en sus brazos, escondiendo la cara en su cuello—. Me siento tan estúpida, —continuó, con la voz apagada.

Dios, ¡no!

El deseo y el vértigo dieron paso a la preocupación. Frotó su cara contra el pelo de Cristina, invadido por la necesidad de consolarla.

—¿Por qué?, —le preguntó, esperando que ella se lo confesara. Esos momentos eran tan raros que los almacenaba todos en el único músculo que nunca había ejercitado antes de conocer a esta mujer.

—Yo no pego a la gente. Nunca he pegado a otra mujer, —murmuró ella, con la voz reducida a un gemido lleno de vergüenza.

Nicola la apartó unos centímetros, lo suficiente para apartarle el pelo de la cara enrojecida por la vergüenza y devolverle la mirada.

—Ella no ha hecho nada para merecer esto, —admitió Cristina—. No puedo pegar a todas las mujeres que intentan tenerme.

A pesar de lo mucho que aquel episodio había gratificado su ego, Nicola estuvo de acuerdo.

El problema, sin embargo, era más profundo. No se trataba de las otras chicas, sino de él. Cristina no confiaba en él.

A pesar de la constancia con la que él se comprometía con su relación, ella no podía tomárselo en serio, ir más allá de lo que él representaba y de su pasado.

—Yo soy tuyo. Las demás no tienen nada que ver con lo nuestro.

—¿De verdad te tengo?, —le preguntó ella en voz baja, con los ojos temerosos y llenos de inseguridad.

Ni siquiera pudo enfadarse ante aquella pregunta. La ternura superaba cualquier instinto de imponer por la fuerza sus razones.

Cristina era decidida en todo, pero incapaz de soltarse en las relaciones personales. Nicola no podía evitar la sensación de que había una razón para su reticencia.

—¿Crees que esto es habitual en mí?, —le preguntó señalando su cocina, toda la casa. Cri era la única a la que había dejado entrar, y no solo en su casa, sino en su corazón.

Sin embargo, cuando no lo convertía en el hombre más satisfecho de la tierra, su relación lo agotaba.

Había un muro invisible que no podía derribar. No creía tener las herramientas adecuadas, nunca había estado en una relación, pero ¿y si no había ninguna a pesar de todo?

—Soy un grano en el culo, —contestó Cristina, desviando la conversación, pero no del todo.

—¿De verdad crees que eso me desanima?

Por su expresión, él adivinó el momento exacto en que ella lo entendió.

—¡Te gusta verme cabreada!, —exclamó, atónita.

—Sí, —admitió Nicola—. Hace que sea más agradable hacer las paces.

La frase que debería haberla tranquilizado sobre lo mucho que le gustaban sus enfrentamientos, riñas sin sentido y burlas no surtió el efecto deseado. La expresión de Cristina se había vuelto sombría.

¿Qué coño...?

—Quizá deberíamos dejar de hablar y follar, —le espetó, escapando de su mirada.

La sugerencia le pilló por sorpresa, pero entonces comprendió los motivos y mentalmente se llamó a sí mismo gilipollas. Sí, era un cabrón porque le importaba un bledo que ella le hubiera malinterpretado y fuera infeliz.

—Te ha molestado lo que he dicho, ¿verdad?, —le espetó con una sonrisa.

La referencia al sexo en medio de una declaración importante la había mortificado. Bueno, ahora ella entendería como se sentía cada vez que le menospreciaba.

Cristina no pudo sostenerle la mirada y se separó de sus brazos con un siseo furioso.

Nicola se levantó de un salto y la agarró por la muñeca antes de que pudiera escapar. A pesar de su resistencia, la levantó y le estampó el culo contra el mármol de la isla, luego le hizo un hueco entre las piernas para bloquear cualquier vía de escape.

—Contéstame, —le ordenó, convencido de que si ella hablaba podrían hablar como adultos, y no como adolescentes con las hormonas desbocadas y el miedo a mostrarse vulnerables.

Pero Cristina era vulnerable, más de lo que él pensaba. Le miró con consternación y aprensión. Había perdido todo el color de su rostro y sus ojos eran grandes y opacos.

La observó tragar saliva un par de veces, el pulso acelerado perceptible en la vena que latía furiosamente a un lado de la garganta.

—Si me obligas, huiré, —declaró, con voz temblorosa.

Nicola también se estremeció, porque no era una amenaza vana, era la verdad.

Si la presionaba, la perdería.

Frotó sus palmas abiertas sobre los muslos de ella, intentando dejar de lado sus propias necesidades egoístas y actuar como un hombre maduro. No podía exigir lo que ella aún no estaba dispuesta a concederle, solo podía pedir y esperar.

Bajó la mirada un segundo, eligiendo cuidadosamente sus palabras, y luego volvió a buscar los ojos de Cristina.

—Dame algo de ti. Cualquier cosa que me permita luchar y traerte a casa cuando te vayas.

Aquella petición pareció aterrizarla más que las anteriores.

—¿Para qué quieres traerme a casa, eh?, —preguntó, el tono teñido de sarcasmo, las máscaras de chulería y arrogancia de nuevo en su sitio—. ¿Para mamadas? ¿O para experimentar con alguna otra fantasía? ¿Un poco de *bondage*?

Si las frases venenosas no hubieran ocultado desesperación, Nicola la habría mandado a la mierda. Pero aquello era un claro mecanismo de defensa y él la comprendía, aunque luchara por mantener a raya su nerviosismo.

—Intento no ofenderme, —gruñó. Acababa de ofrecerle su corazón y su apoyo y ella los había pisoteado, considerándolo obstinadamente un hombre que no podía darle nada más allá de su propio cuerpo—. Si me cabreo, no hay duda de que saldrás corriendo.

Un velo de arrepentimiento y desagrado oscureció su rostro, pero no le ofreció la disculpa que podía leer en sus ojos: enderezó los hombros para volver a oponerse a él.

—¿Quieres decir que quieres más de mí? Admítelo, solo funcionamos en la cama. En cuanto dejas de tratarme como un sucio secreto y me llevas por ahí nos encontramos con chicas que “están seguras de que te correrías”. Oh, los dos sabemos que tienen una idea bastante buena de como te *corres* —le acusó, alusiva, vulgar, con una marcha de celos.

¿Sucio secreto?

Si la hubiera besado, ¿habría terminado de soltar gilipolleces?

No le dejaría sacar a relucir sus antiguas conquistas cada vez que algo salía mal y ella necesitaba armas para distanciarse de él.

—Cristina, para ya. No actúes como una imbécil solo porque quieres anotarte un punto en tu guerra personal contra mí. Ya sabes como funciona esto. Llevas mucho tiempo con tu hermano y has visto que clase de chicas nos persiguen. También sabes por que lo hacen. ¿Crees que no soy lo suficientemente inteligente como para darme cuenta? ¿Crees que un par de tetas es suficiente para hacer girar mi cabeza? Sí, las usé, a todas, pero ninguna tenía lo que tú tienes. Y debes de tener muy poco aprecio por ti misma y por mí si crees que tu culito prieto y ese coñito lujurioso son la razón por la que mantengo esta relación.

Había sido duro, lo sabía incluso antes de ver la expresión atónita de Cristina, con los ojos vidriosos y la barbilla temblándole ligeramente. Pero no lloró, no era propio de ella. Exhaló un suspiro dolorido, con los labios torcidos por la culpa.

—Nunca me importaron las demás, —admitió Cristina en un susurro, con una voz tan débil que él apenas podía oírla—. Odio la idea de que tengan siquiera una parte de ti. Nunca me había sentido así. No me gusta y... me duele.

Nicola sintió que la ira se evaporaba y cerró los párpados por un momento, un suspiro agotado hinchándose en su pecho.

—Ven aquí, —dijo atrayéndola hacia su pecho.

Cristina inspiró para controlarse. Estaba rígida entre sus brazos, pero no hizo ademán de separarse.

—No sé si podré soportar tu compasión, —gimió.

Nicola le besó el hueco en la base de la garganta y luego le mordisqueó la mandíbula, disfrutando de los estremecimientos del cuerpo caliente de Cristina.

Ya la había perdonado por toda la mierda que la estaba llevando al límite. Después de todo,

acababa de admitir, sin que Nicola utilizara tácticas de coacción o extorsión, que estaba loca por él. Era un buen punto de partida.

—¿De verdad crees que siento lástima por ti?, —le preguntó, lamiéndole la comisura de los labios.

Ella avanzó hacia su cara, pidiendo tácitamente un contacto más profundo.

Todavía no.

Nicola la agarró por las nalgas y tiró de ella hacia él, de modo que quedó pegada a él desde la entrepierna hasta las tetas.

—Me vuelvo loca y tú siempre dices lo correcto. ¿Sabes lo que eso significa?, —le preguntó ella.

¿Que no le estaba dando una forma de sabotear su historia?

—¿Preferirías que me portara mal?, —le preguntó tomándole la cara entre las manos. Sus ojos seguían tristes y sus labios curvados hacia abajo—. ¿Que me importes una mierda?

Cristina se lo pensó unos segundos y luego negó con la cabeza.

—No sé lo que quiero.

Una vez más Nicola tuvo que apretar las mandíbulas para no decir algo inapropiado.

Por desgracia, Cristina era sincera. No quería un compañero insensible, pero tampoco estaba dispuesta a aceptar lo que había entre ellos.

—Lo descubriremos juntos, ¿de acuerdo?

Cri asintió, levantando ligeramente la nariz.

Parecía más frágil que nunca, pero ahora estaban de acuerdo. Aquel asentimiento era lo más parecido a una promesa que ella podía hacerle; ahora dependía de él demostrarle que valía la pena.

No sabía por que estaba tan decidido a tenerla, pero cada puto día desde que la había conocido se sentía como un hombre que estaba a punto de conseguir todo lo que la vida podía ofrecerle: un ascenso a A1 y una mujer cálida y comprensiva que lo acogiera entre sus muslos blancos por la noche.

Estaba tan cerca de hacer realidad ese sueño, y cuando llegara a la cima, quería tener a Cristina a su lado.

—Nena, continua pensando en escaparte cuando quieras, eso no significa que yo te deje, —le dijo.

Cristina se iluminó de alivio.

—No, no me lo agradezcas, —la interrumpió él, en cuanto ella abrió la boca para hablar—. Soy el maldito príncipe azul y ese es mi trabajo.

La carcajada que esperaba estalló de los hermosos labios de su mujer, seguida inmediatamente por un abrazo abrumador. Ella le habría partido el cuello así, pero él no se atrevió a moverse.

Permaneció quieto mientras ella le abrazaba con fuerza y le soplaba su alegría y gratitud en el cuello.

—¿Ves?, cuando te portas como un capullo puedo contigo. Cuando eres razonable y comprensivo ¡me das un miedo de muerte!, —reconoció Cristina entre risas, pero no bromeaba.

Nicola la apartó para deleitarse con su sonrisa. ¿Le había confesado alguna vez que eso era lo que le dejaba fuera de combate cada vez? Si lo hubiera hecho, probablemente habría mentido, porque la luz que ahora iluminaba sus ojos elevaba el deseo que sentía por ella a un nivel superior.

Le pasó el pulgar por los labios y Cristina apenas bajó la cara, lanzándole una tímida mirada que lo puso al borde del abismo.

—Cri, voy a besarte, ¿vale? Y me vas a dejar porque hace horas que no te pruebo y lo necesito.

No le dio tiempo a responder. Se abalanzó sobre su boca.

Quería tomarse su tiempo para mordisquearle los labios, para aturdira con pequeños besos, pero ahora que el sabor de ella estallaba en su paladar se daba cuenta de que tenía hambre.

Cristina se estremeció, su cuerpo se relajó contra el de Nicola como si no tuviera fuerzas para incorporarse.

Un gemido gutural le subió por la garganta cuando las uñas de ella se clavaron en sus hombros en busca de apoyo.

Él la apartó y le puso una mano en el centro del pecho hasta que ella quedó tendida en la isla, con el pelo recogido en una capa oscura y brillante.

—Nicola..., —dijo ella, con los ojos nublados por la lujuria y los labios hinchados de morder.

Él le puso la palma de la mano abierta sobre el esternón, empujándola hacia el frío mármol, y la miró durante unos segundos, con la respiración agitada.

Aún así, aprisionada bajo él, con el trasero apoyado en el borde de la isla y las piernas abiertas para recibirle, era una visión. Y era suya.

Tragó saliva, luchando contra sí mismo, contra el deseo cegador de poseerla con impetuosidad para imprimir su marca en su piel y su corazón. Aquella necesidad era tan acuciante que le impedía pensar.

No quería asustarla, joder.

—Nico, —volvió a llamarle Cristina. Su respiración era agitada, su pecho subía y bajaba erráticamente y su pulso era convulsivo.

Inspiró bruscamente para sofocar al cavernícola que había en él y que exigía ser liberado para reclamar a su mujer.

Cristina parecía leer en su interior, pero no era terror lo que nublaba sus ojos. Extendió el brazo y entrelazó sus dedos con los de ella. Ahora sus manos estaban entrelazadas a la altura del corazón de ella.

—No quiero al príncipe azul, —murmuró en el tono ronco y jadeante que utilizaba cuando Nicola se sumergía en ella para susurrarle sus obscenas proposiciones—. Te quiero a ti. Todo de ti.

Fue un puto pase, la palabra clave que había estado esperando.

Casi le arrancó los vaqueros antes de caer de rodillas, con la cara a la altura de su coño.

Con la respiración contenida miró los pliegues ya húmedos, su clítoris hinchado.

Con un gruñido bajo, atacó la suave carne. El sabor y el olor de Cristina le embriagaron a la primera. Pero se había demorado demasiado y estaba demasiado excitado para conformarse con una simple lamida exploratoria.

—¡No pares!, —gritó Cristina, apretando las piernas alrededor de su cuello y presionando su pelvis contra su cara.

No pararía ni aunque la mismísima Muerte hubiera entrado en la habitación para llevárselo consigo.

Le chupó el clítoris hasta que se puso rojo y turgente, alternando caricias y mordiscos en un ritmo imprevisible que arrancaba de ella gritos de asombro y placer.

Cristina no podía estarse quieta: se estremecía, balanceando la pelvis, ahora pidiendo más,

ahora retrayéndose por la intensidad de las sensaciones.

Él le agarró el culo, atrayéndola hacia el borde para tener mejor acceso a su abertura.

Empezó a penetrarla con la lengua, dentro y fuera, con la velocidad y la energía con las que poco después bombearía su polla dentro de ella. Pero no inmediatamente, no antes de hacerla correrse en su boca.

La devoró con una furia que nunca antes le había pertenecido, ayudándose con el pulgar para excitar su clítoris, mientras entraba y salía de ella con creciente dificultad ahora que sus paredes internas se contraían preparándose para el orgasmo.

Cuando los gemidos de Cristina se convirtieron en una incesante letanía, sustituyó la lengua por el dedo corazón, decidido a sepultarla con sensuales estímulos. Estaba tan mojada que sus fluidos goteaban sobre la palma de su mano. Añadió un segundo dedo y los arqueó, forzando su carne ardiente y rezumante.

—¡Nico!, —chilló Cristina. Le temblaban las piernas, su culo subía y bajaba; no sabía si escapar de él o pedir más, y a él le daba igual.

—Oh Dios... yo... ¡Ah!

Con un rugido triunfal Nicola mordió sus grandes labios mientras imprimía más velocidad a sus dedos.

No quería darle el éxtasis: ansiaba arrancárselo.

—Grita, Nena, —gruñó, estremeciéndose solo un segundo para humedecerse los labios. Sintió la excitación de Cristina en la barbilla, en la punta de la nariz—. Nadie te oirá aquí.

No en su chalet de las Colinas, lejos del mundo, solo ellos dos y el placer que podían darse mutuamente.

—Es demasiado, Nico. Es demasiado, —sollozó—. Necesito correrme.

Nicola sintió que el orgasmo de Cristina se acumulaba alrededor de sus dedos, concentrándose en el centro de su mano húmeda. Todo lo que necesitaba era un poco de estimulación, una sola palabra que él se negaba a pronunciar por miedo a que terminara demasiado pronto y Cristina no entendiera que ya no tenía escapatoria, que no podía pedirle que la abandonara.

A la mierda, se la iba a follar toda la noche. ¡A la mañana siguiente se despertaría en su propia cama!

—Córrete, Nena. Córrete sobre mis dedos para que luego pueda llenarte con mi polla.

Apretó el pulgar sobre su clítoris y el orgasmo de Cristina se desinfló con un grito que llenó cada parte de su alma, que colmó la necesidad de saberse suya.

No retiró su boca de ella hasta que los espasmos cesaron, ayudándola a cabalgar la ola de goce hasta quedar exhausta.

En cuanto pudo retirarse sin arañarla, sacó los dedos y se levantó.

Cristina estaba tendida en la isla de mármol, con el pelo sudoroso, los miembros temblorosos, las piernas abiertas para mostrar su vagina enrojecida y tan empapada que brillaba a la luz de los focos.

Sus ojos azules estaban empañados por la plenitud, exhaustos, sus labios estaban resbaladizos por la saliva y maltrechos por los mordiscos con los que había intentado en vano tapar los gritos.

Cualquiera habría explotado ante aquella mujer lánguida y preparada para horas de sexo desenfrenado. Diablos, su propio miembro estaba tan rígido que debía estar morado, pero se contuvo.

—No te escaparás, —le dijo, llevándose la mano a la boca y lamiendo los fluidos de Cristina.

Ella abrió mucho los ojos y contuvo la respiración.

Nicola se abrió la bragueta del pantalón con la otra mano y se bajó los bóxers para liberar su pene hinchado.

Apenas se inclinó sobre ella, apoyándose en la isla con una palma.

—Abre la boca, —le ordenó, mirándola fijamente con las pupilas dilatadas por la lujuria y el asombro.

Le pasó los dedos por la lengua para que pudiera saborearse, entender por que era adicto a ella, a su sabor, a su cuerpo.

Cristina chupó su dedo índice con un gemido, apenas cerrando los párpados.

Mierda, ¡no podía resistirse!

Antes de que Cri pudiera darse cuenta, la agarró por las caderas y se hundió en su interior, abriéndose espacio entre los pliegues calientes y llenos.

La sorpresa le arrancó un grito, pero él lo ignoró.

Bombeó dentro de su vientre, con los ojos clavados en los de ella, de pie mientras ella yacía sobre el mármol de la isla, con el torso arqueado, ofrecida como el más succulento de los sacrificios.

No dejaría que le abandonara.

No la perdería.

Se lo repitió a sí mismo durante los siguientes minutos, mientras martilleaba su vientre con los dedos plantados en sus caderas. Continuó repitiéndoselo durante toda la noche, abusando de todos sus orificios hasta que ella le suplicó que parara.

Fue lo último que le susurró cuando, exhausta, contenta y satisfecha, se abandonó sobre su pecho y se quedó dormida.

La veló hasta el amanecer.



Veinte años antes, estaba decidida a convertirse en bailarina. Sí, zapatillas, tutús y todo, estrictamente en rosa. Cosas que harían vomitar hasta a Roberta, quien incluso tenía las bragas de color rosa chillón, pero que sabía menos de elegancia y compostura que el baloncesto.

Bueno, en su mente infantil, había previsto un futuro como estrella y se había comprometido seriamente a pasar las tardes retozando en el parqué, disfrutando de ellas hasta tal punto que “tres veces a la semana” se había convertido en “cuatro”, con la entrada de los viernes sellada para la clase de las chicas mayores.

Madame Véronique, Veronica para su madre y “La Pulga” para sus amigas de Torpignattara⁵, juraba ver en ella un gran espíritu de sacrificio y una predisposición natural capaz de corregir un defecto de nacimiento: los diez centímetros más que la media de las demás niñas. Cuanto de aquel elogio había sido proporcional a su talento y cuanto a la rectitud mensual, Cristina no había podido saberlo, no entonces, pero aquel elogio había halagado la vanidad de la señora De Santis, su madre, que la había animado con orgullo incluso después de los primeros ensayos con zapatillas de punta y los dedos de los pies manchados de sangre y magulladuras que habían horrorizado a su padre.

A ella tampoco le había importado: le encantaba bailar. Entonces, ¿cómo había acabado jugando al baloncesto? La leyenda se articuló y desentrañó entre el tímido sol de una mañana de invierno, un chico prepotente, la ausencia de Edoardo a su lado y la necesidad de defenderse. El relato se perdía en el tiempo y, como todas las historias de orígenes, con cada nueva narración, los detalles auténticos y ficticios se difuminaban hasta hacerse indescifrables. Sin embargo, había dos cosas que recordaba con exactitud: el momento en que se había dado cuenta de que la dignidad se recupera luchando, y el momento en que había descubierto que redimirse de la humillación no implicaba golpes, sino un partido de baloncesto delante de los niños del bloque de pisos en el patio comunitario.

Allí, en aquel instante, la chica larguirucha, tan fanfarrona como gilipollas era su hermano, había cogido un Super Santos entre las manos y, dispuesta a hacer el ridículo, no solo había conseguido botarlo, sino que había acertado en el aro del que colgaba una raída red en una pálida imitación de canasta.

Y allí habían estado las malditas campanas. No, no las campanas del campanario de Santa Elena en la Casilina⁶ que daban las horas; se refería a las que habían sonado en su cabeza en cuanto la pelota de PVC, mucho más ligera que las que manejaría en años posteriores, había sancionado su victoria temporal.

Cada deportista tenía su historia, una en la que un padre apasionado decidía a que disciplina dirigir a su hijo basándose en sueños de juventud rotos; a partir de ahí, el éxito y una auténtica pasión hacían de una afición una razón para vivir.

Eso era lo que le había ocurrido a Edoardo, por ejemplo. Pero no para Cristina, las cosas habían sido diferentes.

A pesar del recital de fin de curso a medio pagar, de los lloriqueos de su madre y de los intentos de mediación de su padre, en un solo segundo, en ese hermoso arco descrito por la pelota, había decidido meter las zapatillas y el tutú en una caja y pasar las tardes en el patio, negándose a comer hasta que la escucharan y entrenando con su hermano y sus amigos hasta tener las rodillas desgastadas por el asfalto y los brazos llenos de moratones de partidos improvisados sin árbitro. En ese momento, Gaetano De Santis tomó cartas en el asunto, silenció a su mujer e inscribió a su hija en una escuela de baloncesto femenino.

El resto fue historia: victorias, lágrimas, derrotas, éxitos, asesores deportivos, campeonatos sudorosos y luego el debut en A2 con solo dieciséis años.

Un triunfo en toda regla para una chica que había acabado en la cancha no por la voluntad o el azar de alguien, sino por una vocación que le había cambiado la vida y la había llevado a abandonar lo que estaba convencida de que quería y deseaba.

No era de extrañar que al año siguiente, con las vértebras colapsadas y la sentencia del traumatólogo: *“Será un éxito si puede volver a caminar”*, hubiera caído en la depresión. Y, no le avergonzaba admitirlo, no por la posibilidad de quedarse paralítica, sino por la certeza de no poder volver a jugar nunca más.

El pabellón deportivo había sido para ella como la iglesia para un sacerdote. Uno no dedica toda su vida a Dios para que luego le echen del cielo.

Sin embargo, estaba fuera de la cancha de baloncesto de verdad y, antes de recuperarse de la depresión, había tenido que afrontar un año y medio de inmovilidad, otro año de terapia en el que tuvo que aprender a andar de nuevo y un número incalculable de psicofármacos. Así que sí, estaba asustada de todo, jodidamente aterrorizada.

Había perdido la razón de su vida y le había dolido, tanto que las secuelas aún poblaban sus pesadillas y habían cambiado la vida de sus padres, Edoardo y Roberta. ¿Y si se hubiera encontrado con el final de otro sueño? ¿Cómo habría reaccionado?

Cristina no quería averiguarlo, así que se impedía soñar. ¿Pero con Nicola? Las fantasías, las ilusiones y las vaguedades habían envenenado su mente desde la primera sonrisa. Y él solo alimentaba esa mezcla de esperanzas y temores que solo podía tener un resultado desastroso. Nada en su vida, de hecho, estaba destinado a durar.

Por eso no se permitía pensar en él como algo a largo plazo y se oponía.

¿La verdad? Era una cobarde.

Cada mañana se levantaba decidida a poner fin a su noviazgo y salvarse, era lo correcto para ella, pero luego acababa cediendo a sus exigencias porque no podía decirle que no, porque Nicola no se lo permitía y ella no podía resistirse a él.

Porque... se estaba enamorando de él y aplazaba constantemente el día en que dejaría a un lado sus sentimientos y permitiría que su cabeza tomara el control. Para protegerla.

—Estás callada, —estalló Nicola, apretando apenas la mano que había aprisionado veinte minutos antes entre la palma y la caja de cambios.

Hablando de las cosas a las que no podía decir que no.

La iba a llevar al PalaTiziano a ver entrenar al Olimpia Basket. Sí, el mismísimo equipo enemigo, el que amenazaba con frenar el ascenso del Stars Roma.

—¿Sí?, —se entretuvo.

—¿Qué tienes en mente?, —le preguntó. Conocía muy bien su estado de ánimo.

Sonrió con ironía. ¿Por dónde empezar? ¿Por traicionar al jersey al que había sido leal durante los últimos años? ¿Por darse cuenta de que no tenía armas para resistirse a él?

—Me siento incómoda, —decidió decir. Mentir no tenía sentido.

Nico volvió a poner la mano derecha en el volante, dejándola huérfana de su calor. Habría sido natural y a ella no le habría importado que durante casi media hora él no hubiera conducido solo con la izquierda para mantener el contacto con ella.

—No quieres conocer a mis amigos, ¿eh?, —soltó en tono fustigante.

—Yo no he dicho eso.

—¿Entonces cuál es el problema? Te sentías como un sucio secreto y ya no lo eres. ¿No era eso lo que querías?

¿Qué?

¡Qué gilipollas! Había estado medio borracha y loca de celos cuando había gritado esas palabras. Echárselas en cara era mezquina y humillante.

No quería su puta compasión.

—Es que... siento que estoy traicionando a los Stars, —se justificó apretando los dientes.

—Ya pasamos por todo eso de la rivalidad entre equipos hace semanas. Y estaba cerrado. No puedes sacar el tema cada vez que te das la vuelta y tocarme los cojones.

Cristina jadeó, sorprendida ante tal agresividad.

Si llevarla al polideportivo le ponía nervioso, ¿por qué había insistido tanto?

Estuvo a punto de decirle que parara el coche y la dejara salir, pero entonces recordó las veces que se había asustado y la forma en que él había mediado en su relación. Decidió lanzarse a un intento de conciliación.

—Tienes razón, —aceptó, tratando de bajar el tono—. Esto es estúpido, pero me siento igual de perdida porque...

—Yo no te pedí que cambiaras tu fe deportiva, —la interrumpió, impidiéndole explicarse.

No, no lo había hecho. Pero no podía pretender poner su vida patas arriba, alejarla de todo lo que había conocido y esperar que no se sintiera desorientada.

¿Qué esperaba? ¿Que la idea de ver el entrenamiento de un equipo que no era el suyo la hiciera saltar de alegría?

—Estoy a punto de entrar en un pabellón deportivo sabiendo que no veré a ninguno de mis chicos, —aclaró, resentida—. Llevo seis años siguiendo el entrenamiento de los Stars. Siento que no será fácil volver allí con ellos y ver con mis propios ojos que todo ha cambiado. Es como volver a casa y dejar de reconocerla.

—Ahora te follas al capitán del Olimpia. Y ésta es *mi* casa, —replicó Nicola, sin piedad.

Cristina abrió mucho los ojos. ¿De verdad había dicho eso? A juzgar por lo mal que se sentía, eso parecía. Sentía un dolor sordo en la boca del estómago y una persistente sensación de

náuseas.

—¿Es necesario?, —susurró, antes de perder la voz. *¿Es necesaria la mezquindad? ¿Describir nuestra relación en términos tan vulgares?*

Las otras preguntas, sin embargo, se quedaron solo en su mente. Un nudo le obstruía la garganta, imposibilitando cualquier intento de articular palabras.

Nicola no le respondió, cerrando así cualquier oportunidad de diálogo.

Ninguno de los dos volvió a hablar, ni siquiera cuando entraron en el aparcamiento del PalaTiziano.

El silencio entre ellos era tan denso que ella sintió que se asfixiaba. Cristina no se atrevía a apartar la vista de la carretera, ni siquiera entonces, con el coche parado y la vista reducida a una larga fila de coches aparcados.

Tenía que llamar a un taxi y que la llevaran lejos de allí.

Nicola apagó el motor y sacó la llave. Le oyó suspirar; luego salió del coche y cerró la puerta de un portazo.

Desde fuera no tardó en oír ruidos que aumentaron su malestar. Después de tantear enérgicamente el maletero y coger la bolsa de viaje, Nicola la había cerrado con un golpe decisivo.

Ya era suficiente, no podía quedarse allí, ni seguir viéndole. Estaba decidida a no sufrir más, y ya había superado con creces los límites de la simple amargura.

Estaba tan inmersa en sus propios pensamientos que no se dio cuenta inmediatamente de que la puerta de su lado se había abierto desde fuera.

Se encontró de frente con el rostro de Nicola, y eso bastó para acelerarle el pulso.

Tras una rápida mirada a su rostro, se inclinó hacia ella y le desabrochó el cinturón de seguridad.

La posición de Nico la obligó a tener la nariz a escasos centímetros de su cuello. La envolvió una mezcla de *One Million de Paco Rabanne* y la esencia única de su piel. Una combinación que siempre era capaz de atontar sus sentidos.

Apretó la espalda contra el asiento en un vano intento de alejarse de él, aterrorizada por las sensaciones que sentía incluso entonces, cuando la rabia y la vergüenza deberían haberla motivado a huir en lugar de anhelar saborear su piel.

Nicola se apiadó de ella y retrocedió. Sin embargo, no caminó hacia la entrada: se agachó junto al coche, con la cara casi a la altura de la de Cristina.

—Nena, me encantaría que vinieras conmigo, —le dijo, con la mirada clara, el bello rostro impregnado de expectación y ternura. El *Dr. Jekyll* acababa de ahuyentar al *Sr. Hide*.

Cristina tuvo que apretar los puños para no tocarlo. Volvió la mirada y la mantuvo obstinadamente frente a ella. ¿De verdad creía que podía jugar así con ella? ¿Humillarla y luego mostrar arrepentimiento?

—Cri, mírame.

Ni hablar. Él se había calmado, pero ella seguía llorando, joder.

No quería hacerlo delante de él. No tenía control sobre sus sentimientos, solo la ventaja de poder ocultarlos.

—Vale, he sido un gilipollas, —admitió Nicola, y parecía genuinamente arrepentido.

No dejó que aquello le ablandara. “También” coincidió Cristina, pero no solo eso. Básicamente había sido él mismo. Lo de buen novio solo había sido una actuación.

Nicola inhaló y exhaló un par de veces. En el reflejo del parabrisas le vio pasarse una mano

por el pelo.

—Me haces sentir la segunda opción.

La afirmación, apenas susurrada, deflagró entre ellos con la potencia de una bomba. Si no hubiera estado sentada, Cristina se habría quedado helada.

—¿Segunda opción?, —repitió para asegurarse de que había entendido bien.

Se volvió hacia él y por fin le vio a los ojos. Estaba preocupado, desconcertado.

—No puedes dejar de pensar en lo que dejaste atrás. Estás conmigo y no haces más que hablar de los Stars, —le explicó. Su expresión era preocupada, tan lejos de la confianza y la arrogancia de las que siempre hacía alarde—. ¿Por gente de verdad? Sí. ¿Pero con una camiseta? Nunca he tenido que competir con una camiseta, Cri.

¡Oh, Dios, no!

¿Le había hecho sentirse así?

Abrió la boca para tranquilizarlo, pero él continuó.

—¿Y si lo tuyo fue una fase rebelde?, —le preguntó, formulando una pregunta en la que estaba claro que había pensado demasiado—. Te encontraste sin puntos de referencia, lo entiendo. Pero no quiero ser el sustituto de tu hermano, ni de los otros once miembros de su equipo.

Joder, ¡la había cagado!

En un intento de protegerse, se había comportado de forma ambigua, echándose atrás después de cada concesión y haciendo daño a Nicola. Había sido una zorra total. ¿Cómo podía compensarlo?

Seguir así no era justo para ninguno de los dos. O ella lo dejaba ir o intentaría dejarlo ir. Y en el segundo caso, significaba rechazar el condicionamiento de diez años.

¿Qué iba a hacer?

—Lo siento, —soltó de un resoplido, antes de que la solución al problema se le pasara por la cabeza—. No quería hacerte sentir así, lo juro. No era mi intención.

Ella levantó una mano y se la puso en la mejilla. Nicola apenas inhaló, pero su expresión era impenetrable. No cerrada, sino expectante, y también vulnerable.

Odiaba ser la causa de aquella incertidumbre y, al mismo tiempo, el Vikingo le parecía ahora más humano, más real. Alguien a quien podía acercarse a un nivel más profundo, y no el dios inaccesible que ella había creído que le había dado su cuerpo porque aún no había descubierto lo rota e inadecuada que estaba.

—Estaba harta de ser un apéndice de Edoardo, es cierto. No me di cuenta hasta que te conocí. Llevaba mucho tiempo sintiéndome insatisfecha, atrapada, pero no tenía el valor de empezar de nuevo conmigo, —confesó, moviendo el pulgar por el arco de su mejilla. Una caricia insinuada, una forma de disculparse ante él. Él no la rechazó. Estaba concentrado en ella—. Ese coraje lo encontré gracias a ti, pero eso no hace que las últimas semanas formen parte de una fase de rebelión; y no necesito reemplazar nada. No hice nada malo cuando elegí salir contigo. Me tratan como a una marginada y no pasa nada. He decidido que puedo prescindir de la gente que me excluye de sus vidas solo porque mi hermano es un gilipollas y no tienen huevos para pensar por sí mismos.

Era la verdad.

Sí, la entristecía y a veces las lágrimas la abrumaban a traición. Pero se merecía tener a su lado a gente que la quisiera de verdad, que la apoyara y estuviera a su lado en sus logros pero también, y sobre todo, en sus fracasos.

Ninguno de sus amigos le había dado una oportunidad, ninguno le había dado una oportunidad a Nicola. La habían considerado estúpida e ingenua. No la querían, así que no les debía nada.

A Nicola sí. A él le debía mil pequeñas conquistas diarias. Él la hacía sentir mujer, atractiva y sensual, la apoyaba, aconsejaba y consolaba.

A pesar de su reputación, la trataba como a una reina.

—Mentiría si dijera que no me duele. Los echo de menos a todos, pero tú no puedes sustituirlos. Tú no eres Edoardo, no eres ninguno de ellos. Todos son únicos. Tú eres único.

Inspiró para tomar fuerzas y continuar. Nicola merecía tener a la mujer por la que había luchado desde el principio, nada menos. ¿Y ella? ¿Cuándo había dejado de quererse tanto como para convencerse de que no era merecedora de un poco de felicidad?

Cogió la mano que Nico apoyaba en el asiento para sostenerse y la apretó entre las suyas. Acarició sus largos dedos, el relieve de tendones y venas.

¿Estaba dispuesta a arriesgarlo todo por él?

—Si hubiera dependido de mí, no habría renunciado a nada, pero las cosas no salieron así y me elegí a mí misma. Elegí ser feliz, —murmuró, luego se llevó la fuerte mano masculina a los labios y besó suavemente sus nudillos—. Me haces feliz, Nico. —Tan feliz que su corazón estalló cuando no se envenenó de miedo. Feliz como no lo había sido desde el accidente—. No importa lo que haya perdido por estar hoy a tu lado. Valió la pena por ti, ¿de acuerdo? *Vale* la pena. No lo dudes n...

No pudo terminar. Nicola la atrajo hacia sí y la apretó tan fuerte que le cortó la respiración.

Con un suspiro estremecedor se rindió a su abrazo y por primera vez se sintió segura de haber tomado la decisión correcta. Los brazos de Nico estaban hechos para abrazarla, su pecho para acogerla y protegerla. Eso era todo lo que quería.

No era prudente, pero a la mierda la precaución: disfrutaría de cada día que pasaran juntos, mientras el destino se lo permitiera.

Un escalofrío la sacudió de pies a cabeza. Después de diez años, volvía a ser... *libre*.

—¿Tienes miedo?, —le susurró al oído, y luego la besó. La besó por todas partes. Los párpados, las mejillas, la nariz.

No necesitó mirarle a la cara para saber que estaba eufórico.

—Un poco, —mintió. De hecho, el corazón le latía en la garganta de miedo, pero no iba a dejar que un trauma y viejas heridas le arrebataran los conocimientos adquiridos y al hombre que la miraba como si acabara de entregarle el mundo.

—Tarde o temprano descubrirás que no tienes motivos para ello, —la tranquilizó. Le sostuvo la cara entre aquellas manos enormes, pero capaces de ternura, de dulzura.

Ella asintió suavemente, conmovida.

Nicola estaba convencido de que podía curarla. Ella también tenía que convencerse de eso.

—Llegamos tarde, —observó entonces, llamándolo a sus deberes, aunque no tenía ningún deseo de seguirlo, solo de ir a casa con él y dejar que la abrazara toda la noche.

—No importa, —contestó Nicola, tan apresuradamente que le arrancó una carcajada.

—¿Estás buscando una excusa para saltarte el partido del domingo? Porque dentro de cinco minutos sin duda Conti decidirá dejarte en el banquillo.

Nicola gruñó decepcionado. Le besó la punta de la nariz y se levantó. Debían de dolerle mucho las piernas de tanto tiempo en cuclillas.

—Nunca quise perderme un entrenamiento hasta hoy, —murmuró, molesto, extendiendo una

mano para ayudarla a salir del coche.

Ella la aceptó, para prolongar el contacto entre ellos, y solo la soltó cuando Nicola la necesitó para cerrar el coche e izar la bolsa de lona sobre sus hombros.

—De verdad, quiero irme a casa contigo. Ahora mismo, —soltó Nico, haciéndose eco de sus pensamientos. Tenía el mismo tono petulante de un niño caprichoso.

Cristina se sintió tentada por la idea durante un segundo, pero no, no podía dejar que la arrastrara a la cama. El entrenamiento era importante y ella tenía unas semanas de egoísmo atrasado que compensar.

—No seas infantil, —replicó, y le arrastró tras ella hasta la entrada del pabellón deportivo. Apenas habían cruzado el umbral cuando se encontró pegada a la pared, con la boca de Nicola pegada a la suya y su lengua forzándola a separar los labios.

Cerró los ojos y dejó que la besara con vehemencia, amando la presión de su cuerpo, la sólida firmeza de la pared tras ella, los dedos de él tirándole del pelo y sujetándole la cabeza.

Aquel era el Vikingo que ella adoraba: apasionado, carnal, insaciable. Tan salvaje como el pueblo que inspiró su apodo.

—Te hago feliz, —gruñó, como si acabara de metabolizar las declaraciones de Cristina.

—Sí, —susurró ella a un palmo de su boca. Ambos jadearon.

—Esto no va a acabar mañana. Lo sabes, ¿verdad? —Su voz era tan ronca que costaba distinguir las palabras.

—Eso espero, —respondió ella sorprendiéndole y sorprendiéndose a sí misma.

Nicola cerró los ojos un momento, su expresión era una mezcla de dolor y placer.

—No necesitas esperanza, —sentenció, apretando con más fuerza sus mechones. Se aferraba a ella con una intensidad que la estremeció—. Me tienes a mí y yo te tengo a ti. Eso es todo lo que necesitamos.

Aquellas palabras se grabaron en su corazón y no dejaron de provocarle escalofríos de placer incluso cuando la presentaron a todo el equipo y al entrenador.

Podía oír sus ecos incluso entonces, sentada en las gradas, observando orgullosa como su hombre se movía por la cancha con más agilidad de la que ella le había creído capaz, sin duda más de la que su papel de pívot esperaba y su tamaño debería haberle permitido.

Le sonrió entusiasmada cuando se acercó a ella, después de que Conti hubiera dado a los chicos un descanso de diez minutos.

Nicola saltó sin esfuerzo el tabique que separaba la pista de las gradas, todo un espectáculo de músculos agitados y tendones crispados.

—Sigue sonriéndome así y te cargaré al hombro delante de todos.

Cristina enseñó los dientes y arrugó la nariz en una mueca divertida.

—Te van a joder para siempre, —se burló de él, levantando la cara para ofrecerle sus labios. Le estaba poniendo a prueba. Él lo comprendió y, como de costumbre, hizo lo contrario de lo que habría sido prudente: se inclinó sobre ella, le agarró la cara con una mano y le dio un sonoro beso con los labios cerrados, demostrando no solo que le importaba una mierda la opinión de los demás, sino también que no podía resistirse a ella.

—Esos capullos no tienen a una bomba de dos metros en la banda animando y babeando por sus músculos.

Cristina le dio una palmada en el brazo, indignada.

Mmm, piel caliente, sudorosa y tensa sobre bíceps abultados...

—¡No estoy babeando!, —replicó, pero lo estropeó al intentar distinguir los abdominales que

el escote de la camisola, en esa posición, dejaba al descubierto.

—¿Qué decías?, —se mofó Nicola.

Pillada.

—Estoy hecha de carne y hueso, —protestó, provocando una nueva carcajada.

Dios, Nicola estaba feliz de cojones.

—Me encanta tenerte en la cancha. ¿Por qué coño no te traje antes al entrenamiento?, —se preguntó, imprimiéndole luego otro beso rápido. Intenso, pero casto. Unas gotas de sudor resbalaron de su pelo empapado y le mojaron la cara.

¡Dios santo!

¿Desde cuándo era excitante el sudor?

Nicola también tuvo que preguntárselo, a juzgar por la mirada abrasadora con la que la observó limpiarse la cara.

—Cri...

—Tienes un problema. Tú y los chicos. Algo va mal en el campo, —dijo de un tirón, alejando el peligro de cometer alguna estupidez. Como saltarle encima delante de sus compañeros y cubrirse de ridículo. ¿Cuánto faltaba para el final del entrenamiento?

—¿Qué?, —gritó Nicola, con los ojos saliéndosele de las órbitas.

—¿Acabas de gritar como una niña?

Se podían decir muchas cosas de Nicola, excepto que era poco varonil. Sin embargo, Lorenzo Bianchi no se equivocaba: el Vikingo casi había hecho un falsete.

—Ahí vienen los dolores, —le advirtió, señalando con la barbilla a Lorenzo y a los chicos del equipo que se acercaban. Un espectáculo ilegal y altamente erótico. En serio, no bromeaba, parecían escupidos de *Camino a la gloria*, pero definitivamente molaban más.

—Si no dejas de mirarlos, luego serás tú la que sienta dolor, —la reprendió Nicola.

—¿Celoso?

—Como un tonto, —replicó, girándose para interponerse entre ella y sus amigos.

Conteniendo una risa de suficiencia, Cristina se dirigió al asiento contiguo y saludó a los chicos.

—Dice que algo va mal en nuestro juego, —exclamó Nicola.

Estaba muy tenso.

Se le notaba.

—Y a ver, ¿cuáles son los problemas?, —preguntó un chico más bajo que los demás, pero más beligerante. Andrea Olivieri, si no recordaba mal.

Miró a la compacta fila de hombres que esperaban su respuesta. Brazos cruzados sobre el pecho, sonrisas burlonas, aire de machos convencidos de que una mujer no puede opinar, y mucho menos hablar de tácticas de baloncesto.

Muy mal.

Levantó la cara y buscó la mirada de Nicola, que estaba de pie junto a ella. La antigua Cristina le habría contestado del mismo modo, y él lo sabía, pero no quería avergonzarle.

—Dispara, —la animó, y se sintió reconfortada de que pareciera tomarla en serio. Y, bromas aparte, Cristina hablaba en serio de verdad.

Enderezó los hombros y, a su manera, salió al campo.

—Bianchi debe servirte, —le dijo sin demora.

A su alrededor se oyeron risas ahogadas.

No había sido un buen debut. Incluso Nico parecía desconcertado. No era un escolta, su papel

consistía en un ataque casi estacionario y una defensa debajo de la canasta, poca movilidad. No era precisamente el elemento en el que basar el ataque, sin embargo...

Los miró uno a uno y leyó en sus rostros la altivez, el machismo enmascarado en apariencias civiles y amistosas.

No podía dejarse asustar.

—No lo habéis entendido. Vale, ahora os lo explicaré bien y desde el principio, porque seréis grandes y musculosos, pero no sois precisamente brillantes, —atacó, desempolvando el orgullo marca de la casa De Santis.

Nicola jadeó. Sí, a él también acababa de insultarle. Detalles.

—¿Habéis estudiado los vídeos del Basket Milano? Su base es muy rápido e inteligente. Intentará aislar a Nico y hacerlo inofensivo. Tú no le proteges lo suficiente, así que se lo pondrás fácil, —divagó, ganando seguridad en sí misma con cada palabra.

Algunos habían perdido la osadía de momentos antes. Empezaban a razonar.

—¿De verdad solo queréis que Nicola haga un mate en la zona de tres segundos?, —preguntó, para involucrarlos, pero no les dio oportunidad de responder—. También puede hacerlo desde media cancha. No le explotáis lo suficiente.

—Cariño, —empezó Lorenzo. Nicola sacudió la cabeza en señal de advertencia, pero que continuó—. Sé que tú y el Vikingo...

—¿Le vas a partir la cara o lo hago yo?, —preguntó a Nico, bastante alterada. Ya por el apodo podría haberle castrado, pero por la insinuación de que hablaba en nombre de su capitán solo porque tenían una historia bien podría haber decidido atropellarle con el coche.

Andrea Olivieri la miró con un matiz de respeto en su expresión arrugada. Le recordaba a Edo.

—La chica tiene pelotas, —declaró.

—Tengo vagina, —aclaró—. Y eso garantiza que mi cabeza sea siempre la única que mande.

Las risas de la retaguardia no tenían desperdicio, pero Cristina no dejó que la fomentaran. Miró a Andrea y Nicola por turnos. Estaba claro que eran los más influyentes: los primeros por pendencieros, los segundos por autoridad y mando.

—Continúa, —la animó un tipo grande con una sonrisa jovial. Ella le dio las gracias con una inclinación de cabeza.

—Como ya he dicho, Nicola tiene buenas aptitudes atléticas y se le dan bien los tiros libres. También sabe lanzar desde media cancha. —No quiso decirles como le había descubierto, pero estaba segura de su afirmación. El uno contra uno en el que habían participado semanas atrás había sido una larga sesión de preliminares en previsión de un polvo espectacular, pero Cristina tenía el ojo técnico y funcionaba incluso cuando se veía oscurecido por la lujuria.

—No entiendo por que le hacéis jugar de la forma tradicional, —comentó. Relegarlo a la zona de los tres segundos, cuando tenía los inusuales dones de ser performante en otras áreas, era un desperdicio de recursos.

—¿Qué sugieres?, —preguntó Lorenzo, que había perdido su aire atrevido.

—Davide Sebastiani espera encontrarle debajo de la canasta, donde Nico es más fuerte, así que intentará apartarle de esa posición. —Hizo una pausa para darles tiempo a reflexionar—. ¿Habéis llegado?

—Tenemos que sorprenderles, —dijo Andrea.

—Tenemos que servirle en la zona de tres puntos, donde creen que es inofensivo, —continuó Lorenzo, el que atribuía su interés por el papel de Zanini a la cantidad de orgasmos que le

provocaba. En la cancha no había lugar para sentimentalismos. Si Bianchi lo hubiera entendido, podría haberse convertido en un buen jugador.

Por el número de asentimientos afirmativos que le dirigieron, parecía que les había convencido de su estrategia.

—Hacedlo y ganaréis, —concluyó, satisfecha, con la adrenalina corriendo por sus venas.

En ningún ámbito se mostraba tan segura como cuando hablaba de planes de juego. El baloncesto era su superpoder. Nunca había dejado de “leer” los partidos en su mente.

Lorenzo le sonrió con cariño y se limpió las manos sudorosas en los pantalones, luego extendió la mano derecha, esperanzado.

—¿Empezamos otra vez con las presentaciones? La primera vez fui un gilipollas.

Cristina sonrió. Estaba a punto de aceptar la rama de olivo y estrechar su mano, cuando el gruñido de Nicola enfrió el ambiente.

—Quita las manos, Lollo², o te rompo los dedos. Es mía.

El resto del equipo estalló en carcajadas, pero Nicola hablaba en serio. No bromeaba cuando hablaba de celos. Eso sí que era un avance.

Hasta entonces se habían estado viendo casi en secreto, siempre a solas, y él no había tenido motivos para mostrarse posesivo. Interesante ver su transformación en público. ¿Se mearía en su pierna para marcar su territorio?

—Yo no me atrevería, Vikingo, —se burló Lorenzo, optando por desafiarlo, pero dando un paso atrás premonitorio.

¿Era una zorra por pensar que esto estaba de puta madre? ¿Se estaba regodeando!

—Conti va a volver, —les advirtió en cuanto vio salir de la tribuna al entrenador del Olimpia—. Llevaos el mérito de esta idea. Lo importante es que mováis el culo y ganéis, —les despidió con aire de superioridad.

Los chicos se dispersaron, entre risas, con la promesa de volver a sus entrenamientos.

—Ah, Lorenzo, —le llamó, mientras se quedaba un poco atrás de sus compañeros—. Menos protagonismo. A las chicas les gustan los ganadores, no los pavos reales, —sugirió, guiñándole un ojo.

Él le devolvió el gesto, comprendiendo que ella no pretendía ofenderle, y siguió a los demás, que se habían apresurado a rodear al entrenador para discutir la nueva idea. Nicola no se movió de su lado. Mudo y escultural, era una presencia un tanto inquietante.

¿Qué pasaba por su cabeza?

—Ve a entrenar, —le ordenó preocupada. ¿Había ido demasiado lejos dándose aires de gran entrenadora?

Ella le miró expectante. Mierda, ahora el silencio empezaba a ser alarmante. Tenía que aprender a callarse y a meterse en sus asuntos.

—Mira, lo siento si he exagerado. No era mi intención ponerte a la defen... Oh!, —exclamó, cuando Nicola tiró de ella para ponerla en pie y rodeó su cintura con los brazos.

Puso las palmas de las manos sobre sus pectorales. La camiseta de tirantes estaba empapada.

—¿Dónde coño has estado hasta ahora, eh?, —le preguntó con una mirada penetrante que presagiaba sexo de nivel hardcore.

Aquí hay algo por lo que estar ansiosa por volver a casa...

—¿En una tienda de Via Condotti doblando ropa?

La sonrisa de Nicola le calentó el corazón. Era patético, pero sintió las mariposas en el estómago, sus piernas suaves y toda esa mierda descrita en las novelas.

Se humedeció los labios. Su salvación había llegado a cero.

—Me comeré esa boca, —la amenazó Nico, mirándole el labio inferior. Solía atormentarlo hasta que lo inflaba como una balsa. Los efectos del relleno sin tener que ir al cirujano. ¿Qué más podía desear?

—Antes no miraban, pero ahora tenemos todos los ojos puestos en nosotros. Vuelve al campo e intenta portarte bien durante la próxima hora. No queremos que se burlen del capitán, ¿verdad? Tienes una reputación que mantener.

—¿Burlarse de mí? ¿Después de tu espectáculo? Me preguntarán si tienes una hermana.

Cristina le sonrió.

—No te distraigas, campeón. Y demuéstreme que no me equivoco contigo.

Nicola le acarició la nariz con la suya en un gesto juguetón.

—No lo haré. Te gustan los ganadores, —le guiñó un ojo, y luego volvió a su trabajo, no sin antes meterle la lengua hasta la garganta entre los abucheos y aplausos de sus amigos y la perplejidad de su entrenador.

Cristina suspiró.

Sabía dulce, a victoria.



Contesta. Contesta. Contesta. Cristina resopló, esperando a que Nicola se diera cuenta de su llamada y pulsara el maldito botón verde. El corazón le latía con fuerza y las piernas no se le quedaban quietas.

Saltaba de un pie a otro como una adolescente bajo los ojos amarillos y asqueados de Maldición. Aquel demonio solo tenía tres expresiones: asco, desaprobación y saciedad. Como acababa de comer, éstas eran las dos primeras con las que se dirigía a ella en ese momento.

¿Cómo podía culparle?

Estaba a punto de apartarse, cuando la voz entrecortada de Nicola le llegó directamente al estómago.

—Cri...

Dios mío, el hombre podía ponerla de rodillas con solo tres letras, suspiró mientras cada una llenaba sus pulmones de aire.

—No pierdas los nervios todavía.

Cristina se rio, aunque se estaba burlando de él. Era él quien la llamaba siempre; en cuanto a ella, pensaba que los mensajes de texto eran un sustituto decente de una llamada telefónica. Al menos no eran tan peligrosos como el timbre ligeramente ronco de aquella voz. Era difícil hablar con él sin recordar las palabras que le susurraba al oído cuando estaban en plena pasión. Cumplidos, ánimos obscenos, fantasías que iban a representar la próxima vez.

—Tan gallito como siempre, Zanini, —le provocó, sabiendo muy bien que le haría pagar por ese apelativo. No podía esperar.

—¿Te gusta que te azoten?

—Recuérdame por que te he llamado... —murmuró ella, exasperada.

—Nena, no puedes alejarte de mí.

Esas palabras estaban tan cerca de la verdad que ella se puso rígida.

—Solo quería saber como estás. Mañana es un día importante. No arruines mi misión de “ser amable con los demás”, ¿vale?

La risa de Nicola le hizo mover los dedos de los pies.

—Me sorprende. ¿No soy el enemigo?

Cristina resopló, molesta. Los Stars se habían clasificado para la final aquella tarde; el partido del día siguiente contra el Basket Milano, sin embargo, decidiría la suerte del Olimpia. El equipo de Nicola merecía competir por el acceso a A1, incluso si eso significaba enfrentarse a Edoardo por última vez.

—Os merecéis la oportunidad de aprender de los grandes como se juega. Si perdéis mañana, los chicos de los Stars no podrán daros esa lección, —argumentó. No había escatimado sugerencias para ayudar al Olimpia, pero su fe no había cambiado.

—Eres cruel, —bromeó Nicola, pero algo en su tono la perturbó. ¿Ansiedad?

—Todo irá bien, ya verás, —le tranquilizó, y el suspiro al otro lado del teléfono confirmó sus sospechas. No estaba tan relajado y sereno como alardeaba.

—¿Sabes lo que me gusta de ti?, —exclamó de repente—. Que me ves.

—Imposible no fijarse en ti, —susurró Cristina. Nicola era un faro. Brillante, divertido, guapo.

—Las mujeres se fijan en mí, tú me miras. ¿Cómo sabías que estaba nervioso?, —la retó.

—No lo sé. Simplemente lo noto, —respondió ella, con el pánico apenas audible en su voz. A pesar de las buenas intenciones y la firme convicción de Nicola sin pensar en un final, pero el instinto de calentar los músculos para escapar no se había evaporado de la noche a la mañana. Estaba trabajando en ello.

—No, tú me entiendes. Sabes lo que es trabajar duro y tener miedo al fracaso.

Una mueca amarga curvó sus labios. Sí, conocía bien la opresión en el pecho, el temblor en las manos que no pararía hasta que sonara el silbato.

—Sois un buen grupo. Bianchi y Olivieri son rápidos y ahora que saben como servirte mejor, serás un gran pivot. Lo conseguiréis.

Se masajeó el pecho. La inquietud de Nicola le dolía.

—Nena...

Había tanto afecto en esa palabra que se le hizo un nudo en la garganta. ¿Por qué tenía que actuar así?

Una mujer normal habría estado encantada, pero ella no estaba ciega y no podía ignorar lo contradictoria que sonaba aquella pasión.

Mientras exigía más implicación por su parte, de hecho, Nicola nunca había mencionado ningún sentimiento importante.

—Necesitas descansar, supongo. Estaremos en contacto, —lo interrumpió, antes de ofrecerle su propio corazón en bandeja de plata.

—Solo son las seis. Te recojo en media hora.

¿Qué? ¡Oh, de ninguna manera!

—¿No tienes que salir con los chicos?, —intentó disuadirle, aludiendo a los rituales que seguían los jugadores antes de un partido.

—Esta vez no. Me doy una ducha y voy.

Él colgó antes de que ella pudiera protestar.

Cristina se desplomó en una silla, con el teléfono en las manos. ¿Qué le pasaba? Un jugador de baloncesto nunca deja de ultimar los últimos detalles con sus compañeros de equipo y, sin embargo, él quería pasar la tarde con ella.

Se movió como una autómatas hacia el armario. Sacó unos vaqueros ajustados, un top y una cazadora de cuero. Vendría en moto, estaba segura. La calurosa temperatura de finales de mayo no podía hacer nada contra una Ducati lanzada a gran velocidad.

Se dejó el pelo suelto, como le gustaba a Nicola, y solo se puso un poco de máscara de pestañas. No tenía ganas de maquillarse, de arreglarse.

Estaba confusa, desconcertada y en guardia.

¿Qué quería? ¿Un poco de sexo para aliviar la tensión?

Se estremeció al pensar que accedería a todas sus peticiones.

Nicola le había arrebatado, junto con su promesa de no huir, la única defensa que tenía contra ella: su actitud irreverente y su sentido práctico.

Ahora era el retrato exacto de todas las mujeres de voluntad débil que la habían precedido.

Aquel “Nena” susurrado bastó, de hecho, para hincharle el pecho y, al mismo tiempo, hacerle comprender lo que Edoardo había intentado decirle, aunque de forma equivocada: tarde o temprano, ella habría querido más.

Pues Cristina lo quería *todo*.

Sin embargo, pedir más y no recibir respuesta habría sido el peor silencio del mundo.

Por eso acababa de empezar la segunda fase de la guerra que hasta hacía unos días la había visto triunfar en pequeñas salidas. Si no hubiera podido evitar sucumbir al amor, se habría esforzado por ocultarlo. Y esta vez no se sentía ni un poco culpable porque sí, Nicola le pedía y le mostraba más, pero ella no era tan ingenua como para convencerse de lo que no había. Su relación, en esencia, no había cambiado.

Nico llamaba, ella despejaba su agenda para verle y en mitad de la noche, tras una intensa sesión de sexo, cogía su casco y se escabullía de su piso. Las dos noches pasadas en su casa de las Colinas habían sido una concesión momentánea, la ruptura de una regla más que un intento de pasar al siguiente nivel. Después todo había vuelto al principio. No había habido mañanas, ni desayunos tomados en el sofá o en el bar de debajo de casa. Solo noches de club, restaurantes y noches que la habían dejado más cansada que cuando se había acostado, físicamente satisfecha y mentalmente insatisfecha.

No era suficiente para ella: quería averiguar si Nicola tomaba café con azúcar o prefería solo un vaso de leche. ¿Apretaba el tubo de pasta de dientes por la mitad? ¿Dejaba la tapa del váter levantada? No podía saberlo. Zanini era un fantasma que gravitaba en los bordes de su vida, sin participar realmente en ella.

Salió de casa, demasiado inquieta para quedarse en el espacio estrecho y sofocante de su piso.

No tuvo que esperar mucho hasta que la Ducati amarillo canario se detuvo frente a ella.

Nicola se levantó la visera y se bajó de la moto. Desenganchó el casco del sillín trasero.

—Súbete, Nena, y agárrate fuerte.

¡Qué visión tan formidable, qué hombre tan increíble!

Antes de hacer el ridículo, retrocedió, se puso el casco y se aferró a él, rodeándole la cintura con los brazos. Nicola puso una mano sobre la de ella y se la llevó al pecho.

Cristina suspiró. No tenía defensa.

El olor de Nicola ahuyentó la amargura en un instante; el calor de su cuerpo calmó sus pensamientos; el contacto con su espalda musculosa y sus muslos fuertes la hizo sentirse lánguida y rendida.

Cerró los ojos y se abandonó a la sensación de cercanía. Solo los abrió cuando oyó que la moto aminoraba la marcha.

Los plataneros que bordeaban Villa Aurelia brillaban a la luz del atardecer, que coloreaba el cielo con cálidos tonos naranjas, amarillos y rosas.

Nicola detuvo la moto en el Janículo, la terraza desde la que se podía observar el centro histórico, la majestuosa belleza de la Ciudad Eterna.

Una vista que no dejaba de quitarle el aliento, como Nicola, el romántico granuja que la había llevado al lugar más concurrido y a la vez íntimo de Roma.

Nicola desmontó con agilidad y la ayudó a bajar, para luego entrelazar sus dedos con los de ella. El corazón de Cristina cantó de alegría, pero algo más se coló en ella, un anhelo que la hizo parpadear en un intento de contener las lágrimas.

—¿Quieres algo?, —le preguntó él, acercándose a un quiosco de cuatro ruedas.

Cristina negó con la cabeza. No podía hablar.

Nicola la miró fijamente con una expresión más dura, intensa y peligrosa que de costumbre, y luego, sin soltarla, aunque coger la cartera y abrirla con los dientes debió de resultar cuando menos incómodo, pidió una cerveza para él.

Se apoyaron en el parapeto y él empezó a dar sorbos a la bebida. El silencio entre ellos no era pesado. Era tranquilo, indolente, relajante, aunque lleno de palabras no dichas.

Cristina observó como se le movía la garganta al tragar, quedó hechizada por la nuez de Adán que subía y bajaba, y se relamió los labios al pensar en besarle allí mismo, sintiendo su piel áspera por la barba y salada por el sudor.

Nicola le guiñó un ojo, socavando su determinación de no tocarlo, pero ella resistió el impulso de lanzarse sobre él. Le gustaba aquella ternura, la misma complicidad que veía reflejada en las parejas que retozaban a su alrededor.

—No creía que fueras romántico, —se burló de él. La sonrisa de Nicola le llegó al corazón.

La aprisionó contra la barandilla, su cuerpo apretado contra el de ella.

—Soy extremadamente romántico.

Cristina levantó la cara para recibir su dulce, profundo y suave beso. Le gustaba besar y Nicola también destacaba en ese terreno.

—No te pega, —se burló de él, relamiéndose los labios para probar de nuevo el sabor agrio de la cerveza y la ternura.

El Vikingo le movió un mechón de pelo detrás de la oreja y siguió el movimiento con los labios.

Cristina temblaba entre sus brazos, incapaz de detener los latidos acelerados de su corazón y ordenar a sus pulmones que se llenaran con calma, y no a ese ritmo jadeante.

—Me siento muy romántico cuando estoy contigo —le aseguró, chupándole el lóbulo de la oreja. Romántico y exhibicionista. Cristina se sonrojó, intentando no pensar en la gente que les rodeaba.

—Te estás ablandando, —le advirtió. La voz temblorosa no ocultaba un atisbo de fastidio.

El pesado suspiro de Nicola, tan cerca de su cuello, la hizo estremecerse.

—Haces que me avergüence de mi pasado, Cristina, —le dijo un momento antes de chuparle la sensible piel de la garganta.

Ella echó la cabeza hacia atrás, entregándose de inmediato a aquel contacto.

—Nadie puede cambiar el pasado, —murmuró, con las manos aferradas a los hombros de él.

—Si te hubiera conocido antes, no habría cometido tanta mierda, —replicó Nicola, levantando la cabeza y mirándola a los ojos, con los párpados entrecerrados.

Los iris verdes ardían, pero Cristina no habría sido capaz de adivinar que sentimiento se escondía en aquellas profundidades cristalinas.

Sentía los latidos de su propio corazón en los oídos, en la garganta, en el vientre. Le

sorprendió el poder que aquel hombre ejercía sobre ella. El instinto, la irracionalidad, los deseos se estaban imponiendo a la razón.

—Nico... —exhaló.

—¡Nico! —El grito agudo la interrumpió.

Apenas tuvo tiempo de ver que los ojos de Nicola se entrecerraban decepcionados, que ya se había girado hacia la dueña de aquella voz aguda.

¡Otra vez no!

Cristina se sobresaltó rápidamente.

—Esto es ridículo, —soltó, molesta, cuando una pelirroja se acercó a ellos, llevando consigo a un niño con aspecto de mártir.

—Lo juro, no pensé... —Nicola atacó para justificarse, pero no tuvo tiempo de argumentar.

—¡Cuánto tiempo!, —exclamó la chica, lanzando a Cristina una mirada de puro odio. En una fracción de segundo ya había sido catalogada como una enemiga a la que oponerse. Tenía que ser una broma, una cámara oculta o algo así.

—¿Cómo estás, campeón?, —continuó aquella, acompañando la pregunta con una risita inapropiadamente tonta—. Te veo muy bien, —se respondió ella misma, apoyando una mano en su bíceps mientras se sacudía el pelo para que atrapara la luz del sol de la tarde, iluminándose con reflejos. Eso sí que era un movimiento practicado hasta la excelencia.

Que mujer más fatua, comentó Cristina para sí misma, culpando al Vikingo. Al parecer, Nicola no era muy dado a elegir, acogía a las mujeres sin distinción: morenas, rubias, altas, bajas... todas igual de estúpidas.

Joder, era suficiente para cuestionar su ya de por sí baja autoestima y preguntarse si no sería también una imbécil.

El enfado empezó a crecer a una velocidad alarmante, pero se prometió a sí misma no hacer un espectáculo. Ya había sido suficiente para ella lidiar con la culpa y la sensación de que se había cubierto de ridículo tras la noche en Geronimo's.

—Es parte del trabajo, —respondió Nicola, sin mencionar la genética que le había convertido en un dios griego—. ¿Y tú cómo estás?, —preguntó amablemente. Estaba tenso.

¿Preocupado por otra pelea de gatitas? No tenía motivos para estarlo.

Seré la puta Suiza, se prometió Cristina.

—Ahora que estás aquí, mejor. Bien, aquí, —dijo la chica en tono pícaro, y luego completó el cuadro con una alusión trillada: —Nunca tuvimos tiempo de dar un paseo, ¿verdad, Nico?

Un planteamiento muy pobre, y un intento aún más torpe de incomodar a Cristina. Si aspiraba a ser una *société*, su técnica debía mejorar, aunque por lo demás iba por buen camino, valoró Cristina, inventando pliegues, vestidos y zapatos sobre la marcha. Una *aspirante* hecha y derecha. La clásica zorra de la cancha.

Jadeó, asqueada de sí misma. ¿Tan fácil le había resultado insultar a una mujer?

Sacudió la cabeza, ignorando la mirada de disculpa de Nicola, y se volvió hacia la vista.

¿Es esto lo que quiero? ¿Rechazar a las ex intrusas y perder el respeto por mí misma?

Las palabras de Edoardo resonaron en su cabeza.

Probablemente Nicola había cambiado o cambiaría, o tal vez no, pero esa no era la cuestión.

¿Estaba dispuesta a sumirse en la duda, a dejar que los celos la desgastaran y a sentirse como un gusano cada vez que se desahogaba con la chica de turno?

Aunque Nicola se hubiera comportado de forma impecable, el pasado no podía borrarse, y ella se conocía lo suficiente como para saber que lo utilizaría como coartada para cualquier

vacilación futura.

Le haría la vida imposible.

Durante los minutos siguientes escuchó a Nicola despedir a la pelirroja con frialdad y un deje de desprecio. Una perspectiva realmente escalofriante de como se deshacía de las mujeres.

El dolor le cerró la garganta. ¿La habría desairado y desaprobado a ella también, con el tiempo?

—Eh, ¿va todo bien?, —le preguntó él, en cuanto se quedaron solos.

No, no esta bien en absoluto.

—¿Me llevas a casa?, —le preguntó ella, sin explicaciones.

—¡Mierda, Cri! Otra vez no!, —exclamó Nico, pero no parecía resentirse tanto con ella como con el hecho de que la interrupción hubiera disuelto el ambiente.

Pasa, cuando un hombre se folló a las mujeres de media Roma.

—Si pudiera, yo también me ahorraría el drama, créeme, —replicó ella con sarcasmo.

Nico la agarró del brazo, tratando de halagarla.

—Ya hemos pasado por esto antes. No puedes...

¿Sacar el tema cada vez?

Eso era exactamente lo que ella pensaba. ¡Qué suerte que estuvieran de acuerdo!

—Estoy de acuerdo, —interrumpió ella, sorprendiéndole—. Es inútil discutir, de todos modos nada cambia.

El imbécil se iluminó de alivio y se inclinó sobre ella para besarla. Cristina retrocedió y le puso la mano delante de la boca.

—Entonces..., —continuó ella, bloqueando su impulso con tono firme—. Ahorrémonos la pelea. Mi humor no mejorará de todos modos, y tú no necesitas los gritos de la trompetista histérica la noche antes de un partido tan importante. Acompáñame a casa. Me lo agradecerás —concluyó, teniendo el valor de guiñarle un ojo. Y que había exagerado lo supo de inmediato: la expresión de Nicola se transfiguró de ira.

Le vio respirar agitadamente, quizá contemplando la posibilidad de estrangularla, pero tuvo que renunciar a la tentación de cumplir veinte años de cárcel solo por un alivio momentáneo.

Con una mueca de decepción, le dio la espalda y se dirigió hacia la moto, dejándola allí, sola como una imbécil.

¡Joder!

Ella le siguió en un silencio escalofriante. Ni siquiera se miraron mientras Nicola casi le tira el casco. ¿Dónde habrían ido a parar sus modales? Por el desagüe junto con la paciencia que había puesto a prueba, tenía que admitirlo. Por eso, pedir que la llevaran a casa era la mejor solución. Ya le había estropeado el paseo, mejor no dejarle discutiendo toda la noche. Se sentía casi generosa.

Subió a la moto con cuidado de no tocar al centauro.

A medida que se alejaban del Janículo, la diferencia con el paseo de media hora antes se hacía evidente en cada centímetro que los separaba.

Cristina no se aferró a él, no apretó los pechos contra su espalda ni rodeó su cintura con los brazos, permaneciendo atrincherada en su propia posición y enfadada.

Solo cuando vio en el horizonte el edificio en el que vivía, el atrevimiento vengativo se desvaneció en un segundo, dejándola agotada. Diablos, ¡no iba a llorar!

Saltó de la Ducati antes de que Nicola la apagara y se quitó el casco con desesperada energía. Nada de escenas patéticas, ella podía hacerlo.

—Gracias por el paseo, —dijo, entregándole el casco.

Nicola lo dejó caer y colgó el suyo en el manillar.

—No vas a ninguna parte. —La agarró de la muñeca y la sujetó. La ira contenida en aquellas palabras la congeló en el sitio más que los dedos anclados en su tierna carne.

—Déjame...

—¿Y permitirte cavilar a solas sobre lo que sea que tengas en mente?

—Nicola, vete a casa, —sugirió ella, intentando retirar la mano.

—¡No estás sola en esta puta relación! ¿No quieres pelear? Pues no has hecho nada para evitarlo.

Bajó el caballete y se bajó de la moto con un movimiento lleno de energía contenida. Estaba claro que él, en cambio, estaba dispuesto a pelear.

Mierda.

—Zanini, déjalo ya de una vez, ¿vale?, —siseó ella, frustrada por su insistencia. Desde que lo conocía, Nicola nunca le había dado espacio.

No había huido de un hermano centralista para buscarse un novio autoritario.

—Ya deberías conocerme, —gruñó él, apretando los dedos alrededor de su muñeca.

Ella movió el brazo para liberarse.

—Me haces daño, —gimió.

—¡Tú me haces daño!, —estalló Nicola. Las furiosas palabras chocaron contra ella con la fuerza de un tren de mercancías—. No tienes ni una pizca de fe en mí.

La conmoción se apoderó de ella, los tentáculos del arrepentimiento se arrastraron hasta su pecho y le estrujaron el corazón.

—No confío en nadie por regla general, cariño, —se defendió.

La mandíbula de Nicola se endureció aún más, un músculo le recorrió la mejilla. Habría escupido los dientes si no hubiera dejado de apretarlos con tanta fiereza.

—Eso es mentira.

Intentó de nuevo liberarse. Si el viaje le había parecido doloroso, ese argumento se estaba volviendo sombrío por momentos.

—No me iré hasta que superes esta mierda, ¿entendido?

¡Claro que no!

Nicola tiró de ella hacia él, aprisionándola entre sus brazos.

—No voy a dejar que saques a relucir la historia de mi vida cada vez. Asúmelo. Metabolízalo. Supéralo. —Tenía razón, pero no era sencillo. Celos, posesividad... eran sentimientos irracionales y la abrumaban. Le hacían daño.

—¿Crees que es fácil?, —replicó ella—. Las mujeres pierden la cabeza tratando de tenerte, y ni siquiera puedo ser vista fuera de casa contigo sin que traten de recuperarte delante de mis ojos.

Unas manos fuertes se deslizaron por su cara, acariciaron sus mejillas.

—He perdido la cabeza por ti. Por ti, Nena, —reiteró, rozándole los labios con un suave beso.

Cristina retrocedió, furiosa consigo misma por habérselo permitido. Nicola derribó todas sus barreras con una dulzura inimaginable.

—¡Odio que hagas eso!, —siseó, con el tono rencoroso de quien busca en el otro defectos que le cuesta reconocer en sí mismo—. Te pones en un maldito pedestal y me miras por encima del hombro como si fuera una niña o, peor aún, una demente.

Nicola pareció asombrado por la lividez con que ella le dirigió aquella acusación, pero se

repuso rápidamente y suscribió su condena.

—Bueno, cuando te comportas así, lo pareces.



Vale, no hizo falta la mirada asesina de Cristina para darse cuenta de que acababa de cometer un error.

—Cri...

—¡Vete a la mierda, Zanini!, —le gritó, zafándose de su agarre y atrayendo la atención de los transeúntes. Dos ancianos que le miraban como si fuera el más vil de los canallas, y puede que incluso un canalla y violento.

—¡Mierda, para!, —le ordenó con un improperio ahogado mientras agarraba sus cascos y la seguía hasta la entrada del edificio. Se deslizó dentro justo antes de que la puerta se estrellara contra su nariz.

—Llamaré a la policía, —amenazó Cristina, con expresión enloquecida y furiosa. Conseguía ser guapa incluso cuando enloquecía.

Ah, el loco era él. Loco por ella.

—No pueden detenerme. Mañana tengo una semifinal de los playoffs, —le dijo en tono razonable, siguiéndola escaleras arriba.

—Estás en una propiedad privada y no te quiero aquí, —replicó ella. Jadeaba y se esforzaba por subir las escaleras lo más rápido que podía.

Que corriera, la alcanzaría, de eso podía estar segura.

—No tienes corazón. No puedes dejarme fuera de tu puerta. La Sra. Maffei podría atacarme.

Un sonido ahogado llegó desde unos diez escalones más arriba. La había hecho reír. Un punto para Zanini, aunque no era ninguna broma.

La anciana estaba lejos de ser la clásica abuelita de cuento de hadas, era más bien una pionera de la liberación sexual femenina. Lo había descubierto cuando, unas semanas antes, le manoseó el culo al salir del ascensor y, sin pudor, evaluó el tamaño de su pene.

—Ya sabes lo importante. Siempre que respiren, ¿no?, —espetó Cristina.

En teoría sí, en la práctica no salía con mujeres de más de cuarenta años, aunque una vez había tenido una mujer de cuarenta y cinco lo suficientemente experimentada como para enseñarle cosas que él nunca había experimentado. Y decir que creía saberlo todo sobre el sexo.

—¡Para y hablaremos de ello!

—¡He dicho que no voy a hablar contigo. Esta noche no!, —fue la respuesta chillona, acompañada del tintineo de las llaves.

Rápida la De Santis, pero él casi la había alcanzado.

—¿No tienes huevos para discutir?, —replicó. La vio, al final del rellano, empeñada en discutir con la cerradura. Temblaba de rabia y su pelo negro se balanceaba en su espalda por la excitación.

Deliciosa.

Quizá fue la insistencia de su mirada lo que la hizo retroceder, o el deseo de Cristina de apuntarse un tanto en una discusión... se volvió hacia él con las mejillas sonrojadas por la rabia y los ojos muy abiertos por la indignación y, demonios, había visto algunas mujeres hermosas, pero nunca antes había sentido un feroz sentimiento de posesión, el orgullo del depredador que contempla a su presa.

—¡Yo no tengo huevos, tengo vagina!, —chilló Cristina, dándose una carga de vergüenza que, en cuanto se le pasara el enfado y se diera cuenta del eco que sus palabras habían tenido en todo el edificio, le haría buscar un nuevo piso. Posiblemente en la otra punta de Roma. O en los montes Albanos.

No pensó más. Aceleró el paso y, justo cuando ella giraba la llave en el ojo de la cerradura, él estaba encima de ella, le rodeó la cintura con el brazo y de un empujón abrió la puerta, arrastrándola con él al interior del apartamento de dos habitaciones.

Lo que ocurrió a continuación fue demasiado rápido para que él pudiera evitarlo.

Cristina le dio un empujón que le hizo tambalearse hacia atrás, los cascos se le cayeron de la mano provocando el estruendo de un trueno, y Maldición, encaramado a una mesa baja frente al sofá, retrocedió asustado con un maullido agudo, la cola hinchada y un salto tan violento que se tambaleó y dejó caer el cuenco de cristal que contenía caramelos y bombones.

—¡Esto es allanamiento!, —gritó Cristina, señalando la puerta que aún vibraba en sus goznes —. ¡Con violencia!

Nicola se pasó las manos por la cara.

—No me diste opción, —se justificó.

Los bombones *Lindt* rodaban maravillosamente por el suelo, perseguidos por el gato. ¿Cómo había pasado del paseo romántico a aquel desastre?

—¡Fuera: es la única opción!, —replicó Cristina, quitándose la chaqueta y agachándose para recoger los bombones.

Con un suspiro, Nicola cerró la puerta, recuperó y colocó los cascos encima del armario de la entrada y se acercó a la loca, que murmuraba para sí mientras alargaba la mano para arrebatar los bombones de las garras sobreexcitadas de Maldición.

La escena fue tan divertida como dramática. ¿Había llegado tan lejos su miedo a enfrentarse a los sentimientos? Le costaba creer que una mujer tan ingeniosa como ella pudiera resultar tan cobarde como para arrastrarse por el suelo lejos de él.

—Nunca te dejaré marchar, —le recordó. Una de las muchas promesas que ella se empeñaba en ignorar.

Cogió un caramelo abandonado junto a la mano de Cristina, rozándole el meñique con una caricia. Ella reaccionó molesta, arrebátandoselo y colocándolo de nuevo en el recipiente.

—No necesito tu ayuda.

Sus rostros estaban a centímetros de distancia, y era una suerte porque él no podía mirarla a la boca sin imaginarse empujándola al suelo y besándola, ignorando de repente las razones por

las que se merecía unos azotes.

—No puedes evitar aceptarlo, —se burló de ella, recorriendo con la mirada cada centímetro de su hermoso y dolorido rostro.

Disfrutó del momento en que un destello de indignación iluminó sus ojos y lo intentó, de verdad, incluso se convenció a sí mismo de que podría resistirse a ella, pero apenas era civilizado y una mirada a su lengua humedeciendo su labio inferior bastó para que perdiera todo atisbo de razón.

—Te odio, —susurró, luego la aplastó contra el suelo y la cubrió con su propio cuerpo.

—¡Zani...!, —gritó Cristina, pero él no le permitió terminar. Le cerró la boca con arrogancia y una urgencia que provenía de la necesidad de establecer su dominio sobre ella, el que le arrebatava cada vez que escapaba de él.

Le mordió los labios carnosos, pero no profundizó el beso.

Estaba loco por ella, divertido incluso, definitivamente excitado, pero no tanto como para haber olvidado el dolor que le causaba su falta de confianza en él. Era una cuchilla clavada en un órgano que siempre había descuidado y que ahora le pasaba la factura de su superficialidad.

—¡Eres un gilipollas!, —le acusó ella, en cuanto levantó la cabeza.

Él se acomodó mejor sobre ella, inmovilizándole brazos y piernas.

—Entonces estamos en paz.

Ella tuvo el buen gusto de aceptar, apretándose contra sus hombros. Mierda, le estaba poniendo difícil no perdonarla.

—Cri, volverá a pasar, —le dijo, esforzándose por mantenerse centrado y honesto sin herirla—. Conocerás a otras chicas que harán lo que sea para golpearte y menospreciarte solo porque tienes más de mí de lo que ellas podrían esperar. No quiero pensar que no posees la fuerza suficiente para ignorarlas.

Los finos párpados cayeron para ocultar los iris azules en los que le encantaba reflejarse. Era una expresión de dolor, lo comprendía, pero no podía evitarlo.

Le acarició el pómulos con el pulgar. Cristina rechazó aquel consuelo.

—¿Te gustaría?, —siseó. Su coraza estaba agrietada, pero no renunciaría a luchar contra el hombre que no podía renunciar a ella, aunque en aquel momento de su vida hubiera sido más fácil centrarse solo en sí misma—. ¿Ahora? ¿Te gustaría conocer a mis ex?, —repitió, desafiándole con una mirada acerada.

—Ese no es el juego de palabras...

—Claro, son buena gente así que no creo que puedan acercarse a ti y romperte la polla como hacen tus “nenas”, no obstante podemos hacer una lista y buscarlos si quieres.

¿Qué?

Por un momento su visión se oscureció.

—Una... —Joder, ni siquiera podía decirlo—. ¿Una... lista?

Inspiró. Una vez. Dos veces.

—Nico... —empezó Cristina, su tono alarmado—. Me estás asustando.

—¿Cuántos?, —graznó. Ella podría haber jurado, que no era su voz, sin embargo, no había nadie más en la habitación.

—Nico, respira. —Sintió que unas manos frías le agarraban la cara—. No tantos.

¡Jesús!

Estaba teniendo un ataque de pánico.

—Búscarlos... en plural, —murmuró como un autómata. ¿Cuán presuntuoso había sido al

convencerse de que él era el único para ella desde... bueno, desde siempre? Ni siquiera se había planteado que en veintiséis años había habido otros hombres.

Otros hombres.

Plural, otra vez.

¡Joder, joder, joder!

—Cariño... —Cristina le miró con una mezcla de lástima, ternura e... inmensa petulancia.

Había demostrado su punto de vista y ahora se lo echaría en cara para siempre.

No podía darle la razón y proporcionarle una coartada para utilizar sus inútiles historias como obstáculo entre ellos. Tragó saliva y se esforzó por restarle importancia, aunque en realidad hubiera preferido partirla la cara a todo chico que se atreviera a mirarla.

—Sé que eres mía, no importa el pasado. No debería importarme, —declaró con la suficiente arrogancia como para disimular el ahogo.

El efecto de su frase no fue el que había esperado.

Cristina frunció el ceño, sus cejas se alzaron formando dos arcos perfectos.

—¿Acaso no importa el pasado?, —preguntó con aparente calma—. ¿Y el presente? Me estabas meando en la pierna solo porque Lollo se atrevió a respirar cerca de mí.

Aparte de respirar: Lorenzo Bianchi se la habría follado en el suelo delante de todos, ¡maldita sea!

¿Tenía Cri idea de lo mucho que le estaba provocando?

De acuerdo, estaba celoso, muy celoso, ¡pero podía soportarlo lo suficiente como para no poner en peligro su relación!

Estuvo a punto de darle la razón y apaciguarla, pero ella continuó, porque al parecer cuando se trataba de discutir su vulnerabilidad daba paso a la vehemencia de la escolta que había sido.

—¿O los celos son una actuación? Como esa del tipo perfecto que siempre sabe que decir y como actuar. ¿Crees que soy tan estúpida como para tragármelo? Prueba con algunos adolescentes. Hace tiempo que pasé la edad en la que la arrogancia y la prepotencia se confunden con la pasión y el tormento.

No debería haber crecido entonces.

Así era exactamente como se sentía: apasionado y atormentado porque no podía conquistar a la única mujer por la que había abandonado a todas las demás.

—Nunca he pretendido ser perfecto, —murmuró, molesto al comprobar que ella consideraba artificial la atención exclusiva que recibía de él.

Diablos, ni siquiera había pretendido nunca comprometerse con sus amantes, y ahora que lo hacía con Cristina, con todas las dificultades de un lego en relaciones, hasta lo acusaban de hipócrita. Tenía que ser un castigo divino.

—Modesto, Zanini, pero a mí no me engañas. Tienes un ego tan desproporcionado que podrías pasearte desnudo sin sentirte incómodo.

—Muy buena. Podría ser una idea, —bromeó impulsivamente.

—¡Vete a la mierda!, —chilló Cristina.

—Solo intentaba diluir la tensión... ¡ay!, —gimió, recibiendo un manotazo en la cabeza.

—¡No habría tensión que diluir si salieras por la puerta y de mi vida!

Cristina estaba furiosa y él no era lo suficientemente listo como para saber si hablaba en serio, más allá de estar cabreada.

Aquella amenaza le paralizó.

—No me voy a ir.

—Es demasiado, Nico, —susurró ella, con voz repentinamente insegura—. Demasiada presión.

—Cri... —murmuró él, acariciándole el pómulos.

—Desde que empezó lo nuestro, me impones tus tiempos, tus exigencias. No me dejas pensar, —le acusó ella, y casi consiguió hacerle sentir culpable. Casi.

—¿Qué se supone que debo hacer? ¿Dejarte tiempo para pensar en cosas sin importancia? ¿Hacerme a un lado en lugar de demostrarte que lo único que importa somos tú y yo, juntos?

Cristina contuvo la respiración. Una reacción imposible de ocultar y clara en su contenido. Dijera lo que dijera, el deseo de estar con él estaba escrito en su rostro. Era su mente la que tiraba de ella, y ganaba siempre.

—¿Tú y yo? Es difícil recordarlo cuando no podemos poner nuestras narices fuera de casa sin que aparezcan otras mujeres, —señaló con una sonrisa amarga—. Esta relación está demasiado llena.

No pudo contener un verso irritado.

—¡No puedo borrar mi pasado! ¿Qué se supone que debía hacer? ¿Vivir como un monaguillo esperando a la mujer adecuada? Entiendo tus expectativas románticas, ¡pero yo no soy la puta vida real!, —tronó, impaciente.

—Ya lo sé.

—No, no lo sabes, si no, no volverías siempre a lo mismo, —la atacó.

¿Quería que le pidiera perdón por cosas que había hecho incluso antes de conocerla?

Sí, había follado más veces de las que podía contar. Había probado más coños de los que podía recordar, ya que estaba borracho la mayor parte del tiempo. Pero, noticias de última hora, no podía rebobinar el tiempo. Ni quería hacerlo.

—No voy a justificarme por cada chica con la que me he acostado. Tú no estabas en el horizonte y yo no engañé a nadie.

Cristina debió darse cuenta de que había cruzado la línea, porque su expresión se volvió cautelosa.

—Nicola..., —le llamó en un tono más conciliador.

¡Mierda!

Le había llevado al límite y ahora sufriría las consecuencias.

—Me acusas de querer ser perfecto, pero eres tú quien ha creado la imagen del príncipe azul en tu cabeza y te cabreas cada vez que no cumplo tus expectativas. Resígnate, nunca sucederá.

—Te equivocas, —intentó defenderse.

—Si no fuera así, no estaríamos aquí discutiendo, —explicó, y Cristina tuvo la decencia de mostrarse mortificada.

—Yo no quería que esto acabara así. Te dije que te fueras a casa.

Claro, más cómodo huyendo.

—Me las tiré a todas, —escaneó para herirla, pero también para dejar claro su punto de vista—. Me las follé y me olvidé de ellas. Y habría seguido haciéndolo, si no te hubiera conocido.

Ella giró la cara para ocultarle su dolor e intentó zafarse. No se lo permitió.

—Pero entonces te vi en aquel pasillo del polideportivo y me esforcé por averiguar que lugares frecuentabas. Nunca había ido a Goa, —estalló él, revelándole que su segundo encuentro en la discoteca no había sido accidental—. Nunca me he esforzado tanto por un polvo. Nunca he intentado conocer a una mujer fuera de la cama.

Lo había hecho con ella, dejando de lado sus propios instintos y fantasías por un tiempo, para

no desperdiciar la oportunidad de comportarse de la manera correcta con la mujer perfecta.

—Basta, por favor. —Lágrimas contenidas se agolparon en sus ojos, haciendo más vívidos los iris aguamarina.

—Nunca te he dado ningún motivo para que no confíes en mí.

—No puedo, —murmuró Cristina con voz quebrada.

—Encuentra la manera de hacerlo y vive con mi pasado, no tienes alternativa.

—P-podemos acabar aquí, —tartamudeó ella, fanfarroneando pero también horrorizada ante la posibilidad de perderle de verdad.

—Eso no es una alternativa. Eso es que has vuelto a meter la pata, —le espetó a un palmo de su cara.

Inmediatamente se arrepintió.

La expresión de Cristina se arrugó, revelando su angustia.

Nicola intentó resistirse a la oleada de pena, desolación y arrepentimiento que ella derramaba sobre él, pero era demasiado y no pudo soportarlo.

Mierda, ¡estaba jodido!

—Nena... —susurró, angustiado, pasando de cabreado a arrepentido en el espacio de un segundo. Un capullo sin remedio, ¡en eso se había convertido!

La amabilidad pareció quebrarla definitivamente: Cristina no pudo sostener la mirada y lo atrajo hacia sí, escondiendo la cara en su cuello. Entonces soltó unos sollozos tan profundos y desgarradores que lo sumieron en el pánico.

—¡Dios, no!, —gimió él, mientras ella lo abrazaba con fuerza.

Las mujeres habían usado el llanto contra él durante la mitad de su vida adulta, intentando manipularlo siempre. Nunca le habían conmovido y las había aborrecido por tanta falsedad. Pero los sollozos ahogados de Cristina, el temblor, y al mismo tiempo la voluntad de contenerse, de no dejarse llevar por la desesperación... todo era auténtico y destructivo.

Cristina le estaba destruyendo.

—Por favor, para, —susurró, intentando apartarse para mirarla.

Ella se aferró aún más a él, impidiéndole moverse, quizá por pudor, por vergüenza a mostrarse así, la misma chica que calculaba cada gesto para convencer al mundo de que era indestructible.

—No... —Su respiración se entrecortó en un doloroso gorgoteo—. No quiero... que te vayas —tartamudeó, admitiendo la verdad tras las mentiras—. No quiero, —repitió llorando.

Él le acarició el pelo para calmarla, pero ella estaba inconsolable.

—No te dejaré, nena —murmuró a través de los húmedos hilos de lágrimas que resbalaban por sus sienes.

—Que-quedate, —suplicó Cristina—. Que...

No pudo repetir su petición; su aliento no la sostenía, y tal vez tampoco su valor, pero a él no le importaba oír esas palabras, nunca lo había hecho. Le bastaba con estar con ella.

—Me estás matando, —susurró, provocando nuevos sollozos silenciosos.

Cada uno le causaba el dolor de una puñalada en el pecho. No podía seguir así.

Agarró sus brazos y los apartó de su cuello, luchando contra la resistencia de los miembros de Cristina. Consiguió liberarse lo suficiente como para rodar y sentarse con la espalda apoyada en el reposabrazos del sofá. Luego la agarró por las muñecas, la ayudó a levantarse y finalmente la atrajo hacia él, haciendo que se sentara en su regazo.

Era la primera vez que la veía así y no sabía que hacer. Ningún maldito manual le preparaba

para luchar contra semejante crisis y, por mucho que escarbaba en su memoria, no recordaba que el dolor de nadie le hubiera afectado nunca tanto.

—Basta, Cri, —le ordenó, tomándole el rostro húmedo con ambas manos.

—No... no... —cada intento de articular palabras se deshacía en sollozos que la sacudían violentamente.

—Tienes que hacerlo. Por mí, —le dijo él, comprendiéndola al vuelo.

Ella asintió, pero si los gemidos disminuyeron, no ocurrió lo mismo con los jadeos.

La aprisionó contra él, apretándola contra su pecho, con los labios pegados a su frente, susurrándole palabras de consuelo.

Absorbía cada temblor, sufriendolos con una intensidad que le asustaba más de lo que se preocupaba por ella.

El llanto de Cristina era capaz de aniquilarle. Y no había nada reconfortante en esa constatación, solo demostraba lo capaces que eran de hacerse daño mutuamente.

—Shh, —continuó murmurando hasta que cada sonido se desvaneció en el silencio, cada espasmo en el agotamiento.

Cuando el cuerpo de Cristina cedió al agotamiento, él soltó el aliento que no se había dado cuenta de que había estado conteniendo. No dejó de acariciarle la espalda, el pelo, reconfortándose con la cercanía antes incluso de devolvérselo.

—Nunca más, —susurró, con la mirada perdida en el televisor que tenía delante.

Cristina se movió para encajar mejor la cara entre su barbilla y su hombro y asintió con una breve inclinación de cabeza que la llevó a frotar los labios contra su cuello. Parecía una gatita en busca de mimos, pero también notaba su tensión.

—Lo siento y... me a-avergüenza, —jadeó.

Nicola expresó su decepción con un gemido. Si hubiera empezado a llorar de nuevo, probablemente se habría derrumbado.

—He parado, —se apresuró a aclarar Cristina.

Exhaló un suspiro de alivio. No porque él fuera insensible a su momento de debilidad, sino porque no podía manejarlo, ni manejar sus propios sentimientos al respecto.

—¿Puedo confiar en ti?

Ella asintió y Nicola se atrevió a separarse de ella para mirarla. Ella se resistió.

—Soy un desastre, —gimoteó, abatida.

—¡No me importa!, —casi gritó él, apartándola con vehemencia—. Te querría aunque fueras vestida con un saco y tuvieras un pelo inverosímil, —admitió, ocultando con aquella contundente afirmación el minucioso escrutinio de su rostro en busca de pistas que le aseguraran que estaba bien.

—Yo no. Si fueras feo, no te hablaría.

Vale, la voz arqueada, la cara sonrojada e hinchada y los ojos cansados no hacían que la broma fuera memorable pero, oye, Cristina lo había intentado. Era una buena señal.

—Eres una bendición para mi autoestima, De Santis, —bromeó sonriéndole.

Ella levantó una mano y le acarició la mejilla, los labios.

—Quería protegerte de todo esto, —dijo, dejando a un lado las bromas y poniéndose serio de nuevo. Siguió tocándole, como si no pudiera evitarlo—. Te mereces una mujer más firme. No soy la persona que quiero ser y que deberías exigir a tu lado.

—Esa decisión no es tuya, —le recordó para tranquilizarla—. No creo que merezca una mujer hermosa, divertida, dulce, capaz de comprenderme y compartir mis intereses, pero la

tengo, y no quiero que sea diferente de lo que es.

Cristina contuvo la respiración.

—Si sigues así, empezaré a llorar otra vez, —le advirtió, emocionada.

—Me aseguraré de que no vuelva a ocurrir, —le prometió él, decidido.

—¡Pero no ha sido culpa tuya!

—No debería haber gritado... —Ella le hizo callar, tapándole la boca con una mano.

—Nico, escucha bien porque no creo que pueda volver al tema, —empezó Cristina—. No me derrumbo solo por dos gritos, es más, te empujé a perder los nervios. No soy fuerte, pero tampoco tan frágil. Edoardo ha sido un gimnasio en ese sentido —dijo con una sonrisa irónica, y a Nicola no le costó creerla. Su hermano tenía una máscara de mal humor y resentimiento pegada a la cara. Debía de ser difícil tratar con él.

—Hay cosas en mi pasado, cosas que no estoy dispuesta a contarte... Me asustan, ¿por qué no iban a asustarte a ti?

Era la primera vez que Cristina mencionaba pasados que él solo sospechaba. No era caprichosa ni huidiza. Solo conflictuada consigo misma por algo que le superaba, pero por lo que estaba pagando las consecuencias.

—Yo también quiero tu pasado. Quiero todo de ti.

Cristina bajó la cabeza, el pelo le cayó alrededor de la cara, ocultándola.

—Tengo la cabeza hecha un lío. No quiero arrastrarte a través de ella.

Apoyó las manos en sus hombros para que le mirara.

—¿De qué tienes miedo realmente?

Cristina respiró hondo y levantó sus ojos tristes hacia los de él. —Es mucho que digerir.

—¿Y crees que me intimidará todo lo que pueda descubrir sobre ti?

Asintió suavemente.

¡Dios, su mirada le suplicaba por una seguridad, y no hacía falta!

¿Qué le importaba el pasado si podía tenerla *ahora*?

—No va a pasar Cristina.

—No puedes decir eso.

¡Sí, claro que sí! Ella no le conocía bien, pero él sabía lo suficiente de sí mismo como para estar seguro de que vivir sin Cristina sería como arrancarse el corazón a mordiscos.

—Quiero todos tus días, los buenos y los malos. No saldré de tu vida solo porque estés triste, cansada o enfadada. Odio verte sentir mal, pero odiaría aún más no estar ahí cuando me necesitas. Y eso no cambiará por cosas que pasaron hace años. Nada puede cambiar lo que pienso ni arruinar los sentimientos que tengo, salvo lo que ocurra en el futuro. El pasado quedó atrás y debes dejarlo ir.

Sus palabras fueron recibidas por un estridente silencio. La expresión de Cristina era impenetrable. No era la mejor, y nada prometedora.

—Mañana tienes la semifinal, —exclamó, como si no le hubiera oído.

—Cri...

—Te aconsejé que te fueras a casa a descansar, lo sabes, ¿no?

Reanudó la respiración.

—Sí, pero no lo harás, —la retó.

—No, —declaró Cristina. Y sonó condenadamente bien. Era un monosílabo fuerte y decidido. Perfecto.

Se mantuvo firme.

—Te quedarás aquí, conmigo, —le ordenó.

Tuvo que morderse el interior de la mejilla para no sonreír.

Poderosa y decidida. Aquí estaba su pantera.

Cristina se levantó y se sentó a horcajadas sobre él, cruzando los brazos detrás de su cuello.

—No te irás.

—No me iré, —confirmó ella. No había hecho más que repetírselo durante la última media hora, pero ahora era diferente. Él no se intimidaba, ella le reclamaba.

—Bravo, Zanini, —le elogió, pasándole los labios por la nariz.

—No me gusta que me llames así, —reanudó.

La primera sonrisa divertida del día onduló los labios de Cristina. ¿Por qué había esperado tanto?

—Lo sé, —replicó ella con un deje de impertinencia.

—Eso no es un incentivo para que me quede aquí esta noche, —se burló él.

—Eres mi prisionero —le sopló al oído.

Tenía la piel de gallina y el pájaro en guardia. Solo tenía que respirar para que se le pusiera dura.

—Recuérdame por que, —gimió él, mientras ella le rozaba la garganta sin besarle.

—Porque quiero estar contigo, —respondió ella con sencillez, como si hubiera asumido esa necesidad y ya no tuviera problema en admitirla—. Te echo muchísimo de menos cuando no estás.

Él no le contestó.

La levantó y la sentó en el sofá, antes de levantarse y unirse a ella. Ella se recostó y lo esperó con los brazos extendidos.

—Deberías perder la cabeza más a menudo, si estos son los resultados, —le dijo, antes de invadir su boca con la mirada de un conquistador.

Exploró su paladar, su lengua, sus dientes; mordió aquellos labios espectaculares hasta arrancarle un gemido de dolor y placer.

—¡Ay!, —protestó Cristina. Su respiración era entrecortada y su expresión indignada, pero su rostro se extendía para recibir aún lo que él podía darle.

—¡Dios, qué guapa eres!, —exclamó él, contemplándola. Le encantaba todo de aquella cara, especialmente las pequeñas pecas que tenía bajo los ojos, invisibles para cualquiera excepto para él. Nadie se había acercado tanto a Cristina como Nicola. Ella se lo había permitido, y eso le enorgullecía.

—Me haces sentir así, —le confesó, y luego lo atrajo hacia sí para darle otro beso, porque era impaciente y, cuando quería, no tardaba en coger lo que le pertenecía.

No estaba mal, pensó Nicola, cuando le chupó la lengua en una clara invitación.

Mojó sus boxers con líquido preseminal al pensar en ese mismo tratamiento reservado para su miembro.

Mejor acelerar las cosas antes de correrse en los pantalones: deslizó una mano bajo la camisa de ella en busca de sus pechos.

—¡Zanini!, —gritó Cristina, mientras él le pellizcaba un pezón.

Él apenas la palpó y siguió sintiendo la piel sedosa y suave. Se moría de ganas de hundir la cara entre aquellas tetas.

—¡Para, ahora!

¿Qué coño...?

Se encontró a veinte centímetros de ella, con las palmas de Cristina presionándole los hombros para apartarle.

—Nena...

—¡Nada de sexo, campeón!, —exclamó ella, severa. Lo miró como si se hubiera vuelto loca.

—¡Joder!, —gruñó él en cuanto se acordó, y debió de parecer patético porque Cristina empezó a reírse. Ella no paraba mientras él intentaba reacomodar su erección de una manera que no le hiciera ver estrellas.

—Basta, —ladró, provocando más risas. ¡Qué zorra!

—El sexo rompe las piernas en la cancha, —se burló Cristina, y también lloró, pero esta vez porque se estaba divirtiendo como nunca tomándole el pelo.

Nicola se deslizó hacia un lado, tapándose la cara con un brazo. Iba a tener el caso de bolas azules más espectacular de la historia.

Esperó a que Cri dejara de reírse. La crueldad de la mujer no tenía límites.

—Nico..., —lo llamó mientras le rodeaba la cintura con un brazo y apoyaba la cabeza en su pecho.

Él respondió con un gruñido.

—El sofá es pequeño para nosotros, —señaló ella, aferrándose a él para no caerse.

—La cama está fuera de los límites, —replicó él refunfuñando y, tuvo que admitirlo, había puesto mala cara como un niño, aunque ella tenía razón.

—Es por tu propio bien. Quiero que ganes mañana.

¿Ella, la fan número uno de sus archienemigos? La espió de lado. Parecía sincera.

Era una buena sensación. Tal vez podría perdonarla por haberlo excitado.

—¿Pizza y cerveza?, —propuso.

Cristina le besó la barbilla.

—Pizza y Assassin's Creed. Cerveza no, que ya te has tomado una.

—Quieres torturarme. Sería más fácil matarme.

—No seas estúpido, —le regañó ella, y luego empezó a darle pequeños besos por toda la cara —. Solo estoy cuidando de ti lo mejor posible.

Por alguna extraña razón, sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Tuvo que tragar saliva para recuperar el control.

—No dejes de hacerlo nunca.

Cristina le buscó los ojos y le dedicó una sonrisa dolorosamente dulce.

—No pienso dejar de hacerlo, —le aseguró, sellando la promesa con un ligero beso—. Y ahora, ya que van a tardar una eternidad en entregar la pizza, vamos a la cama. He dicho que nada de sexo, pero no tengo ningún problema con los mimos.

—¿Mimos?

Ella asintió:

—La parte en la que te quedas quieto y no te cansas y yo te hago sentir bien.

—Me parece perfecto, —dijo, casi tropezando con las palabras.

—Lo será.

Cristina cumplió su promesa durante toda la noche, antes y después de las das Capricciosas regadas con litros de Coca-Cola, hasta que él se durmió feliz en brazos de su mujer.



—¡Dos minutos, Roberta!, —gritó, sintiendo el olor a quemado en el aire.

—Vale, lo entiendo. No hace falta que grites, —protestó su amiga, cogiendo el paquete de palomitas del microondas.

—¿Has encontrado el maldito partido?, —preguntó Roberta, mientras intentaba no quemarse los dedos.

Cristina volvió a jugar con el mando a distancia, buscando el canal de deportes. Fútbol, fútbol y más fútbol, observó indignada.

—¡Ahí está!, —exultó cuando encontró la retransmisión en directo de la semifinal entre el Olimpia Basket y el Basket Milano.

Aún faltaban diez minutos para el pitido inicial. El corazón le latía con fuerza, como antes en los partidos de los Stars.

—¿Recuérdame por qué no tenemos entradas para el pabellón? ¿No sales con el capitán?, —preguntó Roberta con la boca llena. Que asco.

La vio corretear hasta el sofá, donde la rubia aterrizó sin gracia y cruzó las piernas.

Maldición levantó la cabeza, encontrándolo aceptable, y luego volvió a dormirse.

—Eso sería hacer trampa, —le mintió. O al menos esa habría sido la verdad hasta unas semanas antes.

—Pensé que habías archivado la rivalidad cuando lo dejaste meterse en tus pantalones, —murmuró Roberta.

Tenía razón.

—Una frivolidad, —minimizó.

—Una frivolidad que ha durado ¿cuánto tiempo? ¿Casi dos meses? No me jodas.

Entendido.

¿Qué se suponía que tenía que contestarle? No le apetecía hablar con ella de Nico. Roberta era tan destructiva en las relaciones que nada bueno podía salir de su intercambio.

—Folla como un dios —intentó justificarse, encogiéndose de hombros despreocupadamente.

Dos ojos claros se clavaron en ella y no tenían nada de la dulzura de la torneada figura de su amiga, pero sí mucho de la causticidad y agresividad que movían sus pensamientos y palabras.

—No juegues a esto conmigo, De Santis. Te conozco desde siempre.

Sí, y tenía que saber que la retenía. Era la única, además de sus padres y su hermano, que había vivido el periodo posterior a la lesión junto a su cama.

—No sé que decirte, —admitió, y no por falta de argumentos. Mientras estos permanecieran ocultos, se sentiría menos estúpida por las cagadas que seguía cometiendo y que Nico le perdonaba.

—Prueba con la verdad, —le sugirió la reina del engaño.

Le reservó una mirada elocuente, incluso ligeramente desagradable, pero Robertina no se dejó intimidar.

—Borra esa mirada de tu cara, —la regañó—. No tengo relaciones estables con penes-dotados, no salgo a cenar con ellos, no voy a sus entrenamientos y no los llevo a mi casa, —enumeró, tensando la cuenta con sus dedos.

—Deberías probarlo, —la interrumpió, sabiendo a donde quería llegar y odiando que fuera ella quien la sermonease.

—¡Y una mierda! Lo único que me importa de un hombre es cuantas veces puede hacer que me corra, —aclaró, dejando claro que en aquella habitación Cristina no era la única que mentía—. Tú eres la que lo ha llevado al siguiente nivel. No pongas excusas. No me importa Zanini, pero odio que me vacilen.

¡Jesucristo!

Se mordió la lengua para no contestarle del mismo modo. Sabía que estaba siendo egoísta pero, después de la pelea con Edoardo, había minimizado incluso las confidencias a su mejor amiga.

La protegían de dos maneras opuestas, pero igual de equivocadas. El primero quería impedirle vivir, la segunda destruiría cualquier pensamiento feliz sobre el hombre al que había descubierto que amaba con el apoyo de sus experiencias pasadas.

—Tal vez si dejaras de presionarme, no odiaría ni siquiera la idea de hablar de ello, —replicó, y ni siquiera se arrepintió cuando los párpados de Roberta ocultaron sus ojos por un momento, enfatizando lo mucho que le habían afectado aquellas palabras.

—Te has olvidado, así que te lo recordaré: no soy tu hermano.

Un punto para Roberta.

—Me preocupo por él, ¿vale? No quiero oír chistes malos ni historias despectivas de ti ni de nadie. Ya estoy bastante asustada sola. —Además, excluyó Roberta, ¿por qué iba a abrirse a alguien sobre sus sentimientos? Había perdido a todos los que creía que eran sus amigos. Joder, ¡había perdido a su hermano, a su propia sangre!

La enana hundió la mano en el bol de palomitas, murmurando:

—¿Dónde están mis piruletas cuando las necesito?

Cristina sonrió. Rob debía de estar metida en un lío si reclamaba su droga favorita, el equivalente a un chupete para un bebé, y con los mismos efectos calmantes.

—En esta casa no hay piruletas, —replicó, pero fue ignorada. Al cabo de unos segundos, sobre el fondo del comienzo del comentario, Roberta volvió a preguntar:

—Entonces, ¿por qué no estamos en la cancha?

Parecía que no tenía intención de rendirse.

Cristina se pasó una mano por la cara, insistiendo.

—Perra, te he hecho una pregunta, —volvió al ataque la rubia.

Cristina parpadeó y la miró con el ceño altivo.

—¿Y yo soy la malhablada sin un ápice de feminidad, zorra?

Las palomitas cayeron sobre ella antes de que pudiera arrojar la almohada sobre aquella cara tan bonita y traviesa.

—Tenemos que ponernos las pilas. No más palabrotas, —sugirió Cristina.

—¿Quieres sanearte para ese chico?

—¡Se llama Nicola!

—*¡Se llama Nicola!*, —imitó su amiga con voz chillona e infantil, demostrando que su charla sobre las palabrotas no había surtido el efecto deseado.

—Rob..., —exclamó en tono de advertencia.

—Cuando empieces a bromear y a reírte de ello, dejarás de darle vueltas a lo tuyo con Nicola como si vuestra relación fuera objeto de una crisis nacional. Debería ponerte eufórica, no intratable. No lo estropees con patologías propias y ajenas.

Cristina abrió los ojos, impresionada.

—¿Quién coño eres tú?, —preguntó, viendo por primera vez el problema desde una nueva perspectiva.

¿Estaba dando demasiada importancia a circunstancias que no la tenían?

—Soy la mejor puta del mercado, eres tú quien me subestima.

Quizá tenía razón.

Tanta profundidad enmascarada por un lenguaje soez necesitaba ser recompensada.

—No me lo pidió, —reveló, esperando que a Roberta la falta de invitación al partido no le sonara tan dramática como a ella, que había intentado ocultar la motivación hasta ese momento.

Roberta lo sopesó.

—¿Necesitas su permiso? Te acuestas con él, ¿verdad?

No era tan sencillo y creyó que por fin iba por buen camino.

—Ayer me acosté con él, —le dijo.

La afirmación fue recibida con una carcajada tan estruendosa que casi hizo que Roberta se desplomara de nuevo sobre el sofá.

—¿Te he dicho que me encontré con Melanie en la peluquería? Tenían que volver a ponerle las extensiones.

—¿Melanie?, —preguntó ella, interpelada.

—O Melania, no me acuerdo bien. No importa, la esposa de Trump solo tiene silicona.

—¡No te distraigas!

Roberta levantó las manos para intimidarla a mantener la calma.

—La tía a la que pegaste hace unas semanas, —se explicó—. ¡Estaba tan orgullosa de ti! Incluso bajo las capas de base de maquillaje se le veía el ojo morado.

—¡Dios mío!, —gimió Cristina, ocultando la cara tras las palmas de las manos. ¿Se había convertido en el tema de los cotilleos del salón de belleza?

—Me voy a morir de vergüenza en dos minutos, —gimió, sin atreverse a mirar a Roberta, que llevaba metiéndose en peleas con los matones del barrio desde el primer año de instituto.

—También tenía que hacerse las uñas. —Otro dato no solicitado que retorció el cuchillo.

—¡Basta!, —le imploró. No estaba orgullosa de su comportamiento.

—Vale, pero solo porque sigo queriendo saber por que tengo que ver a los compañeros del Vikingo desde la pantalla en lugar de desde la grada.

¡Pequeña enana malvada irritante!

—Ayer conocimos a otra de sus ex. Aluciné. Nicola y yo nos peleamos y prometí confiar en

él, —murmuró, llegando al final de la frase sin aliento.

Roberta se dio unos golpecitos en los labios con el dedo índice. —¿Así que no te invita y, en lugar de imponerte, quieres demostrarle que respetas su espacio y que confías en él a pesar de que después del partido estará rodeado de putas toda la noche?

¡Vaya!

—Tienes razón, te subestimo, —respondió Cristina. Estaba casi segura de que lo que había dicho no tenía ningún sentido lógico, excepto para sí misma, pero la deducción de Roberta había sido perfecta.

Nicola había sido simpático, aquella mañana, y sí, ella había descubierto que exprimía el tubo de pasta de dientes desde el final, pero la intensa mirada de la tarde anterior se había desvanecido con el nuevo amanecer. El arrogante hijo de puta de siempre, con su lenguaje trivial y sus modales insolentes, había vuelto. Y además estaba muerto de miedo por la semifinal.

Había pensado en sorprenderle y presentarse en el polideportivo, pero se había comportado repetidamente como una histérica en público y tenía la sensación de caminar por la cuerda floja. Su actitud la había hecho desistir, además, cuando Nico quería algo, lo pedía sin pelos en la lengua, y esta vez no lo había hecho.

Sabía que esa noche estaría rodeado de bellezas dispuestas y demasiado alcohol, pero Nicola había insistido en confiar durante horas y ella había decidido dejar a un lado sus propias ansiedades para demostrarle que creía en él.

—¿Tiene sentido?, —preguntó Roberta, esperando una confirmación.

—Puede que sí, —la tranquilizó, pero ella parecía dudosa—. Esta noche va a ser un lío, lo sabes, ¿verdad? ¿No podrías empezar con algo más sencillo? ¿Qué sé yo, mandarle solo a comprar cervezas? Si quieres, puedo ir a comprobarlo, —propuso.

Sí, había elegido enfrentarse a la prueba más dura, pero quería que la señal fuera fuerte y representara un comienzo más consciente para ellos.

—Si te mando a comprobar, no habría resuelto nada. Dice que solo me quiere a mí. Se volvió loco cuando le cuestioné. Quiero creerle y quiero que lo sepa. Si estuviera con él, me tranquilizaría su presencia y no serviría de nada. Ya no puedo actuar como una niña. Y no puedo luchar eternamente.

—¡Por qué no, es divertido!, —exclamó Roberta—. Y se lo merecen, de hecho...

—¡Basta! No quiero que me describas lo que va a pasar. ¡Ni siquiera he comido de la ansiedad! Deberías hacer un curso sobre como consolar a tus amigas, —la regañó.

Ella le respondió con el ceño fruncido.

—No me aprecias, —se quejó ella—. Ahora déjate de tonterías. El tipo ha dicho que están a punto de empezar.

¿El tipo? Ah, ¡el comentarista deportivo!

Se volvió hacia el televisor, más tranquila ahora que había conseguido confiar en su mejor amiga.

Un momento después, empezó el partido y Cristina maldijo su televisor de 32 pulgadas. El televisor de Edo era más grande y su hermano estaba jugando en diferido. Si se hubieran hablado, ella podría haberse colado en su casa y... ¡Basta, no vale la pena volver a pensar en eso!

Vació su mente de todo lo que no eran playoffs.

No más pensar en Edoardo. Tampoco en Nicola. Lo primero le habría estrangulado, de lo segundo tenía miedo. Los hombres de su vida: un cabrón turbio y odioso y un aspirante a

“hombre serio” que se pasaba el tiempo limpiando un pasado de mujeres por la mañana, por la tarde y por la noche.

—¡Pásame las malditas palomitas!, —ordenó a Roberta, pensativa—. El sexo es malo para ti. Estás más estresado que antes y no es bueno para tu piel. ¿Has probado el gimnasio?

¿Mejor amiga imbécil? Añadido a la lista.

Le arrebató el bol de las manos.

—De verdad, —reiteró, —¿por qué no puedes comportarte como una amiga normal de vez en cuando?

La expresión de disgusto de Roberta le dijo todo lo que necesitaba saber sobre el tema.

—Chica, sin mí te aburrirías. ¿Quieres que te halague? Entonces no nades con los tiburones, pececito.

Se abstuvo de reprenderla porque medía poco más de metro y medio, ¡el tiburón!

Sus ojos no tardaron en dirigirse a la pantalla, a la cámara que se acercaba al primer plano del número 5, Nicola Zanini.

El corazón le dio un vuelco en el pecho. ¿Era realmente su amante aquel hombre de postura rígida, mirada concentrada y llena de desafío?

Dios, era un espectáculo, un deportista con estilo. Un concentrado de profesionalidad, instinto e imaginación.

—Tiene mejor aspecto en la tele, —comentó el tiburón.

Cristina no estaba de acuerdo. Cuando estaba encima de ella, con las mejillas sonrojadas y los labios entrecerrados para dejar de respirar apresuradamente, Nicola alcanzaba cimas de perfección estética. Tenía un cuerpo hecho para el sexo, un rostro expresivo y unos labios diseñados para el placer.

Se metió palomitas en la boca para no suspirar. Solo de pensarlo, se sentía cachonda y deseosa.

—Es peligroso, —dejó escapar—. Se lo va a hacer pasar mal a Edo, —intentó compensar, pero Roberta lo entendió.

Se concentró en el juego y el juego la embelesó. Sorda a los gruñidos de su amiga y a los maullidos de Maldición, seguía la acción con el hambre de una deportista y el corazón palpitante de una mujer enamorada. Su hombre estaba allí, encestando con precisión, haciendo volar los números en el marcador. Incansable, rápido y potente, no daba ninguna oportunidad a sus adversarios.

¡Vaya, si que es bueno!

Por primera vez dudó de que los chicos del Stars pudieran hacerlo, luego se avergonzó de esos pensamientos.

Un hombre no podía echar por tierra años de devoción al equipo, a sus antiguos amigos, a ese lunático de Michelini. Un hombre, sin embargo, podía hacerla suspirar, gritar y saltar de alegría ante sus éxitos. Y así lo hizo, bajo la mirada incrédula de Roberta, cuyos ojos eran tan redondos y amarillos como los de Maldición. Saltó sobre el sofá y gritó de alegría cuando el árbitro hizo sonar su silbato y el resultado declaró la victoria del Olimpia. También se le escapó una lágrima cuando vio a Nicola desaparecer bajo los abrazos de sus compañeros, que le rodeaban con su estima, con su cariño.

Nico estaba en la final.

Estaba tan orgullosa de él, tan feliz que casi le da un ataque de pánico. Se desplomó en el sofá, con la respiración acelerada y los ojos dilatados, golpeada por violentas emociones.

—Necesito un período de reflexión, —murmuró Roberta, con tono aturdido—. No puedo salir con una loca. No, ¡no puedo!

Cristina la miró de reojo, aferrándose a las tonterías que soltaba la mujer para recuperar el equilibrio.

—Te conozco desde hace años. ¿Sabes lo que me gustaba de ti? Que eras malísima, —explicó Roberta, aún metida en el papel de mujer aterrorizada y sorprendida—. Ahora me entero de que eres una jodida quinceañera con las hormonas revolucionadas. Dios, podría vomitar.

Esta vez la almohada le dio de lleno en la cara, haciéndola caer sobre el sofá.

—¿Has dicho algo?, —le preguntó Cristina con condescendencia.

Se echaron a reír hasta que se les saltaron las lágrimas.

Más tarde, cuando hubo limpiado el salón y se puso la camiseta de tirantes y los pantalones cortos para irse a dormir, a las nueve de la noche, se permitió pensar de nuevo en Nicola.

Quería llamarle para felicitarle, pero no quería molestarle. Cogió su smartphone, dispuesta a enviarle un mensaje. Sus dedos se congelaron. Efectivamente, estaba celebrándolo con sus amigos. Si hubiera querido, la habría llamado.

Tal vez quería disfrutar de aquel momento sin ella. Podía entenderlo, pero el malestar en su estómago le decía alto y claro que se sentía herido e inquieto. No había pensado en ella después del partido. A saber donde estaba.

Se desplazó por la pantalla hasta que vio una docena de notificaciones en la parte superior del icono de Instagram.

Le temblaron las manos y, por más que sabía que se equivocaba, no pudo resistir la tentación de comprobar quien había contactado con ella.

¿Qué tan malos podían ser? Se preguntó a sí misma, con lágrimas en los ojos, mientras se desplazaba por los mensajes de las novias de algunos de los compañeros de Edoardo.

Amigos “bienintencionados” que le enviaban fotos de Nicola en Spazio 900 celebrando su victoria.

Un dolor atroz le invadió el pecho ante la humillación de convertirse en objeto de cotilleo y envidia, de una traicionera y sutil masacre social; ella, que consideraba la confidencialidad un valor sagrado.

¿Qué se suponía que debía decir a los conocidos que le preguntaban si estaba bien y le aseguraban que era el afecto y el deber lo que les motivaba a ponerse en contacto con ella?

Parecía una pesadilla, una película de terror, de esas que veía con Edoardo escondida detrás del hombro en las partes sangrientas.

¿Estaba su hermano detrás de aquel ataque?

Con la vista nublada, no pudo evitar mirar todas las fotos y vídeos, porque Nicola no se escondía.

En una toma robada había una chica susurrándole al oído quien sabe que mientras él le apoyaba la mano en la espalda. La cosa no acababa ahí. Fue el propio Nicola, su Nicola, quien dio al mundo material para atormentarla. *Selfies* suyas con chicas pegadas a su espalda y rodeado de compañeros con vasos llenos de bebidas de colores. Incluso vídeos de él sin camiseta, bailando y saltando por la pista de baile cantando a pleno pulmón.

Oh Dios, era peor de lo que pensaba.

Tengo que confiar, me quiere, repetía cantando. Pero entonces fue demasiado.

Cuando vio otra aportación de Nicola acompañada del hashtag “freedom”, libertad, lanzó su smartphone contra la pared y rompió a llorar.

Había sido una estúpida. Sabía como iba la sobremesa, sabía que había mujeres que tenían agendas marcadas con lugares y horas en las que los jugadores se encontraban. Había presenciado innumerables veces los acercamientos entre jugadores de baloncesto y groupies improvisadas en busca de sexo y tal vez de un anillo, en los casos más afortunados.

También sabía que la adrenalina tardaba mucho en desaparecer después de un partido, que hacía falta un poco de ayuda para decirle a sus piernas que dejaran de temblar y a sus músculos que se relajaran.

Las náuseas la asaltaron, el miedo vació sus pulmones de aire. Se tapó los oídos con las manos, como si los pensamientos tuvieran voces malignas que solo el silencio podía ahuyentar. Volvió a mecarse sobre las mantas, acurrucada, intentando apartar las imágenes que desfilaban ante sus ojos, muchas de las que había visto, otras surgidas de su imaginación. Nicola sonriendo a una “gatita” o a una “chica”, sus ojos verdes encendidos con la emoción de la conquista, la expresión seductora y arrogante que invitaría a las mujeres a complacerse incluso en los sucios baños de las discotecas.

“Date una vuelta por el Gilda... Hasta las paredes de los baños podrían contarte historias sobre Zanini.”

Las palabras de Edoardo resonaron en su mente como un eco interminable.

Le faltó el aire. Todavía estaba tratando de retener el aire cuando el sueño la agarró, agotada.



Tenía la manicura estropeada, el labio inferior a punto de partirse, los ojos rodeados de sombras oscuras.

Era un desastre.

Cristina bajó la cabeza entre las manos, atormentada. Unos meses antes le había dicho a Roberta que estar soltera era mucho más seguro. Sí, los sábados por la noche eran aburridos y los domingos tristes y sombríos, pero durante la semana, el cansancio era el único monstruo contra el que luchar. La ansiedad rara vez entraba en escena y la pena no golpeaba la puerta de los corazones solitarios.

Ahora, sin embargo... Había tecleado mal tres recibos, traspapelado un pedido y enloquecido con una factura. Y aún no era la hora de comer.

Suspiró, intentando recuperar la compostura. Había pasado una noche que no le desearía ni a su peor enemigo y las réplicas aún le bloqueaban la respiración en el pecho.

No le había ido mejor una vez que sacó los pies de la cama.

Cuando lo había tirado, el móvil se había roto. Sin embargo, había comprado otro poco antes de empezar su turno, perdiendo no solo las fotografías, sino también la posibilidad de saber si había recibido llamadas y mensajes.

Sin embargo, desde que había configurado el nuevo smartphone, no había recibido ninguna llamada de Nicola.

El sexto sentido podía ser un capullo cuando decidía arruinar un idilio, y el suyo llevaba horas sugiriendo escenarios catastróficos.

Sin embargo, se había dado cuenta de que tenía que dejar a un lado la autocompasión, los lloriqueos histéricos y los ojos llorosos de cachorrito esperando a que volviera el amo. Ya no era una niña, y había sufrido lo suficiente como para saber que todo se acaba superando. El arrepentimiento, sin embargo, nunca deja de atormentar con sus traicioneras espirales. Envuelve lentamente todos los órganos, envenena la mente, haciendo que se bucle lo que podría haber sido pero ya no sería.

Ella ya había estado allí y no permitiría que el remordimiento ganara de nuevo.

Por eso le pidió a Roberta que cerrara la tienda sola para comer y, llena de determinación, decidió ir a PalaTiziano.

Con un poco de suerte Nicola estaría allí.

No estaba segura de estar preparada para verle, pero después de la dulce noche que habían pasado juntos, no iba a estropearla solo por haber huido de un enfrentamiento.

Fue el propio Nicola quien le advirtió del peligro del silencio. Un arma terrible, taimada e imprevisible que nunca conduce a nada bueno.

Esta vez haría violencia para sacar lo que llevaba dentro, desde la rabia y el dolor de haberse convertido en el hazmerreír de media Roma hasta su decisión de confesarle lo mucho que le quería, aunque fuera un cabrón sin corazón.

Esperaba que él tuviera una buena justificación para esos comportamientos. Había sido superficial y la había herido más de lo que había imaginado. Las presiones a su alrededor, aunque silenciosas, eran muchas y él había dado demasiado material a desconocidos para juzgar su relación.

Cristina oscilaba entre la furia ciega y la vergüenza, pero de una cosa estaba segura: no quería interpretar los vídeos y las fotos a la luz de los prejuicios, ya no. Nicola merecía confianza y ella le concedería el beneficio de la duda.

Llegó al polideportivo antes de lo que pensaba y, animada por la presencia de la Ducati amarilla del Vikingo, entró con la determinación que la había caracterizado en su carrera competitiva.

Cuando vio a Nicola, sentado en los primeros escalones con sus compañeros de equipo, tuvo que parpadear para recuperar la lucidez. Le gustó verle allí, con su traje deportivo y la expresión satisfecha de un hombre que lo tiene todo en la vida.

Se quedó mirándole hasta que Lorenzo Bianchi se fijó en ella e interpretó perfectamente la dirección de su mirada.

—Nico, ahí tienes a tu morena, —gritó señalándola con un gesto de la barbilla.

Cristina levantó una mano para saludar al equipo, con las mejillas sonrojadas por la vergüenza. No los conocía lo suficiente como para mostrarse despreocupada con ellos. Ni siquiera sabía como tratar a su capitán.

¿Qué haría una novia?, se preguntó justo antes de que Nicola se volviera hacia ella.

Una rápida sucesión de emociones pasó por la cara de su hombre. No era una visión agradable. Al principio apareció la curiosidad, un claro indicio de que no sabía a quien esperar; la sorpresa vino a continuación, subrayando lo lejos que estaba de atribuirle ese “tu” utilizado por Lollo; por último, el enfado anunció implicaciones que no estaba dispuesta a contemplar.

¿Qué demonios estaba pasando?

—Cristina, —la saludó mientras caminaba hacia ella.

Ella le miró con los ojos muy abiertos, tratando de interpretar por que le parecía tan extraño, pero pronto recobró el sentido: la inclinación de cabeza que le dedicó era inconfundible.

Se dirigió hacia los pasillos, siguiendo la indicación de no hablar delante de sus compañeros.

La ansiedad le revolvió el estómago. Todo estaba jodidamente mal.

—Felicidades por lo de ayer, —exclamó para romper el hielo.

Nicola ladeó la cabeza, sopesando sus palabras.

—Llegas un día tarde, —comentó con sarcasmo.

Ella se puso rígida ante la frialdad de su tono.

—No quería molestarte —respondió, y ni siquiera era una excusa. ¿Cuándo se suponía

exactamente que tenía que llamarle? ¿Durante la rueda de prensa? ¿Mientras él se hacía selfies semidesnudo en la discoteca con desconocidas? Respiró hondo. No se le daba bien mantener la calma, así que le costó mucho forzar una sonrisa e ignorar las señales de alarma. —¿Por qué no vamos a comer algo? Mi pausa para comer termina dentro de una hora, —se entretuvo. Necesitaba unos minutos para ordenar sus pensamientos y enfrentarse a su hombre en un lugar neutral. Allí todos se conocían.

Nicola no se movió y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Por qué has venido a buscarme?

Cristina parpadeó, confusa.

—Nico, ¿qué pasa?

—¿A qué has venido?, —repitió, puntuando cada palabra para que ella las entendiera bien.

Y lo entendió, porque no era tonta. Nicola quería discutir, pero no podía imaginar cuales eran las razones. Debía de haberse perdido algunos pasos, algo así como un trozo entero de su relación, porque la última vez que lo había comprobado se habían despedido después de que ella hubiera adorado su cuerpo media noche y él se hubiera dormido en sus brazos con la más dulce y confiada de las sonrisas dibujada en los labios.

—Quería verte, —contestó, con tono tenso—. Pero me doy cuenta de que no ha sido una buena idea.

Sus palabras no rascaron la dura expresión de Nicola.

Era doloroso percibirle tan rígido y distante.

Normalmente, era muy físico, incapaz de apartar las manos de ella. El tipo de hombre que aprovechaba cualquier pretexto para respirar cerca de su mujer.

Si alguna vez dudó de que algo iba mal, los centímetros que había entre ellos eran una declaración más eficaz que cualquier palabra.

—Solo importa lo que tú quieres, ¿no? No te pones en contacto mientras sea yo quien te llame y luego vienes aquí, al lugar donde entreno, a hacer el papel de novia cariñosa. ¿A qué estás jugando?, —gritó, perdiendo su máscara de impasibilidad.

¿Qué?

Cristina dio un paso atrás, molesta.

—Dejé de considerarme tu noviecita cuando escribiste “freedom” en las redes sociales reivindicando tu libertad. Hubiera sido una ingenuidad seguir haciéndolo, ¿no crees?, —siseó, porque el ataque era la mejor defensa y no cabía duda de que Nico tenía toda la intención de demolerla.

—¡No te atrevas, joder!, —tronó él, con las facciones transfiguradas por la ira—. ¡Esta vez no dejaré que me echas la culpa!

Nicola era un manojo de nervios, y los músculos hinchados y tirantes denunciaban una tensión muy fuerte.

¿Podría haberle hecho daño?

—¿De qué estás hablando?, —preguntó, y odió que su voz saliera insegura. Le conocía, o al menos eso creía, y nunca le había parecido un tipo violento.

—¡Déjate de teatro!, —gruñó él, impaciente—. Eres muchas cosas, pero no poco inteligente.

Se alegró de que se diera cuenta, pero ahora era ella la que empezaba a tener dudas al respecto. Realmente desconocía los motivos de tanto enfado.

—No me hables así, Nicola, —le advirtió, dejando claro que incluso en una discusión exigía respeto—. No sé que te pasa por la cabeza y puedes apostar tus pelotas a que no me quedará a

averiguarlo si sigues con esta actitud, —le amenazó.

No es que fuera susceptible a la intimidación, pero era listo y solía ajustar la puntería. Dios, no siempre, tuvo que admitir: básicamente era un gilipollas y a lo que se enfrentaba ahora era a un nivel de intimidación que nunca le había mostrado.

—No funciona así, De Santis. —Su voz parecía un gruñido profundo. Era mezquino—. Crees que me tienes cogido por las pelotas y que puedes hacer lo que quieras. Te equivocas de persona. ¡Era demasiado!

Repasó rápidamente la mañana anterior, la ternura con la que se habían despedido. Nada sugería que pudiera estar resentido con ella.

Era consciente de que le había dado largas en un par de ocasiones y también de que un hombre menos paciente la habría mandado a la mierda a la segunda escena, pero no habían pasado treinta y seis horas desde que Nicola le había jurado que lo quería todo de ella y que no le importaba su pasado.

¿Se había vuelto loco, o era ella la que había sido tan imbécil como para creerle?

—Esta discusión no va a ninguna parte. Cuando te hayas calmado y estés dispuesto a hablar civilizadamente, ya sabes donde encontrarme. Tienes mi dirección, —le interrumpió. Se había pasado la vida siendo tratada como una basura por su hermano. Se había vuelto intolerante a esa mierda—. Ah, y no estoy huyendo, —puntualizó, disipando cualquier duda—. Tal vez no soy tan inteligente como crees, o tal vez no he aprendido a leer tu mente todavía. Haz lo que quieras, me da igual. Pero escúpelo o no tiene sentido que esté aquí.

Un poco agresivo como argumento, pero ella quería sacudirlo. Se merecía la misma tolerancia que él le había dado a ella, no era tan zorra como para no reconocerlo, pero le parecía que ya se había esforzado bastante cuando había decidido no darle una paliza por su repugnante comportamiento después del partido.

Nicola la miró como si quisiera incinerarla. Tenía las mandíbulas apretadas y la mirada enérgica.

En ese momento, parecía odiarla de verdad.

¡Le dolía, joder!

Sacudió la cabeza, resignada y dolorida.

—Nico... —empezó, persiguiendo las palabras para despedirse, pero no pudo lanzarlas. Un nudo le obstruía la garganta y la presión detrás de los ojos le indicaba que no tardaría en llorar.

—Ayer te estuve esperando en el partido, —la interrumpió—. Te estuve buscando entre los tiempos muertos. ¿Dónde estabas?

De todas las cosas que podía haberle lanzado, ésa era la más inesperada. Estaba bromeando, ¿verdad? Nunca había dicho que la quisiera en las gradas.

—¿Dónde estaba?, —repitió ella, incrédula.

—¡Sí, dónde estabas!, —explotó él.

Dios, no podía estar hablando en serio.

Casi se ríe de lo absurdo de la situación.

—N-Nico. Yo no... Quiero decir, ¿de verdad me estás preguntando...?

Vale, estaba vacilando, pero no sabía por donde empezar.

Aquel titubeo convirtió la ira de Nicola en algo diferente, no ardiente, sino más gélido y aterrador. Algo parecido a la condena.

—¿Sabes qué? Me da igual. Estoy harto de tus cambios de humor y estoy cansado de esperar algo *tú* que no puedes darme.

Frías como el hielo, afiladas como una cuchilla, aquellas palabras la hirieron como una corona con cien espinas.

Cristina jadeó.

—Yo...

Se le quebró la voz. Quería explicarse pero frente a ella tenía un muro imposible de derribar.

—Nuestra relación fue un error desde el principio, —continuó Nico, aparentemente inconsciente de que le estaba haciendo el vacío—. Me equivoqué al exigirte lo imposible. No eres la mujer que yo creía, —concluyó, sin piedad, arruinando dos meses de hermosos recuerdos con una sola frase.

Cobarde.

Si él le hubiera pedido que estuviera allí, ella no le habría despreciado de menos por nada del mundo. Pero no lo había hecho y ella había querido demostrarle que le respetaba. Incluso se había sentido orgullosa de haber conseguido cruzar la línea de sus propios celos, a pesar de los llantos, los besa culos de conocidos y un teléfono roto.

Cobarde y mentiroso también.

Que mezquino utilizar una excusa para echarle la culpa a ella y retorcer el cuchillo en la herida de sus inseguridades. ¿Por qué no decía la verdad? ¿Por qué no admitía que la noche anterior le había hecho reconsiderar la idea de acostarse con una sola mujer cuando podía divertirse con muchas?

Le miró e intentó no echarse a llorar. Había confiado en el hombre equivocado, abriéndole su corazón, y él estaba utilizando sus confidencias para hacerla sentir tonta e inadecuada una vez más.

Infame y mezquino.

Le miró por última vez, registrando lo dolorosamente bello que era su rostro, lo deseable de su boca, lo intensos que eran sus ojos, y se dio cuenta de que se había enamorado de un espejismo.

Su Nicola sensible y cariñoso ya no estaba allí. Quizás nunca había estado allí.

Perdió todo deseo de rebelarse, o incluso de expresar su angustia.

—Ya lo has dicho, —le contestó tan pronto como pudo—. Deseo que encuentres a la mujer perfecta. —Dios sabía que no lo era.

Su voz salió firme, aunque apagada. Si él no la quisiera, ni siquiera habría sido testigo de su vulnerabilidad.

Algo en su tono debe haberle impactado, porque inhaló violentamente.

—Cri...

—Buena suerte en la final, Zanini.

No iba a llorar.

Ya había desperdiciado demasiadas lágrimas en la vida.

Había estado quieta, indefensa, rota en cuerpo y mente, y había sobrevivido. Había superado el final de una carrera prometedora, se había adaptado a un trabajo que no la satisfacía, había conseguido encontrar fuerzas para entrar en un pabellón deportivo cuando aún representaba para ella el final de un sueño. Las semanas con Zanini no podían compararse con diez años de infierno. Habría superado incluso esa prueba.

Se miró en el espejo retrovisor, intentando recuperar su habitual expresión tranquila y profesional.

Roberta habría descendido sobre ella como un buitre si hubiera detectado una debilidad en ella. Claro que la habría consolado a su manera, pero ella no quería consuelo. Quería irse a casa y enterrar la cabeza bajo la almohada, pero tenía responsabilidades. La tienda que dirigir, las compañeras a las que supervisar y la chica en prácticas a la que formar, por no hablar de las exigentes clientas.

Salió del coche y se dirigió a la tienda.

—Eh, llegas tarde. No es propio de ti.

Cristina miró a Paola, confusa. Echó un vistazo a su reloj. Se había quedado en el coche, revolcándose en las punzadas del amor durante demasiado tiempo.

—He perdido la noción del tiempo, —murmuró, decidida a mantener la línea de silencio durante el resto del día. Se dirigió a la parte trasera para dejar su bolso y, de repente, su corazón dejó de latir.

¿Ocurriría lo mismo en los próximos días? ¿Volvería sobre los pasos de su breve e intenso romance con Nicola?, se preguntó, mientras los recuerdos la bombardeaban.

Casi dos meses antes, al salir de aquella pequeña habitación, había encontrado al Vikingo en la tienda, y el anterior un ramo de rosas rojas y una caja de bombones.

Se apoyó en la pared, sus piernas eran de gelatina.

¿Así pagaba él sus caprichos? ¿Regalos, romanticismo y frases hechas?

Se había dejado engatusar por un par de palabras dulces y un par de regalos, concluyó enfadada. La misma que se enorgullecía de reconocer a los mentirosos y a los hipócritas de un vistazo.

Una sonrisa sarcástica curvó sus labios. Rodar por el suelo valía más que un paquete de bombones, que una cama cómoda, y sobre todo, que un conjunto de ropa interior de seiscientos euros.

Se llevó una mano al estómago, intentando achacar el dolor a una indigestión, pero aquello llevaba vacío más tiempo del que quería admitir.

De repente, el futuro le pareció un monstruo temible del que huir.

Ya se había enfrentado a un abandono, aunque por motivos diferentes, y sabía como sería: recordaría las frases dulces y las miradas tiernas, con la esperanza de haber entendido mal. Su corazón enfermo de amor repasaría cada momento en busca de pruebas que refutaran la simple verdad de que ella había sido un meteoro en la vida de Nicola. Su único mérito era haber durado más de una noche, pero el resultado era el mismo, y había recibido la respuesta a la pregunta que se había hecho en la terraza del Janículo: sí, al final le miraría con indiferencia, con leve desprecio.

No llores.

Edoardo le había advertido, y sin embargo ella se había hecho daño, casi tanto como en aquella cancha de baloncesto diez años antes.

Por una vez le habría gustado demostrarle a su hermano que era digna de confianza, que era capaz de valerse por sí misma, pero Edo sabía lo que era mejor para ella y tal vez había tenido razón todo el tiempo.

Nicola la había dejado veinticuatro horas después de clasificarse para la final de los playoffs. Fue el momento perfecto para añadir un poco de drama en la familia de su oponente, lo suficiente para que estuviera menos lúcido durante los desafíos finales.

Sin embargo, podría haberlo hecho de otra manera, sin destruir su confianza en sí misma y la poca conciencia que había logrado gracias a él.

Le temblaba la barbilla, las lágrimas se abrían paso. Respiró hondo una vez, luego otra, tratando de alejar el peligro. Tenía miedo de abatirse, de volver a un lugar del que no saldría tan fácilmente, o en absoluto. Ese lugar dentro de ella que conocía bien y que la aterrorizaba, afectando a sus días incluso cuando todo iba bien y se sentía feliz.

Apretó las palmas de las manos abiertas contra la pared y se sacudió los riñones, decidiendo volver al trabajo y sumergirse en la gente para evitar una recaída.

Antes de salir, las notas de *The crystal ship*, el tono de llamada que había asignado a Nicola, llenaron la habitación.

Abrió su bolso con gestos de rabia en busca de la maldita cosa. Se detuvo justo a tiempo de tirarlo. No podía romper otro y sentirse aún más ridícula de lo que Nicola la había hecho sentir.

Pulsó el botón rojo y apagó el teléfono.

*I'd like to have another kiss, another flashing chance at bliss...*⁸



Si Edoardo se sorprendió al verla con un paquete de seis cervezas y expresión angustiada, no lo demostró. La saludó con cierto aplomo y ni una sombra de fastidio pasó por su rostro.

Por supuesto, estaba sorprendido, pero se notaba a simple vista que su hermana estaba conmovida y desolada.

Cristina le entregó las cervezas y huyó al sofá del salón sin saludarle siquiera. Cogió el mando a distancia e hizo zapping, mientras él seguía de pie junto a la puerta, empalado como una estatua.

Más tarde tendría que felicitarle. Él no había pestañeado ante su aparición, como si la última vez no se hubieran dejado con acusaciones y mala leche.

Esperó a que abriera las latas y, al acercarse a ella, le hizo sitio.

—Esta noche no hay nada decente, —se quejó.

Edo aterrizó en el sofá y apoyó los pies en la mesita.

No era lo mejor, sobre todo teniendo en cuenta que aquel piso era un santuario blanco, pero ¿a quién le importaba? Su casa, sus reglas.

Ella también levantó las piernas y se acomodó en el sofá desnudo lo mejor que pudo, a pesar de sus zapatillas.

Edoardo no se inmutó y le tendió la cerveza.

—En media hora empieza *Salvajes*.

—¿Oliver Stone? Se puede ver, —aprobo, dando un sorbo a la bebida. Luego ambos se sumieron en sus propios pensamientos.

Se hizo el silencio entre ellos durante unos minutos, pero Cristina no estaba ansiosa por romperlo. Estaba casi segura de haber superado los instintos asesinos que albergaba hacia Edoardo y, por el momento, no le apetecía reprochárselo demasiado. Por el momento. En el futuro tendrían una buena charla sobre lo que podían herir las palabras y las actitudes equivocadas.

—Prefiero la *Guinness*, —protestó Edo en un momento dado.

Era una señal. Pero sí, ¿por qué no darle el gusto?

Apenas giró la cabeza para mirarle. Llevaba el pelo suelto acariciándole los hombros, una camiseta blanca de tirantes y un cómodo pantalón de chándal. Inofensivo, al menos en apariencia.

—No eran para ti, —aclaró condescendiente, tomando un sorbo de *Desperados* y dejando que el aroma del tequila explotara en su paladar.

—¿Ah, no?, —preguntó el purista irlandés de la cerveza.

—No, —confirmó ella. Edoardo era solo el compañero de copas elegido para la noche. Bueno, no solo. Era la única persona en la que le hubiera gustado encontrar cobijo, consuelo. Y el gilipollas, que al fin y al cabo no era gilipollas, tenía que saberlo.

No añadió nada más y volvió a centrar su atención en el televisor. Nada perturbó la tranquilidad durante los siguientes minutos, solo el zumbido de los anuncios y sus gargantas tragándose la bebida a pequeños sorbos.

Por primera vez en mucho tiempo, se encontró apreciando el silencio, el silencio en particular: estaba libre de vergüenzas y recriminaciones, y era extraño porque tenían demasiados motivos para discutir.

Tenía la intención de afrontarlos y resolverlos, pero no aquella noche.

Aún no se había recuperado de su almuerzo en el PalaTiziano. Ni siquiera se había permitido metabolizarlo. Solo había buscado un respiro al dolor.

El coche y sus piernas la habían llevado a Edo.

—¿Rompiste con el imbécil?, —exclamó.

Parecía que se le acababa el tiempo para enterrar la cabeza en la arena.

La pregunta le provocó un pequeño espasmo en el pecho.

No podía decir que no se lo hubiera esperado; de hecho, incluso había llegado más tarde de lo que había previsto. Y lo que era aún más sorprendente, había sido tranquilo, pronunciada de forma neutra.

Edoardo no podía saber lo que había pasado, pero la salida nocturna de su enemigo jurado circulaba por los perfiles de Facebook e incluso un blog especializado se había hecho eco de ella. En resumen, su hermano había conseguido sobreponerse lo suficiente como para no gruñir, así que ella también podía contestarle llegando al final de la frase en tono ligero, y así lo hizo:

—Se acabaron los flirteos.

Buen intento de eufemismo, se dijo, dando otro sorbo para ahuyentar el sabor de la bilis con el de la malta.

Edoardo arqueó una ceja y ella bajó los ojos. Se preparó para una frase abrupta, pero no llegó: su hermano se limitó a adoptar una expresión pensativa.

Si cabe, el nivel de ansiedad de Cristina subió aún más.

—Entonces, ¿es solo cansancio esa expresión de perrito? Estás hecha un desastre.

Le fulminó con la mirada. La lista de temas a explorar en su futura “charla seria” era cada vez más larga.

Edo tenía unos modales de mierda, incluso cuando fingía compostura y calma.

A una doncella desesperada no se le niega su expresión angustiada. No se le permite insinuar que es poco atractiva después de haber llorado durante medio día probándose un Monsieur Big de treinta euros de Lancôme e incluso antes un corrector de sellado extremo para ocultar las huellas de una noche en vela. No, no se llama fea a una mujer rota. O a una mujer en general. Es de mala educación, y Gaetano De Santis había educado a su hijo mejor que eso.

El consuelo siempre empieza con un cumplido y una sonrisa amable.

—Obvio, —respondió entre dientes apretados—. Solo cansancio.

Edoardo suspiró pesadamente, tanto que la camiseta casi se rasgó al aspirar aire y el pecho se le hinchó; luego abandonó la pose relajada.

Lo que ocurrió a continuación fue a la velocidad del rayo y, sinceramente, aunque ella lo había deseado desde que había puesto un pie en su casa, no podría haberlo predicho: Edoardo la agarró de la muñeca y tiró de ella hacia sus brazos.

—Obvio, ¿eh?, —se burló, apretándola.

Era un apretón que calaba los huesos, pero ella no se habría quejado por nada del mundo. Se aferró a él y escondió la cara en su hombro.

Por supuesto, era obvio que su rostro no mostraba el insoportable dolor que poco a poco la iba despojando de sentido práctico y de ajuste. Y no era obvio que le dolía tanto que quería arrancarse el corazón del pecho y gritar que ya era suficiente, que no podía más. ¿Los ojos enrojecidos? No eran el resultado de lágrimas retenidas, solo de alguna alergia.

Pero había otra cosa que también era evidente: no podía engañar a nadie, y menos al hombre que la quería de verdad, más que a su vida, aunque fuera un cabrón orgulloso y nunca diera el primer paso.

—Soy una roca, —murmuró, el lema que su hermano le había obligado a repetir anteriormente cada vez que estar de pie le causaba demasiado dolor o mantenerse despierta se convertía en la más difícil de las batallas a librar.

No era una buena frase para recordársela.

El pecho de Edo subía y bajaba en un largo suspiro, de esos que sirven para encontrar la calma en momentos en los que todo se va a la mierda.

Intentó levantarse, y no había duda de lo que haría si le permitía coger las llaves y salir de la casa.

Dios, estaba temblando de rabia. Lo abrazó más fuerte para calmarlo y tranquilizarlo.

Le consoló.

La ironía de la situación debió de impactarle y aquella muestra de valentía por parte de Cristina le arrancó un gemido de frustración y angustia.

Le estaba matando, pero lo único que le daría algo de paz era lo único que Cristina nunca permitiría que ocurriera.

Romperle la cara a Nicola con los puños no solucionaría nada, no le devolvería la alegría. Quería curarse, y solo podría conseguirlo si su hermano estaba a su lado como había hecho toda su vida.

Se aferró más a él para evitar que desahogara su sed de venganza.

—Edo, no...

—Soy una roca, —repitió él, bloqueando su protesta y conmocionándola.

Se había rendido. Se lo había pedido, a su manera, y él se había rendido.

Se sintió aliviada. Sonrió contra el cuello de Edoardo.

—¿Cuánto falta para la película?, —preguntó, acomodándose en sus brazos.

—Quince minutos más, —le contestó él, con una furia claramente perceptible. A ella no le gustaba, pero tampoco podía esperar que él no estuviera cabreado o decepcionado. Solo importaba que hubiera dejado de lado sus propios sentimientos anteponiendo los de Cristina.

No fue una sorpresa. Un alivio tal vez, pero no una sorpresa.

—Si vas a llorar, hazlo ahora, —la instó Edo, forzando un tono ligero, sin conseguirlo del todo—. Me gusta esa película y no quiero oír lloriqueos.

Una risa ahogada brotó de sus labios, empañada por lo que sonó como un lloriqueo.

—Te quiero. —Su voz salió débil y quebrada. No había podido contener su malestar, pero no le importaba: al margen de cualquier disputa y a pesar de que las cosas entre Edoardo y ella seguían sin resolverse, él era y siempre sería su hogar. En esos brazos estaba segura y podía dejarse llevar.

—Yo también te quiero, hermanita.

Cristina parpadeó.

La última vez que Edo le había expresado su afecto en esos términos, ella estaba en la cama de un hospital.

Mierda, debía de estar peor de lo que ella pensaba para haberle inducido a tal extremo.

Levantó la cara y vio el amor reflejado en los ojos tormentosos de su hermano.

Se echó a llorar.



El teléfono no paraba de sonar, el buzón de mensajes estaba colapsado de SMS sin leer y WhatsApp estaba a reventar.

Lo comprobó y volvió a guardarlo en el bolso tras leer el nombre en la pantalla.

De acuerdo, a Nicola no le faltaba constancia. En aquellos días Cristina había respondido a sus intentos de ponerse en contacto con ella con una inflexibilidad que la había asombrado.

Ni una sola vez había sucumbido a la tentación de leer un mensaje o pulsar con el dedo el botón verde. Su dignidad ofendida y su corazón herido le sugerían una actitud dura. Esto incluía dividir su tiempo entre el trabajo y el entrenamiento de Edoardo, y regresar a casa a una hora que la protegiera de visitas no deseadas.

Si tenía que ser sincera, se moría por ver a Nicola y soñaba con él todo el tiempo. Pequeños detalles como una sonrisa fugaz, una mirada cariñosa, una caricia insinuada la acechaban en sus horas de vigilia. Sin embargo, cuando se levantaba, recuperaba el control. Durante el día podía fingir que nada había cambiado.

—Oye, Cri, Vittorio jura que puede ganarnos a los dardos. Levanta el culo y ven a ayudarme, —le gritó Fabrizio.

Vale, algo había cambiado, y por eso estaba en el Círculo de Torpignattara aquella noche.

Aquel lunes, en casa de Edoardo, se había emborrachado con cerveza. De acuerdo, no solo de cerveza, con eso le bastaba para no volverse loca. A mitad de la película y después de demasiados suspiros para sofocar un ataque de llanto, Edoardo había decidido que ya estaba bien de aguantar sus mierdas sin emborracharse del todo, así que lo habían hecho: habían saqueado el rincón de bar guay montado en el salón de su hermano y se habían puesto a mezclar licores fuertes. La cosa había acabado con Cristina quedándose a dormir en casa de Edo, cogiéndose el día siguiente de baja por enfermedad y con su hermano sujetándole la cabeza mientras vomitaba.

Después habían hablado.

No había sido fácil y hasta había habido una lámpara rota de por medio, porque su hermano no sabía gestionar la ira y, sobre todo, no sabía como lidiar con la nueva versión de su hermana.

Ella sufría como un perro por su mal de amores, pero seguía empeñada en mantener la autonomía de los dos últimos meses, lo que significaba que Edoardo tenía que aprender a

respetar su espacio.

Por fin le había convencido, pero no era tonta y esperaba la próxima relación para comprobar las reacciones de su hermano. Como no tenía intención de conocer a nadie en los próximos diez años, de momento tendría que conformarse con la palabra de Edo.

Una vez superada esa parte, el resto no había sido más fácil. Se habían encontrado en medio de las dos semanas en las que se jugarían los cinco partidos entre los Stars y el Olimpia que constituían la final de los playoffs.

Su hermano había tenido y seguía necesitando todo el apoyo posible, así que la baja por enfermedad se había convertido en una excedencia de quince días: Edo había exigido su culo en el banquillo de Michelin durante los entrenamientos, y ella no había podido negarse, aunque había dejado claro que solo aparecería en el partido que decidiría la victoria final.

Había varias razones por las que había aceptado formar parte del cuerpo técnico. En primer lugar, estaba segura de que la petición de su hermano era una buena forma de mantener ocupada su mente, que siempre acababa recordándole la final y la certeza de ver a Nicola. ¿En pocas palabras? Si quería ayudarla, arrastrarla al pabellón deportivo era una gilipollez colosal. La segunda razón por la que se sentía fuera de lugar era su relación con los otros diez miembros del Stars. Cuando la habían visto hacer su entrada en la pista con pantalones de yoga, zapatillas de deporte y una camiseta oversize de un solo hombro que le llegaba a medio muslo, habían abierto mucho la boca y luego se habían iluminado como las luces de un árbol de Navidad.

El momento duró poco, ya que ella los saludó con una fría inclinación de cabeza y luego fue a sentarse junto a Michelin, que la quería como a una hija y no sabía nada de todas las gilipolleces que cometían sus jugadores.

No es que no hablara con ellos si tenía alguna sugerencia, pero no iba más allá y los chicos tenían miedo de acercarse a ella. Y tenían buenas razones para tenerlo.

Entonces... ¿dónde estaba? Ah, Fabrizio le había pedido que jugara a los dardos con él contra Devin y Vittorio.

Lo miró a los ojos turquesa y se encogió de hombros.

—No me apetece —respondió, sin dar explicaciones.

La tristeza en el rostro de su antiguo amigo la impresionó, pero solo por un momento. No era nada comparado con lo que ella había sufrido. El día anterior había pensado que tenía una familia, y al siguiente le habían dado la espalda.

Lo vio alejarse y buscar un nuevo compañero de juegos. Cogió su Coca-Cola Zero y bebió un sorbo. Nada de cervezas esa noche, para ningún miembro del equipo. Menos de veinte horas después había que jugar el partido más importante de todos.

—Déjalo ya. —Las palabras llegaron desde su lado y la paralizaron con la lata aún suspendida en el aire. La colocó lentamente sobre la pequeña mesa del pub donde se habían reunido, su cuartel general con paredes de piedra y accesorios de madera, y luego se volvió hacia Edoardo.

—Perdona, creo que no te he oído bien, —le dijo, con tono irónico.

Su hermano estaba sentado con los brazos cruzados sobre el pecho. La silla estaba inclinada hacia atrás y apoyada contra la pared, de modo que solo dos de las cuatro patas estaban plantadas en el suelo. Era un milagro que aún no se hubiera caído.

—Me has oído. Déjalo ya.

Inclinó la cabeza para mirarle, sopesándole.

—¿Te rompe el corazón verme tratar mal a tu mejor amigo?, —preguntó con voz infantil.

Recibió una mirada sucia a cambio.

—Ya no estamos en el instituto.

No fue acertado decirlo y él lo supo enseguida, a juzgar por la expresión de ella, pero eso no le impidió vomitarle algo de resentimiento.

—Así que mi comportamiento es infantil, ¿pero desterrarme de los partidos y darme la espalda es de hombre maduro?

No gritó. Había demasiada gente alrededor de la mesa y, aunque se merecían una bronca, aquel momento era solo entre ella y su hermano.

—Creía que ya habíamos superado eso, —le dijo él, refiriéndose a la aclaración que había tenido lugar.

Puede que estuviera desesperada por restablecer la paz con él, pero recordaba bien que Edoardo no se había disculpado en serio, ni pensaba hacerlo, aunque estaba claro que lamentaba la forma en que se había comportado.

—No seas ingenuo, —le reprendió—. El perdón no es mi especialidad y deberías saberlo porque tampoco es la tuya.

—En realidad...

—Entonces, no, —le interrumpió ella—. No lo hemos superado. Tú y yo, quizá, pero solo porque eres mi hermano y mamá me amenazó con coger el tren y venir a Roma para “enderezar el barco”.

Edoardo puso los ojos en blanco. Evidentemente, él también había recibido aquella llamada. Y sí, adoraban a Caterina, pero vivían solos desde que sus padres habían abierto un agroturismo en la Toscana, y tener a mamá por casa metiendo las narices en el cesto de la ropa sin planchar y en sus neveras llenas de comida basura no era lo mejor.

—No puedes hacérselo pagar siempre. Se esfuerzan por demostrarte que quieren arreglarlo, —argumentó, defendiendo la causa de sus amigos.

—Pues no se están esforzando lo suficiente, —sentenció sin el menor sentimiento de culpa. Su armadura estaba un poco abollada y su corazón sangraba, pero seguía siendo una perra y no era el caso de ablandarse justo ahora cuando necesitaba cada gramo de fuerza para mantenerse en pie.

—Si no les das la oportunidad, no podrán hacerlo.

Aquel discurso empezaba a aburrirla. Hizo ademán de mover la silla y levantarse, pero Edoardo se lo impidió apoyando una mano en el respaldo. Ahora su expresión era dura, nada amistosa.

—No se meten conmigo. Si tienes que culpar a alguien y vengarte, ese soy yo.

Un gesto noble inmolarse por sus amigos, pero sinceramente, ¿a quién pretendía engañar?

—No esperes conmoverme admitiendo tu responsabilidad. Es culpa tuya, ya lo creo. Pero ellos también la tienen. Te deben obediencia en el campo, no fuera de él. Sin embargo, tienen tan pocas pelotas que me han dejado de lado como si nada en el espacio de una noche. ¡Yo crecí con algunos de ellos! Así que no, no voy a dejarlo. Hay consecuencias, y las sufrirán.

Después de esto, apartó su silla, casi derribando a Edoardo, y se dirigió al bar.

Había prometido no beber esa noche, pero necesitaba algo más fuerte que una Coca-Cola.

—Ay muchacha, ¿quién te ha cabreado?, —preguntó Francesco, el dueño, con marcado acento romano mientras se desplomaba en el taburete que tenía delante.

—¿Quién te crees?, —replicó, resoplando.

—Es un cabeza dura, pero es más bueno que el pan, —fue la pronta defensa. No ayudaba que

el hombre conociera a su familia de toda la vida y que Edoardo hubiera servido mesas en su club cuando aún no se había embarcado en una carrera de baloncesto de alto nivel.

Sacudió la cabeza, resignada. ¡Estaba rodeada de enemigos!

—¿Puedes traerme una cerveza?, —casi le suplicó.

Francesco apretó los labios, decepcionado. Él también conocía el pacto de no beber la noche anterior a una competición y, siendo un cálido seguidor de los Stars, también lo cumplía por razones de “apoyo moral”. Más bien porque había sufrido un leve infarto y su mujer lo mantenía bajo control.

—No le hagas caso, Francesco. No hace ni cuatro días que estaba enferma. Nada de alcohol durante un tiempo.

Edoardo se había unido a ellos y, como de costumbre, había decidido por todos.

Apoyó los codos en la barra y se llevó la cabeza a las manos.

—¿Qué he hecho mal?, —preguntó a nadie en particular.

Edoardo se rio y dado que no lo hacía a menudo, cuando ocurría tenía un buen sonido, Cristina se giró hacia él y disfrutó del espectáculo.

—Eres un gilipollas —le acusó, aunque tuvo que reconocer que aquella sonrisa había evaporado parte de su cabreo.

—Lo sé, —respondió él con una sonrisa—. Y los chicos también lo saben. Fabrizio me torturó durante semanas. Él también te echaba de menos y quería llamarte.

Lo que significaba que Edoardo “también” la había echado de menos, pero nunca lo habría dicho en esos términos.

—No lo hizo.

—No, no lo hizo porque, como dijiste, soy un gilipollas y estaba enfadado. No puedes ser un gilipollas y estar enfadado cuando tienes partidos que ganar y un equipo que dirigir. Y tú lo sabes y ellos saben que no soy el tipo de persona que puede entrar en la cancha y dejar toda la mierda fuera de su vida. Fabrizio tiene éxito. Vittorio también. Yo no. Mi mierda me sigue a todas partes y, cuando estoy en la cancha, repercute en ellos.

Se abstuvo de abrazarle. No se lo merecía, aun que le partiera el corazón.

Su vida era plana e insustancial. ¿La de Edoardo? Primero ella se la había fastidiado, luego la zorra de su ex. Desde entonces se había vuelto cada vez más retraído y triste.

—No es cuestión de valor, y no dudes de su afecto. Tenían que elegir, y conmigo de por medio nunca tuvieron elección, —concluyó, atribuyéndose toda la culpa, y no por llevar una vida tranquila.

Tenía sus responsabilidades, claro, pero no podía asumir las de los demás o las de todo el puto mundo y torturarse más de lo que ya lo hacía.

—No estoy de acuerdo, —le dijo, pero como él parecía más que dispuesto a revolcarse en el arrepentimiento, decidió acabar con eso y dar tranquilidad a todos—. Pero tú ganas. Le daré un descanso.

Lo habría hecho de todos modos, con el tiempo. El resentimiento no le pertenecía. Solo era cuestión de adelantarse un poco.

—De acuerdo, —dijo Edo, apretándole el cuello con su enorme mano en un gesto afectuoso.

—De acuerdo, —repitió ella, complacida de que él pareciera aliviado.

—¡Qué coño!

El grito hendió el aire y se impuso a la música y al parloteo en torno a las mesas. Fabrizio.

Cristina y Edoardo se giraron hacia la zona donde se había colocado la diana.

—Vittorio y Devin lo están destrozando. Será un golpe para el ego de Fabrizio, —comentó Edoardo.

¡Inteligente como una comadreja!

—¡Muy bien!, —resopló. Se levantó y caminó hacia el perdedor, perseguida por las risas de Edoardo.

La segunda en una sola noche.

¡Vaya!

—Dame esos dardos y vuelve con tu mujer, —ladró a Luca Gentili, el alero de los Stars y pareja momentánea no tan voluntaria de Fabrizio.

La bajada de Cristina al campo silenció la mesa. Esperaban su siguiente movimiento.

Luca le entregó los dardos, pero no se acercó a su mujer embarazada, estaba más interesado en observarla mientras asomaban dos cabezas más.

¡Vamos!

Fabrizio fue el primero en recomponerse.

—Perdemos por sesenta puntos, —le informó, con la voz ronca.

El arrepentimiento y la esperanza se reflejaban en su rostro. Mierda, era demasiado frágil para tanto sentimentalismo. ¿Intentaban hacerla llorar?

—No te equivocas. Mientras tanto, lo compensaré en tres lanzamientos, —calculó, disimulando un poco pero sin rehuir la verdad. Era muy buena a los dardos.

Aquella afirmación fue demasiado para él: en un momento Cristina tenía los pies firmemente plantados en el suelo, al siguiente estaba suspendida en el aire abrazada a Fabrizio, el mejor amigo de Edo, y poco después el suyo.

Debían de hacer el ridículo, porque ella medía dos metros, pero a nadie le importó mientras aplaudían y silbaban, felices de que la familia estuviera por fin completa.

Para ella también fue un alivio que estuvieran todos allí, dispuestos a ayudarla, porque, a diferencia de ellos, no se sentía completa en absoluto; al contrario, sentía el vacío de no poder compartir aquel momento con Nicola, de no poder contarle ya sus días y sus mañanas, de irse a dormir con la certeza de despertarse sin él.

—Te he echado de menos, —le susurró Fabrizio mientras la dejaba en el suelo—. Edo se volvía loco sin ti. Me alegro de que estés aquí de nuevo.

Ella le sonrió, no podía hacer otra cosa, y ocultó las razones por las que, en cambio, no estaba nada contenta.

—Vamos a patearles el culo a Vittorio y Devin, —sugirió. Y lo hicieron, y estuvo bien, pero ni siquiera eso fue suficiente.

—No tenías por que acompañarme, —le dijo a Fabrizio al salir del coche una hora después de su aplastante victoria en el Círculo.

Él la había seguido en su Audi deportivo hasta el final de la calle y ya la esperaba en la acera.

—Órdenes del jefe, —bromeó, refiriéndose a Edoardo, que se había quedado en el club para jugar al billar. Como rara vez lo hacía, y solo cuando estaba tenso, le habían dejado allí para que se desahogara y habían bajado las cortinas.

—Vete a casa y descansa. Mañana va a ser un día duro, —le aconsejó con una suave sonrisa, recordándole que dentro de doce horas necesitaría plena concentración en la cancha.

Desafiando todos los pronósticos de los apostantes más previsores, de hecho, Stars Roma y Olimpia Basket ya se habían enfrentado cuatro veces, con un balance de dos victorias y un empate. El desafío del día siguiente sería el decisivo.

Sin embargo, Fabrizio no parecía querer marcharse y la miró con ligera vergüenza.

—Gracias por volver a tiempo para mañana, —le dijo al fin.

Sacudió la cabeza.

—No lo he hecho por ti.

Lo sentía, pero era la verdad. Si no hubiera roto con Nicola, se habría presentado en el PalaTiziano y contemplado a los Stars desde lejos, sin acercarse a ninguno de ellos. Las circunstancias la habían llevado a casa de su hermano y estaba contenta de empezar a ponerse al día con él y sus amigos, pero en otra situación no habría dado el primer paso.

No importaba que hubieran tenido razón sobre Zanini. Habían sido vengativos e infantiles. Era algo que superaría, pero no olvidaría.

—Estás ahí, eso me basta, —concedió Fabrizio, que era más sensible que Edoardo y se sentía más cómodo con los sentimientos—. No habría sido justo afrontar la final sin ti. Llevas años dejándote la piel con nosotros.

¿Ah, sí?, pensó ella, sarcástica.

Ella se limitó a asentir, con la intención de no responder de forma que prolongara las tensiones innecesariamente.

—Vete a casa, campeón, —repitió ella, y luego se acercó y lo abrazó, dándole palmaditas en la espalda.

Fabrizio la abrazó un poco más.

—Eres como una hermana para mí, para todos nosotros, —le dijo al oído, abrazándola con fuerza—. No sé que ha hecho Nicola para estropearlo todo, y no sería sincero si no te dijera que me siento aliviado de que se haya acabado, pero siento verte tan triste.

Tragó saliva, parpadeando rápidamente.

—Se me pasará, —le aseguró ella, aunque los ojos se le pusieron vidriosos y la voz se le entrecortó.

Fabrizio le pellizcó la nariz.

—Tiene que pasar. No sé cuanto tiempo podré evitar que tu hermano lo machaque.

¡Hombres!

—Hasta mañana, Boschi, —atajó ella.

Intercambiaron un beso en la mejilla y luego él arrancó con un no tan discreto retumbar de su motor de trescientos caballos. Fanfarrón.

Ella se quedó mirándolo en la acera hasta que desapareció al doblar la esquina. Al fin y al cabo, ella también le quería.

Miró su reloj. Aún eran las ocho de la tarde.

Pensó en su piso vacío y el estómago se le apretó con pánico.

Intentaba mantenerse lo más alejada posible, pero esa noche no habría nadie disponible para hacerle compañía, y no siempre podía obligar a Roberta a quedarse con ella. Su amiga se estaba preparando para salir de fiesta.

Era una clubber hasta la médula.

En cuanto a ella, había llegado a la conclusión de que nunca más traería a nadie a su apartamento de dos habitaciones, no después de Nicola. Parecía verlo en todas partes. Tumbado

en el sofá mientras acariciaba a Maldición, estirado sobre las sábanas, o junto a la nevera mientras buscaba algo para untarle cuando se sentía especialmente hambrienta.

Dios, lo habían tenido todo: la complicidad, la diversión, la pasión... No había sido suficiente.

Sacó las llaves del bolso y miró el móvil. El número de llamadas perdidas había aumentado.

No se preguntaba por que Nicola seguía buscándola, tal vez para romper de una forma más civilizada, pero si él quería volver a conectar, temía que se uniera aún más a él y no tuviera otra salida.

Si cedía, no habría ni un momento de paz. Después de lo que había pasado, cada mensaje perdido se convertiría en una paranoia que la intranquilizaría.

No se fiaba de Nicola. Una disculpa y un par de cumplidos no habrían cambiado el estado de las cosas. Los problemas, las inseguridades y las dudas permanecerían en el rincón, creciendo como un tumor hasta que la metástasis infectara lo que había sido bueno entre ellos.

No, no respondería, no cuando se sentía tan vulnerable.

Se giró para llegar a su edificio y lo que vio le heló el corazón en el pecho.

—Nena...



Se había convertido en un acosador, y eso ni siquiera era lo peor que le había pasado en esos cinco días.

Según Wikipedia, la falta de sueño pronto le llevaría a la paranoia, síntomas disociativos, alteraciones cognitivas y alucinaciones. Algo duro y aterrador para alguien que, como él, ni siquiera se había resfriado nunca. Así que, en un momento dado, a medio camino entre una predicción inaceptable y una sentencia de muerte, había decidido cerrar la página de Internet y admitir que estaba enfermo.

Por eso estaba en Tor di Quinto, escondido detrás de un cubo de basura.

La única cura para ese dolor en el pecho, la única oportunidad de curarse vivía en el edificio de enfrente, y la necesitaba porque se estaba volviendo loco.

¿Cómo había acabado con el culo en una acera sucia la noche antes del partido de su vida?

Todo había empezado con una bofetada que había recibido por las razones correctas y había terminado con él estropeándolo todo por las razones equivocadas.

Había sido un gilipollas.

No se había dado cuenta enseguida, había ocurrido dos minutos después de que Cristina le dejara en medio del pasillo del pabellón deportivo. Había sido rápido, pero no lo suficiente: cuando llegó al aparcamiento, el coche de Cristina acababa de incorporarse al tráfico urbano y él la había perdido para siempre.

No, no para siempre.

Volvería con ella, aunque le cabreara, aunque tuviera que explicárselo todo, porque ella era quien era y a él le parecía bien. Parte de la razón por la que la adoraba, de hecho, era ese temperamento lleno de contradicciones, de inseguridades que quería proteger y de dulzura de la que se convertía en objeto cada vez que lograba protegerla.

Sí, tenía que convencerla de que volviera con él y luego encontrar la manera de no meter la pata, como encerrarla en su habitación y hacerle el amor a todas horas para evitar que se diera cuenta de que era un estúpido y un egoísta que merecía más de lo que él podía ofrecerle.

Cristina le había hecho daño al no presentarse en el partido, pero él había cometido un error aún mayor porque no le había dado la oportunidad de explicarse y, lo que era peor, había querido

hacerle daño.

Había sido consciente en todo momento de sus actos, de sus *palabras*, y sin embargo no había tenido reparos en tachar de inútiles y equivocados los dos meses más bonitos de su vida para romperle el corazón.

Había pronunciado la única mentira que estaba seguro de que Cristina creería sin pestañear.

Mierda, si hubiera alguna posibilidad de alcanzarle, se habría pateado el culo.

Estaba tan concentrado en compadecerse de sí mismo que no reparó inmediatamente en los dos coches aparcados al otro lado de la calle.

Cristina salió de su Ypsilon, pero no estaba sola: con ella iba Fabrizio Boschi.

Su visión se oscureció y el pecho empezó a arderle. ¿Qué estaba haciendo con su Cristina?

¡No la toques, joder!, gritó en su mente. Pero no tenía superpoderes, así que el gilipollas no le oyó y cogió a su mujer en brazos. No lo hizo de forma normal, como un apretón fraternal, no. Simplemente la levantó y la apretó contra él sin dejar de hablarle al oído.

El fuego se expandió en su estómago y se extendió a todos los putos órganos.

¡Lo mataré, lo mataré!

Estaba a punto de cruzar corriendo la calle, pero se detuvo justo a tiempo. Fabrizio había liberado a Cristina de sus garras.

Con el estómago revuelto, observó su despedida y no perdió la cabeza solo porque el beso en su mejilla había parecido tierno y carente de malicia. No habría una segunda vez, se prometió. De Santis era suya.

Ya era hora de que Edoardo y sus amigos lo entendieran, pero antes tenía otra misión: convencer a Cristina de que él era el hombre adecuado para ella.

Apartó los ojos del TT de Fabrizio y contempló a la hermosa muchacha de pie en la acera frente a él.

Intentó moverse pero, joder, estaba paralizado. Y tenía sed, tanta sed de ella que mirarla no le saciaba, toda una vida no sería suficiente.

Buscó sus ojos, su boca, deslizó su mirada por su cuerpo modelado, y quedó embelesado, y poco a poco fue muriendo. Cinco metros los separaban, y él no podía soportarlos.

Cristina parecía perdida en sus pensamientos, y esperaba que fueran sobre él, que no le hubiera olvidado.

La vio sacar el móvil del bolso.

Dieciséis llamadas perdidas, lo supo incluso antes de que ella deslizara la pantalla para desbloquearlo y comprobarlo.

Las recordaba todas. Veinte timbres antes de que cada llamada saltara al buzón de voz. Y recordó que no quería empezar el decimoséptimo intento; era supersticioso y ese número daba mala suerte. Así que se había montado en su Ducati, había recorrido los cuarenta kilómetros hasta su dirección y, tras asegurarse de que no estaba en casa, había esperado a que regresara.

¿Había dicho ya que era un acosador? Bueno, no podía avergonzarse de ello, ni sentir otra cosa que la sensación de pérdida que le desgarraba los sentidos.

Se movió, haciendo un amplio círculo para ponerse detrás de ella. Si hubiera caminado hacia ella, habría perdido el efecto sorpresa y ella habría tenido tiempo de girarse y huir, sin darle la oportunidad de explicarse.

No le quitó los ojos de encima. Cruzar a ciegas era peligroso, y había muchas posibilidades de ser atropellado, pero no importaba. La vio sacudir la cabeza y respirar con dificultad, los párpados apretados, los labios curvados hacia abajo en una mueca triste.

Sufría.

Era una buena señal, era una jodida señal de que no le había olvidado, pero también de que él la había destruido.

A pesar de las amenazas, Cristina nunca había puesto fin a su historia. Nicola, que ni siquiera se había planteado la idea, lo había hecho de una forma que parecía definitiva.

Ella no podía saber que durante su última discusión él no había estado lúcido, aún tenía resaca, la certeza de que se había portado mal en la discoteca y la rabia por no haber conseguido lo que quería durante la semifinal: su mujer en la grada animándole e inflándole el ego con sus ánimos.

Creyó que tenía tiempo para calmarse, pero entonces ella irrumpió en el entrenamiento con su falda negra hasta la rodilla, la blusa blanca abotonada justo por encima del hueco entre sus pechos turgentes, la chaqueta ceñida resaltando su delgada cintura. Era su sobrio y sencillo uniforme de trabajo, pero Cristina parecía una diosa, hermosa y con clase, con un maquillaje sofisticado y el pelo liso recogido en un ovillo.

La había encontrado frente a él en todo su esplendor, recordándole lo que era y por que no podía apartar sus manos de ella, y sobre todo, mostrándole lo que ella le había privado el día anterior.

La furia había estallado y él se había desquitado con ella.

En lugar de decirle lo que realmente había entendido durante los tiempos muertos en los que había inspeccionado las gradas en busca de su sonrisa, le había escupido su decepción y había conseguido alejarla para siempre. El mismo hombre que no podía vivir sin ella ni un solo día, ni siquiera el espacio de un partido.

Consiguió llegar, sin que nadie se diera cuenta, a la entrada del edificio.

—Nena..., —gimió, cuando ella se volvió hacia él.

Los ojos angustiados de Cristina lo aniquilaron.

—Zanini, —resopló ella en respuesta, sin aliento. Pero demasiado pronto el desconcierto desapareció, dando paso a una rabia fría y escalofriante.

Fue una puñalada.

—No tenías que haber venido aquí, —le atacó de inmediato, demostrando que era mejor que él, tan buena que encontró el valor para atacarle cuando Nicola, por primera vez en su propia vida, se quedó sin palabras.

—Llevo días intentando ponerte en contacto contigo.

Doce, para ser exactos.

Por la mirada que recibió como respuesta se dio cuenta de que no era la frase más brillante que se le podía ocurrir después de romperle el corazón. Es más, no añadía nada a lo que el registro de llamadas podría haber atestiguado.

—¿No has deducido por la falta de respuesta que no quiero saber nada de ti?, —replicó ella bruscamente, dándole la espalda para alcanzar la puerta.

¡Mierda!

Se puso delante de ella para impedir que escapara.

Cristina dio un paso atrás, sin atreverse a tocarle.

Aquello... dolía. Dolía como el demonio.

—La semana pasada me pasé, —admitió—. Pero joder, ¿podrías haber contestado a las llamadas o a los mensajes!

—No los leí.

Se mordió la lengua para no recriminar. Cristina se lo pondría difícil, y esta vez el acoso serviría de poco.

—Nena, ¿por qué no lo hablamos? —Alargó una mano para tocarla, pero volvió a caer entre ellos sin alcanzarla. Ella se había encogido de hombros. Otra vez.

¿Qué coño...?

—Cri... —Se pasó una mano por la cara—. Pensé que estabas enfadada, no pensé que la idea de ser tocada por mí te disgustara.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos, revelando demasiado de su disgusto.

—Por favor, vete, —le suplicó con voz quebrada.

Él no quería ceder, intuyó, pero comprendería que no tenía elección. Ella no le daría elección.

—No puedo. Estar lejos de ti me está matando, —le confesó—. No me iré de aquí hasta que todo esté aclarado.

—No hay nada que aclarar. No quiero una relación que me haga sufrir. No quiero preguntarme a quien se folla mi hombre cada vez que no contesta a un mensaje o a una llamada. A mí me parece que está todo clarísimo, ¿no?

No, en absoluto. Y una vez más ella le estaba juzgando en base a un estilo de vida que ya no le pertenecía.

—¡Déjate de tonterías, Cristina!, —soltó, impaciente y ofendido—. Intenté demostrarte de todas las maneras lo mucho que me importabas tú, nosotros.

Ella negó con la cabeza.

—Dijiste que no era la mujer que creías que era, —le recordó—. Bueno, tú, en cambio, eres exactamente como te describen los demás. Edoardo siempre ha tenido razón sobre ti.

La furia oscureció su visión. ¿Había ocurrido eso en los últimos cinco días? ¿Había permitido que Edoardo volviera a lavarle el cerebro?

—No me echas en cara esas palabras. Estaba cansado, nervioso, y la mujer que hubiera querido a mi lado en uno de los momentos más difíciles de mi carrera ni siquiera me había enviado un mensaje para asegurarse de que todo iba bien, para felicitarme.

Cristina puso cara de sorpresa, es más, de asombro.

—¿Así es como quieres jugar? ¿Ahora es culpa mía?, —le atacó, furiosa.

—Creí que por fin había encontrado a la mujer capaz de entender mi vida, los ritmos absurdos de mi entrenamiento, la mujer que estaría a mi lado sin reprocharme mi dedicación al trabajo. En cambio, a la menor presión, desapareciste. ¿Cómo crees que me sentí?, —continuó.

Cristina le miró como si estuviera loco.

—No puedo creerlo, —murmuró—. Vete, Nicola. No tenemos nada más que decirnos.

Esta vez fue ella quien le tocó: le empujó con fuerza y echó a correr hacia la entrada del edificio.

Él anuló la distancia de una zancada, empujándola contra el umbral.

—No tan rápido, —siseó él, aplastándola contra la estructura de cristal y hierro. Cristina inhaló violentamente en cuanto sus cuerpos entraron en contacto.

¿Podía sentirlo? ¿Podía sentir lo perfecto que era?

—Nico..., —jadeó sin aliento. La había dejado boquiabierta con aquel placaje.

Bien, entonces le escucharía.

—Nena, esta discusión puede acabar de dos maneras, —gruñó—. Podemos quedarnos aquí, en esta posición, y tener esta discusión hasta que alguien nos vea y llame a la policía para que me

arresten. O podemos subir a tu piso y que me expliques por que me miras como si hubiera perdido la cabeza.

El cuerpo de Cristina se estremeció por un escalofrío. Le acarició los brazos desnudos para apaciguarla, luego hundió la nariz en su pelo e inhaló su perfume.

Dios, ¡cómo la había echado de menos!

—No me pongas a prueba, Cristina, —respiró cerca de su oído, previniendo una posible protesta.

Aquellas palabras provocaron un gemido bajo.

—Nicola no...

Apretó más el agarre, presionándola aún más contra el cristal de la puerta.

—Ya me conoces, nena.

No tan bien como le hubiera gustado, pero lo suficiente como para saber que cuando tenía algo en el corazón nunca lo soltaba.

—Vale. Lo haremos a tu manera y después saldrás de mi vida para siempre, —declaró al cabo de unos segundos.

Ocultó una sonrisa en aquellos mechones de seda y se apartó lo justo para permitirle introducir la llave en el ojo de la cerradura.

Subieron las escaleras en silencio, ella delante y Nicola justo detrás, para no perderla de vista ni dejarle demasiado espacio. No se fiaba de su descarado control.

Llegaron a la puerta después de lo que pareció un tiempo interminable y la tensión a punto de estallar. Ella no se había vuelto hacia él ni una sola vez. Le había precedido más altiva que nunca, con la cabeza bien alta y los hombros rectos como si estuviera preparada para la guerra.

—Cierra la puerta, —le ordenó, tras abrirla y entrar en la casa.

Aquella calma, el tono frío... no presagiaban nada bueno.

—Mírame, Cristina, —le pidió él, en cuanto estuvo dentro del apartamento de dos habitaciones, mientras ella encendía las luces—. Cri...

—Yo no dicto las normas en mi casa, —fue el siseo que obtuvo como respuesta, entonces Cristina se giró para mirarle.

La vulnerabilidad había desaparecido. Había un matiz de acero en sus iris claros.

—Nunca pensé que nuestra historia fuera un error, —le aseguró él, yendo directamente al grano.

Los puños de Cristina se cerraron en un reflejo inconsciente. Bien, no estaba tan tranquila como quería hacerle creer.

—Pero tenías razón, —declaró con la barbilla levantada en señal de desafío—. No quería verlo, pero tenías razón.

¡Ni de coña!

Eran perfectos juntos, solo tenían que encontrar la manera de que funcionara.

—Sabes que eso no es verdad.

—No puedo darte lo que quieres, ¿verdad?, —le preguntó ella, sarcástica—. Espera, ¿qué más dijiste? Ah, sí. Estás cansado de mí.

Apretó las mandíbulas. Cristina había elaborado una lista de obstáculos en el camino hacia su reconciliación. Y era él quien le había proporcionado esas coartadas.

—Estaba cabreado. Mis palabras... eran todas mentira.

Cristina le dedicó una sonrisa burlona.

—Menos cháchara, ¿qué te queda?

Dios, ¿en serio? Quería convertir aquella aclaración en una masacre.

—Se me fue la olla y dije cosas que no debería haber dicho. Pero joder, Cri, ¿conocías a mi equipo!, —tronó—. Te llevé a nuestros entrenamientos, te presenté a mis amigos, que son mi segunda familia. Contribuiste con tus consejos a nuestra victoria. Te esperé, e incluso mis compañeros de equipo se morían de ganas de que estuvieras orgullosa de ellos. ¿Y después? No viniste al partido y ni siquiera me mandaste un mensaje. ¿De verdad crees que no tenía motivos para estar enfadado contigo?

Aquellas palabras parecieron golpearla de verdad: jadeó como si acabaran de apuñalarla.

—¿Eso me justifica?, —continuó Nicola, ahora que tenía su atención—. ¡Joder, no! No debería haberte echado así y no debería haber usado esas frases. Pero cuando estoy tan enfadado como el lunes por algo que hiciste, sufres las consecuencias.

Cristina le miró de una forma extraña. Sus ojos estaban en blanco, atónitos.

—Eso no significa que vaya a hacerte daño. Ya no, no como la última vez. Y tienes que creerlo, tienes que creer que puedo tratarte mejor de lo que lo hice y que acudas a mí. No puedo dejarte con una sonrisa en los labios, esperar tenerte a ti, mi mujer, a mi lado, y luego asumir tu ausencia.

Cogió aire, esforzándose por leer un atisbo de comprensión en la expresión de Cristina.

No había nada, ni siquiera rabia. Solo una palidez alarmada.

—Cristina dime que lo entiendes, —le pidió, acercándose a ella con calma, para no sobresaltarla y arriesgarse a ser rechazado una vez más—. Ya te lo dije una vez y no me creíste. Te quiero en mi vida y no terminará mañana ni dentro de un mes. Si las cosas van como espero, nunca te marcharás. Pero necesito que entiendas que no puedes excluirme. ¿Lo tienes claro, nena?

Cristina bajó la cabeza.

Se le apretó el corazón. No quería que se sintiera culpable, ése no era su propósito.

—Cri...

—Está todo claro, —le respondió ella, su voz era poco más que un susurro.

Exhaló un suspiro de alivio.

—Bien. Ahora, ven aquí y dame un abrazo.

—No.

—¿Por qué?, —estalló él, haciendo una mueca de dolor.

Cristina levantó la cara y le miró fijamente. Parecía cansada y disgustada. Más disgustada de lo que él la había visto nunca.

—Nena...

—No me lo preguntaste, —le interrumpió ella.

—¿El qué?

Cristina tragó saliva como si se estuviera tragando un sollozo, pero no había lágrimas en sus ojos.

—No me lo preguntaste, —reiteró.

—¿Qué debería haberte preguntado?

—Dormiste en mi cama y... no mencionaste el partido.

Que coño...

—¿Me estás tomando el puto pelo?, —soltó impulsivamente, con la voz demasiado alta, burlona—. ¿Necesitabas una puta invitación?

Se dio cuenta de que se había equivocado al atacarla así en cuanto Cristina le dio la espalda

para ocultar su mortificación.

—¡Dios mío, otra vez no!, —se quejó, furioso consigo mismo por su incapacidad para controlarse. Era un gilipollas.

Le puso las manos en los hombros para inducirla a darse la vuelta.

—Lo siento...

No terminó la frase. Cristina se escurrió entre sus brazos con un sollozo angustiado, refugiándose contra la pared.

—¡No digas eso!

—No era mi intención...

—¡Deja de disculparte! —Esta vez el tono era aún más alto, más atormentado.

—Cristina, cálmate, —insinuó, avanzando un paso en su dirección, pero consiguiendo que se deslizara aún más por la pared—. No pretendía disgustarte...

—¡He dicho basta!, —chilló ella—. ¡No más disculpas por cosas que no has hecho!

—Cristina, nena...

—No sé como tratar contigo, —exclamó—. No sé como hacer lo correcto.

Lágrimas de frustración empezaron a surcar sus mejillas.

¿Qué estaba pasando?

Él se le acercó. Ella levantó una mano para bloquearlo.

—Aléjate de mí, —le ordenó—. ¡Me haces daño!

—Son palabras de Edoardo. ¡Esta no eres tú!, —gritó él también, sin aceptar aquella frase, sin entender por que.

—Eres tóxico, —gimió Cristina—. Lo has sido desde el primer momento. —Con las palmas abiertas se limpió las mejillas, pero no pudo. Sus manos oscilaban demasiado—. Vete, por favor.

Necesitó todo su valor para resistirse a aquella súplica, el dolor goteaba de su voz incluso antes que sus lágrimas.

—Cuéntame lo que ha pasado. Esta vez te escucharé, te lo juro. —Empezó a sospechar que había algo más detrás de la débil defensa de Cristina de su ausencia en el partido.

El gesto de negación fue tajante.

—Es demasiado tarde.

—No es tarde. Nunca será tarde para nosotros.

Cristina se tapó los oídos con las manos para no oírle.

—¡Vete... vete, he dicho!

La agarró de los brazos y la empujó suavemente hacia abajo.

—Dime por que no estabas en el polideportivo, —la animó, modulando la voz hacia una nota tranquilizadora. Pero no estaba tranquilo, en absoluto. Un peso descansaba sobre su pecho junto con el miedo a perderla de verdad. Hasta ese momento nunca había dudado de su propia capacidad para recuperarla.

—No quiero esto en mi vida. No lo quiero, —siguió susurrando Cristina, con la voz distorsionada por el llanto, hablando consigo misma—. Duele demasiado.

Se le partía el corazón y él no sabía por que, pero la comprendía. Sentía su propio latido en el pecho.

—La vida no es fácil, Cristina, pero podemos afrontarla juntos.

Aquel aliento encendió sus iris con una ira que lo incineró.

—¿Qué sabes tú de mi vida? ¡Cómo puedes saber lo que es no tener fuerzas ni para salir de la cama!

La acusación fue tan furibunda que retrocedió, golpeado por tanta vehemencia como una bofetada.

—Entras en mi puta vida y te crees que tienes todas las putas respuestas, —continuó, ajena a lo alterado que estaba por la furia de ella. “Confía en mí, Cristina.” “No te haré daño, Cristina.” “Nena, no te pongas como una loca”, —le imitó, repitiendo las frases que él había pronunciado a menudo para apoyarla. Pero la imitación no era simpática ni generosa, sino desagradable. Hablaba de un resentimiento contra él que nunca había sospechado.

—Nunca hice nada para hacerte daño, —juró, con voz ronca. El dolor le bloqueaba la lengua.

—Me matabas cada vez que decías cosas así, y te odio por ello. ¡Te odio!, —gritó, y parecía decirlo en serio, incluso mientras las lágrimas de desesperación contaban la historia de una mujer herida que intentaba defenderse con todas sus fuerzas.

—No lo dices en serio.

—Me hiciste tener esperanzas, —le acusó ella, ahora fuera de sí—. Yo no espero, Nico. ¡No sueño!

—Cri...

—¿Sabes cómo acabó la última vez?, —le retó ella.

Él negó con la cabeza. Solo había recibido de ella promesas de mayor intimidad que nunca habían llegado. En muchos sentidos, solo habían intimado bajo las sábanas.

—Acabó conmigo paralizada durante un año en una cama. Con mi madre anulándose para asistirme y mi padre entrando en mi habitación solo por la noche, porque durante el día no podía mirarme a los ojos y contener mi sufrimiento.

Se pasó una mano por la cara para ocultar una oleada de pena porque Cristina no le perdonara. Pero le dolía por ella, por su familia, por sí mismo.

La posibilidad de que un accidente acabara con su carrera siempre había funcionado como un saco que le impedía cometer imprudencias. Nunca le había ocurrido nada, pero solo imaginarlo le estremecía hasta la médula. La idea de que fuera Cristina quien se había enfrentado a él le destrozó.

—Nena..., —empezó, pero se le había acabado el tiempo.

Cristina era un río desbordado.

—Edoardo suspendió por faltas de asistencia, pero nadie podría haberlo sacado de mi habitación, ni el colegio ni los entrenamientos. ¡Sacrificó un año de su vida y yo ni siquiera era capaz de entender lo que estaba pasando!, —exclamó, con la voz grave por los años de frustración impotente—. Oxiconona, codeína, fluoxetina, citalopram, diazepam, —enumeró, contando con sus dedos temblorosos los nombres de lo que debían de ser principios activos. Una lista que le vino a la mente muchas veces, demasiadas, a juzgar por la forma en que la pronunciaba, como si fuera un mantra, una fórmula mágica—. Estaba tan adormecida por los analgésicos y los psicofármacos que no distinguía el sueño de la vigilia.

La culpa amenazaba con comérselo vivo.

¿Cómo podía haber sido tan superficial como para no darse cuenta de que tenía que haber algo grande detrás de sus incertidumbres?

—No me quejaba, —continuó Cristina, y de repente su mirada se quedó en blanco. Le miraba sin verle.

—¡Cristina!, —la llamó, alarmado.

—No me quejaba, —repitió ella, con un tono frío, casi metálico—. Básicamente, solo quería dormir... solo dormir. Dormir para siempre.

—¿Qué...?, —se le quebró la voz—. ¿Qué hiciste?, —le preguntó él, conmovido por un presentimiento insoportable, intolerable, aniquilador.

—No soy fuerte, —fue la respuesta, lanzada con sencillez, como para aclararlo todo. Y lo hacía, y al mismo tiempo no explicaba nada. La implicación era enorme, tan aterradora que Nicola no podía definirla ni metabolizarla.

Se acercó a ella y le apretó las palmas de las manos a los lados del cuello. Se dio cuenta de que estaba temblando. Sus manos, que eran su herramienta de trabajo, el don que había dado sentido a su existencia, reflejaban el dolor que le desgarraba el corazón.

—Amor, ¿qué hiciste?, —volvió a preguntarle.

Cristina jadeó, despertando de su aturdimiento, y, en cuanto se dio cuenta de su proximidad, retrocedió con un silbido horrorizado.

—¡No lo sé!, —gritó, llevándose una mano a la garganta, sobre la suave piel que había acariciado un momento antes. ¿Intentaba desterrar el recuerdo de sus caricias? —No sé lo que hice. Estaba tan aturdida que no me acuerdo. En un momento estaba dormida y al siguiente estaba en la ambulancia y mi hermano..., —jadeó—. Mi hermano lloraba porque..., —replicó, pero no pudo. Aspiró aire y se ahogó.

—¡Ya basta, nena!, —le ordenó él, con el pánico oscureciéndole la vista—. Por favor, Cri...

—Edoardo quería..., —reanudó, luchando contra sus demonios y vencidos—. Él quería hacerme vomitar, pero no sabía si podría ponerme de lado y meterme dos dedos en la garganta sin romperme la espalda. Al final me salvó la vida, arriesgándose a relegarme a una silla de ruedas para siempre.

Nicola no pudo resistirse más. La atrajo hacia sí, sordo a sus protestas e inmune a sus intentos de forcejear.

—¡Dios, no!, —solo pudo susurrarle en el pelo, aniquilado por la idea de que la mujer más importante de su vida había sobrevivido a un intento de suicidio, a un sufrimiento tan grande que la había llevado un paso más cerca de renunciar a la vida.

Cerró los ojos, absorbiendo los puños de Cristina, sus súplicas de que se alejara. Sus lágrimas.

—No me rechaces ahora, —le suplicó, intentando contener la emoción. La necesitaba, el consuelo de su cuerpo cálido y palpitante entre sus brazos. Se sentía indefenso e impotente, como debió de sentirse su hermano años atrás.

—Suéltame, —le ordenó Cristina, pero sus intentos de liberarse eran ahora débiles y se aferró a él inconscientemente.

—Nunca, —le susurró al oído. La apretó con más fuerza, apreciando con cada fibra de su ser un contacto que ya no daría por sentado.

—¡No quiero esto!, —protestó Cristina, mortificada, demasiado orgullosa para aceptar lo que para ella debía de ser lástima, pero que él definía con palabras que nunca había pronunciado ni sentido en su interior.

Pero la respetaba demasiado como para causarle más vergüenza injustificada. La soltó en cuanto su respiración entrecortada se calmó y su cuerpo se endureció, recuperando las fuerzas agotadas por el llanto.

Buscó sus ojos enrojecidos y los encontró serios de resentimiento.

—No vuelvas a intentarlo, —gruñó Cristina, asestándole otro golpe verbal.

—Cri...

—No me toques, —reiteró ella, bloqueando su protesta—. No has oído toda la historia. Te

irás, créeme, lo harás.

¿Qué coño estaba diciendo?

—¿Quieres hacerme daño?, —le preguntó, reconociendo en esa frase un lema típico de su historia. El ataque y la posterior huida, cronometrada por miedo a quedarse a esperar la reacción del otro—. Continúa, —la retó, comprendiendo que necesitaba contarle y desahogarse, arremeter contra alguien, pero al mismo tiempo seguro de que nada le apartaría de su vida. Estaba más decidido que nunca a echar raíces allí.

Cristina levantó la barbilla en grotesco desafío, comparado con la humedad salada de las lágrimas que aún mojaban su rostro.

—La cagué, pero me recuperé. Y mi vida es una mierda, pero me levanto por la mañana, le doy de comer al gato y salgo adelante. Tengo a los Stars y no soy feliz, pero no pasa nada. Ya no quiero dormir.

El orgullo crecía en su interior junto con el sufrimiento.

Cristina tuvo que leerle los pensamientos en la cara porque apretó los puños y dijo:

—Entonces llegaste tú, lleno de arrogancia, a decirme que me conformaba, que podía tener más, que podía tenerte a ti.

—Me tienes a mí. Desde el primer momento.

Sacudió la cabeza.

—Me hiciste tener esperanza, Nicola, y cuanto más esperaba más miedo tenía, —admitió—. Fui contra mí misma, contra mi hermano, contra los prejuicios de mis amigos, pero sobre todo contra el terror de no poder soportar otro fracaso.

Toda su historia cobraba sentido, todas las piezas del rompecabezas encajaban. La razón de su retirada justo después de un atisbo de vulnerabilidad, de esos en los que la máscara se derrumbaba y mostraba su anhelo por él, se hizo clara y terrible. Ya no confiaba en sí misma. Y se equivocaba.

—Ya no eres esa chica, Cristina.

—¡¿Qué sabrás tú?!, —chilló.

—No estás dormida. Ahora estás despierta. —Despierta, dolorida y viva. Más fuerte y decidida que nadie que conociera. Había pasado por un infierno y estaba allí para contarle con un coraje que decía muchas cosas de su carácter, y todas ellas hermosas—. Despierta, —chilló.

Cristina bajó la cara y sus hombros se estremecieron con un sollozo silencioso. La vio replegarse sobre sí misma. Estaba a su lado antes de que pudiera desplomarse y la cogió en brazos. Se deslizó con ella hasta el suelo, con cuidado de que sus rodillas no golpearan el suelo.

—Shh, —le susurró al oído, acunándola mientras toda la tensión estallaba en un ataque de sollozos.

Los dedos nerviosos de Cristina arañaron su camisa, ahora llorosa, retorciéndola.

Enterró la nariz en su pelo, murmurando tonterías. Sintió que le escocían los ojos, pero no se permitió ceder a sus emociones. Tenía que ser fuerte por ella, luego se lamería en secreto sus propias heridas.

—Si me lo hubieras contado todo... —susurró, besándole la sien en cuanto se calmó.

—Te habrías apiadado de mí. No quiero tu puta compasión.

Le cogió la cara entre las palmas de las manos, apartándola unos centímetros de él.

—Te habría entendido. Habría tenido más cuidado. Déjame estar a tu lado, —le pidió, apartando con los pulgares las marcas de su tormento.

Cri cerró los ojos, entregándose a sus caricias. Duró demasiado poco.

—No, —resopló. No parecía convencida, pero tampoco estaba dispuesta a rendirse a él.

—No te echas atrás, —le suplicó él—. Estás preparada, Cristina, y yo sabré estar a tu lado, te lo prometo. No puedes rendirte ahora. —*No puedes abandonarme.*

Aquellas frases, que pretendían ser una exhortación, provocaron una explosión de rabia incontrolable.

Cristina le empujó y se levantó bruscamente, yendo a golpear con la cadera el borde de la mesa cercana.

—¡No eres mi puto psicólogo!, —gritó, impaciente ante cualquier intención de consuelo.

—¡Soy tu hombre!, —le gritó él, levantándose del suelo—. No luches contra mí. ¡No soy tu enemigo!

—¡Nunca he luchado contigo!, —aclaró Cristina, con el tono alterado. Se sujetaba el costado, pero la furia era tal que no sentía conscientemente el dolor físico—. He estado luchando contra mí misma todo el tiempo, —declaró, golpeándose el pecho—. ¿Sabes lo que se siente? Encuentras al hombre perfecto, el hombre que te hace feliz con solo sonreírte. Lo sientes como un milagro y quieres hacer lo correcto, pero no confías en tus reacciones y vives con la angustia de cometer un paso en falso. No quieres perderlo y no sabes como reaccionarías si ocurriera.

—Nena..., —susurró él, conmovido y animado por aquella confesión que barría toda duda, todo temor a ser el único en aquella historia—. Deberías habérmelo contado. No me habrías perdido.

—No te conocía. No es una buena historia para contársela a alguien que te importa y esperar que no se asuste. Yo... —Cerró los ojos un momento, preparándose—. No quería que tuvieras miedo de ser tú mismo porque soy frágil. Quería sentirme normal y la idea de que lo descubrieras todo y me dejaras o cambiaras de actitud me quitaba el aire.

¿Cuánto dolor le había causado?, se preguntó consternado. Mientras Cristina intentaba tímidamente abrirse, él la había presionado constantemente, arriesgándose a arruinarlo todo, a acabar destruyéndolo todo. Le había exigido más y más, sin conformarse con nada que no fuera la máxima devoción y, al actuar así, había aumentado su sensación de incapacidad por no ser capaz de darle en poco tiempo lo que él exigía con un egoísmo inaudito.

—Jamás te habría abandonado, Cristina, —solo pudo decir eso en su defensa.

—Lo hiciste el lunes —fue la inmediata y punzante respuesta—. Pero todo fue culpa mía, —continuó ella—. No me habías invitado al partido y pensé que querías ponerme a prueba. La noche anterior me habías pedido que confiara en ti. Intenté respetar tu espacio para demostrarte que podía acabar con el drama porque creía en ti. Pero volví a equivocarme. No me di cuenta de lo importante que considerabas tenerme a tu lado. Te lo dije, no soy capaz de hacer lo correcto. Soy un d-desastre. —Su voz se entrecortó en un tartamudeo sintomático de arrepentimiento y malestar.

Nicola no respiraba. El aire había escapado de sus malditos pulmones, ahora tan pesados como si estuvieran llenos de plomo.

¿Era por eso por lo que no había ido al pabellón de deportes? ¿Había intentado demostrarle su confianza?

La vergüenza le oprimió la garganta.

Deseó poder ocultar la forma en que le había pagado, humillándola con aquellos vídeos delante de todo el mundo, delante de su hermano y de gente que no esperaba otra cosa para llamarle superficial y a ella tonta y crédula.

No había tocado ni a una sola de las chicas con las que se había exhibido, pero lo habrían

supuesto y se habrían burlado de Cristina por ello. Y era peor: mientras él había estado buscando venganza, ella... ella todo el tiempo solo había estado intentando demostrarle su compromiso de construir una relación más sólida.

—¡Joder!, —maldijo, sin saber por donde empezar a disculparse.

—Me equivoqué, —reiteró Cristina, matándolo con esa culpa infundada.

—No, tú...

—Y ese no fue el primer error. El mayor lo cometí cuando te dejé entrar aquí, —sentenció señalándose el corazón.

La inquietud invadió sus miembros.

—No digas eso Cristina, —le advirtió, con la voz quebrada por el pánico.

—Quise creer que, cuando toda esta mierda saliera a la superficie, tú la aguantarías, que eras el hombre adecuado para mí. Me lo dijiste y te creí.

—Lo soy, Cristina, —afirmó con vehemencia—. Nada me hará cambiar de opinión. Me enamoré de ti en aquel pasillo, después de aquella bofetada, cuando ni siquiera sabía tu nombre.

Los ojos de Cristina, celestes y líquidos por las lágrimas, se abrieron de par en par, conmocionados.

—No, n-no, —balbuceó, aterrorizada.

—Me enamoré de ti y no he dejado de enamorarme más cada día desde entonces, locamente, como un loco.

—Cállate.

—Ya no eres esa chica, ya no estás dormida y ya no tienes miedo. Eso crees, pero no lo eres. Has aguantado que tu hermano y tus amigos se fueran, has aguantado toda mi mierda y has sobrevivido a estos días en los que apenas podía respirar.

—¡Basta!, —gritó Cristina, tapándose los oídos con las manos.

—Eres más fuerte de lo que crees y por eso te quie...

—¡Cállate!, —chilló ella, cogiendo un recipiente de la encimera y lanzándoselo, pero fallando por un amplio margen.

El cristal se hizo añicos al contacto con el suelo, produciendo un ruido ensordecedor, la sal se esparció por las baldosas cubriendo de la vista los afilados fragmentos.

—¡Cristina!

Intentó anular el espacio que los separaba, preocupado de que pudiera hacerse daño, pero ella se refugió en la esquina opuesta de la cocina.

—¡Fuera de mi casa! —Agarró otro recipiente—. ¡Ahora! He dicho que ahora!

—¡Basta, Cristina!, —le suplicó.

—¡No quiero tu compasión!

Ella no había entendido nada. Lo que él sentía no tenía nada que ver con la lástima.

—¡Vete!, —chilló ella, lanzando un plato—. ¡Ahora!, —volvió a chillar, sobreponiéndose al estruendo de la cerámica hecha añicos.

Nicola no sabía como actuar. Cristina gritaba mucho y las paredes de aquel piso eran demasiado finas para no atraer la atención de los vecinos. El estruendo causado por el lanzamiento de la vajilla habría presagiado lo peor. Y lo que era más importante, Cristina estaba fuera de sí y corría el riesgo de hacerse daño accidentalmente.

—De acuerdo, —le dijo, hablando en voz baja para tranquilizarla—. Si eso es lo que quieres, me iré.

—¡Fuera!, —gimió Cri—. No quiero volver a verte. Vete, por favor, vete... ¡vete!, —sollozó

—. ¡Por favor!

Se sentía morir por dentro.

—Vale, —susurró con lágrimas en los ojos.

Era la única forma de evitar que se hiciera daño, se convenció a sí mismo, mientras salía de aquella casa, de la vida de Cristina, aunque cada célula de su cuerpo se resistiera, aunque previera que se arrepentiría para siempre.

Lo último que oyó, antes de desplomarse al otro lado de la puerta, fue el llanto inconsolable de Cristina.



—¡Oh, mierda!

El impropio ahogado sacó a Nicola de sus cavilaciones.

Levantó la cabeza, que sujetaba con fuerza entre las manos, y miró a la mujer que estaba de pie dos peldaños más abajo, en la escalera en la que llevaba años sentado.

Una rubia, lo bastante bajita como para parecer una adolescente, con dos trenzas a cada lado de la cabeza y un palo de piruleta sobresaliendo de sus labios.

—¿Roberta?, —preguntó, asombrado de poder hablar todavía.

¿Cuánto tiempo llevaba allí paralizado, sumido en el silencio, sordo a todo menos a los pensamientos que le atormentaban?

La muchacha asintió. Tenía los ojos muy abiertos, redondos como platos y de un tono avellana que tendía al amarillo. Parecía sorprendida.

—Y tú eres el señor Vikingo —comentó, con el tono crispado por la sorpresa.

Lo que la sorprendió no estaba claro para él. Desde luego no su presencia allí, ya que nada más salir del piso de Cristina había sido él quien había buscado su número a través de amigos comunes y la había llamado.

Le contestó con un gesto de asentimiento que pareció agotar sus fuerzas, luego cerró los ojos y volvió a esconder el rostro entre las manos.

No es que eso le aislara de su propio tormento, ¿verdad? Unos diez minutos antes, se había hecho ilusiones de que la oscuridad podría protegerle, pero no estaba funcionando.

La imagen de Cristina, desplomada entre fragmentos de cerámica, destrozada por el llanto, se repetía una y otra vez en su mente y le estaba llevando a la locura. Y no era solo eso lo que le torturaba, no. Se habían añadido nuevos fotogramas al muestrario, los de una joven atrapada en una cama, sin presencia de sí misma y con un inconsciente deseo de morir.

Inspiró, tratando de meter aire en sus pulmones, aunque su garganta apretada en un nudo le impedía el paso.

—Jesús, estás hecho una mierda, —observó Roberta—. No esperaba encontrarte así. Ahora no pareces un guerrero de Dios.

Eso explicaba el asombro.

¿Tenía otras consideraciones más allá de lo obvio? No solo parecía una mierda. Una *avalancha* de mierda había descendido sobre él, abrumándolo, aplastándolo.

En la última media hora, mientras esperaba a Roberta, había pensado en como podrían haber ido las cosas si tan solo se hubiera hecho las preguntas correctas y no hubiera dado por sentada a Cristina.

También había pensado en como sería su vida en las próximas semanas, sin la oportunidad de ahogarse en los ojos celestes de su mujer, de hundirse en su cuerpo y embriagarse con su perfume.

La perspectiva le horrorizaba y le hacía desear no volver a subir aquellas malditas escaleras. Volver a casa significaba cortar lazos con el interludio más gratificante, excitante y hermoso de su vida.

Ya había terminado cuando la dejé sola.

—Hace rato que no oigo ningún ruido, —se obligó a decir, desviando la atención de Roberta de sí mismo hacia la persona que merecía más consideración.

La chica, sin embargo, no parecía dispuesta a pasar por encima de él para ir a preguntar por el estado de su mejor amiga. Siguió escrutándolo con la cabeza ladeada y los ojos entrecerrados como rendijas. Le hizo sentirse como un insecto puesto bajo una lupa. No le gustaba.

—Roberta..., —empezó, harto ya de aquel examen.

—Te lo ha contado todo, ¿verdad?, —le interrumpió ella, haciendo gala de una perspicacia que le asombró. ¿Cómo demonios se había dado cuenta? Solo le había dicho por teléfono que Cristina la necesitaba urgentemente.

—Sí —susurró, y se le quebró la voz. No tenía sentido mentir.

—¡Joder!, —maldijo Roberta. Lo había supuesto, pero en su cara se veía claramente que ni por un momento había creído posible que Cristina se lo hubiera confiado. Y, de hecho, no había sido así en absoluto.

Cristina se lo había contado todo solo para asustarle y echarle a patadas de su vida. Con toda probabilidad, ni siquiera había pensado en lo mucho que le destrozaría aquella historia, y eso era porque nunca antes le había confesado lo mucho que la quería. Era un gilipollas hecho y derecho.

Se frotó la cara y se armó de valor para darle a Roberta la información que le había ocultado por teléfono.

—Ella ha..., —se quedó sin aliento. La vergüenza de haber abandonado a Cristina le ahogó las cuerdas vocales.

—¿Qué ha hecho?, —le animó Roberta, sentada a su lado en los escalones.

¿Cómo podía estar tan tranquila? Empezó a pensar que había avisado a la persona equivocada.

—Su casa... es un desastre.

La chica cerró los ojos, chupando su Chupa Chups con más determinación.

¿Estaba loca o qué?

Después de un tiempo que pareció interminable, soltó el caramelo con un chasquido agudo.

—Si llamo a Edoardo, lo matará, —consideró para sí, hablando de él en tercera persona, como si no estuviera a su lado—. Y si Edo lo mata, Cristina me matará a mí. Claro que ahora no, pero cuando se le pase el cabreo. No, no puedo avisarle.

¡Dios, qué le importaba! Solo quería que alguien entrara en aquel puto apartamento y le asegurara que Cristina estaba bien, aunque ese alguien no acabara de romperle la nariz de un puñetazo.

—¡Llama a Edoardo!, —explotó—. ¡Llama a quien tenga las putas llaves de la casa!

Roberta jadeó, sorprendida por el tono de su voz. —Interesante, —resopló, en sus particulares ojos un tinte de admiración y respeto—. Después de todo, Odín eligió bien a su héroe.

—Necesito saber si está bien. ¡Ahora!, —gruñó, hirviendo de ira.

Nunca había sentido el impulso de levantarle las manos a una mujer, pero Roberta estaba prolongando su actitud. ¿Cómo podía perderse en charlas cuando conocía el pasado de Cri?

—Nicola, sabes que eso es exactamente lo que ella no querría que preguntaras, ¿verdad? Ni siquiera un jugador de baloncesto podría ser tan estúpido como para no haberlo entendido, —le reprendió en un tono todo azucarado que escondía una sugerencia nada trivial.

Cristina, recordó, se había vuelto loca cuando él había empezado a inquietarse y preocuparse, confundiendo su participación con lástima.

—Ya no sé nada, —murmuró con voz ronca. Le parecía que ni siquiera recordaba su propio nombre. Todos sus pensamientos giraban en torno a por que Cristina le había rechazado de aquella manera, y por que demonios de su casa no se filtraba ni el maullido del gato—. No me importa nada, solo como está ella.

Roberta le dedicó una sonrisa triste y, por primera vez desde que se había materializado ante él, pareció sincera, espontánea en su comprensión.

—Estará bien, señor Vikingo, —le aseguró—. Es fuerte.

—Lo sé, —replicó él. A pesar de todo, tenía fe en Cristina.

—No, no lo sabes. O al menos, no estás del todo seguro, —analizó Roberta, leyendo en él la verdad que le costaba admitir por miedo a reconocerse inseguro y vulnerable justo en el momento en que debería haber sido un apoyo para Cristina.

—No te atormentes también por esto, —le aconsejó Roberta, siguiendo la línea de sus pensamientos—. Estás disgustado y es normal.

Una desconocida acababa de consolarlo.

Era surrealista, pero necesitaba esas palabras y se aferró a ellas.

Confirmó la deducción de Roberta con un movimiento de cabeza. No podía hablar, apenas respiraba.

—Ahora déjame que te explique algo, —exclamó la chica en tono pensativo—. Cristina nunca ha tenido la oportunidad de probarse a sí misma su fuerza, por lo que no es consciente de ella. Ella no sabe que la posee, pero yo la veo, todos los días.

—De acuerdo, —respondió, esperando que fuera verdad.

Roberta suspiró y descendió hasta el último escalón, agachándose frente a él. Para no caerse, se aferró con las manos a sus rodillas.

—Mírame, Nicola, —le ordenó, exigiéndole que la mirara a los ojos—. Edo siempre la ha mantenido alejada de cualquier cosa que pudiera haberle hecho daño, sin darle la oportunidad de demostrarse a sí misma que lo que ocurrió hace años fue solo el resultado de un trauma, de su corta edad y de una terapia equivocada, —aclaró, añadiendo nuevos detalles a un cuadro ya demasiado vívido en su crueldad.

—¿Qué quieres decir?

—La llenaron de fármacos. Estaba triste y desanimada, aterrorizada, pero no deprimida. La drogaron durante meses y casi la perdemos antes de que se dieran cuenta de que la única medicina para ella sería el tiempo y unas cuantas charlas con un psicólogo.

Dios, aquella historia empeoraba con cada nuevo aporte.

Se pasó las manos por el pelo. Si seguía así, se quedaría calvo antes de que acabara la noche.

—No te lo estás tomando bien. ¡Eh, Nicola! —Roberta le sacudió, clavándole las uñas en las rodillas para llamar su atención—. Tienes una cara bonita, y por tener una cara bonita suelo decir un montón de mierda, como todo lo que un hombre quiere oír de una mujer y no se atrevería a confesar. Asegura los mejores polvos, pero intento ser sincera...

Nicola abrió mucho la boca. ¿Qué coño tenía esa mujer en la cabeza para decirle semejantes cosas a un desconocido en medio de una discusión seria?

Su incredulidad le hizo perder el hilo de sus pensamientos y le arrancó una sonora carcajada. Nicola incluso tuvo que sujetarla por los brazos para evitar que cayera de espaldas por las escaleras.

—¡Tú no estás bien!

—Y tú ya no pareces un perro verdugo, —declaró ella, satisfecha, enjugándose los ojos—. Dos minutos más y habría llamado al 118 para reanimarte.

Vale, tenía que admitirlo, si no hubiera estado tan preocupado, se habría reído, pero la ansiedad se lo estaba comiendo vivo, así que...

—¡Vete a la mierda!

Roberta se mofó.

—Ahora se explica por que Cristina es tan malhablada.

La fulminó con la mirada.

—Vale, *champ*^{9*}, —le aplacó ella, antes de que una retahíla de blasfemias pudiera salir de su boca—. Solo quería animarte.

—¡Esa de ahí es mi mujer!, —tronó él, señalando el interior de Cristina—. Y no sé como está y si alguna vez podré comprobarlo por mí mismo. ¿Crees que bromeo?, —la atacó.

Roberta no se inmutó, al contrario, reaccionó de una forma inesperada: le cogió la cara entre las manos y le acarició con ternura.

—Está hecha una mierda, ¿cómo quieres que esté?, —empezó, pero el tono no era sarcástico, sino cariñoso. — Ya se le pasará. No te lo digo solo porque te duele y es lo que necesitas.

—¿No?

—No, —reiteró la chica—. ¿Estoy preocupada? Sí, pero no tanto como tú. Tú crees que es fuerte, yo lo sé, —enfaticó, y parecía realmente convencida, nada de faroles—. Contrólate, Nico. Cristina lo conseguirá. Tú también debes hacerlo.

Le cogió las manos y le indicó que se levantara.

Pensó que no lo conseguiría, pero finalmente, con cierta torpeza en sus movimientos, se levantó.

—Me estoy volviendo loco sin saber de ella, —le confesó a la inoportuna y descarada desconocida, pero con un corazón más grande de lo que había creído a primera vista.

—Lo sé y sabes que esto es exactamente lo que ella no hubiera querido, —reiteró Roberta, que a estas alturas ya había dejado de tomarle el pelo y parecía casi una mujer equilibrada—. No es fácil vivir con gente que todo el tiempo espía tus movimientos tratando de predecir otro colapso emocional. Edoardo no lo entendía y la dejó sin voz porque estaba muerto de miedo. Estuvo allí aquella noche con ella y no fue un espectáculo para pagar una entrada, tú ya me entiendes.

Demasiado bien. Ahora tenía esa imagen en la cabeza y se sentía al borde del vómito.

Roberta continuó:

—Oh, Edo cree que la está protegiendo, en realidad no la deja ganar confianza creándole nuevos problemas. De todas formas —dijo mezclando inglés e italiano de forma divertida, —él es gilipollas, tú no lo pareces, o al menos hasta el lunes pasado te iba bien, incluso había apostado por ti: ¡el putero redimido!

Nicola gimió. Aquellas palabras... no le ayudaban, en absoluto. No hacían más que retorcer el cuchillo.

—La cuestión es que, si realmente la valoras, deberías saber que no volverá a hacerse daño. Es demasiado valiente para rendirse.

—Lo sé, —dijo, pero esta vez con más determinación.

Cristina era la mujer más valiente que conocía. Se había entregado a él a pesar de los condicionantes de los años, desafiando la opinión de todos, incluidos sus propios prejuicios y el pasado poco edificante de Nicola.

Recordaba vívidamente el momento en que ella había desafiado la ira de Fabrizio en la discoteca y, presintiendo las consecuencias, había cogido su teléfono móvil, dándole la oportunidad de localizarla. O la forma en que se había interpuesto entre él y Edo, echando a este último de la casa y defendiendo lo que estaban construyendo. Sobre todo, pensó en aquel espantoso domingo en el que su hermano la había alejado de su vida, del equipo, de todo lo que conocía y amaba, y Cristina, en lugar de romper su romance de cinco minutos, lo había buscado porque solo se sentía segura en sus brazos.

Era una leona, dispuesta a todo por defenderle, dispuesta a vivir como una paria con tal de no renunciar a él.

La devoción que le había exigido, la había tenido siempre, desde el principio, y él no la había entendido.

Lo había arruinado todo.

—No la merezco.

Roberta puso los ojos en blanco.

—Un poco melodramático, —comentó.

Tal vez, pero era la verdad.

Cristina no iba a volver ahora que sus escudos estaban en alto y se había persuadido de que rebelarse contra Edo y desafiarse a sí misma la había llevado a un corazón roto y a mil arrepentimientos.

Había traicionado sus esperanzas y la había perdido para siempre.

—Vete a dormir, Nico, —le sugirió Roberta—. Mañana tienes la final y no tiene sentido que te quedes aquí. No te dejará entrar en casa.

Fue un shock darse cuenta de lo poco que le importaba en aquel momento ganar el partido que llevaría a su equipo al A1, consagrándolo en el Olimpo del baloncesto italiano.

—Estará allí, —le aseguró Roberta.

—¿Estás segura?, —le preguntó él. Cristina no había aparecido en los últimos cuatro partidos entre él y Edo, pero esperaba seriamente que la final la cansara. Solo quería verla, solo necesitaba un momento para asegurarse de que estaba bien y borrar el último recuerdo terrible que tenía de ella.

—Ella nunca se perdería un partido tan importante. Ella y su hermano no han hablado de otra cosa desde que empezó el campeonato. —Roberta parecía molesta—. Nunca me explicaré que encuentra en este deporte. La única actividad física por la que se te permite sudar es el sexo.

Había desconectado de la realidad. Otra vez.

Sin embargo, tenía razón.

—De acuerdo, —se rindió. Se iba a ir. Más allá de las bromas, que eran todas una tomadura de pelo para levantarle el ánimo, aquel duendecillo rubio sabía lo suyo y conocía a Cristina de toda la vida.

—Bravo, es la decisión correcta. Haz que se sienta orgullosa de ti, —le animó, guiñándole un ojo.

Él asintió y se despidió de ella con la mano. Luego empezó a bajar las escaleras para llegar a la moto. Se detuvo a los pocos pasos y se dio la vuelta. Roberta seguía de pie en el rellano y le observaba.

—Solo quiero que esté bien, —se sintió obligado a decir—. Aunque no sea conmigo. —Su voz se atragantó con la última palabra y recibió una mirada llena de simpatía.

—Siento como ha acabado, —le dijo Roberta, quitándole toda esperanza.

Apretó los dientes.

—Yo también lo siento, —murmuró, con la voz arqueada por el tormento, y se marchó.

De camino a casa, con la Ducati lanzada a toda velocidad por las calles de Roma, un único pensamiento excluyó a todos los demás: tendría que aprender a vivir sin la mujer de su vida.

No estaba seguro de ser capaz de hacerlo.



Los focos blancos iluminaban el pabellón, el estruendo era ensordecedor. El encuentro más esperado de la temporada comenzaría en unos minutos.

Cristina sintió latir su corazón al ritmo de los vítores, las risas bulliciosas y los gritos beligerantes de los aficionados.

Inspiró, probando sus pulmones oprimidos por la ansiedad, la inquietud y la excitación. Era un manojo de nervios.

Edoardo contra Nicola.

Su hermano contra el hombre al que amaba.

Se había saltado los cuatro días anteriores para no presenciar sus enfrentamientos, pero ya no podía echarse atrás: habían llegado al desafío decisivo.

Si llegaba hasta el final de la noche, deberían concederle una medalla al mérito.

Se retorció las manos, con la mirada perdida entre el banquillo y los túneles de entrada.

Es solo un juego, se dijo a sí misma. Poco importaba que los dos capitanes se odieran.

Se tapó los ojos y contuvo un gemido. ¿Cómo se le había ocurrido salir con un adversario?

Esperaba que el resultado de la competición no dependiera de aquella desconsideración, pero había metido la pata a todos los niveles, demostrando ser un as a la hora de desestabilizar a la gente que se preocupaba por ella.

—¿Falta mucho tiempo? Tengo síndrome de abstinencia de semental sudoroso, —le preguntó Roberta, hundiendo las manos en un paquete de patatas fritas.

Su amiga era un insulto para todas las mujeres que engordaban con solo respirar. Detestable.

—Diez minutos, —le contestó, espiando el tablero casi con miedo. Nunca se había sentido así entre las paredes de un pabellón deportivo.

Había habido otros acontecimientos importantes en la historia de los Stars, pero ninguno había llevado consigo la carga de odio, antipatía y resentimiento que serpentearía entre los hombres de la cancha aquella noche.

Eso también era responsabilidad suya.

Roberta percibió su malestar y fue directa al grano.

—¿En qué estás pensando?, —le preguntó, ajustándose mejor la blusa que le había robado, bajándosela para mostrar sus tetas. Dudaba que lo consiguiera. La tela era excesiva, aunque enrollada dejaba una escandalosa cantidad de piel al descubierto.

La enana malvada se había quedado a dormir, sin ropa de recambio para el día siguiente. Se había tenido que conformar con la ropa de Cristina, que le sobrepasaba unos buenos veinte centímetros por todos los márgenes.

—Edo busca venganza, —explicó, y no era una predicción descabellada: su hermano había parecido demasiado controlado cuando ella había ido a recibirle al vestuario, casi seráfico.

Había sido una alarma como una casa.

Edoardo nunca estaba tranquilo. Nunca.

—Nicola no me parece de los que se dejan intimidar, —replicó su mejor amiga, y a Cristina le habría encantado decir que no acababa de sentir que el corazón se le hacía añicos con aquellas palabras, pero habría sido mentira. Durante la noche anterior, ninguna de las dos había mencionado ese nombre, ni habían hablado mucho de otra cosa.

Rob se había hecho una idea de lo ocurrido por las dos o tres frases crípticas que ella no había podido evitar pronunciar, y solo porque era necesaria una explicación: la había pillado sentada en el suelo entre sal fina y fragmentos de cerámica.

No es que Roberta hubiera mostrado especial perplejidad ante la situación; al contrario, solo había mostrado interés por el estado de su piso cuando se había agachado a recoger tres puñados de sal y luego los había tirado sobre su espalda.

Cristina había tenido que reírse en ese momento, aunque en medio de un puto drama, porque la escena era ridícula y atestiguaba que si alguien en la familia De Santis escuchaba los remedios de su madre contra el mal de ojo, no eran ella y Edoardo, sino su amiga.

—No, N-Nicola no se asustará, —confirmó, apenas tartamudeando.

Excelente, pensó. Si seguía así, en pocas semanas sería capaz de pronunciar ese nombre sin incertidumbre.

—¡Sabes!, —exclamó Roberta, tomándose al pie de la letra el eslogan del anuncio de Fonzie¹⁰ y chupándose los dedos para no medio complacerse—. Le has roto el corazón.

Cristina cerró los ojos, asaltada por una sensación de náusea.

—Ya encontrará a alguien que se lo arregle, —replicó, pero la chulería ya no brillaba entre las armas de su arsenal y el comentario apareció como lo que realmente era: el patético lamento de una mujer llorando sobre la leche derramada.

Roberta la estudió, escéptica.

—¿Y lo vas a permitir?

El mero pensamiento de otras mujeres era suficiente para hacerla entrar en pánico pero, sinceramente, ¿qué podía hacer?

Lo había estropeado todo soltándole palabras terribles e injustas.

Recordaba muy bien la expresión de Nicola cuando le gritó que le odiaba. Otra imagen que añadir a sus pesadillas, con la diferencia de que esta vez no sería una víctima de los acontecimientos, sino una verdugo despiadada y egoísta, demasiado centrada en su propio dolor para ver el de los demás. Hasta que fue demasiado tarde.

—Se quedó, —continuó Roberta, dando a entender que Cristina no tenía respuesta que no sonara hipócrita.

—¿Qué?

—No se fue.

El golpe en el pecho esta vez la dejó sin aliento.

—No lo entiendo, —contestó moviendo la cabeza, pero era mentira.

Roberta metió la bolsa de patatas fritas, ahora vacía, en el bolso y juntó las palmas de las manos para limpiárselas. Luego se volvió hacia ella, escrutándola con reproche.

—¿De verdad creías que había irrumpido en tu casa, renunciando a una fiesta, porque te echaba de menos y me apetecía pasar la noche limpiando el suelo?, —le preguntó con un sarcasmo cortante—. ¡Era sábado! Yo no me salto la discoteca los sábados, y desde luego no soy una jodida vidente sintonizada con tus ataques de pánico. No puedes ser tan estúpida como para creer en las coincidencias.

Ella escondió la cara entre las manos, incapaz de escapar a la verdad ahora que se la habían echado en cara.

—No se fue, —susurró.

—No.

¡Mierda!

Había echado la culpa de su propio sufrimiento a Nicola, señalándolo como la causa de un tormento anterior, sin resolver durante años. Le había dado muchas razones para huir y, cuando se había marchado de su casa, se había dicho a sí misma que era lo correcto, que no podía quedarse a su lado y dejarse atrapar en aquella espiral de autodestrucción. Y en cambio.

—Se quedó, —susurró, hablándose a sí misma más que a Roberta.

—Sí, y molestó a media Roma para encontrar mi número.

La emoción le llenó los ojos de lágrimas y por primera vez se permitió pensar que la declaración de Nicola no era solo el resultado de un momento dramático o de un impulso subido a la ola de la lástima.

—Se fue de casa..., —le recordó a Roberta en un intento extremo de resistirse a una realidad demasiado difícil de afrontar. Una esperanza demasiado grande.

—Lo siguiente que supe fue que me había colgado el teléfono. Lo encontré sentado en las escaleras. Tenía la misma expresión que tú tienes ahora.

¿La expresión de alguien que lo ha perdido todo? ¿De alguien que destruyó con sus propias manos la oportunidad más hermosa que la vida le había dado? ¿La oportunidad de ser... de ser amada?

Lágrimas de arrepentimiento se desbordaron de sus ojos.

—Se enteró de cosas sobre mí... Se lo conté todo, —tropezó, incrédula, limpiándose las mejillas.

—Eligió quedarse a tu lado. Aunque técnicamente tenía el culo en el primer peldaño de la escalera del tercer piso.

Su propia estupidez se arruinó en ella.

—Estaba preocupado y...

—¿Crees que estaba allí por sentido del deber?, —preguntó Roberta, malinterpretándola, y esta vez su voz sonó contrita—. Sí, Cristina, estaba preocupado. Estaba fuera de sí de ansiedad. Pero así son las cosas cuando alguien te importa, —declaró alterada, arriesgándose a sobrepasar la tertulia sin sentido que las rodeaba e informar a extraños de sus asuntos privados.

—Elisabetta..., —continuó, pero su voz se entrecortó al pronunciar aquel nombre. Empeoró aún más cuando intentó decir “madre”. Durante años he esperado que se preocupara por mí, que mostrara una décima parte de la participación y cercanía que ayer mataba a Nicola.

Roberta perdió el aplomo y fue en busca de una de sus piruletas, rebuscando en su bolso. Lo dejó, aturdida, porque lo que tenía que aclarar era más importante.

—No intentes convencerte de que esto es por pena, Cristina. No de Nico.

No, no era pena.

Era amor.

La conclusión detonó en su mente con una fuerza que le hizo dar un respingo.

—No le creí, —murmuró, mortificada por su propia estupidez. Había sido más fácil negar los sentimientos de Nico que arremangarse y resolver sus propios problemas para hacerse merecedora de ellos y aceptarlos.

El rostro de Roberta se suavizó. No era tan mala como para enfurecerse.

—Me costó mucho echarlo —le dijo en un tono afectuoso que subrayaba aún más la verdad de la afirmación de Cristina.

Rob no era fácil en la estima. Si Zanini se había ganado su respeto, era solo porque la había convencido de que quería a su mejor amiga.

—No me lo merezco, —afirmó en voz alta, provocando una inesperada y enérgica carcajada.

—Nico dijo lo mismo. Palabra por palabra, —le informó Roberta—. Pero solo uno de los dos tiene razón.

No era difícil ver que para ella, de los dos, la carroña era Cristina. por descontado, ¿no?

—Que vergüenza, —gimió, sintiéndose como una imbécil. La mujer más sosa que había nacido, la más mezquina y egocéntrica. Y la más enamoradiza.

—¿Por estar ciega? Pues te lo mereces, —bromeó Roberta—. Te juro que no sé como lo has hecho, ya que como novia eres malísima, pero ese bisonte te quiere y te perdonaría cualquier cosa. Y de todas formas tenías tus razones, —la disculpó—. Claro que deberías haber cortado hace años con tus putos miedos, pero más vale tarde que nunca.

No lo decía en serio, pero Cristina agradeció el intento de menospreciar y ridiculizar traumas que con el tiempo había convertido en monstruos imposibles de destruir. En el futuro tendría que afrontarlos con más conciencia, sin permitir que le jodieran la vida.

—Cree que le detesto. Le acusé de cosas terribles, —reveló, expresando lo que consideraba la más grave de sus culpas.

Roberta no le contestó de inmediato: miró a un grupo de chicas que estaban a unos metros. Las señaló con el pulgar.

—Esas zorras... se morirán por consolarlo, —le dijo—. Con su linda carita de perrito, atraerá a montones de ellas.

Vale, ahora iba a vomitar.

—Es un señuelo, Cri. Un hombre atormentado envía un mensaje a la vagina de toda mujer que dice: “¡Abre y haz que olvide hasta su nombre!”

Cristina se llevó una mano a la boca para detener una náusea.

—Y sabes, para ese pájaro ni siquiera sería un sacrificio. ¿De verdad la tiene tan grande? Lo veo desde aquí y está en reposo.

Cristina giró inmediatamente la cabeza hacia la galería y la visión que se ofreció a sus ojos le robó el aliento y la cordura.

No podía pasarse la siguiente hora llorando, pero joder, nadie iba a impedir que se le cayera la baba, consideró, mientras su mirada buscaba y encontraba al número 5 del Olimpia Basket, el hombre más sensacional de todo el pabellón, la persona más generosa que había conocido nunca.

—Respira, te estás poniendo cianótica. —La voz de Roberta le llegó amortiguada. Toda su

atención estaba centrada en la cancha, magnetizada por el Vikingo.

El idilio duró poco: pronto, como ella temía, llegaron los problemas.

Su hermano llegó para flanquear a Nicola, encabezando la fila de jugadores del Stars.

Los dos hombres caminaban uno al lado del otro, con los ojos encendidos por el agonismo, las expresiones rígidas por el desprecio y el resentimiento.

Era una pesadilla. Y el partido ni siquiera había empezado.

Poco después, el árbitro inició el baile con un agudo pitido que resonó entre las paredes del PalaTiziano, y Cristina no tuvo que preguntarse mucho más en que se convertiría para ella aquella final.

Edoardo hizo una canasta espectacular en el primer pase, pero no era felicidad lo que la invadía. Su mirada preocupada buscó a Nicola, que tenía las mandíbulas apretadas y la mirada perdida.

¡Era tan condenadamente guapo, profesional y apasionado!

Durante los minutos siguientes, le miró con el corazón en los ojos y todas las razones por las que le había apartado le parecieron inútiles.

Tenía pocas certezas en la vida, pero de una cosa estaba segura: no se podía ser buen capitán si no se era buena persona. Y las cualidades de Nicola se imponían a cualquiera que le viera jugar.

No había ni una pizca de egoísmo en él. Era justo, serio y entregado al equipo. Una imagen que no se correspondía con lo que se decía para alimentar la ira contra él, para dar impulso a los vanos intentos de olvidarle.

Olvidarle. ¿Cómo podría hacerlo?

Nicola le había robado el corazón con sus sonrisas, sus bromas mordaces y su pasión hirviente.

El orgullo herido y el miedo a sufrir ya no podían disuadirla, no ahora que había intentado seguir adelante sin él, alejarlo afilando con decisión las garras de la desconfianza, solo para descubrir que no podía imaginar un futuro del que él no formara parte; sobre todo, que no lo quería.

Le quería.

Lo había sabido desde el principio, desde que Nico se disculpó por el desastroso primer acercamiento y Cristina sintió que se le aceleraba el pulso al ver su sonrisa.

Durante los minutos siguientes, fue el amor, libre ya de las cadenas del miedo, lo que la hizo sorda a los gritos de los aficionados, a los chillidos de los entrenadores sobre el parqué y a las indicaciones de los técnicos.

El amor reseteaba todo lo que pudiera distraerla de ver a Nicola saltar, hacer mates, agacharse para hacer regates rápidos y precisos.

¡Estaba loca por él!

Los segundos pasaban en el marcador, quitándole la razón uno a uno.

El corazón ejerció su derecho a ser escuchado y Cristina cumplió todos sus deseos. Dejó de reprenderse por no poder apartar los ojos de él, por no exultar cada vez que Nicola encontraba el balón. Se rindió a los instintos contra los que había luchado con desesperada tenacidad la noche anterior y se dejó invadir por la sensación de rectitud que había sentido la primera vez que le había besado.

No había reconocido a un enemigo, ni había pensado en su pasado mientras le devolvía los besos, no había visto a un mujeriego cuando dejó que sus manos la desnudaran con devoción.

Todo lo que había sentido en él era un hambre misteriosa y fascinante por ella, por su cuerpo.
¡Qué fácil había sido dejarse asustar por el deseo que sentían el uno por el otro!

La pasión ya la había destrozado una vez, y había deseado tanto a Nicola que se había preguntado que pasaría si se lo arrebataban.

Bien, muy bien en ocultar su miedo al fracaso con celos descerebrados.

Nicola le había gritado, sin hacerle caso, que ya no era la niña frágil que solía ser, que ahora estaba despierta.

Y tenía razón.

Diez años antes había sido demasiado joven para soportar la carga del final de un sueño, pero ahora no tenía excusa.

Él la había sacudido de un estupor anestesiante, de una vida vivida como un sueño en blanco y negro, y le había devuelto los colores, los sentimientos, emociones tan vibrantes que la aturdían.

No podía renunciar a ello, no ahora que se había dado cuenta de que incluso el dolor la hacía sentirse viva; viva como no lo había estado desde el accidente que la había marcado.

¿Había destruido cualquier posibilidad de un futuro juntos?

No era el momento de pensar en ello.

Se concentró en el juego, lamentando que los dos hombres de su vida quisieran destruirse mutuamente.

Pero las cosas no salieron como ella había creído: inesperadamente, fue Edoardo quien se echó atrás.

La antipatía que siempre había albergado hacia Nicola no pudo hacer nada contra la furia del otro.

Una furia fría, inesperada, escalofriante.

La actuación del Vikingo se convirtió en el espejo de sus sentimientos.

Nico se abalanzaba sobre el balón, explotaba al máximo cada resquicio, empujaba a sus compañeros al límite de sus posibilidades. Practicó un juego preciso pero feroz. En una palabra: vengativo.

Burlaba a sus adversarios y, sobre todo, sorprendía a Edoardo.

No hubo ni una sola falta por su parte, ni un solo contacto, y sin embargo Nicola dio a sus rivales una lección inolvidable.

La experiencia del equipo Stars Roma no pudo hacer nada contra el hambre de victoria del número 5 del Olimpia.

Los dioses cayeron, uno tras otro. Los líderes de la liga fueron derrotados justo cuando creían tener la victoria en el bolsillo y el acceso al A1 asegurado.

—¡Cristina!, —gritó Roberta, entre los gritos y llantos de todo el pabellón, el rugido de los aficionados incrédulos, los insultos de los decepcionados.

Su mejor amiga la sacudió enérgicamente, con el pánico de quien no sabe leer los acontecimientos pero siente en los huesos el eco de una catástrofe.

—¿Qué coño ha pasado? ¡Cri!

Con los ojos muy abiertos por el shock y el corazón aún en el pecho, Cristina solo pudo susurrar:

—Han perdido. Edoardo ha perdido.



Habían ganado. Olimpia Basket había ganado el campeonato. Tras años de duro trabajo, habían alcanzado la A1.

Nicola no podía creerlo, a pesar de que los gritos de sus seguidores habían estallado en un júbilo de exaltación y unas manos amigas, sudorosas y excitadas le tocaban, unos brazos fuertes le abrazaban.

Sus compañeros de equipo y colegas lo enterraron en un tumulto festivo, incrédulo y delirante.

Aceptó palmaditas en la espalda, abrazos que calaban los huesos, cumplidos y predicciones de un futuro grandioso.

Su mundo acababa de recomponerse en torno al éxito de un partido perfectamente jugado, todas las piezas desajustadas compactadas en la certeza de que había alcanzado la meta más alta que jamás se había propuesto.

Pero algo no funcionaba.

Nicola se percibía a sí mismo como una nota discordante en una sinfonía con melodía triunfal, mientras se sentía ajeno a todo: todo le pasaba por encima, le rozaba sin llegar a aquellas partes de él que deberían haber estado saturadas de satisfacción y emoción.

Mudo, correspondía a los gestos de afecto con débiles apretones, a la alegría con una participación tibia, por no decir ausente.

No era feliz.

La victoria no tenía el sabor pleno de la conquista, sino el sabor agrio de una venganza consumada.

Apestaba.

Sabía a hiel y rencor, a premio merecido por las razones equivocadas.

Y no había terminado.

Se apartó de sus compañeros, despidiéndolos con sonrisas distraídas. No podía pararse a celebrarlo con ellos, tenía que terminar el trabajo.

Incluso Edoardo De Santis parecía saber que su juego personal no había terminado con el pitido del árbitro y le estaba esperando.

Caminó hacia él, despreciando su mera visión.

Edo tenía los brazos cruzados sobre el pecho y estaba rígido por la derrota, orgulloso, juzgado pero no doblegado, con la cara levantada desafiando al mundo para demostrar que había perdido, sí, pero que no se consideraba un perdedor.

Arrogante hijo de puta.

¿Se había dado cuenta de que el resultado, buscado durante toda la temporada por un sano espíritu competitivo, se había convertido en una herramienta de venganza?

¿Se había dado cuenta de que Nicola había jugado solo para destruirle y no por amor a sus compañeros, a la afición y a su propia carrera?

Avanzó hacia él, zigzagueando entre la gente del campo. Había novias y esposas que habían venido a animar a los jugadores, niños corriendo a diestro y siniestro, periodistas y equipos de televisión, el banquillo al completo y los limpiadores del estadio que ya se afanaban en recoger la basura de las gradas; incluso estaba el vigilante nocturno, Giovanni, que había renunciado a su descanso vespertino para no perderse el *derby*.

—¡Buen partido, Vikingo!, —gritó alguien.

Levantó la mano en señal de agradecimiento, sin averiguar de quien procedía tanto afecto.

Deseó que todos desaparecieran.

Casi había alcanzado a Edoardo, cuando sintió que lo agarraban del brazo.

Se detuvo justo a tiempo de atacar a quien se atreviera a tocarle.

—¡Eh, tranquilo, campeón!, —le espetó Filippo Saviani, su agente, apartándose de él—. ¿Sigue lleno la adrenalina?, —bromeó, pero era muy consciente de que acababa de esquivar un puñetazo.

Nicola era como un petardo sin explotar, listo para detonar a la menor provocación.

—Te llamo luego, —gruñó, para encogerse de hombros, con la mirada fija en Edoardo, a unos pasos de distancia.

—Acaba de ponerse en contacto conmigo el asistente personal de Acanfora, el de la ropa deportiva, y...

No quería oír esa mierda.

Intentó pasar a su lado, pero le detuvo agarrándole de nuevo.

—¡Nicola! No podemos perder el tiempo, estamos hablando de patrocinios de miles de euros. Es el precio del éxito, —rio, satisfecho, probablemente pensando en su porcentaje en los contratos.

A Nicola le importaba una mierda en ese momento. ¡Nada!

Se quedó mirando fijamente la mano que le bloqueaba hasta que el otro la retiró con una expresión cargada de malestar.

—He dicho que más tarde, —gruñó—. Y mantén a toda esta gente alejada de mí.

—¡Pero si los de Rai Sport que quieren hablar contigo!, —gimió Filippo, molesto.

—Quítamelos de encima. Con todos quiero decir... todos. Incluso a los periodistas. —Su tono bajo y ronco, teñido de amenaza, sofocó la protesta que pudo leer en los ojos de su agente.

—De acuerdo, —tragó el otro.

Bien.

No se despidió; recorrió los pocos metros que le separaban de Edo hasta detenerse frente a él.

En todo ese tiempo, el imbécil no le había quitado los ojos de encima, casi invitándole a acercarse.

Se impuso con más calma y extendió la mano hacia él en un gesto de respeto. No se lo

merecía, pero las convenciones así lo dictaban y la sociedad olímpica vivía de la publicidad que le proporcionaba la reputación de sus miembros. Y Nicola no solo tenía la reputación de mujeriego, sino también la de un deportista leal y justo.

Los periodistas presentes, los representantes de los patrocinadores, los árbitros y su agente se habrían desmayado ante aquella muestra de estima.

Si hubieran sabido lo desprovista de intenciones amistosas que estaba...

—Capitán, —le saludó.

Edoardo le estrechó la mano, mirándole con los ojos reducidos a dos rendijas, señal de una arrogancia inaceptable.

No podía mostrar humildad ni siquiera en la derrota.

—Zanini —fue la respuesta masticada entre dientes apretados.

¿Solo? ¿Sin puños? Nicola sonrió, sarcástico.

Como habían mejorado sus modales desde su último encuentro, ¿eh? Sin embargo, los sentimientos no habían cambiado, consideró, estudiando el rostro de De Santis. Aquellos habían hecho que la pelea a puñetazos de dos meses antes acabara en carnicería consumida en la cancha.

Edoardo intentó retirar la mano, sin decir una palabra, considerando que el momento de las cámaras había terminado.

Eh, no. Era demasiado pronto.

Nicola no esperaba que le felicitara como sugería la cortesía, pero si pensaba que iba a dejarle marchar, estaba muy equivocado.

Apretó los dedos alrededor de su palma con más firmeza.

Era una advertencia y Edo lo entendió: sus ojos se iluminaron con una luz agresiva.

—¿Qué se siente?, —preguntó Nico, yendo directo al grano.

Las fosas nasales del hermano de Cristina se encendieron de rabia.

—¿Qué quieres, Zanini?, —gruñó, apretando más el puño.

—¿Qué se siente al perderlo todo?, —replicó, mostrándose tranquilo, burlón, aunque hirviera por dentro.

Edoardo respiró hondo.

—No me provoques, —resolvió a decir, la voz helada invadiéndole los ojos y probablemente el corazón—. Si crees que vas a venir aquí a joderme y a salirte con la tuya, te has equivocado de persona. Me importa una mierda que la gente nos mire.

Él no dudó en creerle. Estaba tan seguro de sí mismo que se creía intocable. Pero Nicola le había herido, abriendo una brecha en su orgullo, una herida en su carrera competitiva.

—¿Y luego qué?, —se burló de él—. ¿Qué habrás ganado? ¿La satisfacción de haberme pegado y la certeza de haber perdido también el respeto de los aficionados a los que acabas de decepcionar? —Sacudió la cabeza, disgustado—. No, ahora responderás a mi pregunta y me dirás que se siente, —le impuso.

Solo había jugado para oírle admitirlo, para conseguir algo que reequilibrara el universo y devolviera a los verdugos una condena igual a la sufrida por las víctimas.

—¿Te falta el aire, De Santis?, —le apremió para solicitar una reacción—. ¿Piensas en mañana, en las próximas semanas, y te parece que las cosas solo pueden ir a peor?

No esperó respuesta, podía verlo en sus ojos.

—Bienvenido a mi infierno, capitán, —siseó, perdiendo su máscara de chulería.

Edoardo dio un respingo, el ambiente entre ellos se volvió aún más tenso. Pero el bastardo era duro y no se inmutó.

—No hagas el ridículo, Zanini.

¿En serio? Puede que sí, pero sobre todo estaba cabreado. No era maduro por su parte descargar su ira contra un desconocido, pero tenía que descargarla antes de que le devorara, y Edoardo era el blanco perfecto: se merecía lo peor, dentro y fuera de la cancha.

—Destruiste mi única oportunidad de ser feliz. Esta noche, te devuelvo el favor.

La irritación transfiguró los rasgos afilados de su oponente, iluminando su rostro con indignación e incredulidad.

—¿Yo arruiné tu vida? ¿Yo? —Puso cara de sorpresa, como si no pudiera creer lo que oía.

¿Le estaba tomando el pelo?

La ira de Nicola se volvió corrosiva, casi amenazando con cegarle.

—¿Eres tan engreído que no lo entiendes? —Inspiró para dominarse, aunque estaba a punto de romperle los dedos a Edoardo—. Cristina nunca te acusó, pero conozco a los de tu clase. ¡Yo era como tú!, —explicó, indignado por aquel patético intento de eludir sus responsabilidades, y más aún al pensar que, sí, no había sido diferente a él: igual de superficial.

—Eres un libro abierto para mí. Te miro y siento que puedo escuchar tus palabras. ¿Qué le dijiste? Seguro que la menospreciaste, —conjeturó, expresando los pensamientos que lo habían agotado durante las semanas que había intentado reparar el corazón de Cristina. Dio gracias a Dios de no haberse encontrado antes con Edo y de que ahora estuvieran en un lugar público: leer la injusticia y los prejuicios en su rostro le hizo temblar de ganas de pegarle. —. ¡La hiciste sentirse inadecuada, le dijiste que no tenía nada más que las mujeres con las que yo salía, que no era nada especial, mientras que para mí lo era todo!

Los labios de Edoardo se crisparon en una mueca. ¿Arrepentimiento? No lo creía posible.

—Sobre todo —continuó, —la abandonaste en cuanto intentó volar sola. Necesitaba el apoyo de gente que la quisiera de verdad y tú no lo hiciste.

La acusación golpeó al otro, tanto que el aire pareció vibrar en respuesta a una oleada de furia irreprimible.

—Yo no... —Edoardo se interrumpió para recuperar la compostura—. No te atrevas a hablar de mí y de mi hermana. No sabes nada de nosotros, —le reprendió al borde del aguante, pero aún capaz de controlarse.

—Sé cuanto daño le has hecho, —le echó en cara.

El intercambio no pasó desapercibido, menos aún la rigidez de Edoardo y su expresión más peligrosa y temerosa que nunca.

Fabrizio Boschi se acercó. No los había perdido de vista en todo el tiempo, observando su diálogo a la espera de un gesto de asentimiento.

—Edo, —llamó, y en su tono había una preocupación genuina mezclada con una intención beligerante.

Edoardo levantó la mano libre y su amigo se paró en el sitio, obedeciendo una orden muda.

Menos mal, pensó Nicola, pero habría continuado aunque le hubieran caído matones de todas partes. Tenía algo que decir a todos los que habían hecho daño a Cristina.

Es demasiado tarde, reflexionó amargamente.

Si se hubiera enfrentado a ellos antes, las cosas habrían sido diferentes. Seguramente Cri se habría sentido menos sometida a la prueba de tener que luchar contra el mundo y contra sí misma.

Otro error que Nicola no se habría perdonado.

—¿Quién crees que estuvo a su lado cuando esos campeones tuyos la trataron como a una

apestada?, —continuó—. ¿Cuando su propio hermano le arrebató el equipo que amaba y por el que vivía? —El recuerdo de aquel terrible domingo le sobrecogió junto con el de la desesperación de Cristina—. ¡Le limpié las lágrimas!, —tronó, golpeándose el pecho con la mano—. ¡Todas!

Edoardo no pestañeó, pero su frialdad estaba dando paso a algo que Nicola no quería considerar.

—Se te conoce más por las estrellitas que te has follado que por méritos deportivos. No tienes derecho a darme lecciones ni a hablar en nombre de mi hermana.

—La quiero, —declaró con orgullo—. Tengo todo el derecho.

Edoardo jadeó y sus dedos se crisparon.

Nicola se acercó más a él, invadiendo su espacio y poniéndole la mano libre en el hombro.

—¿Sabes qué me impide partirte la cara?, —gruñó a un palmo de su cara—. Que tu hermana está mirando.

Estaba seguro de ello. La había perdido de vista tras el pitido del árbitro y el comienzo de las celebraciones, pero podía sentir su presencia. Lo quisiera ella o no, eran imanes. Cada vez que Nicola entraba en una habitación, sabía exactamente donde estaba Cristina. Era el corazón el que lo sugería, la atracción perturbadora que los impulsaba el uno hacia el otro. Y, en nombre de los sentimientos que le unían a ella, jamás volvería a hacerla partícipe de un enfrentamiento con su hermano. Jamás.

Por eso bajó los brazos y se rindió.

—Ella te necesita, —le sugirió a Edoardo, con la voz apenas quebrada por el dolor de ya no ser el hombre en quien Cri buscara refugio—. No me deja acercarme a ella. Eres todo lo que le queda y necesita saber que estarás a su lado, pensar que sigues siendo su héroe. No la decepciones, es todo lo que pido. No dejes que descubra lo mezquino que eres.

—¿Nicola? —La voz de Lollo vino de detrás de su espalda. Si se hubiera girado, habría encontrado al equipo detrás de él, del mismo modo que el de Edoardo estaba alineado en una formación cerrada a pocos metros de él.

Ignoró la llamada y fijó su mirada en la de Edo para asegurarse de que le entendía.

Lo que vio le perturbó.

Había un vacío en sus ojos que hablaba de problemas sin resolver y de una pena inexpresable. También había culpa, tan grande e inesperada como para perturbarle.

No había esperado encontrar esa desolación en él, pero la conocía bien: la había leído demasiadas veces en los ojos de Cristina.

—Intenté protegerla, —susurró Edoardo con conmovedora sinceridad. Sus iris estaban brillantes de emoción y su expresión atormentada—. Lo he hecho toda mi vida.

La pena embargó a Edo, que se hizo eco de las palabras de Cristina: *“Mi hermano lloraba porque quería hacerme vomitar, pero no sabía si podría ponerme de lado y meterme dos dedos en la garganta sin romperme la espalda. Me salvó la vida, arriesgándose a relegarme a una silla de ruedas para siempre.”*

Ante aquel recuerdo se le hizo un nudo en la garganta, la agonía de Edo se convirtió en la suya propia.

Reprimió a su enemigo, el hombre que de forma incomprensible demostró que amaba a Cristina más que a nada y sin cuyo valor Nicola no habría conocido a la mujer de su vida.

Se había visto ante la disyuntiva de elegir entre la muerte y la invalidez de una hermana para la que ambas condiciones eran iguales, y había conseguido sacarla de su infierno, aquel día y

todos los años siguientes.

Perdió la voluntad de luchar.

Parte de su deseo de venganza se desvaneció, dejándole exhausto e infinitamente triste.

—Deberías haberla escuchado, —murmuró, con la voz arqueada por el arrepentimiento. En aquella comedia de errores todos tenían su parte de responsabilidad. Y todos eran imperfectos, humanos, susceptibles de equivocarse—. Protegerla, sí, pero apoyar sus decisiones. —Exhaló un estremecedor suspiro—. Y ella me había elegido a mí. Cristina... ella me había elegido a mí. No lo olvides.

Edoardo le respondió con un imperceptible movimiento de cabeza.

Lo comprendía.

Le dio una palmada en el hombro, a modo de despedida.

Ahora estaban iguales: los dos tristes, los dos rotos.

—Buena vida, capitán, —se despidió. Luego se alejó, sin mirar atrás.



—¿Cómo estás?, —preguntó Cristina en tono solícito.

Edoardo se frotó el largo pelo con la toalla y levantó la mirada hacia ella.

—Estaré mejor después de un par de cervezas, —respondió con sinceridad y una voz lastimera que parecía venir de ultratumba.

Se mordió el labio y miró a su alrededor en busca de apoyo. Vale, mejor darse la vuelta, ninguna ayuda vendría de esa dirección: los chicos del equipo estaban desplomados en los bancos del vestuario con la mirada perdida en el vacío. Fabrizio llevaba cinco minutos con la toalla en la mano, sin limpiarse los rizos, aún empapados tras la ducha.

Se pasó la mano por la cara buscando inspiración, algo que decir para agitar el ambiente de aquella habitación. Al fin y al cabo, la habían dejado entrar para eso.

Era su pacto, una costumbre establecida a lo largo de los años. En cuanto los pajaritos se cubrían con las bragas, y ella tenía que admitir que a veces había sido testigo de algunos arrebatos placenteros, las puertas del vestuario se abrían de par en par a la única mujer que aquellos sementales no percibían como una amenaza en sus momentos de fragilidad.

Ese papel nunca le había pesado, y no solo por el espectáculo de los abdominales esculpidos y los culos de mármol de los jugadores, a los que aún lanzaba una mirada pícara a pesar de tener sentimientos fraternales hacia los dueños de aquella exquisitez, pero... ¿dónde se había quedado? Oh, sí, la tarea de equilibrar el estado de ánimo de los Stars la llenaba de orgullo.

No todos los partidos eran buenos, incluso se había enfrentado a veces en las que no conseguía sacar más que un gruñido y algún refunfuño de la boca de sus amigos, pero nunca, que ella recordara, aquellos doce hombres se habían encerrado en un silencio comunitario y pesado.

No ayudaba que los gritos de júbilo y el traqueteo de las puertas de las taquillas golpeadas sin piedad procedieran de los vestuarios del Olimpia.

Mierda, era un desastre.

Los Stars habían perdido su oportunidad de avanzar en la Liga A y, tras haber sido el favorito al ascenso durante todo el año, la decepción fue mayor.

—Pessina dice que, más allá del resultado, has sido el mejor jugador de baloncesto de la temporada, —exclamó, volviendo a centrar su atención en su hermano y citando las palabras del

comentarista de Sky—. Todos saben que jugaste el mejor campeonato, que tienes el mejor juego. Hoy... —*El Olimpia estaba más motivado.*

Se abstuvo de decirlo en voz alta.

—Ganaréis el año que viene. ¡Estoy segura!, —declaró confiada, pero Edoardo, aunque la espiaba desde debajo de sus largas pestañas negras, no parecía muy conmovido por sus palabras, ni reconfortado.

Cristina se sentó a su lado y le puso una mano en el hombro aún húmedo.

—Solo te daré un par de días para que te compadezcas de ti mismo, —convino con un suspiro abatido—. Luego, sin embargo, te quiero con el culo en el gimnasio. Nada de vacaciones en Formentera este año, —le amenazó—. ¡Te haré hilar!

Intentó sonreírle, animándole, y... nada, no funcionó.

Pero sí consiguió una reacción: Edoardo ladeó la cabeza y la miró fijamente, como si intentara meterse en su cabeza y resolver un enigma.

Tras unos minutos de palpitaciones y manos torturadas, Cristina soltó:

—Edo...

—¿Por qué no me preguntas por Zanini?, —la interrumpió él, mencionando el único nombre que nunca pensó que su hermano pudiera pronunciar en aquel momento.

—No es apropiado hablar de él, —replicó ella, rígida, esperando así poner fin a una conversación que no estaba dispuesta a abordar por muchas razones, entre otras porque la derrota de los Stars estaba firmada por el hombre al que amaba. Ya había demasiada animosidad en el ambiente.

—¿Por qué?, —replicó Edoardo—. Tú estabas allí, nos viste hablar. ¿No sientes curiosidad?

¿Era una prueba? ¿Una prueba para medir su lealtad?

Se obligó a no perder los estribos antes de tiempo.

—Tienes otras cosas en las que pensar y estoy intentando animarte, no cabrearte, —respondió con sinceridad.

Edo asintió y se apoyó en la pared, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados.

Tenía un perfil formidable y aire de cabrón incluso cuando bajaba la guardia. Eso, unido a su fama de guapo y maldito, inspiraba una conmovedora atención en quienes le miraban, un deseo de averiguar que ocultaba tras tanta reserva y, al mismo tiempo, un temor a adentrarse en la oscuridad que le envolvía.

No era fácil estar a su lado.

—Vienes aquí como si no pasara nada, intentas animarme pero... ¿eres feliz, Cri?, —le preguntó.

—¿Quién lo es?, —le desvió ella, ronca, con los labios curvados en una sonrisa dolorida.

No era una respuesta, pero no podía soltarse demasiado. Las circunstancias y la problemática naturaleza de su recién redescubierta relación desaconsejaban más confianza.

—Zanini no está feliz, —le informó Edoardo—. Ha ganado. Debería estarlo. No lo está.

Aquellas palabras hicieron que se le oprimiera el pecho. Se lo masajeó con una mano, pero el dolor no desapareció. La culpa era abrumadora.

—Edo...

Su hermano le clavó una mirada que la obligaba a guardar silencio. Parecía estar controlándose, pero no lo estaba a juzgar por la forma imperiosa en que se había impuesto. No le gustaba aquella discusión, pero estaba decidido a llevarla a cabo.

—Nicola no es feliz y lo sé porque ha venido a decírmelo, —declaró, informándole del

contenido de su conversación en la cancha—. ¿Sabes por qué quería saludarme?, —le preguntó.

Cristina negó con la cabeza.

Tenía miedo de averiguarlo, pero la pregunta de que se habían dicho se la había hecho, al igual que todas las personas que les habían visto hablar.

Nadie, sin embargo, había experimentado como ella la ansiedad de predecir cual de los dos lanzaría el primer puñetazo.

Su lenguaje corporal había sido revelador para quienes los conocían: se habían enfrentado con los músculos temblorosos por la tensión y las mandíbulas tan apretadas que Roberta había balbuceado algo sobre la necesidad de ponerse en contacto con Puzzilli, el dentista VIP.

Al final no se habían peleado, pero el altercado había afectado a su hermano. De lo contrario, no habría mencionado al adversario en presencia de ella.

—Quería informarme de que el resultado del partido era para ti.

¿Qué?

Edoardo continuó.

—En la cancha, la motivación lo es todo, ya sabes, y la suya era más fuerte que la mía. Jugó solo para saber como me sentiría al perderlo todo.

Lo había adivinado, pero no explicó las razones. Nico siempre había contrarrestado el resentimiento de Edo con indiferencia bonachona.

—Lo siento, —susurró, sintiéndose responsable de aquel cambio.

—Y tiene razón: perdí el campeonato, —admitió, sorprendiéndola—. Pero no lo perdí todo, hoy no.

Se pasó las manos por la cara, quizá para ocultar la incomodidad de una confesión para la que no estaba preparado.

Ella le acarició el bíceps para tranquilizarlo.

—No impor...

—Lo perdí todo cuando encontré las maletas de Luisa en el pasillo, —reanudó él, pronunciando aquella frase de un tirón.

Cristina apretó los dientes al oír aquel nombre y la rabia que creía haber enterrado oscureció su visión por un momento.

—Cariño...

El pecho de Edoardo subió y bajó varias veces antes de poder continuar.

—Nicola no fue el primero, pero sin duda fue el último. El del fin de semana anterior, al menos, cuando yo estaba fuera y el móvil de mi chica sonó sin parar.

¡Mierda!

Las razones de la animadversión de Edo hacia el Vikingo se hicieron patentes, y explicaban gran parte de lo que había sucedido en los últimos meses, e incluso antes en todos los enfrentamientos que su hermano y Zanini habían disputado en los dos años anteriores.

—Lo siento, —susurró, sintiendo que se le partía el corazón por él, por el dolor que aún leía en su rostro a pesar de que hacía mucho tiempo que había roto con la mujer que le había herido y humillado.

—Zanini no sabía que estaba conmigo, quizá ni siquiera lo sepa ahora, —aclaró Edo, con una sonrisa sarcástica en el rostro—. Desde luego no era consciente de que, si todo seguía como yo esperaba, en un par de años le estaría poniendo un anillo en el dedo.

¿Habían llegado las cosas tan lejos? ¡Joder!

Había vivido al lado de Edo todo el asunto con aquella niña mimada de papá e, incluso antes

que él, había tenido la evidencia de las traiciones, de las mentiras, de aquella ambición enfermiza por coleccionar hombres de éxito como única diversión al aburrimiento de una vida privilegiada.

Edo le había parecido una presa codiciada por su secretismo, su aura de inexpugnabilidad. Lo había conquistado como un desafío para sí misma y luego lo había destruido.

—Tal vez pensó que se establecería con él. Pero que yo sepa, no lo ha visto desde que se fue de nuestra casa.

El karma podía ser un auténtico gilipollas. Hasta Cristina, Nico nunca había querido una relación estable. Una vez más, se llamó a sí misma gilipollas.

—¿Por qué me cuentas esto?, —gimió, afligida por Edo, con Edo.

—Nicola está convencido de que te alejó de él, por eso se comportó así en el partido. Y yo siento lo mismo.

—¡No, no es culpa tuya!, —estalló ella, alzando demasiado la voz, pero nadie en el vestuario parecía haber prestado atención a su exteriorización. Estaban concentrados en vestirse en un ambiente oprimido por el vapor de la ducha y la tristeza, demasiado distraídos por la derrota como para prestar atención a otra cosa.

—Estabas asustada y abusé de mi posición y de tu estima para alimentar tus miedos diciéndote cosas que estaba seguro de que te pondrían al límite. Conozco tus debilidades. Las exploté para separaros.

—No...

—Nicola me recuerda... —intervino él, y Cristina supo que esta vez no podría seguir adelante. No era necesario. La implicación era clara: Zanini era el recordatorio constante de la humillación que había sufrido. Había querido separarlos para no tener que asumir lo que aún percibía como un fracaso.

—No me gusta, —reanudó Edoardo—. No es la persona de la que esperaba que te enamoraras, pero la verdad es que no le conozco y... si conociera a la mujer adecuada, no me gustaría que me juzgaran por mi pasado.

Su hermano le estaba diciendo todo lo que ella había querido oír meses atrás, pero era tarde. Demasiado tarde.

—Hice todo mal con él. Incluso sin toda esta mierda entre vosotros, estoy demasiado hecha un lío y él se vio envuelto en él sin saber la verdad sobre mí.

Edoardo extendió una mano y le acarició la mejilla. Sus ojos eran suaves, llenos de una ternura que siempre era capaz de conmovérsela hasta las lágrimas.

—Tú le elegiste, —le recordó—. Estabas aterrorizada pero preparada, de lo contrario no me habrías desafiado.

Sí, y luego se las había arreglado para fastidiarlo todo. Y Edo no tenía nada que ver: era ella quien había arruinado las cosas con su falta de confianza en Nicola y su determinación de acabar con una relación demasiado buena para ser verdad.

—Ve con él.

—¿Qué?, —casi gritó, sorprendida por la sugerencia. Aquello era un puto giro.

—El muy capullo no dejaba de mirarte en los tiempos muertos, —sonrió Edoardo en un intento equivocado de ironía. Estaba demasiado ensayado, pero Cristina apreciaba que se esforzara—. Un poco patético, tengo que admitirlo. Pero, si pudo pensar en ti incluso en medio de la final, debe significar algo.

¡Indicaba que ella era la idiota!

No pudo resistirse más y se lanzó a los brazos de su hermano, que la acogió en un abrazo

envolvente lleno del amor y la complicidad que ella creía que habían perdido. Lo abrazó con fuerza, sus labios se pegaron a su mejilla en un beso emocionado y agradecido.

Dios, ¡cómo le había echado de menos!

Nicola tenía su corazón, su dedicación y su lealtad, pero el vínculo con su hermano era diferente. Edo era la otra mitad de su alma, creada a propósito para que nunca se sintiera sola en la vida.

—Fui una estúpida, —murmuró por encima de su hombro, con la voz quebrada—. Nunca me perdonaré.

Edoardo le acarició el pelo con ternura.

—Pierdes el tiempo, hermanita. Tienes un partido que ganar.

Sí, y jugaría hasta el último minuto.



Perezosos, rencorosos, despiadados, los minutos se burlaban de ella. Se detuvieron, sin prestar atención a su deseo de ver a Nicola, de hablar con él. Y así, mientras las manos bailaban al compás de las notas de una canción lenta, su corazón rugía al ritmo de un rock despiadado. Lo oía en sus oídos, fuerte, tenaz, salvaje. En su pecho se agitaba como loco.

Respiró durante un largo rato para calmarse, repitiendo en su cabeza las palabras adecuadas. O mejor dicho, la verdad.

Nicola no merecía menos.

Eso, si al menos hubiera aparecido.

La ducha le estaba llevando demasiado tiempo, y a estas alturas ya conocía todas las manchas y los escritos de la pared del pasillo. Sí, ese mismo pasillo donde se habían conocido tantas horas y días antes. El pasillo donde había sentido por primera vez el latido de su corazón y la reacción de su cuerpo ante la presencia de un hombre, ante sus palabras.

“Serás mía”, le había dicho.

Ella sonrió, a pesar de la ansiedad que la asfixiaba. Se había rendido al desafío en cuanto vio los ojos verdes de Nicola. Ella, que estaba acostumbrada a ganar.

Cálmate, no necesitas un infarto ahora.

El bribón de su corazón no la escuchó y por despecho cambió el ritmo. Ahora una danza tribal de apretados y cadenciosos golpes resonaba en su caja torácica. Y era extraño, ya que no había suficiente aire en sus pulmones para que su pecho actuara como caja de resonancia.

Hiperventilaría, estaba segura de ello. Pero ¿cómo iba a ordenar a sus músculos que funcionaran cuando cada célula de su cuerpo estaba concentrada en el hombre que caminaba con la cabeza gacha hacia la salida?

Nicola, con los vaqueros a la altura de las caderas y otra camiseta de Doors sobre los anchos hombros, tenía un aspecto magnífico.

A su alrededor, sus compañeros reían y se burlaban unos de otros, embriagados de felicidad por la victoria que marcaba una nueva etapa en sus carreras. Nico les sonrió, pero sus labios estaban demasiado apretados para que aquella mueca resultara satisfactoria. No parecía el capitán que había llevado a su equipo al ascenso, sino un hombre profundamente solitario.

Si aún necesitaba confirmación de su apego, sus hombros bajos y su postura derrotada se lo demostraban.

Fueron sus amigos quienes se fijaron en ella. Callaron y señalaron a Nicola.

—Nico, De Santis te está esperando, —le informó uno de ellos.

Nicola levantó la cabeza y, al verla, su rostro se puso rígido.

El silencio se hizo pesado y lleno de vergüenza.

El rencor del Vikingo era al menos tan obvio como la mortificación de Cristina, y parecía como si los chicos quisieran estar en cualquier sitio menos en la línea de fuego que discurría entre ellos dos.

Fue Lorenzo Bianchi el primero en sacudirse la tensión y dirigirse a su capitán.

—Si te apetece celebrarlo en compañía, ya sabes donde encontrarnos, —se burló de él—. Ya tendrás tiempo de hacerlo por tu cuenta.

Nico no dio señales de escuchar, pero Cristina agradeció el intento y sonrió a Lorenzo.

El grandullón le correspondió guiñando el ojo derecho en un gesto de asentimiento, y luego dejó atrás a sus amigos para saludarla como era debido: la levantó un palmo del suelo.

—¡Lollo!, —gritó ella, sorprendida y aterrorizada ante la posibilidad de caerse—. ¡Bájame!

—¿Repites lo de los pavos reales?, —la amenazó él, recordándole la broma que habían intercambiado durante su primer encuentro.

—¡Eres un ganador! Te lo juro, —rio ella, y no solo porque estuviera mareada. Le conmovió que Lorenzo se hubiera dado cuenta de su difícil situación y le ofreciera una distracción—. ¡Y ahora bájame!

—¡A sus órdenes, señora!, —exclamó él, haciéndola caer al suelo con un crujido de huesos.

¡Joder, si le quedaba energía después del partido!

—Lo habéis hecho muy bien, —le felicitó, mientras el resto del equipo palmeaba la espalda de Nicola y luego se dirigía hacia ella.

Eran muy buenas personas. Curiosos, sí, pero lo suficientemente sensibles como para darse cuenta de que tenían que quitarse de en medio, no sin antes, sin embargo, despedirse de ella.

—Siento lo de los Stars, —comentó Olivieri, besando inesperadamente sus mejillas.

Cristina negó con la cabeza.

—¡Mentiroso!, —exclamó con una sonrisa sincera.

Vale, le roía el culo por haber perdido, pero no podía desquitarse con él por ser mejor que sus rivales.

El deporte era un carrusel de victorias y derrotas; Edo y sus compañeros aprenderían de sus errores y los utilizarían para ganar en el futuro.

—Te lo has tomado bien, —consideró Lollo.

“*Bien*” era una gran palabra. Más bien, aún no había tenido tiempo de pensar en ello.

Volver a ver a Nicola, después de como le había tratado, la había conmocionado; y, en el vestuario, las declaraciones de Edo le habían dado la estocada final.

Primero tenía que arreglar su propia vida, empezando por el hombre que seguía de pie a varios metros de ella y la miraba como si quisiera incinerarla, después pensaría en los Stars y en planificar el futuro campeonato.

—Lo habéis hecho bien, —respondió encogiéndose de hombros—. Pocas faltas, un partido limpio. El arbitraje fue impecable. Os lo merecáis.

Aquellas palabras crearon un poco de alboroto, un estallido de júbilo que estuvo a punto de acabar con ella alzada sobre las cabezas de diez jugadores sobreexcitados.

—¡Alto!, —les bloqueó, retrocediendo para evitar las manos acosadoras. Pero había subestimado la longitud de los brazos de Lollo. La abrazó de nuevo, pero solo para que no le oyeran los demás mientras le susurraba en romanesco: —Te lo ruego, trátalo bien.

Cristina no lo entendió como una advertencia, solo como una preocupación por su amigo. Era dulce.

Asintió con la cabeza y se soltó de su agarre; incluso intentó sonreírle, pero sus labios no cooperaron. Estaba agitada y sintió los ojos de Nicola clavados en ella.

Lorenzo le pellizcó la mejilla y se marchó con el resto de sus compañeros tras una segunda ronda de felicitaciones.

En cuanto las voces se hubieron marchado, reapareció en el pasillo un silencio incómodo por la inquietud.

Tenía que admitir que en su cabeza no había previsto la total inmovilidad de Nicola, ni la fijeza inexpresiva de su mirada. Era un hombre demasiado fuerte y enérgico como para que aquel mutismo no despertara amargas sospechas.

No te asustes.

Apretó los puños. Era el momento de salir a la cancha.

—¿Pensativo?, —exclamó ella, recordándole la primera palabra que le había dicho tantas semanas atrás—. Si las miradas mataran..., —continuó, pero no pudo terminar la frase. Estaba demasiado nerviosa.

Le miró a la cara, fijándose en cada detalle. Sus labios se tensaron en una línea dura, sus ojos severos y su pelo aún húmedo. Era tan diferente de lo habitual y, sin embargo, seguía siendo él, el hombre apasionado que vivía al máximo cada emoción, incluso la ira que le había empujado a la cancha y aún no le había abandonado.

Buscó un atisbo de dulzura en su expresión. No la encontró.

Tenía derecho a estar decepcionado, razonó, pero percibirlo tan distante minaba su determinación.

No sería fácil convencerle de lo que sentía por él.

—Lo has hecho muy bien esta noche. Te merecías el ascenso, —le felicitó para romper el hielo.

Nicola frunció el ceño, escéptica.

—¿Me estás tomando el pelo?

Fue un shock oír su voz. No habían pasado ni veinticuatro horas desde la última vez que lo había visto, pero realmente había creído que nunca tendría la oportunidad de volver a hablar con él.

—Soy sincera. Quiero serlo siempre a partir de ahora.

Se acercó más a él. Nico no se movió y ella dio gracias a su buena estrella. Le habría roto el corazón verlo huir.

—Lo siento mucho, —le dijo de un tirón—. No puedo vivir con la culpa, me está matando, —confesó, parpadeando para evitar el descenso de las lágrimas—. Te he dicho cosas terribles y nunca me lo perdonaré, aunque tengas que hacerlo tú.

Nicola dejó la bolsa en el suelo y cruzó los brazos sobre el pecho. Era una señal de clausura, y aunque le picaban las manos con el deseo de tocarle, enhebrar los dedos entre los mechones desordenados y atraerle a su boca sin besos, no se atrevía a acercarse más.

—¿Me dejas hablar?, —le preguntó humildemente.

—No hace falta que digas nada.

¡Ay!

Nunca había tenido que luchar por su atención. Contuvo su impaciencia y le suplicó con la mirada hasta que él le hizo un gesto para que continuara.

—Te impuse responsabilidades que no tenías. Afirmé que te odiaba, y no era así. Solo... yo...

Dios, ¿cómo continuar? ¿Cómo explicarle las razones por las que había preferido culparle de sus propias dificultades?

—¿Sabes lo que se siente antes de un partido?, —le preguntó, y luego, recurriendo a un léxico que ambos conocían y que podían interpretar como apoyo—. Miedo mezclado con excitación. Estás preparado, concentrado, pero sabes que hay mil variables independientemente de ti que pueden echar a perder semanas de preparación. Tienes el control y al mismo tiempo no lo tienes.

Nicola asintió lentamente.

Bien, no se estaba dando cuenta, pero la estaba escuchando y estaba al tanto. Era todo lo que ella esperaba.

—Esa sensación te aplasta y al mismo tiempo no la cambiarías por nada porque sabes que tu corazón late y tu vida tiene sentido solo por saborear ese momento, esos segundos antes de salir a la cancha en los que te preguntas si el partido te anulará o te devolverá al mundo.

Suspiró. Estaba poniendo todas las cartas sobre la mesa y esperando que la mano fuera buena, fuera ganadora.

—No he sentido esa emoción desde mi último partido, mi última victoria, —le dijo—. Pensé que nunca volvería a sentir ese vacío en el estómago. Pero entonces llegaste tú.

Guapo, ingenioso, inteligente, sensible y apasionado. Un sol cuyos rayos eran capaces de calentar las partes de ella congeladas por la desconfianza e inflamar sus sentidos, despertarlos a la pasión, a la sensualidad, al amor.

—No sabes lo que me produce tu sonrisa. Nunca te lo he dicho, —admitió, escrutando sus ojos verde esmeralda. Ojos grandes, hermosos, con una hendidura alargada y pestañas largas y claras. Para perderse en ellos—. Sonríes con los labios, con los ojos, con cada expresión y gesto. Es difícil mirarte: eres cegador.

No le avergonzaba admitirlo, a pesar de que esas mismas cualidades habían motivado muchas de sus acciones y refrendado varias de sus incertidumbres.

—Lo perdí todo el día del accidente y lo volví a encontrar en tu sonrisa hace dos meses.

Fue una afirmación rotunda, pero no pareció surtir efecto. Nicola estaba inmóvil, la miraba fijamente con los párpados ligeramente batidos y estaba tan concentrado que daba la impresión de no respirar.

Hablaba con una pared.

—Incluso sin mi pasado, habría perdido la cabeza. Soy irritable, gruñona e insufrible, y tú eres maravilloso. No podía ser tan sencillo. ¿Cómo podía creer que un hombre como tú se conformaría conmigo? Por no hablar de todo lo que había intentado ocultarte, que habría sido duro para cualquiera. Aún lo es para quienes me conocen de toda la vida.

Nicola sacudió la cabeza, contrariado.

—No quiero escuchar la cantinela que Edoardo te inculcó, —soltó. El tono era rencoroso pero al mismo tiempo ronco y atrofiado.

—Si tienes que culpar a alguien, desquítate con la persona que realmente merezca tu culpa, —sugirió, manteniendo la voz baja y conciliadora a pesar de que el ataque a su hermano le parecía injusto—. Edoardo no tiene nada que ver con esto. Se ha comportado así con todos los

que me han tirado los tejos, desde el instituto. Esta vez se pasó de la raya por motivos que no sería justo contarte, pero si hubiera tenido fe en mí y en lo que estábamos construyendo sus palabras no me habrían afectado, —señaló—. No debería haber dudado de nosotros, pero lo hice y no creo que me guste haberme vuelto tan débil. Hace diez años no era diferente a ti y a Edo. Era poco más que una adolescente y tenía todo lo que quería porque era condenadamente buena y lo sabía. Me creía intocable, pero caí. El impacto me destruyó.

Odiaba que el recuerdo aún le hiciera llorar. Entonces cerró los ojos un momento y trató de recuperar el control.

¿Había hablado alguna vez con tanta sinceridad a alguien? Quizá solo a su terapeuta, y con mucha persuasión.

—No hace falta que sigas.

¿Cómo?

Dios, no podía creer que él hubiera dicho eso, que hubiera llegado al extremo de no querer escucharla.

Si, tras el fin de su relación, había pensado que su corazón se había roto en mil pedazos, en aquel momento se dio cuenta de que era peor: sintió que aquel órgano hinchado de amor se marchitaba en su pecho.

Nicola percibió su angustia y se puso aún más rígido. Sus antebrazos, que la camiseta dejaba al descubierto, estaban surcados de venas hinchadas por el esfuerzo de mantener los brazos cruzados y los puños cerrados. El músculo de su mandíbula también vibraba en una clara manifestación de nerviosismo.

—Yo... yo tenía..., —balbuceó, incrédula y dolorida, sin aliento—. Tenía miedo de caerme otra vez, —continuó, con las mejillas enrojecidas por la mortificación de abrirse ante alguien insensible a sus confidencias. Podía batirse en retirada, sin duda, pero hablar con Nicola no era solo una forma de compensarle por el daño que le había causado, también era un punto de partida para ella misma.

Con o sin él en su vida, había decidido que ya estaba harta de cualquier ambigüedad.

—Me pediste que saltara al vacío y me ofreciste una red de seguridad, pero no confié en ti lo suficiente. Me aterrorizaba perderte y, en lugar de ganarme tu admiración, me eché atrás, lo que provocó que acabara de la peor manera.

Los ojos verdes de Nicola la estudiaron con una intensidad que la hizo estremecerse. Ya no eran vidriosos, sino animados por emociones misteriosas e insondables que él ocultaba ejerciendo un férreo control sobre sí mismo.

—Sigues sin fiarte de mí, —sentenció al final de su examen.

Cristina hizo acopio de todo su valor.

—No lo sé, —respondió con sinceridad—. Pero creo en ti y quiero aprender a confiar, —declaró, decidida—. Lo conseguiré, porque la alternativa no es alternativa. Te quiero y no quiero tener miedo nunca más.

Conmovida, levantó la barbilla y le miró a la cara, retándole a leer la verdad, el sentimiento desbordándose de su corazón. Le miró con fiereza, esperando que él cogiera ese amor y se lo echara en cara. Podía enfrentarse a él, pero no se arrepentiría. Ya no.

Nicola fue el primero en apartar la mirada.

Se pasó una mano por la cara, frotándose los ojos para despejar la mente. Expulsó el aire un par de veces, y se podía leer en cada pequeña expresión el esfuerzo que ponía en encontrar una respuesta adecuada.

—Gracias por contarme estas cosas, —acabó diciendo.

Cristina se puso gélida.

¿Gracias?

Parpadeó lentamente, para demostrarse a sí misma que seguía alerta. No sentía que respirara y necesitaba confirmación.

Nicola no podía mirarla. Se agachó y agarró la bolsa de lona, utilizando esa distracción para ocultar sus pensamientos de ella y escapar de sus palabras.

¿Lo había herido hasta el punto de perder por completo el afecto que le había demostrado hasta una hora antes, cuando la había defendido de su propio hermano?

—Nico —le llamó, pero no supo que decir. Estaba agotada. Mil y un pensamientos se arremolinaban en su mente sin tomar forma, sin ganar sustancia.

¿Qué podía oponer a un rechazo tan tajante?

Gracias...

A la mierda la gratitud, ¡ella lo deseaba!

—Los chicos me están esperando, —concluyó Nicola—. Tengo que irme y tú también deberías irte. Edoardo te necesita.

Tanta consideración hacia el enemigo... ¡estaba impresionada!

Dios, era todo surrealista, y era aún más absurdo que pudiera sonreírle mientras por dentro se sentía aniquilada.

El partido había terminado en derrota, cualquier intento de repetirlo sería en vano.

—Vale, —se rindió, para no verse reducida a suplicarle, con los labios plegados en una sonrisa que era más un mecanismo de defensa que una muestra de sarcasmo. Seguramente debía de parecer una demente.

Zanini percibió sus reacciones y, al mismo tiempo, pareció ansioso por salir corriendo.

No le reconoció.

—¿Puedo despedirme?, —la sorprendió entonces acercándose a ella sin previo aviso.

Antes de que pudiera darse cuenta de lo que ocurría, se encontró apretada contra él, con la cara apretada contra su pecho y la mano de Nico abierta en la parte baja de su espalda, justo por encima de su trasero.

En cuanto sus cuerpos se adhirieron el uno al otro, gimió en silencio mientras el dolor estallaba en su interior, partiéndola en dos.

Se puso rígida por un momento, luego estiró los brazos y devolvió el apretón en lo que percibió como su último contacto.

¡Esto no puede ser verdad!, gritó para sus adentros.

Era injusto y estaba mal porque encajaban a la perfección, porque aquellos hombros anchos y aquellas manos grandes eran su hogar, porque el calor y el aroma de Nicola eran la energía de la que se alimentaba, y el latido de su corazón la única sinfonía que ansiaba oír.

No podía acabar así.

—Nico, —suspiró ella, innecesariamente.

Le había perdido.

Quiso arrancarse de aquel abrazo y huir de Nicola, del desamor que le arañaba el alma. Pero fue cobarde y se quedó, saboreando los últimos momentos de un vínculo precioso del que se arrepentiría para siempre.

Con los ojos entrecerrados y las mandíbulas apretadas, trató de no llorar y recogió todas las migajas que Nicola le dio hasta que él se movió para poner fin a todo. Acabar con ellos dos,

juntos.

—Gracias por todo, —murmuró Cristina, con la voz entrecortada, consiguiendo retenerlo un segundo más, lo justo para respirar.

La mano de su Vikingo dorado sufrió un espasmo al contacto con su espalda, una violenta contracción que se resolvió con una presión que la acercó más a él, evocando la forma en que se fundían y lograban meterse bajo la piel del otro con cada roce.

Pero entonces Nico se dominó y dio un paso atrás.

—Pórtate bien, muñequita, —se despidió, utilizando el odiado apelativo cariñoso que, después de todo lo que habían vivido juntos, ya no sonaba a insulto, sino a broma entre ellos.

El recuerdo melancólico de una complicidad que ya no existía.

No tuvo valor para levantar la mirada y captar una última instantánea de su rostro.

—Tú también, Zanini, —murmuró.

Nunca supo si él la había oído antes de marcharse de allí y de su vida. En cuanto a ella, permaneció en el pasillo durante un buen rato desde que Nicola la había dejado. Inmóvil, con la mirada perdida en el vacío.

Solo cuando dos fuertes brazos la encontraron y la envolvieron en calor y consuelo, recordó donde estaba y se dio cuenta de lo que había pasado. Y entonces lloró, mientras Edoardo la abrazaba con fuerza y dejaba escapar un tormento inexpresable.

Con Nicola Zanini se había acabado.

Game Over.



Siempre le había gustado junio. Era un mes precioso. El aire no era caliente, los días eran más largos y las horas perezosas y ociosas. Era verano sin el ajetreo de la temporada alta, y la carretera de la costa no estaba abarrotada de viajeros en busca de un lugar al sol. Era el momento perfecto para sacar brillo a su Ducati y pasar horas en las carreteras costeras.

Era su manera de sentirse en paz con el mundo, de liberar las tensiones del campeonato y recargar las pilas para el siguiente.

Era un plan perfeccionado a lo largo de los años, previsible y codiciado, pero no estaba seguro de ponerlo en práctica al día siguiente. El día siguiente, de hecho, nunca le había parecido tan incierto. Tal vez fuera porque nunca había estado tan cerca del A1 como para esperar alcanzarlo. Ciertamente, nunca había ganado aquel desafío, accediendo por derecho propio a la máxima categoría de la Liga.

Había sucedido aquella tarde y su vida había... *cambiado*.

¿Cuánto? Lo había averiguado en las últimas horas, mientras intentaba rechazar las llamadas de su representante, periodistas y patrocinadores. Se había dado cuenta de la magnitud de esos pocos puntos de ventaja sobre su rival durante las celebraciones en el restaurante La Bettola, donde el equipo y los aficionados se habían reunido para festejar el resultado con carbonara, filete a la fiorentina y litros de vino tinto ofrecidos por el club.

¿La verdad? No había pronosticado la victoria. Y, ahora que lo pienso, tampoco había predicho los acontecimientos de los últimos meses. Pero ésa era otra historia que llevaría tiempo asimilar y metabolizar.

Sacó del bolsillo el mando a distancia del portón eléctrico.

Aquella mañana había cogido el BMW, ya que no podía predecir en que condiciones se encontraría después de la final y no quería arriesgarse a volver a subirse a la Ducati tras una derrota. No era un centauro sensato, sobre todo cuando estaba cabreado.

Aparcó el coche en medio del corto camino de entrada que conducía a su chalé remodelado, luego apagó el motor, se desabrochó el cinturón de seguridad y se desplomó contra el asiento.

Vio claramente la fachada del chalé.

Había dispuesto farolas por todo el jardín, alimentadas por paneles fotovoltaicos. Estaban programadas para encenderse todas las tardes a las ocho.

El juego de luces era increíble y resaltaba, incluso cuando se ponía el sol, el cuidado con que había dispuesto el entorno exterior, con el mirador, los bancos, las mesas y el pozo artificial de toba romana que su abuela había hecho construir setenta años antes por su abuelo. Un poco hortera, pero le tenía cariño.

Sí, estaba realmente orgulloso de aquella instalación de luz: sin ella, probablemente no la habría visto en primer lugar, aunque no se escondía en absoluto.

Estaba sentada con aire sereno en el banco de madera y hierro forjado situado a un lado del porche y orientado hacia el camino de entrada. El aire fresco de la tarde debía de molestarla, porque tenía una chaqueta de cuero y las manos hundidas en los bolsillos. Y estaba temblando.

Temblaba y le miraba fijamente.

Salió del coche y se apoyó en el capó, con los tobillos cruzados, como brazos. Él se tomó su tiempo para observarla.

Ella estaba perfecta en su casa, había pensado desde la primera vez que la había llevado allí.

Que era perfecta para él, sin embargo, se había dado cuenta un poco antes, tal vez desde el instante en que la había visto por primera vez.

Un relámpago.

El corazón se le había parado aquel lejano domingo, y se le volvió a parar en aquel momento.

Siempre era así con Cristina.

La veía y se sentía morir.

Una muerte dulce y placentera. Duró los pocos instantes de contemplación, luego su sonrisa lo devolvió a la vida. Bastó un breve movimiento de sus labios y la sangre volvió a retumbar por sus venas, su pecho estalló de orgullo y felicidad.

¿A qué distancia estaban?, se preguntó. ¿A cuatro metros? Tal vez cinco, calculó.

Demasiados, pero no suficientes para impedirle adorar los detalles de aquel hermoso rostro.

Los ojos eran su punto culminante, ella también lo sabía. Hermosos y expresivos. Pero habría sido injusto no mencionar la suave boca, con su labio superior bien dibujado y arqueado, que inspiraba sus fantasías más obscenas, y las más tiernas. O la piel tersa, la nariz pequeña y recta, los pómulos altos que le daban el aspecto de una guerrera y la feminidad de una diosa.

¿De verdad había creído que podía perderle?

Era suyo. Encadenado a ella, arruinado para siempre.

Se dirigió hacia ella sin apartar los ojos, olvidándose incluso de pestañear.

Ella tampoco se inmutó. Técnicamente, no podía: estaba sentada y había un muro de carga detrás de ella. Sin embargo, podría haberle ocultado sus pensamientos, pero en lugar de eso le miró con el corazón en los ojos, con vergüenza y pena, mostrándose sin barreras, con toda su fragilidad y el dolor que sentía.

Él se sentó a su lado en el banco.

Cristina no se movió, no volvió la cara hacia él. Ni siquiera se atrevía a respirar.

Nicola apoyó los codos en los muslos y se inclinó hacia delante, con la mirada fija donde estaban los ojos de ella, en algún lugar entre los sofás de mimbre y los limpiaparabrisas de su X7.

No había necesidad de espiar sus expresiones para comprender su inquietud y desasosiego.

Llevaba todo el día torturándola, mejor acortar la espera.

—¿Hay mucho que empaquetar?, —le preguntó, yendo al grano con voz firme y práctica.

Un pequeño grito ahogado.

Fue todo lo que oyó, luego Cristina se llevó las manos al regazo y las entrelazó con fuerza.

Nicola notó con pesar que algunas uñas estaban rotas, estropeadas por el nerviosismo.

Ya volverían a crecer.

—No, —declaró al cabo de un rato, con la voz baja pero arqueada por la angustia.

¿Cuánto le había dolido? Demasiado. Y él había insistido en hacerle daño incluso aquella tarde. Poco importaba que tuviera sus propios motivos.

—Bien, —comentó. Se preparó para darle unos segundos más para responder. Se alegró de que no hubiera servido de nada.

—¿Crees que Maldición se acostumbrará a estar aquí?

Era una pregunta legítima. Había tenido perros, incluso gallinas. Gatos nunca. Y menos gatos machos de tres kilos con nombres inverosímiles y un temperamento altivo y aburrido. No podía subestimar el obstáculo.

Cristina se limitó a asentir. Estaba tan alterada que ni siquiera tuvo fuerzas para replicar.

La ternura le invadió.

Apretó los puños para controlarse. Estaba cerca, tan cerca de conseguir lo que quería que se sentía mareado.

—No soy paciente. Lo sabes, ¿verdad?

Otro movimiento afirmativo de su cabeza, otro grito ahogado.

Estaba realmente disgustada, más de lo que pensaba.

Y él también.

—Tienes dos días, no más, —le informó—. Pero las noches son mías, empezando por ésta.

Cristina dio un respingo y se habría caído si no se hubiera agarrado al banco.

Se quedó sin aliento cuando, alarmada, jadeó:

—Nico, me estalla el corazón.

Y como parecía a punto de sufrir un infarto, la agarró de la muñeca y tiró de ella hacia él, por si necesitaba respiración boca a boca. Luego la levantó y la ayudó a sentarse a horcajadas sobre él para que estuvieran más cómodos.

Su postura favorita.

Ahora sus caras estaban a la misma altura y por fin podía mirarla a los ojos enrojecidos y llenos de lágrimas.

Le enmarcó la cara, empujando con los pulgares su delicada barbilla hacia arriba.

Acarició su mandíbula, ejerciendo un poco de presión para mantener la atención de Cristina en él.

Ella no protestó.

Él sospechaba que no reaccionaría, aunque le causara dolor. Parecía demasiado absorta en su contacto como para darse cuenta de nada más.

Nicola, en cambio, se fijaba en todo, en cada detalle: desde la blanca estructura de su cuello, movida por los parpadeos de la deglución, hasta la forma en que temblaban sus muslos, aferrados a los lados de los de él.

—¿Entiendes que no te dejaré marchar?, —gruñó, conteniendo a duras penas la violencia de sus propios sentimientos.

No quería asustarla, pero su frialdad había sido una actuación.

No estaba tranquilo.

En absoluto.

La barbilla de Cristina vibró de emoción. Estaba a punto de derrumbarse en mil pedazos.

—Iba a darte un par de días para que te recuperaras y luego volvería a reclamarte —le explicó, con la voz ronca, ajena a sus propios oídos.

Nunca había sido difícil expresar lo que sentía; tener a una mujer entre sus brazos nunca había significado tanto. Pero ahora... ahora tenía todo el universo en sus manos.

Ante aquellas palabras, las lágrimas se desbordaron de los párpados de Cristina, describiendo luminosos caminos en sus mejillas inflamadas. Él las sintió mojarle las palmas de las manos, fluyendo por el interior de sus muñecas.

Se las secó con caricias ásperas, torpes, inquietas.

Otra novedad. ¿Alguna vez había estado tan agitado en su vida? Probablemente no. Nunca había estado enamorado.

—Te quiero, —respiró Cristina, agradeciéndole su constancia, su determinación de mantenerla con él.

Su corazón estalló en el pecho de Nicola, como aquella tarde, cuando ella se lo había confesado por primera vez y él había tenido que aplicar años de disciplina para no arrodillarse a sus pies y dar gracias por aquel milagro.

Pero ya no había necesidad de contenerse y no pudo evitar que un escalofrío le sacudiera con el vigor de una emoción indomable, una alegría que nunca había sentido.

—Lo quiero todo de ti. Ya te lo dije una vez, —le recordó—. Pero tenía que asegurarme de que sabías lo que estaba en juego y lo aceptabas, ¿lo entiendes?

Esperaba que sí, porque era la única explicación que obtendría de él.

Cuando la había abrazado, un segundo antes de abandonarla en el pasillo del PalaTiziano, se había asegurado de que las llaves del chalé se deslizaran en el bolsillo de su chaqueta.

Lo había parecido, pero la suya no había sido una negativa, sino todo lo contrario. No había querido que ella tomara una decisión abrumada por la emoción del momento, así que le había dado tiempo, proporcionándole, sin embargo, un medio para volver a él, aunque de una forma diferente que los uniría para siempre.

Después de que Cristina le hubiera revelado que le amaba, ya no podría conformarse con la relación despreocupada de antes.

Lo quería todo.

Cada día, cada noche. Cada momento de felicidad, los pocos momentos de rabia y abatimiento que no podría evitar.

Todo. De. Ella.

Aquellas llaves habían sido un símbolo y una promesa, habían contenido una propuesta.

Nicola, que siempre se había enfrentado y domado al destino como protagonista, había confiado en Cristina y en sus decisiones. Se había mantenido a su lado.

—Creí... creí que te había perdido para siempre, —susurró, angustiada—. P-perdí mi corazón.

Tanta tristeza en su voz le mortificaba.

Él era el único responsable de ello.

—Menos mal que encontraste las llaves y las usaste, —dijo, exhalando en un suspiro la inquietud que lo había mantenido cautivo hasta que la vio. Querer a alguien e irse a vivir juntos eran dos cosas muy distintas, y no estaba seguro de que Cristina aceptara. La ansiedad le había convertido en un pésimo amigo y en una compañía deprimente durante toda la cena—. Si no hubieras venido... —Se interrumpió, no quería pensar en ello. Habría luchado por ella, eso era

seguro, pero prefería no haber averiguado cuanto tiempo más serían capaces de destruirse antes de rendirse el uno al otro.

—Hasta hace un cuarto de hora, no tenía nada. Nada de lo que sentirme orgulloso o feliz si no podía compartirlo contigo, —le reveló, conmovido hasta la médula. Pero entonces ella se había abrazado a él—. Has cumplido todos mis sueños.

Cristina ya no pudo sostenerse: las fuerzas la abandonaron y se desplomó en sus brazos.

—Te quiero tanto, —repitió contra su cuello.

Él la estrechó contra su pecho mientras ella descargaba todas sus emociones entre lágrimas. La consoló con su presencia, con su cuerpo, testigo más fiable que cualquier palabra de que estaban juntos, de que se habían encontrado y pertenecían el uno al otro. Alma y cuerpo.

Hundió la cara en su pelo e inhaló su perfume durante mucho tiempo, incrédulo ante la idea de que al día siguiente lo olería en cada habitación, en su almohada, en su piel.

Había ganado.

Nicola Zanini había ganado el premio más codiciado: la mujer de sus sueños.

—Eres mía, —exclamó, con voz atronadora, impregnada de feroz orgullo y posesividad.

Era suya.

Su compañera, su amante, la increíble mujer que aprovecharía los dos días que le había dado para empaquetar sus recuerdos y mudarse con él, a aquella casa aislada en el lago Albano a la que pertenecía.

—Eres mi sueño, —admitió. Tenía que saberlo—. No el campeonato, no la gloria. Tú.

Cristina levantó la cabeza y le buscó los ojos. Y sí, no pudo soportar sus lágrimas, pero la encontró hermosa, más hermosa que nunca.

Le miraba como si por fin viera en él lo que Nicola siempre había visto en ella.

El mundo entero.

Cri levantó una mano en busca de una conexión, pero enseguida dobló sus largos y afilados dedos, retrocediendo ante el gesto, como si temiera atreverse demasiado.

Él le agarró la muñeca y le llevó la palma a la mejilla. Ambos se estremecieron.

Eran dos imanes, una colisión explosiva.

Ella movió las yemas de los dedos sobre su piel con cautela, un atisbo de incertidumbre. Quería volver a conocerle.

Nicola compartía la misma necesidad: redescubrir cada centímetro de ella a la luz de unos sentimientos ya no ocultos, sino gritados para convencer al otro.

—Nunca te perdonaré que me hicieras creer que se había acabado, —declaró Cristina, acariciándole la nariz, las cejas, la frente; peinandole con conmovedora dedicación—. Nunca, —le amenazó. Pero ella sonrió, y él se sintió embriagado.

Había olvidado lo encantadores que eran sus labios cuando se curvaban satisfechos, lo transparentes y líquidos que se volvían sus iris turquesa.

¿Qué iba a hacer con ella?

Podía esperar, razonó, conservar la dulzura de aquel momento y consignarlo a la memoria como el más puro y tierno de su vida.

Podía evitar hundir la mano en su pelo y agarrarle la nuca con energía.

Pero eso no habría sido honesto; no habría sido el hombre que ella amaba. Así que tiró de ella hacia sí y se detuvo un momento en un suspiro, luego se enterró en su boca y, tras una eternidad de sufrimiento, regresó a casa.

La besó ferozmente, con una pasión exasperada por saber que había evitado el peligro de

reconocerse lisiado e inútil, privado de su propio corazón. Un ardor alimentado por el terror de volver a perderla y la necesidad de restablecer el dominio sobre ella para convencerse de que eso no sucedería.

Cristina le respondió con el mismo entusiasmo, la misma vehemencia desesperada, la misma esperanza de un futuro libre de incertidumbres.

Loca de deseo, Cri le acariciaba por todas partes mientras sus lenguas se entrelazaban, sus dientes se mordían, sus bocas intentaban robar el aliento de la otra, cambiarlo por el suyo propio.

Nicola estaba abrumado por la emoción, por las sensaciones. La piel cálida bajo su palma, el pelo brillante y suave entre sus dedos, el peso de Cristina sobre su pecho y el sabor único de su beso.

Era un náufrago, perdido en un océano de amor, y encontró un punto de aterrizaje en el labio inferior de su mujer. Hundió sus dientes en él y apretó y mordió. Con fuerza.

No le importaba si la lastimaba, no le importaba si ella gemía de dolor y placer en su boca, apretando aún más fuerte, instándolo a ser más exigente, más brutal, aún más carnal.

Cristina era la criatura más sensual y apasionada que conocía. Si su fuego le había quemado antes, ¿qué le ocurriría ahora que su amor por ella se había encendido con la violencia de un incendio?

Nicola estaba impaciente por averiguarlo.

—No me perdonas, —jadeó en sus labios. Volvió a besarla, incapaz de resistirse a ella—. Hazme pagar por ello todos los días, no me importa.

Mientras se quedara.

Cristina acarició su boca turgente con ojos brillantes. Brillantes.

—Nico, —murmuró, saboreando su nombre entre respiraciones apresuradas—. Necesito que me lo pidas.

Preocupado, la sintió temblar tanto que tuvo que ponerle las manos en las caderas para estabilizarla.

—Nena...

—Necesito oírlo, por favor, —le suplicó ella, a un paso de un ataque de sollozos—. Por favor.

Él no se enfadó. Podría haberlo hecho, pero no lo hizo.

Cristina había encontrado las llaves, había llegado a su casa mientras él lo celebraba con el equipo y le había esperado. Había sabido en todo momento lo que él quería de ella. Le conocía: no le había ofrecido su casa para echar un polvo de vez en cuando.

Ella había aceptado mudarse con él en el mismo instante en que él había utilizado el mando a distancia y había abierto la puerta. Nicola había sido muy claro en sus intenciones, y odiaba que lo cuestionaran. Sin embargo, había subestimado lo importante que era para ella oírle decir las palabras adecuadas para deshacerse de cualquier malentendido.

Cristina no pretendía ofenderle, se dio cuenta, lo suyo era solo una necesidad de transparencia.

—Quédate conmigo, —acordó con ella, pero no podía hacerlo sonar como una propuesta, porque no lo era. Parecía más bien una orden—. Ven a vivir conmigo.

Cristina se iluminó de alivio y le echó los brazos al cuello. Si hubieran estado de pie, lo habría tirado al suelo.

—Sí, —respondió ella, y joder, se estaba riendo y tenía el sonido más dulce—. ¡Sí, sí, sí!, —repetía ella, luchando por conquistar cada centímetro de su cara con sus labios ávidos. Reían

juntos, felices como niños, persiguiéndose en un choque de dientes y bocas que se buscaban, se encontraban, se fundían.

Con cada beso, con cada sonrisa, el corazón de Nicola se derretía, pero no el resto de él, que se ponía rígido... se convertía en mármol.

Y era un asco, lo sabía, pero, por el amor de Dios, ¡no era solo afecto lo que le faltaba de Cristina!

Ella también se dio cuenta, en algún momento, porque se congeló de repente y lo miró con los ojos muy abiertos.

Entendido.

—Nena..., —empezó él, un poco avergonzado—. Si quieres seguir con estas gilipolleces románticas, será mejor que dejes de menearte sobre mi polla y te sientes a mi lado.

—¿Gilipolleces románticas? —La ceja derecha de Cristina se arqueó amenazadoramente.

Se rascó la cabeza.

—O podemos irnos a la cama, —sugirió, arqueando también la otra ceja. Aquello no era buena señal—. Me siento muy romántico cuando estoy dentro de ti, —le aseguró, con la sonrisa más descarada que poseía en su arsenal.

Los párpados de Cristina se habían reducido a dos rendijas. No era lo mejor para coronar el momento más bonito de sus vidas.

—Sabes que te quiero y te aprovechas de ello, ¿eh? —Sacudió la cabeza, exasperada. Nicola jadeó, porque aún no se acostumbraba a oírla pronunciar esas ocho letras—. Pero me estás subestimando, si crees que necesito halagos. Siempre te he dicho que solo estoy contigo por tu polla.

Dios, era perfecta.

¿Había dicho ya que estaba loco por ella?

Soltó una carcajada y la levantó en brazos mientras Cristina producía un grito estridente.

—Solo por mi polla, ¿eh?, —soltó fingiendo indignación. Se dirigió hacia la puerta principal con la mujer agarrada al cuello—. Ábrela, —le ordenó, y vaciló de emoción al verla sacar las llaves, su duplicado personal, de un bolsillo y hacer clic en la cerradura con la maestría de una anfitriona. Ahora lo era.

Señora de la casa y reina de su corazón.

—No puedo hacer nada al respecto, —se burló de él, mientras la conducía al dormitorio. Su dormitorio—. Me encanta tu polla, me hace olvidar lo gilipollas que eres.

Y como a él también le encantaba su coño goloso, no tardó en tirarla sobre la cama y quitarle los zapatos y los vaqueros.

—Gilipollas, pero *tuyo*, —puntualizó tumbándose encima de ella.

Estaba impaciente.

Nunca sabía por donde empezar con ella.

A la mierda, atacaría el plato principal.

Más tarde terminaría de desnudarla y se desharía de su propia ropa. Mientras tanto, le permitió desabrocharse la bragueta y bajarse los calzoncillos.

Siseó de dolor y excitación. Podría haberse corrido solo con aquel contacto.

Los ojos de Cristina brillaron de lujuria y satisfacción. Se lamió los labios.

Oh, ya tendrían tiempo para eso, podía estar segura, pero primero él tenía que correrse dentro de ella otra vez.

—Eres mío, —confirmó, poco después de que Nicola la penetrara con una furiosa embestida.

Ambos gimieron.

—¿Para siempre?, —le preguntó él, sin aliento, mientras los pliegues internos de Cristina se adaptaban a su tamaño y lo envolvían en un calor húmedo y viscoso.

—Siempre, —jadeó Cristina.

La besó y se movió lentamente dentro de ella. Quería que lo sintiera entero, de la punta a la base, que lo sintiera hundirse y retraerse centímetro a centímetro mientras la hacía suya, la reclamaba en su propia carne y corazón.

—Te quiero, nena, —susurró sobre su boca. Cara a cara.

—Creía que no dirías eso. —Lágrimas de alegría cubrieron sus claros iris.

Si no le hubiera tirado un bote de sal, lo habría sentido la noche anterior. Sus modales durante las peleas tenían que mejorar, consideró.

No había problema, tenían toda la vida para aprender. Juntos.

—Te quiero, —repitió, fascinado por el modo en que las pupilas de Cristina se dilataban en respuesta a aquella afirmación y las paredes de su sexo se tensaban en torno a su pene. Lo repitió unas cuantas veces más para asegurarse de que no era casualidad y de que le provocaría la misma reacción.

Dios, ¡cada vez era mejor!

—Deja de distraerme, —la regañó, pero ella no tenía la culpa si él tenía las hormonas alborotadas como un niño de trece años—. Hace más de una semana que no hacemos el amor y no tenemos mucho tiempo.

No se daba más de un par de minutos y no le importaba. Tendría todos los días y noches de Cristina para compensarlo. Allí, en su casa.

—¿Este es todo el romanticismo del que eres capaz?, —le espetó ella, arqueando las caderas para volverlo loco y vengativo, la muy zorra.

—¡Oh, cállate!, —exclamó él, y luego le tapó la boca con un beso brutal. Pero había una razón por la que Cristina era la mujer de sus sueños, y no era la obediencia ciega.

No se calló ni un segundo.

Pronunció su nombre cuando el orgasmo se apoderó de ella.

Gritó que lo amaba mientras él le llenaba el vientre.

Gritó que nunca volvería a dejarle.

Y Nicola no intentó callarla. No cuando, con el corazón estallándole en el pecho, la garganta hecha un nudo y los ojos vidriosos, oyó las dos palabras más dulces y hermosas del mundo. Las más importantes.

Para siempre.



—¡Cambia de mano!, —ordenó Cristina, intuyendo, incluso antes de que la chica se confundiera, que no realizaría el regate correctamente.

El ejercicio no era difícil.

Se dispuso una fila de conos delante de la canasta, lo suficientemente separados como para que las libélulas pudieran rodearlos. Su tarea consistía en regatear, cambiando de mano con cada obstáculo que pasaban. Un simple eslalon. Pero la coordinación era complicada y la presión aún más.

Cristina sabía leer bien el nerviosismo. Unos ojos menos concentrados, una alteración en la respiración, incluso un exceso de aplicación podían llevar a cometer errores. Y las chicas cometían errores, todo el tiempo, porque solo tenían ocho años y porque nadie es infalible, algo que su entrenadora dejaba claro en cada lección. De hecho, estaba decidida a hacer del entrenamiento una aventura de equipo en la que no hubiera lugar para la frustración, sino solo para la mejora.

Y sí, la entrenadora era ella: Cristina De Santis, ex número 21 del AL Roma, jefa de personal de una tienda de Via Condotti y la mujer que se había propuesto formar a la próxima generación de campeonas italianas de baloncesto.

Dios, no solo. Su ambición secreta era enviar a una docena de ellas al extranjero, a la WNBA (USA Asociación Nacional de Baloncesto Femenino), a lo largo de su nueva carrera.

¡Chorradas!

Al menos treinta. Era optimista.

O, en palabras de Roberta, imprudente.

Su mejor amiga estaba encantada con su segundo trabajo, razón por la cual se había encontrado a menudo en su camino en el estadio durante las dos últimas semanas, decidida a destruir la poca disciplina que la entrenadora impartía a sus alumnas.

O al menos, *intentaba* impartir. Aquellas chicas habían sido engendradas por el mismísimo Satanás, estaba segura, y la agotaban más que los chicos del Stars.

Pero, oye, aunque volviera a casa con un dolor de cabeza de competición y se viera obligada a añadir un tercio de cucharadita de miel en su té de manzanilla vespertino para calmar sus

cuerdas vocales, era feliz, realmente feliz.

—Tu turno, Mónica, —señaló, en cuanto Vittoria hubo terminado su ronda.

Cristina hizo sonar el silbato y la segunda niña corrió hacia delante.

Maldita sea, ¡era rápida!

Apoyó los codos en las rodillas y se inclinó para seguir la acción.

Mónica no corría: volaba.

Era un placer para la vista.

Durante su primera sesión de entrenamiento juntas, Cristina había tenido que observarla durante media hora antes de llegar a la conclusión de que rara vez ponía toda la planta del pie en el suelo. Además, era coordinada. Como al menos el treinta por ciento del grupo. Eso no era lo que la hacía especial.

—¿Es ella?

Suspiró, sorprendida por la pregunta. La voz detrás de ella había sido... *inesperada*.

—Sí, —confirmó, manteniendo los ojos fijos en la cancha, la inquietud oculta por el tono práctico.

—Es baja, —fue el consejo no solicitado.

Esbozó una sonrisa mientras seguía con ojo avizor los cambios de dirección de Mónica.

—El baloncesto ha cambiado. La altura no lo es todo, —pontificó, conteniendo la respiración.

La canasta se acercaba.

Un ligero movimiento del aire le indicó que el espectador estaba sentado a su lado en el banquillo.

No lo comprobó.

Faltaban dos conos.

—¿Cuánto tiempo llevas haciendo esto?

Otra interrupción. Empezaba a ser molesto.

—Desde hoy, —respondió, molesta.

La brusca inspiración no vino de ella.

¿Sorprendido? Le sobraban las ondas.

El ejercicio era nuevo, pero Mónica parecía haber nacido para realizarlo.

Un solo cono.

—No me lo creo... Oh ¡Joder!

En otras circunstancias le habría dado un codazo en las costillas, pero ¿quién no soltaría palabrotas?

Los números que ella planeaba nunca incluían la canasta final: las chicas eran demasiado pequeñas y, durante los entrenamientos, practicaban como mucho golpear un aro de hula hoop que bajaba la diana más de un metro.

En ese instante, sin embargo, era el aro reglamentario, el colocado a la altura estándar de tres metros, el que vibraba. Así que sí, se contempló un “Oh, joder”, sobre todo porque aquel gilipollas desconfiado de Nicola Zanini acababa de aprender una lección: nunca juzgues a un jugador por las apariencias.

Monica Velotti era la más bajita de su clase, y puede que hubiera sido pequeña toda su vida, pero tenía un don, y un carácter rebelde y ambicioso que Cristina apreciaría mientras fuera su entrenadora.

Se puso en pie y silbó dos veces para señalar el final de la lección, no sin antes, sin embargo,

asignarle un castigo ejemplar:

—Mónica, el jueves te quedarás para ponerlo todo en orden, incluso para las demás.

—Jesús, pero..., —empezó Nicola.

Ella podía leer la protesta en su mente sin siquiera mirarlo y, de hecho, aún no le había dedicado una mirada.

Le hizo callar con una mano y se dejó interpelar por Mónica que, con la barbilla levantada, la miraba en silencio.

Solo después de unos segundos se decidió a asentir.

—No es justo, —estalló Nico.

—Tiene que aprender.

El baloncesto era un juego de equipo, no una exhibición de talento, y aunque Cristina estaba orgullosa de Mónica, no era su mejor amiga.

La niña había hecho de las suyas, modificando un ejercicio para lucirse. Pagaría las consecuencias.

—Venga, recoged, —ordenó, sin remordimientos, y luego se giró para tantear el ambiente en las gradas.

Sacudió la cabeza, con una sonrisa sarcástica en los labios.

¿Le sorprendió ver un enjambre de madres soñadoras? No. Nicola solía provocar ese tipo de reacciones que tirarían la dignidad de una mujer por el retrete.

A ella no le importaba: aunque se esforzaba por disimularlo, también sentía mariposas revoloteando en el estómago y le temblaban las piernas.

Sí, seguía reaccionando ante la proximidad de Nico como una niña de 15 años en su primer flechazo. Por eso se negaba a mirarle a los ojos. Temía asaltarle delante de todos y arrancarle la ropa.

Y el Vikingo lo sabía bien.

—No funcionará, —se burló de ella, desenmascarándola—. Ignorarme no me hará desaparecer.

¡Qué imbécil!

Por desgracia, tenía razón, así que, como última defensa, jugó la carta del trabajo.

—Estoy intentando parecer profesional, no lo estropees, —insinuó, fulminándole con la mirada.

Pero Nicola era, bueno, Nicola, así que aprovechó la ayuda para derribarla.

—Estoy tratando de no arrastrarte al vestuario, deja de ser tan caliente, —la regañó, sonriendo con un montón de hoyuelos y un brillo en los ojos verde jade que cortocircuitó su cerebro.

¡Joder!

—Estoy jodida, —gimió ella, desesperadamente fascinada.

—Todavía no, —la corrigió Nicola—. Pero a este ritmo, lo estarás antes de llegar a casa.

Dios, ¿cómo iba a resistirse?

Se pasó una mano por la cara, para ocultar su vergüenza, y lo espió a través de la rendija entre sus dedos abiertos.

Estaba guapísimo, como siempre, perfecto con sus vaqueros bajos, su camiseta deportiva y el pelo húmedo de la ducha que se había dado después del entrenamiento. Un entrenamiento que, según sus cálculos, terminaría en... una hora.

—¿H-has venido a... recogerme?, —resolló. Nunca había ocurrido antes y aquella amabilidad

la había dejado sin aliento.

—¿Qué te parece?, —respondió él, guiñándole un ojo.

Una oleada de emoción la invadió y se balanceó.

¿Cómo podía ordenar a sus piernas que se quedaran quietas? Era un reto perdido desde el principio. Sus sentimientos por él la pusieron de rodillas.

Oh, las cosas no habían cambiado hasta ese momento: él seguía siendo una espina clavada en su costado y ella disfrutaba resistiéndose a él —le encantaba la expresión adusta y los gruñidos de frustración del Vikingo—, pero al cabo de un rato se rendía porque si ganaba Nico, ganaban los dos.

Se había dado cuenta de ello unos tres meses antes, cuando lo había echado, herido e insultado, solo para encontrarlo de nuevo en su vida con una promesa que los unía: él siempre cuidaría de ella.

—Creo que te quiero, —capituló ella, renunciando a ser comprensiva.

Sí, lo amaba con locura, y amarlo se había convertido en una enfermedad. Una obsesión.

No podía dejar de pensar en él cuando estaba en el trabajo, no podía quitarle las manos de encima cuando estaban juntos.

¿El único consuelo? El amor también había infectado a Nicola, a un nivel que ella nunca podría haber predicho y que le quitó el sueño.

Literalmente.

No era raro que lo observara en la cama, preguntándose si era real. Pero, después de todo, ¿a quién le importaba? Tal vez fuera un sueño, pero uno del que estaba decidida a no despertar.

—Y haces bien en quererme, —replicó Nicola, haciéndola estallar en carcajadas ante tal insolencia.

Por desgracia, sin embargo, la diversión no extinguió el impulso de echarle los brazos al cuello, así que se sintió en el deber de advertirle:

—Diez segundos y perderé todo atisbo de decoro.

Nicola le sonrió con ternura, apartando la mano de su cara, y luego la atrajo hacia él, apoyando la palma de la mano en su cadera en un gesto posesivo.

—Las chicas se han ido, —le informó, intuyendo que era la credibilidad en sus ojos la única razón por la que no saltaba sobre él.

—Nico, están las señor... ¡Oh!

Nicola le cerró la boca con un beso, decidiendo que le importaba una mierda el público de madres rabiosas.

La necesitaba, decía siempre, y a la mierda el resto.

—Te espero fuera, —le sopló en los labios, tras un beso casto, sin lengua, y a la vez tan intenso que la puso al límite. Luego se marchó, como había prometido, porque era arrogante y presumía de sí mismo, pero también sabía que aquel no era el lugar para entretenerse en los preliminares

Sacudida por escalofríos de placer y con el estómago hecho un nudo, lo vio desaparecer en el túnel.

¡Vaya!

Inspiró, esforzándose por recuperar la lucidez, pero no sería suficiente para disimular la lujuria. Tenía una idea precisa de su propio aspecto, lo admiraba en el espejo cada mañana, y no había forma de ocultar las mejillas bermellonas, los ojos brillantes nublados por la pasión, los labios húmedos. Optó, pues, por una retirada estratégica.

Diez minutos después, salía del vestuario con las chicas vestidas y listas para irse a casa.

Se las devolvió a sus madres, observando con cierta satisfacción las miradas de envidia que le dirigían. Algunas incluso se mostraban incrédulas.

Pero todo era cierto. Cristina De Santis se estaba tirando a un jugador de baloncesto de A1, el Vikingo del Olimpia Basket, para ser exactos, el jugador más guapo de la Liga.

Y eso ni siquiera era lo mejor.

El ex mujeriego, el rompecorazones, el soltero había adelantado su cita una hora y la esperaba fuera del estadio para irse a casa. No a cualquier casa, sino a la *suya*, a la que la había arrastrado dos días después de la final de los playoffs, la casa rural con vistas al lago tan apartada que podía hacerla gritar todas las noches sin que lo detuvieran por exhibicionismo.

Sí, su vida parecía sacada de un cuento de hadas, y Cristina interpretaba el papel de princesa malvada a la que Nicola Zanini, apoyado en un Lancia Ypsilon con los poderosos brazos cruzados sobre el pecho, miraba como si fuera una diosa.

Como hacer esperar al Príncipe Azul no era de buena educación, Cristina se apresuró hacia él, dejando atrás todo lo que no tenía importancia.

—Hola, Zanini, —le saludó, en cuanto alcanzó aquellos casi dos metros de músculos y piel dorada.

Ante aquel saludo, Nicola entornó los ojos y giró estigmáticamente el llavero de la Ducati, aparcada cerca, alrededor de su dedo.

Mmm... delicioso.

Cuando se enfadaba, ganaba puntos por su belleza.

Cri... —empezó a decir, malhumorado.

Oh sí, estaba realmente ofendido.

Todavía odiaba que usara su apellido, razón por la que Cristina lo pronunciaba al menos diez veces al día: el Vikingo Furioso era un espectáculo que estaba deseando pagar.

—¿Has *venido* a por mí?, —le provocó ella, modulando un tono seductor para enviarle un mensaje rojo envuelto en un banal doble sentido.

La respuesta no se hizo esperar. Tiró de ella por la correa de su bolso y la inmovilizó contra sí.

—Basta, —le ordenó.

Cristina liberó las manos que tenía aprisionadas entre los dos y las colocó a ambos lados del cuello de él, dejándose llevar por un suspiro de éxtasis.

Tenía los pechos apretados contra sus pectorales y respiraba su aroma con cada bocanada. Si no se hubieran espabilado, ella también habría empezado a frotarse contra su erección.

—Para tener tantas ganas de llevarme a la cama, estás oponiendo mucha resistencia, —le espetó, moviendo las yemas de los dedos sobre su piel caliente.

Nicola aprisionó su labio inferior entre los dientes. Un pequeño castigo capaz de encender un fuego en su interior.

—Creía que te importaba este trabajo, —murmuró, soltando el labio con un chasquido.

Buena observación.

—¿Nos están observando?, —susurró ella, acariciando sus enormes hombros.

Nicola invirtió sus posiciones con un movimiento repentino, de modo que ella era la que estaba de espaldas al coche.

—Ya no, —consideró, y en efecto era imposible distinguir a Cristina más allá de su imponente físico.

—Podría acostumbrarme a esto, —murmuró, soñadora—. Estar empotrada contra un coche a la salida del trabajo.

—Tus deseos son órdenes, —murmuró él contra la delicada piel de su cuello.

—En serio, ¿piensas hacer esto a menudo?, —le preguntó ella—. Venir al pabellón, —especificó.

Nicola se estremeció, luego le pasó una mano por el pelo y le rozó los labios con el pulgar.

La miró como si fuera un regalo por desenvolver y no supiera por donde empezar.

—¿Crees que podrás soportarlo?

—¿Sinceramente? No. La distraería una y otra vez, y realmente le importaba esa oportunidad.

Solo llevaba quince días de entrenadora, pero estaba segura de que nunca se cansaría de entrenar a aquellas chicas.

—No, pero te lo agradezco. Mucho, —respondió con una sonrisa radiante.

Era sincera.

Nicola había sido muy dulce al aparecer por allí, y por eso acababa de ganarse un especial de sobremesa, pero si aquello se hubiera convertido en un hábito ella habría contado los segundos que faltaban para volver a verle, prestando poca atención a sus obligaciones.

—Contigo cerca podría volverme demasiado blanda. A esas chicas hay que tratarlas con puño de hierro, —se justificó.

Los labios de Nicola se curvaron en una sonrisa irónica.

—Has sido una zorra, ¿lo sabías?, —la amonestó.

Cristina sonrió, dándose cuenta de a donde quería llegar.

—¿Te refieres a Mónica?, —inquirió, y antes de que él pudiera responder, lo besó. Aquellos labios suaves y varoniles eran una tentación irresistible.

—Sí. Una zorra de verdad, —confirmó él, devolviéndole el beso—. Extremadamente sexy.

—¿En serio? Puedo ser aún más mandona, si tanto te gusta, —le amenazó ella.

La sonrisa de Nicolas se ensanchó, sus ojos se oscurecieron de deseo.

—Verte ahí dando órdenes y hablando de baloncesto me la ha puesto dura.

Cristina tembló. Notoriamente. De pies a cabeza.

—¿Hay algo que no te la ponga dura?, —murmuró, con voz áspera.

—¿Cuando se trata de ti? Nada.

Vaya.

—Nico, deja de excitarme. No podemos hacer el amor en el aparcamiento. ¡No quiero perder este trabajo!, —gimoteó, angustiada. Los diez kilómetros que les separaban del chalé acababan de triplicarse en su mente. No podían llegar a su cama lo bastante rápido.

Nicola suspiró, asintiendo. De repente se puso serio, pensativo.

—¿Qué pasa?, —le preguntó ella al cabo de unos segundos, alarmada por su silencio y temiendo haber dicho algo malo.

Él la miró fijamente y su expresión era intensa, de una dulzura tan conmovedora que la conmovió.

—Nico..., —empezó, con un nudo en la garganta.

—Naciste para esto, —le dijo él, señalando con la cabeza el edificio que había detrás de ella—. Nunca podrán quitártelo. No lo permitiré, —la tranquilizó.

Su amor por Nicola la abrumaba.

¿Le estallaría el corazón?

Escondió la cara en su pecho, ocultándole las lágrimas.

—Gracias, —consiguió balbucear, impresionada por su profundidad, sensibilidad y cariño. Él le levantó la barbilla y la miró a los ojos.

—No tienes que darme las gracias. Nunca.

Era bonito que dijera eso, pero la verdad era que cada pedazo roto de su corazón había vuelto a su sitio gracias a él.

Había sido Nico quien le había encontrado aquel trabajo, quien la había convencido de que la única forma de olvidar lo que ella percibía como un fracaso personal era poner su experiencia a disposición de los demás.

Y había tenido razón.

El sueño de Cristina había sido convertirse en jugadora de baloncesto de las grandes ligas. No lo había conseguido, pero ahora veía sus propias esperanzas reflejadas en los rostros de docenas de niñas que confiaban en ella.

No las defraudaría: sus sueños se habían convertido en los suyos.

Por supuesto, su papel no era fácil y seguir las le costaba mucho esfuerzo, pero le daba la satisfacción de ser testigo de sus éxitos y, en parte, de ser responsable de sus logros.

Nicola lo había sabido desde el principio y lo había hecho posible.

—Me has *coaccionado* a aceptar. Cállate y quédate con tu mérito, —le reprochó, tratando de amortiguar la emoción con ironía.

Nico le lanzó una sonrisa dentada.

—Estoy muy orgulloso de mí mismo. Ha sido la mejor noche de mi vida, —se regodeó, aludiendo a la forma en que la había convencido.

—Eres terrible, —le contradijo ella, con los ojos reducidos a dos rendijas indignadas. Con “coaccionada”, de hecho, se refería a que Nico la había torturado durante horas, burlándose de ella sin satisfacerla hasta que prometió llamar al encargado del polideportivo—. Y fuiste un tirano, —continuó, de nuevo irritada por el trato que había sufrido.

—No me dejaste elección, —se justificó el Vikingo—. No podía permitir que dejaras pasar esta oportunidad. Con ese balón en tus manos, estás en casa. Es tu mundo y...

—No, —le interrumpió ella con vehemencia, sobresaltándole—. No lo es.

Era una pieza que le faltaba, algo que la completaba, pero nada comparado con lo que tenía desde aquella tarde de junio.

Su mundo lo había encontrado en el banco en el que Nicola le había abierto su corazón y su hogar.

Lo vio en los ojos de su compañero antes de dormirse pegada a él, con su fuerte brazo alrededor de su cintura y su propia cabeza sobre su pecho.

Lo redescubrió en el sabor único de las comidas que cocinaban juntos, incluso cuando la pasión les desbordaba y les dejaba con hambre de cenas quemadas.

Lo disfrutaba en las primeras horas del amanecer, cuando Maldición saltaba sobre la cama y se deslizaba entre ellos en busca de calor, seguro de que Nicola no se lo negaría, aunque amenazara cada vez con quitarle sus juguetes favoritos si no los dejaba en paz.

Podía verle en aquel momento, reflejado en aquel rostro que conocía a la perfección, y del que amaba cada línea, cada arruga de expresión, cada pequeño detalle único y precioso.

Era Nicola.

—Tú eres mi mundo. No el baloncesto, no este trabajo. Tú —le confesó, y luego volvió a repetirlo porque Nicola tenía que convencerse de que solo necesitaba su cariño para ser feliz; tenía que saber que antes de conocerle su vida había sido un montón de escombros y solo gracias

a él había llegado a ser un hogar cálido y acogedor en el que disfrutar de un amor que no merecía, pero que honraría cada día.

Nicola la atrajo hacia sí y la abrazó con fuerza.

—Te quiero, —le susurró al oído, emocionado.

A Cristina no le sorprendió que el cuerpo de su hombre temblara y su voz vibrara de emoción. Como el mundo que le había dado, de hecho, lo que Cristina le había dado a Nicola significaba exactamente lo mismo. Todo.

—¿Cómo podría vivir sin ti?, murmuró, satisfecha, feliz.

—Nunca tendrás que averiguarlo, —le juró.

Y Cristina De Santis, la antigua número 21 del Ars et Labor Roma, la atleta fracasada, la chica que había dejado de soñar, le creyó y volvió a confiar en el futuro.



Cristina y Nicola llevan años conmigo, pidiéndome más espacio para contar sus sentimientos, su amor, todo lo que fueron y han llegado a ser juntos.

Decidí escucharles.

No sé si ésta es la historia que habría escrito para ellos hace años, cuando tenía que mortificar sus personalidades y vicisitudes dentro de los límites de un relato corto, pero es la que siento que hoy regalo a estos dos héroes de papel.

Espero que sepan apreciarlo.

Gracias a Gala de la Rose por la traducción precisa y puntual, por su gran profesionalidad.

Gracias a Eleonora por la hermosa y refinada portada.

Gracias a todos los blogueros que no dudaron en apoyarme en este lanzamiento, gracias también a los que no pudieron ayudarme. Colaborar con gente profesional es un placer para mí.

Por último, gracias a los nuevos lectores: nunca daré por sentada vuestra confianza, siempre la honraré.



Angela D'Angelo nació en Nápoles. Licenciada en Biotecnología Médica y Literatura Moderna, descubrió su pasión por la lectura de niña gracias a los cuentos de Andersen.

Es una de las fundadoras de Insaziabili Letture, un importante blog sobre lectura y escritura.

[Facebook](#) | [Goodreads](#) | [Instagram](#) | [Amazon](#)

INDEPENDIENTE

Sangre amarga

ROMANCE DEPORTIVO

Matching Game

#1 Enemy Game

#2 Broken Game (2024)

#3 Dirty Game (2024)

)

Parioli: Barrio exclusivo de Roma, habitado por la élite de la sociedad. ↵

) Nombre del gato ↵

)

Montes Albanos (en italiano, Colli Albani): grupo de **colinas** de origen volcánico que se extienden por la región italiana del Lacio. Aquí encontrarás vegetación, lagos, restos arqueológicos y arquitectura medieval en la cima. [↵](#)

) Montes Albanos. [↵](#)

)

Torignattara: barrio popular de Roma [↵](#)

)

Casilina: Calle que desde las afueras conduce a Roma [↩](#)

)

Lollo: Diminutivo del nombre Lorenzo ↵

)

Me gustaría tener otro beso/ otra oportunidad de felicidad. (The Doors, 1967).

[↩](#)

)
Champ: Campeón. Abreviatura de “Champion”. ↵

0)

Fonzies: Snack de maíz y queso no frito. El eslogan italiano es: "Si no te chupas los dedos, disfruta solo la mitad" [↵](#)